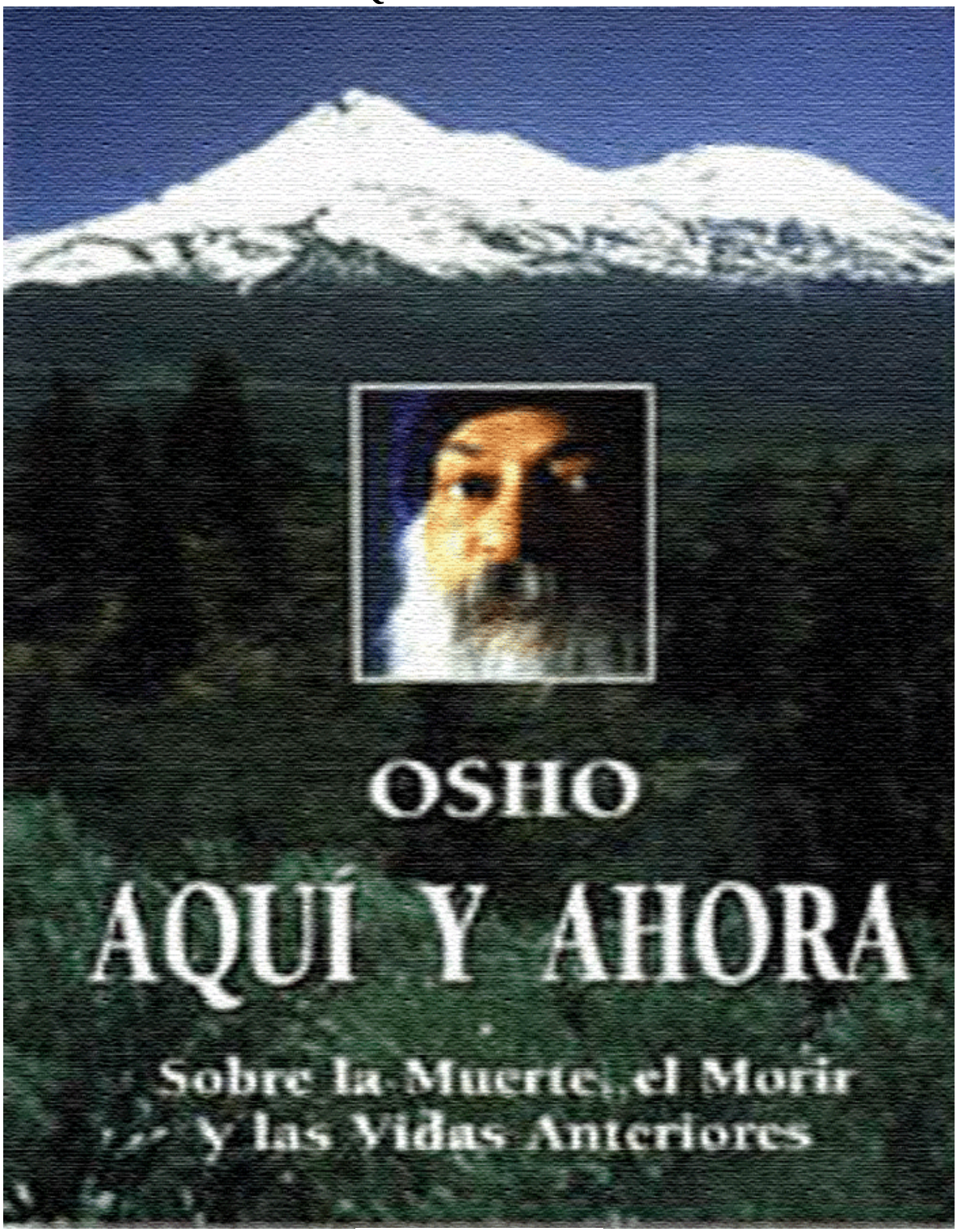
# OSHO
# AQUÍ Y AHORA




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

**Sobre la Muerte, el Morir**
**y las Vidas Anteriores**

## Índice

CAPÍTULO 1. NO HAY MAYOR MENTIRA QUE LA MUERTE

CAPÍTULO 2. VER LA VIDA COMO UN SUEÑO

1ª. Pregunta: Podemos morir plenamente consciente, pero ¿cómo podemos tener una conciencia plena al nacer?
2ª Pregunta: ¿Qué relación hay entre la meditación y el jati-smaran, el recuerdo de las vidas anteriores?
3ª Pregunta: Un amigo mío, que es yogui, afirma que en la vida anterior fue un gorrión. ¿Es posible eso?

CAPÍTULO 3. TODO EL UNIVERSO ES UN TEMPLO

1ª Pregunta: Nos has mostrado el método de la negación para conocer la verdad o lo divino: el método de excluir todo lo demás para conocer el yo. ¿Es posible conseguir el mismo resultado haciendo lo contrario? ¿No podemos intentar ver a Dios en todo? ¿No podemos sentirlo en todo?
2ª Pregunta: Si la meditación conduce al samadhi y el samadhi conduce a Dios, ¿qué necesidad hay entonces de ir a los templos? ¿No deberíamos suprimirlos?
3ª Pregunta: ¿Vaga algunas veces el atman (el alma o la conciencia) después de abandonar el cuerpo?
4ª Pregunta: Esos seres que esperan nacer ¿pueden entrar en el cuerpo de alguien y molestar a esta persona?

CAPÍTULO 4. VOLVER A LA FUENTE

1ª Pregunta: Según lo que has dicho, podemos triunfar sobre la muerte por medio de la meditación o del sadhana. Pero ¿acaso no se produce el mismo estado cuando estamos dormidos? Y en tal caso, ¿Por qué no se puede vencer a la muerte por medio del sueño?
2ª Pregunta: ¿En qué se diferencia lo que tú llamas meditación de la autohipnósis?
3ª Pregunta: ¿Has encontrado a Dios?
4ª Pregunta: ¿Qué significa “la liberación del ciclo de la muerte?

CAPÍTULO 5. ENCONTRAD VUESTRO PROPIO CAMINO

1ª Pregunta: Has dicho que no hay verdad mayor que la muerte. También has dicho alguna vez que llamamos muerte no existe. ¿Cuál de las afirmaciones es verdadera?
2ª Pregunta: Las cosas que queremos suprimir, tales como las cadenas de la fe ciega o de la superstición, quedan confirmadas todavía más en tus charlas. Según lo que dices parece ser que hay vida tras la muerte, que hay dioses y fantasmas, que existe la transmigración del del alma. En ese caso, será difícil librarse de las supersticiones. ¿No se reforzarán todavía más?
3ª Pregunta: ¿Existe Dios? ¿Qué es la jivatman, el alma individual? ¿Dónde está el moksha? ¿Quién creó el cielo? ¿Existe el infierno? ¿Por qué ha aparecido el hombre sobre la Tierra? ¿Cuál es el objetivo de la vida?

CAPÍTULO 6. EL AMOR ES PELIGROSO

1ª Pregunta: ¿Por qué pensar en la muerte?
Tenemos la vida: vamos a vivirla. Vivamos el presente. ¿Por qué ponernos a pensar en la muerte?
2ª Pregunta: Algunas personas se suicidan.
¿Qué puedes decir de ellas? ¿No tienen miedo a la muerte estas personas?

CAPÍTULO 7. YO ENSEÑO LA VIDA POR LA MUERTE

1ª Pregunta: ¿Estás enseñando a la gente a morir? ¿Estás enseñando la muerte?
Deberías enseñar, más bien, la vida
2ª. Pregunta: ¿Vas a enseñarnos a rejuvenecer nuestros cuerpos? ¿Vas a mostrarnos algún medio alquímico para volvernos jóvenes de nuevo?
Entonces valdría la pena gastarse el dinero para ir allí
3ª. Pregunta: ¿Qué es una mente llena de ilusiones? ¿Qué es una mente muy confusa? ¿Qué es la claridad mental?
4ª Pregunta: ¿Qué diferencia hay entre estar en meditación y practicar la meditación?

## CAPÍTULO 1

## No hay mayor mentira que la muerte

AMADOS:

Cuando el hombre ha conocido algo, se libera de ello. Y cuando el hombre ha llegado a conocer algo, es capaz de triunfar sobre ello. Nuestro fracaso y nuestra derrota sólo se deben a nuestra ignorancia. La derrota se debe a la oscuridad: cuando hay luz, la derrota es imposible: la luz se convierte en victoria.

Lo primero que quisiera deciros de la muerte es que no hay mayor mentira que la muerte. Pero, con todo, la muerte parece verdadera. No sólo parece verdadera, sino que parece, incluso, que es la verdad cardinal de la vida: parece que toda la vida está ordenada por

la muerte. Aunque la olvidemos, o aunque no la tengamos en cuenta, la muerte sigue estando cerca de nosotros por todas partes. La muerte está aun más cerca de nosotros que nuestra sombra.

Hemos estructurado nuestras mismas vidas a partir de nuestro miedo a la muerte. El miedo a la muerte ha creado la sociedad, la nación, la familia y los amigos. El miedo a la muerte nos ha hecho perseguir el dinero y nos ha hecho ambicionar posiciones sociales más elevadas. Y lo más sorprendente es que nuestros dioses y nuestros templos también han surgido del miedo a la muerte. Por miedo a la muerte, hay personas que rezan de rodillas. Por miedo a la muerte, hay personas que rezan a Dios con las manos unidas y elevadas hacia el cielo. Y nada más falso que la muerte. Por eso, cualquier sistema de vida que hayamos creado creyendo que la muerte es verdadera se ha convertido en falso.

¿Cómo conocemos la falsedad de la muerte? ¿Cómo podemos saber que no hay muerte? Mientras no lo sepamos, no perderemos el miedo a la muerte, nuestras vidas seguirán siendo falsas. Mientras exista el miedo a la muerte, no podrá haber vida auténtica. Mientras temblemos de miedo hacia la muerte, no podremos acopiar la capacidad de vivir nuestras vidas. Sólo pueden vivir aquellos para los que la sombra de la muerte ha desaparecido para siempre. ¿Cómo podrá vivir una mente asustada y temblorosa? Y ¿Cómo es posible vivir cuando parece que la muerte se acerca a cada instante? ¿Cómo podemos vivir?

Por mucho que dejemos de tener en cuenta la muerte, nunca la olvidamos del todo. No importa que llevemos el cementerio a las afueras de la ciudad: la muerte sigue mostrándonos su rostro. Todos los días muere alguien; todos los días se presenta en alguna parte la muerte y hace temblar los cimientos mismos de nuestras vidas.

Cuando vemos que se produce la muerte, somos conscientes de nuestra propia muerte. Cuando lloramos la muerte de alguien, no sólo nos hace llorar la muerte de esa persona, sino también el recuerdo renovado de la nuestra propia. No sólo sentimos dolor y pena por la muerte de otra persona, sino por la posibilidad aparente de la nuestra propia. Toda muerte que acontece es, al mismo tiempo, nuestra propia muerte. Y ¿Cómo podemos vivir, mientras sigamos rodeados de la muerte? Vivir de esta forma es imposible. Así no podemos conocer lo que es la vida: ni su alegría, ni su belleza, ni su bendición. Así no podemos alcanzar el templo de Dios, la verdad suprema de la vida.

Los templos que se han creado por miedo a la muerte no son los templos de Dios. Las oraciones que se han compuesto por miedo a la muerte tampoco son oraciones dirigidas a Dios. Sólo el que está lleno de la alegría de la vida alcanza el templo de Dios. El reino de Dios está lleno de alegría y de belleza, y las campanas del templo de Dios sólo repican para los que están liberados de los temores de todo tipo, para los que se han quitado de encima todos los miedos.

Esto hace parecer difícil, dado que nos gusta vivir con miedo. Pero esto no es posible: sólo puede ser verdadera una de las dos cosas. Recordadlo: si la vida es verdadera, entonces la muerte no puede ser verdadera; y si la muerte es verdadera, entonces la vida no será más que un sueño, una mentira: entonces la vida no puede ser verdadera. Las dos cosas no pueden existir simultáneamente. Pero nosotros nos aferramos a las dos cosas a la vez. Tenemos la sensación de que estamos vivos y tenemos además la sensación de que estamos muertos. He oído hablar de un faquir que vivía en un valle lejano. Mucha gente iba a visitarlo para hacerle preguntas. Una vez, un hombre llegó ante él y le pidió que le explicara algo acerca de la vida y de la muerte. El faquir dijo:

-Te invito a aprender sobre la vida: mi puerta está abierta. Pero si quieres aprender sobre la muerte debes ir a otra parte, porque yo no he muerto ni moriré nunca. No tengo experiencia con la muerte. Si quieres aprender sobre la muerte, pregunta a los que han muerto, pregunta a los que ya están muertos.

El faquir se rió y siguió diciendo:

-Pero ¿cómo podrás preguntar a los que ya están muertos? Y si me pides la dirección de un muerto, no puedo dártela. Pues desde que he llegado a saber que no puedo morir, también sé que nadie muere, que nadie ha muerto jamás.

Pero ¿cómo podemos creer a este faquir? Todos los días vemos morir a alguien; la muerte se presenta diariamente. La muerte es la verdad suprema; se hace visible penetrando hasta el centro de nuestro ser. Podemos cerrar los ojos, pero, por lejos que estemos de ella, sigue visible. Por mucho que nos apartemos de ella, por mucho que huyamos de ella, sigue rodeándonos. ¿Cómo podemos demostrar la falsedad de esta verdad?

Por supuesto, algunas personas intentan demostrar su falsedad. Solo por su miedo a la muerte, la gente cree en la inmortalidad del alma: por puro miedo. No saben: se limitan a creer. Todas las mañanas, algunas personas se sientan en un templo o en una mezquita y repiten: "Nadie muere: el alma es inmortal." Se equivocan al creer que el alma se hará inmortal por el mero hecho de repetir las palabras "el alma es inmortal". La muerte nunca se vuelve falsa por estas repeticiones: sólo conociendo la muerte es posible demostrar su falsedad.

Recordemos que esto es muy extraño: siempre aceptamos lo opuesto a lo que no dejamos de repetir. Cuando alguien dice que es inmortal, que el alma es inmortal; cuando repite esto, no hace más que indicar que sabe, muy dentro de sí, que morirá, que tendrá que morir. Si supiera que no ha de morir, no tendría que hablar tanto de la inmortalidad; sólo los que tienen miedo siguen repitiéndolo. Y veréis que la gente teme a la muerte en aquellos países, en aquellas sociedades que más hablan de la inmortalidad. En nuestro país se habla incansablemente de la inmortalidad del alma; pero ¿hay alguien en la Tierra que tema a la muerte más que nosotros? ¡Nadie teme a la muerte más que nosotros! ¿Cómo podemos reconciliar estos dos extremos?

¿Es posible que un pueblo que cree en la inmortalidad del alma caiga en la esclavitud? Preferiría la muerte; estaría dispuesto a morir, pues sabría que no hay muerte. ¡Los que saben que la vida es eterna, que el alma es inmortal, serían los primeros que llegarían a la Luna! ¡Serían los primeros que escalarían el Everest! ¡Serían los primeros que explorarían las profundidades del océano Pacífico! Pero no: nosotros no somos de esos. Ni escalamos el Everest, ni llegamos a la Luna ni exploramos las profundidades del océano Índico. ¡Y nosotros somos el pueblo que cree en la inmortalidad del alma! En realidad, nos da tanto miedo la muerte que, por miedo a ella, no dejamos de repetir: "El alma es inmortal". Y nos hacemos la ilusión de que, a fuerza de repetirlo, quizá se haga realidad. Nada se hace realidad a fuerza de repetirlo.

No es posible negar la muerte a base de repetir que la muerte no existe. Tendremos que conocer la muerte, tendremos que encontrarnos con ella, tendremos que vivirla. Tendréis que familiarizaros con ella. Pero, en vez de ello, no dejamos de huir de la muerte. ¿Cómo podemos verla? Cuando vemos la muerte, cerramos los ojos.

Cuando pasa un funeral por la calle, la madre encierra en casa a su hijo y le dice: "No salgas: ha muerto alguien". Incineramos los cadáveres en las afueras de los pueblos para que nadie lo vea, para que no tengamos la muerte allí mismo, ante nuestros ojos. Y si hablamos a alguien de la muerte, la otra persona nos prohíbe que toquemos ese tema.

Una vez conviví con un *sannyasin.* Él hablaba todos los días de a inmortalidad del alma. Yo le pregunté:

-¿Te das cuenta de que te estás acercando a la muerte?

Él me respondió:

-No digas cosas de mal agüero. No es bueno hablar de esas cosas.

Yo le dije:

-Si una persona dice, por una parte, que el alma es inmortal, pero por otra parte le parece de mal agüero hablar de la muerte, entonces está confundiéndolo todo. No debe encontrar nada temible, ningún mal augurio, nada malo, en hablar de la muerte: pues, para él, no hay muerte.

-Aunque el alma es inmortal, yo prefiero no hablar de la muerte para nada –me dijo él-. No debemos hablar de cosas tan carentes de significado y tan amenazadoras.

Todos hacemos lo mismo: damos la espalda a la muerte y huimos de ella.

HE OÍDO CONTAR LO SIGUIENTE: Cierto día, en un pueblo, un hombre se volvió loco. Era una tarde calurosa y el hombre andaba solo por un camino apartado. Andaba con bastante prisa, intentando no asustarse: es posible asustarse cuando hay alguien, pero ¿cómo puede asustarse alguien cuando no hay nadie? Pero nosotros nos asustamos cuando no hay nadie. En realidad, nos tenemos miedo a nosotros mismos, y cuando estamos solos el miedo es todavía mayor. A nadie tememos más que a nosotros mismos. Tenemos menos miedo cuando nos acompaña alguien, y más miedo cuando nos quedamos solos.

Aquel hombre estaba solo. Se asustó y echó a correr. Todo estaba tranquilo y silencioso: era por la tarde; no había nadie. Cuando empezó a correr más deprisa, percibió el sonido de unos pies que corrían detrás de él. Lo invadió el pánico: pensó que alguien lo seguía. Lleno de temor, miró atrás de reojo y vio que lo perseguía una larga sombra. Era su propia sombra; pero, cuando vio que lo perseguía una sombra larga siguió corriendo más deprisa todavía. Aquel hombre no podía detenerse, porque, cuanto más corría, más deprisa corría la sombra tras de él. Por último, el hombre se volvió loco. Pero hay personas que veneran incluso a los locos.

Cuando la gente lo veía pasar corriendo por los pueblos, creían que seguía alguna gran práctica ascética. Jamás se detenía, salvo en la oscuridad de la noche, cuando desaparecía la sombra y él creía que no tenía a nadie detrás. Más tarde, no se detenía siquiera de noche, pues pensaba que a pesar de todo lo que había corrido por el día la sombra lo alcanzaba mientras él descansaba de noche, para perseguirlo de nuevo a la mañana siguiente. De modo que seguía corriendo hasta por la noche.

Al fin se volvió completamente loco; no comía ni bebía. Millares de personas lo veían correr y le arrojaban flores; algunos le entregaban un pedazo de pan o algo de agua. La gente lo veneraba cada vez más; millares de personas le presentaban sus respetos. Pero el hombre estaba cada vez más enloquecido, hasta que, un día, cayó al suelo y murió. Los habitantes del pueblo donde habían muerto cavaron su tumba bajo la sombra de un árbol y pidieron a un viejo faquir del pueblo que grabara en la lápida una inscripción. El faquir escribió una línea en la lápida.

Allí sigue la tumba, en un pueblo, en alguna parte. Es posible que la veáis algún día. Leed la línea. El faquir escribió en la lápida: "Yace aquí un hombre que huyó de su sombra toda su vida; que derrochó toda su vida huyendo de una sombra. Y ese hombre no sabía siquiera tanto como sabe su lápida. Pues la lápida está en la sombra y no corre, así no hace sombra."

Nosotros corremos también. Podemos asombrarnos de que un hombre huya de su propia sombra; pero también nosotros huimos de sombras. Y aquello de lo que huimos también se pone a perseguirnos. Cuanto más corremos, más deprisa nos sigue, pues es nuestra propia sombra.

La muerte es nuestra propia sombra. Si huimos de ella, no seremos capaces de plantarnos ante ella y de reconocer lo que es. Si aquel hombre se hubiera detenido y hubiera visto lo que tenía detrás, quizás se hubiera echado a reír y hubiera dicho: "¿Quién soy yo, que huyo de una sombra?" Nadie puede escaparse de una sombra; nadie puede, siquiera, luchar con una sombra y vencerla. Pero esto no quiere decir que la sombra sea más fuerte que nosotros, ni que no podamos vencer nunca; lo único que quiere decir es que no hay sombra, que no es una cuestión de vencer. No podemos triunfar sobre lo que no existe. Por eso se sigue dejando derrotar la gente por la muerte: porque la muerte no es más que una sombra de la muerte.

Mientras la vida avanza, su sombra la sigue también. La muerte es la sombra que se forma tras de la vida, y nosotros no queremos nunca volver la vista atrás para ver lo que es. Hemos caído agotados muchas veces, después de haber realizado esta carrera una y otra vez. No es que hayáis llegado a esta orilla por primera vez: podéis haber estado aquí antes; quizás no fuera esta orilla; sería alguna otra orilla. Quizás no fuera este cuerpo: sería algún otro cuerpo. Pero la carrera debió ser la misma. Las piernas debieron ser las mismas; la carrera debió ser la misma.

Vivimos muchas vidas cargando con el miedo a la muerte, pero no somos capaces de reconocerla ni de verla. Estamos tan asustados y tan llenos de miedo que, cuando se acerca la muerte, cuando su sombra total se cierne sobre nosotros el miedo nos deja inconscientes. En general, nadie se mantiene consciente en el momento de la muerte. Si nos mantuviéramos conscientes por una vez, el miedo a la muerte desaparecería para siempre. Si una persona viera, aunque sólo fuera una vez, lo que es morir, lo que sucede en la muerte, la siguiente vez no tendría miedo a la muerte porque no habría muerte. Esto no quiere decir que triunfaría sobre la muerte: sólo podemos triunfar sobre las cosas que existen. Por el simple hecho de conocer la muerte, ésta desaparece. Entonces no queda nada sobre lo que triunfar.

Hemos muerto muchas veces, pero cada vez que se ha producido la muerte nos hemos quedado inconscientes. Esto se parece a cuando el médico o el cirujano nos anestesia antes de operarnos para que no sintamos el dolor. Tenemos tanto miedo a morir que en el momento de la muerte nos quedamos inconscientes voluntariamente. Nos quedamos inconscientes un poco antes de morir. Morimos inconscientes, y después renacemos en un estado de inconsciencia. No vemos la muerte ni vemos el nacimiento; por ello, nunca somos capaces de comprender que la vida es eterna. El nacimiento y la muerte no son más que paradas donde nos cambiamos de ropa o cambiamos de caballos.

Antiguamente, cuando no había ferrocarriles, la gente viajaba en diligencias de caballos. Pasaban por los pueblos y, cuando los caballos estaban cansados, los cambiaban en la posta por caballos de refresco. Cuando llegaban al pueblo siguiente volvían a cambiar de caballos. Pero los que cambiaban de caballos no advertían nunca que lo que hacían era como morir y volver a nacer, porque cuando cambiaban de caballos estaban plenamente conscientes.

Algunas veces sucedía que un jinete viajaba después de haber bebido. Cuando miraba a su alrededor en ese estado, se preguntaba cómo había cambiado todo, cómo era que todo parecía tan diferente. He oído decir que cierto jinete borracho llegó a decirse: "¿Es posible que yo haya cambiado también? Ni siquiera me parece que éste sea el mismo caballo que llevaba antes. ¿Es posible que me haya convertido en un hombre diferente?"

El nacimiento y la muerte no son más que postas donde se cambia de vehículo: donde se dejan atrás los vehículos viejos, donde se abandonan los caballos cansados y se toman otros de refresco. Pero ambos actos tienen lugar en nuestro estado de inconsciencia. Y la persona cuyo nacimiento y cuya muerte se producen en este estado de inconsciencia no puede vivir una vida consciente: realiza su vida casi en un estado semiconsciente, casi en un estado de semivigilia.

Lo que quiero decir es que es fundamental ver la muerte, comprenderla, reconocerla. Pero esto sólo es posible cuando morimos; sólo podemos verlo cuando estamos muriendo. Entonces, ¿qué haremos ahora? Y si sólo vemos la muerte cuando estamos muriendo, entonces no tenemos manera de comprenderla, pues en el momento de la muerte estaremos inconscientes.

Sí: podemos hacer algo ahora. Podemos realizar el experimento de entrar en la muerte por voluntad propia. Y puedo decir que la meditación o samadhi no es nada más que eso. La experiencia de entrar voluntariamente en la muerte es la meditación, el *samadhi*. El fenómeno que se producirá automáticamente un día al dejar el cuerpo podemos producirlo voluntariamente creando un distanciamiento, dentro de nosotros, entre el yo y el cuerpo. Así, dejando el cuerpo desde dentro, podemos conocer el suceso de la muerte, podemos conocer el acontecimiento de la muerte. Podemos conocer la muerte hoy, esta tarde, porque el acontecimiento de la muerte significa simplemente que nuestra alma y nuestro cuerpo conocerán, en ese viaje, la misma distinción entre ambos que se producen cuando el viajero deja atrás su vehículo y prosigue su viaje.

HE OÍDO CONTAR que un hombre fue a visitar a un faquir musulmán, el jeque Farid, y le dijo:

-Hemos oído decir que cuando cortaron a Mansoor las manos y las piernas él no sintió dolor.

Es difícil de creer. Hasta una espina duele cuando nos la clavamos en el pie. ¿Cómo no va a doler que a uno le corten las manos y las piernas? Parece que todos esos relatos son unas fantasías. Se dice –añadió también el hombre- que cuando clavaron a Jesús en la cruz él no sintió ningún dolor. Y pudo decir sus últimas oraciones. ¡Es difícil de creer lo que dijo Jesús en sus últimos momentos, sangrando y desnudo, herido de espinos, con las manos clavadas!

Jesús dijo: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen." Debéis de haber oído esta frase. Y todas las gentes de todo el mundo que creen en Cristo la repiten continuamente. La frase es muy sencilla. Jesús dijo: "Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Las personas que leen esta frase suelen entender que Jesús dice que aquellas pobres gentes no sabían que estaban matando a un hombre bueno como era él.

No: aquello no era lo que quería decir Jesús. Lo que quería decir Jesús era lo siguiente: "Estas gentes insensibles no saben que la persona a la que están matando no puede morir. Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Hacen algo imposible: están cometiendo el acto de matar, que es imposible."

-Es difícil creer que una persona a la que están a punto de matar manifestase tanta comprensión –dijo aquel hombre- En realidad, estaría lleno de ira.

Farid soltó una carcajada y dijo:

-Has planteado una buena pregunta, pero te responderé más tarde. Primero, hazme un pequeño favor.

Tomó un coco que estaba en el suelo cerca de él, se lo entregó y le pidió que rompiera la cáscara con cuidado de no estropear la pulpa.

Pero el coco estaba verde, y el hombre dijo:

-Perdona: no puedo hacerlo. El coco está completamente verde, y si rompo la cáscara se estropeará también la pulpa.

Farid le pidió que dejase a un lado el coco. Después le entregó otro coco, que estaba maduro, y le pidió que rompiera la cáscara.

-¿Puedes salvar la pulpa? –le preguntó.

Y el hombre respondió:

-Sí: puedo salvar la pulpa.

-Te he dado una respuesta –dijo Farid- ¿Me has comprendido?

-No he comprendido nada –respondió el hombre-. ¿Qué tiene que ver un coco con tu respuesta? ¿Qué tiene que ver el coco con mi pregunta?

-Deja también este coco –dijo Farid-. No hace falta romperlo, ni ningún otro. Lo que te estoy indicando es que hay un coco verde que tiene unidas la cáscara y la pulpa: si se golpea la cáscara, se estropea también la pulpa. Y también hay un coco maduro. ¿En qué se diferencia el coco maduro del coco verde? Hay una ligera diferencia: la pulpa del coco maduro se ha encogido en el interior y se ha separado de la cáscara: la cáscara se ha separado de la pulpa. Ahora, como tú dices, se puede romper la cáscara salvando la pulpa. ¡Así he respondido a tu pregunta!

-Sigo sin entenderlo –dijo el hombre.

-Ve, muere y comprende –dijo el faquir-; de otro modo no podrás seguir lo que estoy diciendo. Pero ni siquiera entonces serás capaz de seguir mis palabras, porque en el momento de la muerte te quedarás inconsciente. Un día se separará la cáscara de la pulpa, pero en ese momento te quedarás inconsciente. Si quieres comprender, empieza ahora a separar la pulpa de la cáscara: ahora, mientras estás vivo.

Si la cáscara (el cuerpo) y la pulpa (la conciencia) se separan en este mismo instante, se acaba la muerte. Con la creación de este distanciamiento llegaréis a saber que la cáscara y la pulpa son dos cosas independientes: que sobrevivís aunque se rompa la cáscara, que no hay posibilidad de que os disgreguéis, de que desaparezcáis. En ese estado, aunque acontezca la

muerte, no podrá penetrar dentro de vosotros: acontecerá fuera de vosotros. Lo que sois vosotros sobrevivirá.

Este es el significado mismo de la meditación o samadhi: aprender a separar la cáscara de la pulpa. Se pueden separar porque son cosas independientes. Se pueden conocer por separado porque son cosas independientes. Por eso llamo yo a la meditación una entrada voluntaria en la muerte, se encuentra con ella y llega a saber que "la muerte está allí, pero yo sigo aquí".

SÓCRATES ESTABA A PUNTO de morir. Se aproximaban los últimos momentos: ya estaban preparando el veneno para matarlo. Él preguntaba una y otra vez:

-Se hace tarde, ¿cuándo terminarán de preparar el veneno? Sus amigos lloraban y le decían:

-¿Estás loco? Queremos que vivas un poco más. Hemos sobornado al que ha de preparar el veneno: lo hemos persuadido para que trabaje despacio.

Sócrates salió y dijo al que preparaba el veneno:

-Estás tardando demasiado. Parece que no sabes hacerlo. ¿Eres nuevo en el oficio? ¿Nunca habías preparado veneno? ¿Nunca habías administrado veneno a un condenado?

-Llevo administrando veneno toda mi vida –dijo el hombre-, pero nunca había visto a un loco como tú. ¿Por qué tienes tanta prisa? Lo estoy preparando despacio para que puedas respirar un poco más, para que vivas un poco más, para que conserves la vida un poco más. Y tú no dejas de decir locuras, de decir que se hace tarde. ¿Por qué tienes tanta prisa por morir?

Tengo mucha prisa porque quiero ver la muerte –dijo Sócrates- Quiero ver cómo es la muerte. Y también quiero ver, aun cuando se haya producido la muerte, si yo sobrevivo o no. Si no sobrevivo, se acabó toda la cuestión; y si sobrevivo, entonces se acabó la muerte. En realidad, quiero ver quién morirá con la muerte: ¿morirá la muerte, o moriré yo? Quiero ver si sobrevivirá la muerte o si seré yo el que sobreviva. Pero ¿cómo podré ver esto si no es estando vivo?

Entregaron a Sócrates el veneno. Sus amigos empezaron a llorar por él: no estaban en su sano juicio. Y ¿qué hacía Sócrates? Les decía:

-El veneno me ha llegado a las rodillas. Tengo las piernas completamente muertas hasta las rodillas: si me las cortasen, no me enteraría. Pero, amigos míos, os diré que aunque tengo muertas las piernas sigo vivo. Esto significa que una cosa es segura: yo no era mis piernas. Sigo aquí; estoy aquí completamente. Nada en mí se ha disuelto todavía. Ahora he perdido las dos piernas –siguió diciendo Sócrates-; todo ha terminado hasta mis pantorrillas. Si me cortaseis las piernas por las pantorrillas no sentiría nada. ¡Pero yo sigo aquí! ¡Y aquí están mis amigos, que siguen llorando!

-No lloréis –dice Sócrates- ¡Mirad! He aquí una oportunidad para vosotros: un hombre se está muriendo y os está informando de que sigue vivo. Podéis cortarme las piernas enteras, y ni siquiera así estaré muerto; aun así seguiré aquí. También se me están insensibilizando las manos; mis manos también morirán. ¡Ah! ¡Cuantas veces me he identificado con estas manos, con estas mismas manos que ahora me están dejando! Pero yo sigo aquí.

Y Sócrates sigue hablando así mientras muere.

-Lentamente, todo se pacifica –dice-; todo se hunde, pero yo sigo intacto. Dentro de un rato quizás no sea capaz de seguir informándoos, pero no creáis por eso que ya no estoy. Pues si yo estoy aquí después de perder tanto de mi cuerpo, ¿cómo podría llegarme el fin por perder un poco más del cuerpo? Quizás no sea capaz de informaros (pues eso sólo es posible a través del cuerpo), pero yo permaneceré.

En el último momento, dice:

-Ahora, quizás os digo lo último: me falla la lengua. No podré deciros una sola palabra más, pero todavía os digo que existo.

Hasta el último momento de la muerte siguió diciendo: "Sigo vivo".

TAMBIÉN EN LA MEDITACIÓN debemos entrar lentamente en el interior. Y las cosas empiezan a desprenderse gradualmente, una tras otra. Se crea un distanciamiento con todas y cada una de las cosas, y llega un momento en que se siente que todo está lejos, distanciado. Uno se siente que el cadáver de otra persona está tendido en la orilla, pero uno existe. El cuerpo está allí tendido, pero no existe: separado, totalmente independiente y diferenciado.

Cuando conocemos en vida la experiencia de ver la muerte cara a cara, ya no tenemos nada que ver con la muerte. La muerte seguirá viniendo, pero será como hacer una parada; será como cambiarse de ropa, será como tomar caballos de refresco, como ponerse un cuerpo nuevo y emprender un nuevo viaje, por nuevos caminos, hacia mundos nuevos. Pero la muerte nunca será capaz de destruirnos. Esto sólo se puede saber encontrándose con la muerte. Tendremos que conocerla; tendremos que pasar por ella.

Como tenemos tanto miedo a la muerte, ni siquiera somos capaces de meditar. Muchas personas vienen a mí y me dicen que son incapaces de meditar. ¿Cómo puedo decirles que su problema verdadero es otro? Su problema verdadero es el miedo a la muerte… y la meditación es un proceso de muerte. En estado de meditación total llegamos al mismo punto al que llega un muerto. La única diferencia es que el muerto llega allí en estado de inconsciencia, mientras que nosotros llegamos allí conscientemente. Ésta es la única diferencia. El muerto no tiene conocimiento de lo que ha pasado, de cómo se rompió la cáscara y sobrevivió la pulpa. El buscador que practica la meditación sabe que la cáscara y la pulpa se han separado.

El motivo fundamental que impide a la gente practicar la meditación es el miedo a la muerte: no hay otro motivo. Los que temen a la muerte no pueden entrar nunca en el samadhi. El samadhi es una invitación voluntaria a la muerte. Se invita a la muerte: "Ven: estoy preparado para morir. Quiero saber si sobreviviré o no tras la muerte. Y es mejor que lo sepa estando consciente, porque no podré saber nada si el hecho se produce estando inconsciente."

Así pues, lo primero que os digo es que mientras sigáis huyendo de la muerte ésta os seguirá venciendo; y que el día en que os plantéis y salgáis al encuentro de la muerte, en ese mismo día os dejará la muerte, pero vosotros permaneceréis.

En estos tres días sólo os hablaré de las técnicas por medio de las cuales podéis encontraros con la muerte. Espero que en estos tres días muchos lleguéis a saber morir, muchos seréis capaces de morir. Y si sabéis morir aquí, en esta orilla… Y estamos en una playa increíble. Krishna caminó un día por estas arenas: el mismo Krishna que dijo a Arjuna, durante cierta guerra: "No te preocupes; no temas. No tengas miedo a matar o a ser matado, pues te digo que nadie muere ni nadie mata". Tampoco ha muerto nadie nunca ni puede morir nadie jamás morir nadie jamás; y todo lo que muere, todo lo que puede morir, ya está muerto. Y lo que no muere ni puede ser matado no tiene manera de morir. Y eso es la vida misma.

Esta noche nos hemos reunido inesperadamente en esta playa por la que caminó una vez el mismo Krishna. Estas arenas han visto caminar a Krishna. La gente debió de creer que Krishna había muerto verdaderamente, pues conocemos la muerte como la única verdad: para nosotros, todo el mundo muere. Este mar, estas arenas, nunca han creído que Krishna muriese; este cielo, estas estrellas y la Luna nunca han creído en la muerte de Krishna.

En concreto, en la vida no hay lugar en ninguna parte para la muerte, pero todos hemos creído que Krishna había muerto. Lo creemos porque siempre nos persigue el pensamiento de nuestra propia muerte. ¿Por qué nos preocupa tanto el pensamiento de nuestra muerte? Estamos vivos ahora mismo; por lo tanto, ¿por qué tenemos tanto miedo a la muerte? ¿Por qué nos asusta tanto morir? En realidad, detrás de este miedo hay un secreto que debemos comprender.

Detrás de ello hay una cierta aritmética, y esta aritmética es muy interesante. Nunca nos hemos visto morir a nosotros mismos. Hemos visto morir a otros, y eso refuerza la idea de que también nosotros tendremos que morir. Por ejemplo, una gota de lluvia vive en el mar con otros millares de gotas, y un día los rayos del sol caen sobre ella y se convierte en vapor, desaparece. Las demás gotas creen que ha muerto, y tienen razón, porque han visto a la gota hace poco y ahora ha desaparecido. Pero la gota existe todavía en las nubes. Pero ¿cómo van a saberlo las demás gotas hasta que ellas mismas se conviertan en la nube? Para entonces, aquella primera gota habrá caído al mar y se habrá convertido en gota de nuevo. Pero ¿cómo pueden saber esto las demás gotas hasta que ellas mismas emprendan ese viaje?

Cuando vemos morir a alguien de nuestro entorno creemos que las personas ya no existen, que ha muerto una persona más. No nos damos cuenta de que esa persona, sencillamente, se ha evaporado, ha entrado en lo sutil y, a continuación, ha emprendido un nuevo viaje: es una gota que se ha evaporado para convertirse de nuevo en gota. ¿Cómo vamos a verlo? Lo único que nos parece es que se ha perdido una persona más, que una persona más está muerta. Así, todos los días muere alguien; todos los días se pierde alguna gota. Y poco a poco nos invade la certeza de que también nosotros tendremos que morir, de que "también yo moriré". Después nos domina un temor: "Moriré". Este temor nos domina porque estamos mirando a los demás. Vivimos observando a los demás, y éste es nuestro problema.

Anoche conté a unos amigos un relato. Una vez, un faquir judío se alteró mucho por sus problemas. ¿Quién no se altera? A todos nos molestan nuestros infortunios, y lo que más nos molesta es ver felices a los demás. También esto tiene su aritmética, la misma aritmética de que hablé en relación con la muerte. Vemos nuestra tristeza y vemos las caras de los demás. No vemos la tristeza en los demás; vemos sus ojos alegres, las sonrisas en sus labios. Si nos miramos a nosotros mismos, vemos que, a pesar de tener problemas interiores, mantenemos la sonrisa exterior. En realidad, la sonrisa es una manera de ocultar la tristeza.

Nadie quiere dar muestras de que es infeliz. Si la persona no puede ser verdaderamente feliz, al menos quiere dar muestras de que ha llegado a ser feliz, porque dar muestras de ser infeliz provoca grandes sentimientos de humillación, de pérdida y de derrota. Por eso mantenemos externamente una sonrisa, e internamente nos quedamos como estamos. Interiormente se siguen acumulando las lágrimas; exteriormente practicamos nuestras sonrisas. Así, cuando alguien nos mira desde el exterior, nos encuentra sonrientes; pero cuando esa persona mira dentro de sí misma encuentra allí tristeza. Y eso se convierte en un problema para él. Cree que todo el mundo es feliz, que solo él es infeliz.

Lo mismo le sucedía a este faquir. Una noche, en sus oraciones a Dios, dijo:

-No te pido que no me envíes infelicidad, porque si merezco la infelicidad entonces debo recibirla, sin duda; pero al menos puedo pedirte que no me envíes tantos sufrimientos. Veo que la gente ríe en el mundo y que yo soy el único que llora. Todo el mundo parece feliz, y yo soy el único infeliz. Todo el mundo parece alegre; yo soy el único triste, perdido en la oscuridad. Al fin y al cabo, ¿qué mal te he hecho? Hazme el favor, te lo ruego: entrégame la infelicidad de alguna otra persona a cambio de la mía. Cambia mi infelicidad por la de cualquier otro que quieras, y la aceptaré.

Aquella noche, mientras dormía, tuvo un sueño extraño. Vio una mansión enorme en la que había millones de ganchos. Entraban allí millones de personas, y cada una llevaba a la espalda un fardo de infelicidad. Al ver tantos fardos de infelicidad se asustó mucho y se desconcertó. Los fardos que llevaban las demás personas eran muy semejantes al suyo. Todos los fardos tenían exactamente el mismo tamaño y forma. Sintió una gran confusión. Siempre había visto sonreír a su vecino; y todas las mañanas, cuando el faquir le preguntaba cómo marchaban las cosas, éste le decía: "Todo va bien". Y aquel hombre cargaba entonces con la misma cantidad de infelicidad.

Vio a políticos con sus seguidores, a gurús con sus discípulos, y todos llegaban con una carga del mismo tamaño. Los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, los sanos y los enfermos: todos llevaban una misma carga en sus fardos. El faquir estaba atónito. Veía por primera vez los fardos: hasta entonces, sólo había visto las caras de la gente.

De pronto, una fuerte voz llenó la sala: "¡Colgad vuestros fardos!" Todos, hasta el faquir, hicieron lo que les mandaban y colgaron sus fardos en los ganchos. Todos se apresuraron a quitarse de encima sus problemas; nadie quería cargar con sus desgracias ni un segundo más, y si se nos brindase a nosotros esa misma oportunidad, también los colgaríamos enseguida.

Después se oyó otra voz que decía: "Ahora, cada uno de vosotros debe tomar el fardo que prefiera." Podemos sospechar que el faquir tomo inmediatamente el fardo de otra persona. Pero no cometió tal error. Aterrorizado, se apresuró a tomar su propio fardo antes de que lo tomara otra persona: de lo contrario, tendría un problema, pues todos los fardos parecían iguales. Pensó que era mejor cargar con su propio fardo: al menos, lo que había en él le resultaba familiar. ¿Quién sabe qué desgracias había en los fardos de los demás? La desgracia que nos resulta familiar es un tipo menor de desgracia: es una desgracia conocida, una desgracia reconocible.

Así, presa de pánico, corrió a tomar su propio fardo antes de que nadie más pudiera ponerle las manos encima. Pero cuando miró a su alrededor descubrió que todos los demás habían corrido también a tomar sus propios fardos; nadie había elegido un fardo que no fuera el suyo. Preguntó:

-¿Por qué tenéis tanta prisa por tomar vuestros propios fardos?

-Nos asustamos –le respondieron-. Hasta ahora, habíamos creído que todos los demás eran felices, que sólo nosotros éramos desgraciados.

A todos los que interrogaba el faquir en aquella casa le respondían que siempre habían creído que todos los demás eran felices.

-Incluso creíamos que tú también eras feliz –le dijeron-. También tú andabas por la calle con una sonrisa. Nunca nos imaginamos que también tú llevabas dentro un fardo de desgracias.

El faquir preguntó, lleno de curiosidad:

-¿Por qué recogisteis vuestros propios fardos? ¿Por qué no los cambiasteis por otros?

-Hoy, cada uno de nosotros ha rezado a Dios diciéndole que queríamos cambiar nuestros fardos de desgracia –le respondieron-. Pero cuando vimos que las desgracias de los demás eran iguales, tuvimos miedo: nunca nos habíamos imaginado tal cosa. De modo que supusimos que era mejor recoger nuestro propio fardo. Es familiar y conocido. ¿Por qué caer en desgracias nuevas? Con el tiempo, también nos acostumbramos a las desgracias viejas.

Aquella noche nadie recogió un fardo que perteneciera a otra persona. El faquir se despertó y dio gracias a Dios misericordioso por haberle permitido recuperar sus viejas desgracias, y decidió no pedir nunca más una cosa así en sus oraciones.

En realidad, esto se basa en la misma aritmética. Cuando miramos las caras de los demás y observamos nuestra propia realidad, entonces es cuando cometemos un gran error. Y en nuestra visión de la vida y de la muerte interviene la misma aritmética errónea. Habéis visto morir a otros, pero nunca os habéis visto morir a vosotros mismos. Vemos las muertes de otras personas, pero nunca llegamos a saber si algo de esas personas sobrevive. Como nos quedamos inconscientes en esos momentos, la muerte sigue siendo una extraña para nosotros. Por lo tanto, es importante que entremos voluntariamente en la muerte. Cuando una persona ve la muerte una sola vez, se libera de ella, triunfa sobre la muerte. En realidad, no tiene sentido decir que ha vencido, porque no hay nada que vencer. Entonces la muerte se vuelve falsa; entonces la muerte, sencillamente, no existe.

Si una persona tiene que sumar dos y dos y escribe "cinco" como respuesta, al día siguiente descubre que dos y dos son cuatro, ¿podría decir que ha triunfado sobre el cinco y lo ha convertido en el cuatro? Diría, más bien, que no se trataba de triunfar: ¡no había cinco! El cinco era un error suyo, una ilusión suya; su cálculo era erróneo; el total era cuatro: él lo había entendido como cinco, y aquél era su error. Cuando uno aprecia el error, allí termina la cuestión. Aquella persona no podría decirse: "¿Cómo puedo quitarme de encima el cinco? Ahora veo que dos y dos son cuatro, pero antes había obtenido un cinco como suma. ¿Cómo puedo liberarme del cinco?" La persona no pediría esa liberación, porque en cuanto uno

descubre que dos y dos son cuatro, allí termina la cuestión. Ya no hay ningún cinco. Por lo tanto, ¿de qué hay que liberarse?

No tenemos que liberarnos de la muerte ni tenemos que triunfar sobre ella. Lo que necesitamos es conocer la muerte. El mismo hecho de conocerla se convierte en libertad; el conocimiento mismo se convierte en la victoria. Por eso dije antes que conocer es poder, que conocer es libertad, que conocer es victoria. El hecho de conocer la muerte hace que se disuelva; entonces, de pronto y por primera vez, nos conectamos con la vida.

Por eso os dije que lo primero que debéis saber de la meditación es que es una entrada voluntaria en la muerte. Lo segundo que quiero decir al respecto es que el que entra voluntariamente en la muerte se encuentra, repentinamente, con la entrada en la vida. Aunque vaya en busca de la muerte, en lugar de encontrarse con la muerte descubre en realidad la vida definitiva. Aunque el propósito de su búsqueda lo lleve a entrar en la mansión de la muerte, acaba en realidad en el templo de la vida.

Dejad que os indique que en los muros del templo de la vida están grabadas las sombras de la muerte. Permitidme también que os indique que los mapas de la muerte están dibujados en los muros del templo de la vida, y que, como huimos de la muerte, en la práctica estamos huyendo también del templo de la vida. Sólo cuando aceptemos la muerte seremos capaces de aceptar estos muros. La deidad de la vida reside entre los muros de la muerte; las imágenes de la muerte están grabadas por toda la superficie del templo de la vida. Sencillamente, hemos estado huyendo de su imagen misma.

Si habéis visitado Khajuraho, habréis visto una cosa extraña: en todos sus muros se han esculpido relieves de escenas sexuales. Las imágenes parecen desnudas y obscenas. Si el que la ve echa a correr, no será capaz de llegar a la deidad que está en el templo interior. Dentro está la imagen de Dios, y fuera hay relieves con imágenes de sexo, de pasión y de cópulas. Los que construyeron los templos de Khajuraho debían de ser un pueblo maravilloso. Representaron una profunda realidad de la vida: dieron a entender que el sexo está allí, en el muro exterior, y que si huimos de allí nunca seremos capaces de alcanzar el *brahmacharya*, la castidad, porque el brahmacharya está dentro. Si sois capaces de pasar de esos muros, también vosotros alcanzaréis el brahmacharya. En los muros aparece representado el *samsara*, el mundo mortal, y si huís de él nunca llegaréis a Dios, porque el que está sentado dentro de los muros del samsara es el mismo Dios.

Yo os digo exactamente lo mismo. En alguna parte, en algún lugar, debemos construir un templo en cuyos muros aparezca representada la muerte y en cuyo interior esté la deidad de la vida. Así es la verdad. Pero, como no dejamos de huir de la muerte, nos perdemos también la divinidad de la vida.

Digo ambas cosas a la vez: la meditación es entrar voluntariamente en la muerte, y el que entra voluntariamente en la muerte alcanza la vida. Esto significa que el que se encuentra con la muerte descubre en último extremo que la muerte ha desaparecido y que él está abrazado por la vida. Esto parece bastante contradictorio; ir en busca de la muerte para encontrarse con la vida; pero no lo es.

Por ejemplo, yo estoy vestido con ropas. Ahora bien, si venís en mi busca, os encontraréis en primer lugar con mis ropas, a pesar de que yo no soy las ropas. Y si os asustáis de mis ropas y salís corriendo, entonces no podréis conocerme jamás. Pero si os acercáis a mí cada vez más, sin asustaros de mis ropas, entonces encontraréis debajo de mis ropas mi cuerpo. Pero el cuerpo, en un sentido más profundo, también es una vestidura, y si huyeseis de mi cuerpo no encontrarías al que está dentro de mí. Si no os asustaseis del cuerpo y prosiguieseis vuestro viaje hacia el interior, sabiendo que también el cuerpo es una vestidura, entonces os contrarías sin duda con el que está dentro, con aquel al que todos desean conocer.

¡Qué interesante es que el muro esté compuesto por el cuerpo y que lo divino esté dentro, lleno de gracia! El muro está hecho de materia, y dentro está lo divino, la conciencia asentada en la gloria. Son cosas bien opuestas: el muro de materia y la divinidad de vida. Si lo entendéis bien, sabréis que el muro está hecho de muerte y que lo divino está hecho de vida.

Cuando un pintor pinta un cuadro, si desea hacer resaltar el color blanco lo sitúa sobre un fondo oscuro. Las líneas blancas resultan claramente visibles sobre el fondo oscuro. Si alguien se asustase del negro, no sería capaz de llegar al blanco. Pero es que no sabría que es el negro lo que hace resaltar el blanco.

De mismo modo, las rosas en flor están rodeadas de espinas. Si alguien se asustase de las espinas, también quedaría privado de las flores. Pero el que acepta las espinas y se acerca a ellas sin temor descubre con asombro que las espinas sólo sirven para proteger a la flor, que su único fin es servir de muro exterior para la flor: son el muro protector. La flor brota entre las espinas; las espinas no son enemigas de la flor. Las flores forman parte de las espinas, y las espinas forman parte de las flores: ambas han surgido de una misma fuerza vivificadora de la planta.

Lo que llamamos vida y lo que llamamos muerte forman parte, ambas cosas, de una vida más amplia. Yo estoy respirando. Sale una bocanada de aire; entra una bocanada de aire. La misma bocanada de aire que sale vuelve a entrar al cabo de un tiempo, y la misma bocanada de aire que entra vuelve a salir al cabo de un tiempo. Inspirar es la vida, espirar es la muerte. Pero ambos son pasos de una vida más amplia: de la vida y la muerte que caminan juntas. El nacimiento es un paso, la muerte es otro paso. Pero si pudiéramos ver, sí pudiéramos penetrar, alcanzaríamos la visión de la vida más amplia.

En estos tres días practicaremos la meditación de entrar en la muerte. Y yo os hablaré de muchas de sus dimensiones. Hoy practicaremos la meditación del primer día. Permitidme que os explique algunas cosas sobre ella.

Ya debéis de haber comprendido mi punto de vista: tenemos que alcanzar un punto interior, muy dentro de nosotros, donde no hay posibilidad de morir. Tenemos que soltar toda la circunferencia exterior, tal como sucede en la muerte. En la muerte, el cuerpo se suelta, los sentimientos se sueltan, los pensamientos se sueltan, la amistad se suelta, la enemistad se suelta: todo se suelta. Todo el mundo exterior se marcha; sólo quedamos nosotros, sólo queda el yo, sólo queda en alto la conciencia.

También en la meditación debemos soltarlo todo y morir dejando únicamente al observador, al testigo interior. Y esta muerte se producirá. En estos tres días de meditación, si tenéis el valor de morir y de soltar a vuestro yo, puede producirse un fenómeno que se llama samadhi.

Recordadlo: “samadhi” es una palabra maravillosa. El estado de meditación total se llama “samadhi”, y también llamamos “samadhi” a la tumba que se construye tras la muerte de una persona. ¿Lo habías pensado alguna vez? Ambos se llaman “samadhi”. En realidad, ambos comparten un secreto, ambos tienen un punto común de coincidencia.

En realidad, para la persona que alcanza el estado de samadhi, su cuerpo es como una tumba: nada más. Después, llega a advertir que hay alguien más dentro; fuera, no hay más que oscuridad.

Tras la muerte de una persona cavamos una tumba y la llamamos “samadhi”. Pero este samadhi lo construyen otros. Si somos capaces de crear nuestro propio samadhi antes de que lo construyan otros, entonces hemos creado el fenómeno que estamos deseando. Sin duda, otros tendrán ocasión de cavar nuestra tumba, pero es posible que nosotros perdamos la oportunidad de crear nuestro propio samadhi. Si somos capaces de crear nuestro propio samadhi, entonces en ese estado sólo morirá el cuerpo, y no habrá posibilidad de que muera nuestra conciencia. Nunca hemos muerto ni podemos morir jamás. Nadie ha muerto nunca, ni nadie puede morir jamás. Pero, para saberlo, tendremos que recorrer todos los pasos que llevan hasta el fondo de la muerte.

Quiero mostraros tres pasos que daremos. Y ¿quién sabe? Quizás se produzca este fenómeno en esta misma playa y podáis tener vuestro samadhi: no el samadhi que construyen los demás, sino el que uno crea con su propia voluntad.

Hay tres pasos. El primer paso es relajar el cuerpo. Tenéis que relajar el cuerpo hasta tal punto que empecéis a sentir que vuestro cuerpo está a cierta distancia de vosotros. Tenéis que recoger toda la energía de vuestro cuerpo y llevarla dentro. Toda la energía que tiene el

cuerpo se la entregamos nosotros. El cuerpo recibe tanta energía como nosotros le entreguemos; el cuerpo pierde tanta energía como nosotros le recogemos.

¿Habéis notado una cosa? Cuando os peleáis con otra persona, ¿de dónde recibe el cuerpo toda esa energía añadida? En ese estado de ira, podéis levantar una piedra tan grande que no serías capaces ni de moverla en estado de calma. Aunque es obra de vuestro cuerpo, ¿no os habéis preguntado de dónde salió la energía? Vosotros introdujisteis la energía: se necesitaba; estabais en apuros; había peligro: estabais cara a cara con el enemigo. Sabíais que vuestra vida estaba en peligro si no levantabais la piedra, e introdujisteis toda vuestra energía en el cuerpo.

UNA VEZ PASÓ LO SIGUIENTE. Un hombre llevaba dos años paralizado, postrado en la cama. No podía levantarse; no podía moverse. Los médicos lo desahuciaron, anunciándole que estaría paralizado durante el resto de su vida. Una noche, su casa se incendió y todos salieron corriendo. Cuando estuvieron fuera, se dieron cuenta de que el cabeza de familia estaba atrapado dentro de la casa y de que no podía correr. ¿Qué iba a ser de él? Algunos llevaban antorchas, y vieron a su luz que el viejo ya había salido. Le preguntaron si había salido de la casa por su pie. El hombre dijo: "¿Cómo he podido andar? ¿Qué ha pasado?" Pero había andado, sin duda: no cabía otra explicación.

La casa estaba en llamas; todos huían, y él olvidó por un momento su parálisis y volvió a introducir en su cuerpo toda su energía. Pero cuando la gente lo vio a la luz de las antorchas y le preguntaron cómo había conseguido salir, él exclamó: "¡Ay, soy un paralítico!", y cayó al suelo. Había perdido la energía. No estaba a su alcance comprender cómo se había producido ese fenómeno. Todos se pusieron a explicarle que no era un verdadero paralítico, que si había caminado hasta allí podía seguir caminando el resto de su vida. El hombre no dejaba de repetir: "No podía levantar la mano. No podía levantar ni un pie. Entonces, ¿cómo ha sucedido?" No lo sabía. No sabía siquiera quién lo había sacado.

Nadie lo había sacado: él había salido por su pie. Pero no sabía que, ante el peligro, su alma había vertido toda su energía sobre su cuerpo. Y después, por su sensación de estar paralizado, el alma había recogido en su interior su energía, y el hombre se quedó paralítico una vez más.

ESTE INCIDENTE no le ha pasado a una persona ni a dos: se han producido centenares de casos en el mundo en que una persona postrada por la parálisis ha salido de su enfermedad, ha olvidado su enfermedad en caso de incendio o ante otra situación de peligro.

Lo que quiero decir es que hemos introducido energía en nuestro cuerpo, pero no tenemos idea de cómo recogerla. Por la noche nos sentimos descansados porque la energía se recoge en el interior y el cuerpo yace en un estado relajado, y por la mañana volvemos a sentirnos frescos. Pero algunas personas no son capaces siquiera de recoger interiormente su energía por la noche. La energía sigue encerrada en el cuerpo, y les resulta difícil dormir. El insomnio indica que la energía que se introdujo anteriormente en el cuerpo no encuentra el camino de regreso a su fuente. En la primera etapa de esta meditación hay que retirar del cuerpo toda la energía.

Ahora bien, lo interesantes es que, por el simple hecho de sentir la energía, ésta se traslada hacia el interior. Si una persona es capaz de sentir que su energía se está recogiendo hacia dentro y que su cuerpo se está relajando, descubrirá que su cuerpo sigue relajándose más y más. El cuerpo llegará a un punto en que la persona no será capaz de levantar la mano aunque lo desee: todo estará relajado. Así, sintiéndolo, podemos retirar del cuerpo nuestra energía.

De modo que lo primero es retirar el *prana*, la energía vital, haciendo que vuelva a su fuente. De esta manera, el cuerpo quedará inmóvil, como una cáscara, y se observará que se

ha producido un distanciamiento entre la cáscara y la pulpa del coco, que nos hemos vuelto dos cosas independientes y que el cuerpo yace fuera de nosotros como una cáscara, como un ropaje del que nos hemos despojado.

Lo siguiente es relajar la respiración. Muy dentro, la respiración contiene la energía vital, el prana, y por eso muere la persona cuando se interrumpe la respiración. Muy dentro, la respiración nos mantiene conectados con el cuerpo. La respiración es el puente entre el *atman*, el alma, y el cuerpo: allí es donde se encuentra el vínculo. Por eso llamamos prana a la respiración. En cuanto cesa la respiración se marcha el prana. En este sentido se aplican varias técnicas.

¿Qué sucede cuando una persona relaja por completo su respiración, deja que quede inmóvil y tranquila? La respiración llega poco a poco a un punto en que la persona no sabe si está respirando o no. Es normal que empiece a preguntarse si está viva o muerta, si se está produciendo la respiración o no. La respiración se vuelve tan tranquila que la persona no sabe siquiera si está actuando.

No hace falta que controléis la respiración. Si lo intentáis, no controlaréis nunca el aliento: intentará salir a la fuerza, y si intentáis controlarlo desde fuera, intentará entrar a la fuerza. Por eso os digo que no hace falta que hagáis nada por vuestra parte: dejad, simplemente, que se relaje cada vez más, que se tranquilice más y más. La respiración llega, poco a poco, hasta un punto de reposo. Aunque ese punto de reposo sólo dure un momento, en ese momento podemos apreciar una distancia infinita entre la conciencia y el cuerpo: en ese mismo momento se ve la distancia. Es como si cayese ahora mismo un rayo y yo viera en ese momento las caras de todos vosotros. Después, el rayo ya no estaría, pero yo habría visto vuestras caras.

Cuando la respiración se detiene durante un momento, exactamente en el centro, en ese momento mismo cae un rayo dentro de todo nuestro ser y apreciamos claramente que el cuerpo es independiente y de que nosotros somos independientes: de que se ha producido la muerte. Así pues, en la segunda etapa debéis relajar la respiración.

En la tercera etapa hay que relajar la mente. Aunque no esté relajada la mente, si lo está la respiración, el rayo caerá, por supuesto, pero no sabréis qué ha pasado porque la mente estará ocupada con sus pensamientos. Si cayera ahora mismo un rayo y yo estuviera perdido entre mis pensamientos, sólo lo sabría después de que hubiera pasado. Pero, mientras tanto, ha sobrevenido el rayo y yo estaba perdido en mis pensamientos. El rayo caerá, por supuesto, en cuanto se detenga la respiración; pero sólo lo advertiremos si han cesado los pensamientos; de lo contrario, no lo advertiremos y habremos perdido la oportunidad. Por eso, la tercera etapa es relajar la mente.

Recorreremos estas tres etapas y después, en la cuarta etapa, nos quedaremos diez minutos en silencio. En estos tres días, durante este silencio, os esforzaréis por ver la muerte, por dejarla descender. Yo os daré indicaciones para que sintáis que el cuerpo se está relajando, que la respiración se está relajando, que la mente se está relajando. Después me callaré, apagaremos las luces y os quedaréis diez minutos tendidos en silencio. Os quedaréis quietos, en silencio, observando lo que pase en vuestro interior.

Separaos unos de otros para que, si el cuerpo se cae, no caigáis sobre otro. Los que queráis echaros debéis dejar un espacio a vuestro alrededor. Sería mejor que os echaseis tranquilamente en la arena. Nadie debe hablar… nadie debe marcharse a la mitad de la sesión.

Sí: sentaos. Sentaos donde estáis o echaos. Cerrad los ojos… cerrad los ojos y relajad el cuerpo. Después, cuando yo haga indicaciones, empezad a sentir conmigo. Mientras sentís, vuestro cuerpo se relajará cada vez más: entonces, el cuerpo quedará tendido, totalmente relajado, como si no hubiera vida en él.

Empezad a sentir. El cuerpo se está relajando…seguid relajándolo… Seguid relajando vuestro cuerpo y sintiendo que se relaja. El cuerpo se está relajando… sentidlo… relajad cada parte de vuestro cuerpo. Y sentidlo dentro… el cuerpo se está relajando. Vuestra energía vuelve dentro… la energía de vuestro cuerpo se recoge, se retira… la energía se recoge. El cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el

cuerpo se está relajando. Soltadlo completamente, como si ya no estuvieseis vivos. Dejad caer el cuerpo tal como está… dejadlo completamente suelto. El cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado. Soltad… soltad.

El cuerpo se ha relajado. El cuerpo se ha relajado completamente, como si no tuviera vida. Toda la energía del cuerpo se ha recogido dentro. El cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado. Soltad, soltad completamente, como si ya no estuviera aquí el cuerpo.

Nos hemos trasladado dentro. El cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado. La respiración se está tranquilizando… relajad también la respiración… relajadla completamente. Dejad que vaya y venga por sí misma… dejadla suelta. No hace falta detenerla ni hacerla más lenta; simplemente, dejad que se relaje. Que entre al aliento tanto como pueda… que salga tanto como pueda. La respiración se está relajando… la respiración se está calmando.

Sentidlo así: la respiración se está calmando… la respiración se está calmando y se está relajando… la respiración se está relajando… la respiración se está calmando. La respiración se ha calmado… la respiración se ha calmado… la respiración se ha calmado. Ahora, dejad que la mente se relaje y sentid que los pensamientos se están calmando…los pensamientos se están calmando… la mente se ha calmado… la mente se ha calmado…

## CAPÍTULO 2

### Ver la vida como un sueño

AMADOS:

Se han formulado algunas preguntas sobre la charla de anoche. Un amigo ha preguntado: *Podemos morir plenamente conscientes, pero ¿cómo podemos tener una conciencia plena al nacer?*

EN REALIDAD LA MUERTE el nacimiento no son dos sucesos: son dos lados de un mismo fenómeno, como las dos caras de una moneda. Si un hombre tiene en la mano una cara de una moneda, también tendrá automáticamente la otra. No puedo tener en la mano una cara de una moneda y preguntarme dónde puedo encontrar la otra: dispongo de la otra automáticamente.

La muerte y el nacimiento son dos caras de un mismo fenómeno. Si la muerte se produce en un estado consciente, la muerte tiene lugar inevitablemente en un estado consciente. Si la muerte se produce en un estado inconsciente, el nacimiento se produce también en estado de inconsciencia. Si la persona muere plenamente consciente en el momento de su muerte, también estará llena de conciencia en el momento de su nacimiento siguiente.

Como todos morimos en estado de inconsciencia y nacemos en estado de inconsciencia, no recordamos nada de nuestras vidas anteriores. Pero el recuerdo de nuestras vidas anteriores siempre queda presente en algún rincón de nuestras mentes, y podemos revivir este recuerdo si lo deseamos.

No podemos hacer nada directamente en relación con el nacimiento: todo lo que podamos hacer estará relacionado únicamente con la muerte. No podemos hacer nada después de la muerte: todo lo que podamos hacer debemos hacerlo antes de la muerte. La persona que muera en estado inconsciente no podrá hacer nada hasta que vuelva a nacer. No hay remedio: seguirá inconsciente. Así pues, si vosotros habéis muerto en estado inconsciente, tendréis que nacer de nuevo en estado inconsciente. Lo que haya que hacer tendrá que hacerse antes de la muerte, pues disponemos de muchas oportunidades antes de la

muerte: la oportunidad de toda una vida. Con esta oportunidad podemos hacer un esfuerzo por despertar. Sería, pues, un gran error esperar hasta el momento de la muerte para despertar. No podemos despertar en el momento de la muerte. El *sadhana*, el viaje hacia el despertar, tendrá que empezar mucho antes de la muerte: habrá que prepararse para ella. Si no os preparáis, es seguro que quedaréis inconscientes en la muerte. Aunque este estado inconsciente es bueno para vosotros, en cierto modo, si todavía no estáis preparados para nacer en estado consciente.

Hacia 1915, el rey de Casi fue operado del abdomen. Fue la primera operación de este tipo que se realizó en el mundo sin anestesia. Estaban presentes tres médicos británicos, que se negaban a realizar la operación sin administrar anestesia, pues decían que era imposible abrir el estómago a una persona durante una hora y media o dos horas para realizar una operación importante sin que el paciente estuviera inconsciente. Era peligroso, pues el paciente podía gritar, moverse, saltar o caerse a causa del dolor insoportable. Podía suceder cualquier cosa. Por ello, los médicos no estaban dispuestos a realizar la operación.

Pero el rey insistió en que no había de qué preocuparse, siempre que él estuviera en estado de meditación, y afirmaba que era capaz de pasar de una hora y media a dos horas en estado de meditación sin dificultad. No estaba dispuesto a tomar anestesia; decía que quería que lo operasen estando consciente. Pero los médicos desconfiaban: creían que era peligroso hacer sufrir tal dolor a una persona consciente. Por fin, como no encontraban otra alternativa, los médicos le pidieron en primer lugar, a modo de experimento, que entrase en estado de meditación. Cuando él estuvo en ese estado, le hicieron un corte en la mano. Él ni siquiera tembló. Sólo dos horas más tarde se quejó de que le dolía la mano. Más tarde, realizaron la operación.

Fue la primera vez en el mundo que unos médicos abrieron el estómago de un paciente durante una hora y media sin administrarle anestesia. Y el rey permaneció plenamente consciente durante toda la operación. Para alcanzar tal estado de conciencia es preciso practicar una meditación profunda. La meditación tiene que ser tan profunda que uno conozca plenamente, sin sombra de duda, que el yo y el cuerpo son independientes. La más mínima identificación con el cuerpo puede ser peligrosa.

La muerte es la mayor operación quirúrgica de todas. Ningún médico ha realizado una operación tan grande. Pues en la muerte existe un mecanismo que trasplanta toda la energía vital, el *prana*, de un cuerpo físico a otro cuerpo físico. Nadie ha realizado una operación tan espectacular, ni nadie la realizará jamás. Podemos amputar una parte del cuerpo u otra, o trasplantar una parte en otra, pero en el caso de la muerte hay que tomar toda la energía vital de un cuerpo e introducirla en otro.

La naturaleza ha procurado bondadosamente que nos quedemos plenamente inconscientes cuando se produce este fenómeno. Es por nuestro propio bien: quizás no fuésemos capaces de soportar tanto dolor. Es posible que el motivo por el que nos quedamos inconscientes es que el dolor de la muerte es insoportable. Nos interesa quedarnos inconscientes; la naturaleza no nos permite recordar el paso por la muerte.

En todas las vidas repetimos casi los mismos errores que hemos repetido en nuestras vidas anteriores. Si fuésemos capaces de recordar lo que hicimos en las vidas anteriores, quizás no tropezaríamos con las mismas piedras. Y si fuésemos capaces de recordar lo que hicimos en nuestras vidas anteriores, ya no seríamos como somos ahora. Es imposible que siguiésemos siendo los mismos, pues hemos amontonado riquezas una y otra vez y en todas las ocasiones la muerte ha despojado de sentido a esas riquezas. Si fuéramos capaces de recordarlo, quizás no llevaríamos dentro la misma manía por el dinero que hemos llevado hasta ahora. Nos hemos enamorado mil veces, y hemos visto una y otra vez que, a la larga, no tenía sentido. Si fuéramos capaces de recordarlo, desaparecería nuestra manía de enamorarnos y de procurar que se enamoren de nosotros. Hemos sido miles y miles de veces ambiciosos, egoístas; hemos alcanzado el éxito, el alto nivel social, y al final todo ha resultado inútil, todo ha quedado reducido a polvo. Si fuéramos capaces de recordarlo, es posible que nuestra ambición perdiera fuerza, y entonces no seríamos los mismos que somos ahora.

Como no recordamos nuestras vidas anteriores, seguimos moviéndonos casi por un mismo círculo. El hombre no se da cuenta de que ya ha recorrido el mismo círculo muchas veces ni de que lo está volviendo a recorrer con la misma esperanza que lo ha impulsado antes. Después, la muerte frustra todas las esperanzas y vuelve a comenzar el círculo. El hombre se mueve en círculo, como el buey en una noria.

Podemos salvarnos de este daño, pero necesitamos un gran nivel de conciencia y debemos experimentar continuamente. No podemos ponernos a esperar la muerte directamente, porque no es posible hacernos conscientes de pronto, en el transcurso de una operación tan importante, de un trauma tan grande. Tendremos que hacer experimentos poco a poco, con desgracias pequeñas, para descubrir cómo podemos ser conscientes mientras las pasamos.

Por ejemplo, tenemos un dolor de cabeza. Al mismo tiempo nos volvemos conscientes y empezamos a sentir que tenemos un dolor de cabeza, no que la cabeza tiene un dolor. De modo que tendremos que experimentar con el pequeño dolor de cabeza y tendremos que aprender a sentir que "el dolor está en la cabeza y yo soy consciente de él".

Cuando el Swami Ram visitó América, a la gente le costaba mucho entenderlo al principio. Cuando el presidente de los Estados Unidos le hizo una visita, también se sintió confuso. Preguntó: "¿Qué lengua es ésa?"; porque Ram solía hablar en tercera persona. No decía "Tengo hambre", sino que decía: "Ram tiene hambre." No decía: "Me duele la cabeza", sino "A Ram le duele mucho la cabeza."

Al principio, a la gente le costaba mucho entenderlo. Por ejemplo, una vez dijo: "Anoche, Ram se estaba helando." Cuando le preguntaron de quién hablaba, respondió que hablaba de Ram. Cuando le preguntaron: "¿De qué Ram?", dijo, señalándose a sí mismo: "De éste Ram: el pobre se estaba helando de frío anoche. Nos reíamos y le preguntábamos: "¿Cómo va el frío, Ram?"

Decía: "Ram estaba paseando por la calle y algunas personas se pusieron a insultarlo. Nos reímos a carcajadas y dijimos: "¿Qué te parecen los insultos, Ram? Si buscas honra, es fácil que te encuentres con insultos". Cuando le preguntaban: "¿De quién habla? ¿Quién es ese Ram?", se señalaba a sí mismo.

Tendréis que empezar por hacer experimentos con desgracias de tipo menor. Os las encontraréis todos los días de la vida; están presentes todos los días. No sólo las desgracias: tendréis que incluir también la felicidad en el experimento, porque es más difícil ser conscientes en la felicidad que en la desgracia. No es tan difícil conocer que nuestra cabeza y el dolor que hay en ella son dos cosas independientes, pero es más difícil conocer que "el cuerpo es independiente, y la alegría de estar sano también es independiente de mí; yo tampoco soy eso". Es difícil mantener este distanciamiento cuando estamos sanos, pues en los momentos de felicidad nos gusta estar próximos a ésta. En los momentos de desgracia es evidente que nos gusta sentirnos independientes, apartados de ella. Si llegase a quedar claro que el dolor es independiente de nosotros, querríamos que siguiera así para estar liberados del dolor.

Tendréis que experimentar el modo de manteneros conscientes tanto en la desgracia como en la felicidad. El que realiza tales experimentos suele provocarse desgracias para vivirlas. Éste es, en esencia, el secreto de todo ascetismo: es un experimento en el cual se sufre un dolor voluntario. Por ejemplo, una persona realiza un ayuno. A base de pasar hambre, intenta descubrir el efecto del hambre sobre su conciencia. En general, la persona que realiza un ayuno no tiene la menor idea de lo que hace: lo único que sabe es que tiene hambre, y espera con avidez su comida del día siguiente.

El propósito fundamental del ayuno es sentir que "el hambre está aquí, pero está lejos de mí. El cuerpo tiene hambre, yo no." Así pues, induciendo voluntariamente el hambre, uno intenta saber, desde dentro, si el hambre está allí. "Ram tiene hambre; yo no tengo hambre. Sé que el hambre está allí, y éste deberá ser un conocimiento continuado hasta que yo llegue a un punto en que se produzca un distanciamiento entre el hambre y yo, en el que yo ya no tenga hambre: aun dentro del hambre yo ya no tengo hambre. Sólo el cuerpo sigue teniendo

hambre, y yo lo sé. Yo ya no soy más que uno que lo sabe." Entonces, el significado del ayuno se vuelve muy profundo; por tanto, ya no significa simplemente pasar hambre.

Normalmente, el que emprende un ayuno se repite las veinticuatro horas del día que tiene hambre, que no ha comido nada aquel día. Su mente no deja de albergar fantasías y planes sobre lo que comerá al día siguiente. Los ayunos de este tipo no tienen sentido. Por consiguiente, no son más que abstenerse de comer. La diferencia entre abstenerse de comer y practicar el ayuno, el *upavas*, es la siguiente: el ayuno significa residir cada vez más cerca. ¿Más cerca de qué? Significa acercarse al yo produciendo un distanciamiento del cuerpo.

La palabra "upavas" no significa abstenerse de comer. "Upavas" significa residir cada vez más cerca. ¿Más cerca de qué? Significa residir más cerca del yo, residir más cerca del yo y más lejos del cuerpo. También es posible que una persona coma pero se mantenga en el estado de ayuno. Si, mientras come, sabe dentro de sí que el acto de comer tiene lugar en otra parte y que la conciencia es totalmente independiente del acto, entonces es upavas. Y también es posible que una persona no esté ayunando de verdad. Aunque se haya privado de la comida; pues puede suceder que esté demasiado consciente de tener hambre, que se esté muriendo de hambre. Upavas es una conciencia psicológica de la separación del yo y el estado físico del hambre.

También se pueden provocar voluntariamente otros dolores similares, pero la provocación de estos dolores es un experimento muy profundo. Un hombre puede tumbarse sobre un lecho de espinos sólo para sentir que los espinos sólo pinchan el cuerpo, y no su yo. Así, es posible provocar una desgracia para sentir la disociación de la conciencia con respecto al plano físico.

Pero en el mundo ya aparecen bastantes desgracias sin que las provoquemos: no hace falta que provoquemos ninguna más. Ya disponemos de muchas desgracias: debemos empezar a experimentar con ellas. Las desgracias aparecen sin ser provocadas, en todo caso. Si podemos mantener la conciencia de que "soy independiente de mi dolor" durante la desgracia que viene sin ser provocada, entonces el sufrimiento se convierte en un *sadhana*, en una disciplina espiritual.

Tendremos que seguir practicando este sadhana aun con la felicidad que se ha presentado por sí misma. Con el sufrimiento, es posible que consigamos engañarnos a nosotros mismos, porque nos gustaría creer que "yo no soy el dolor". Peri, por lo que respecta a la felicidad, el hombre quiere identificarse con ella, porque ya cree que "soy feliz". Por eso, el sadhana es más difícil todavía de practicar con la felicidad.

En realidad, nada es más difícil que sentir que somos independientes de nuestra felicidad. En la práctica, al hombre le gusta sumergirse por completo en la felicidad y olvidarse que es independiente de ella. La felicidad nos inunda; la desgracia nos desconecta y nos separa del yo. Llegamos a creer, de algún modo, que nuestra identificación con el sufrimiento se debe únicamente a que no nos queda ninguna otra elección, pero damos la bienvenida a la felicidad con todo nuestro ser.

Sed conscientes en el dolor que os llegue; sed conscientes en la realidad que os llegue; y, de vez en cuando, a modo de experimento, sed conscientes también en el dolor provocado, porque en él las cosas son un poco diferentes. Nunca podemos identificarnos plenamente con nada que nos provoquemos voluntariamente. El conocimiento mismo de que es algo provocado genera un distanciamiento. El huésped que se presenta en vuestra casa no es de la casa: es un huésped. Del mismo modo, cuando provocamos el sufrimiento como huésped, ya es algo que está distanciado de nosotros.

Caminando descalzos, y el dolor nos clava una espina en el pie. Es un accidente, y el dolor será abrumador. Este accidente desgraciado es diferente del que se produce cuando tomamos voluntariamente una espina y nos la clavamos en el pie, sabiendo en cada momento que nos estamos atravesando el pie con la espina y que estamos observando el dolor. No os digo que hagáis tal cosa, que os torturéis a vosotros mismos: ya existen bastantes sufrimientos. Lo que quiero decir es lo siguiente: en primer lugar, estad atentos, tanto en el sufrimiento como en la felicidad; más tarde, algún día, provocaos alguna desgracia y ved cuanto podéis distanciar de ella vuestra conciencia.

Recordadlo: el experimento de provocar la desgracia es muy significativo, porque todo el mundo quiere provocar la felicidad, pero nadie quiere provocar la desgracia. Y lo interesante es que la desgracia que no deseamos viene por sí misma, y que la felicidad que buscamos no llega nunca. Aun cuando llega por casualidad, se queda fuera de nuestra puerta. La felicidad a la que llamamos no llega nunca, mientras que la felicidad que no pedimos nunca entra en casa por sí sola. Cuando una persona hace acopio de la fuerza suficiente para provocarse la desgracia, eso quiere decir que es tan feliz que puede provocarse una desgracia. Es tan bienaventurado que no le resulta difícil provocarse una desgracia. Ahora puede pedir a la desgracia que venga y que se quede.

Pero éste no es un experimento muy profundo. Mientras no estemos preparados para emprender tal experimento, debemos intentar ser conscientes de todo sufrimiento que nos llegue por sí mismo. Si nos hacemos más y más conscientes cada vez que nos crucemos con la desgracia, haremos acopio de la capacidad suficiente para mantenernos conscientes incluso cuando nos llegue la muerte. En ese momento la naturaleza nos permitirá que permanezcamos despiertos también en la muerte. La naturaleza sabe que si el hombre es capaz de permanecer consciente en el dolor, también puede mantenerse consciente en la muerte. Nadie es capaz de mantenerse consciente en la muerte sin preparación, sin haber vivido una experiencia previa de ese tipo.

Hace algunos años murió un hombre llamado P.D. Ouspensky. Era un gran matemático ruso. Es la única persona que ha realizado en este siglo una amplia serie de experimentos relacionados con la muerte. Tres meses antes de morir cayó gravemente enfermo. Los médicos le recomendaron que guardase cama, pero, a pesar de ello, realizó un trabajo tan increíble que resulta inimaginable. No dormía por las noches, viajaba, caminaba, corría, siempre estaba moviéndose. Los médicos estaban escandalizados: le decían que necesitaba descanso absoluto. Ouspensky reunió a su lado a todos sus amigos íntimos, pero no les dijo nada.

Los amigos que convivieron con él en sus tres últimos meses de vida, dijeron más tarde que habían visto por primera vez, ante sus propios ojos, a un hombre que aceptaba la muerte en estado consciente. Le preguntaron por qué no seguía los consejos de los médicos. Ouspensky respondió: “Quiero conocer el dolor de todo tipo, no sea que el dolor de la muerte sea tan grande que me deje inconsciente. Quiero pasar por todos los dolores antes de la muerte, para adquirir una resistencia que me permita estar completamente consciente cuando llegue la muerte.” De modo que, durante tres meses, realizó un esfuerzo ejemplar por pasar todo tipo de dolores.

Sus amigos han dejado escrito que cuando los más sanos y fuertes se cansaban, Ouspensky seguía en actividad. Los médicos insistían en que necesitaba reposo absoluto, pues de lo contrario podía sufrir grandes daños, pero él no hacía caso. La noche en que murió Ouspensky, no dejaba de pasearse por su habitación. Los médicos que lo examinaron anunciaron que sus piernas ya no tenían la fuerza necesaria para andar; pero él siguió caminando toda la noche.

Decía: “Quiero morir caminando, pues si muero sentado puedo quedarme inconsciente, o si muero dormido puedo quedarme inconsciente.” Mientras caminaba, decía a sus amigos: “Un poco más: diez pasos más, y todo habrá terminado. Me estoy hundiendo, pero seguiré caminando hasta que haya dado mi último paso. Quiero seguir haciendo algo hasta el final; de lo contrario, la muerte podrá encontrarme desprevenido. Podría relajarle y quedarme dormido, y no quiero que me pase esto en el momento de la muerte.”

Ouspensky murió mientras daba su último paso. Muy pocas personas en el mundo han muerto así, andando. Cayó andando, es decir, que sólo cayó al suelo cuando se produjo su muerte. Mientras daba su último paso, decía: “Esto es: éste es mi último paso. Ahora estoy a punto de caer. Pero antes de marcharme quiero deciros que he soltado mi cuerpo hace mucho tiempo. Ahora veréis la liberación de mi cuerpo, pero yo he visto hace mucho tiempo que el cuerpo ha caído y yo sigo existiendo. Ahora sólo caerá el cuerpo: yo no puedo caer de ninguna manera.”

En el momento de su muerte, sus amigos vieron una especie de luz en sus ojos. Se hizo visible una paz, una alegría y un resplandor que se dejan ver cuando alguien está en el umbral del otro mundo. Pero uno debe prepararse para esto, debe practicar una preparación continua. Cuando una persona se prepara plenamente, la muerte se convierte en una experiencia maravillosa. No existe otro fenómeno tan valioso como éste, pues lo que se revela en el momento de la muerte no se puede conocer de ninguna otra manera. Entonces, la muerte parece una amiga, pues sólo cuando acontece la muerte, y no antes, podemos conocer que somos un organismo vivo.

Recordadlo: cuanto más oscura es la noche, más brillan las estrellas. Cuando las nubes son oscuras, el rayo destaca sobre ellas como un hilo de plata. Del mismo modo, el centro mismo de la vida se manifiesta con toda su gloria cuando la muerte en su plenitud nos rodea por todas partes, y no antes. La muerte nos rodea como la oscuridad, y dentro de ella, el centro mismo de la vida, al que podemos llamar *atman,* el alma, brilla con su esplendor pleno; la oscuridad que lo rodea lo hace luminoso. Pero en ese momento nos quedamos inconscientes. En el momento mismo de la muerte, que podía ser de otro modo el momento en que conociésemos nuestro ser, nos quedamos inconscientes. Por eso, tendremos que prepararnos para elevar nuestra conciencia. La meditación es esa preparación.

La meditación es un experimento sobre el modo en que uno alcanza una muerte gradual, voluntaria. Es un experimento sobre el modo en que uno se traslada a su interior y abandona después el cuerpo. Si una persona practica la meditación a lo largo de la vida, alcanzará la meditación total en el momento de la muerte.

Cuando se produce la muerte en estado pleno de conciencia, el alma de la persona realiza su nacimiento siguiente en estado pleno de conciencia. Por tanto, el primer día de su nueva vida no es un día de ignorancia, sino de conocimiento pleno. Incluso en el vientre de su madre está plenamente consciente. El que ha muerto en estado de conciencia sólo puede nacer una vez más, porque el que ha conocido lo que es el nacimiento, lo que es la muerte y lo que es la vida, alcanza la libración.

Al que ha nacido en estado de conciencia lo hemos llamado *avatara, tirthankara,* Buda, Jesús, Krishna. Y lo que distingue a éstos del resto de nosotros es la conciencia. Ellos están despiertos y nosotros estamos dormidos. Por haber nacido conscientemente, éste se convierte en su último viaje sobre la tierra. Tienen algo que nosotros no tenemos; tienen algo que ellos procuran incansablemente traernos a nosotros. La diferencia entre los despiertos y nosotros es, sencillamente, la siguiente: su última muerte y el nacimiento posterior tuvo lugar en un estado de conciencia: por eso viven toda su vida en estado de conciencia.

Las gentes del Tíbet practican un pequeño experimento llamado “el Bardo.” Es un experimento muy valioso que sólo se realiza en el momento de la muerte. Cuando alguien está a punto de morir, sus conocidos se reúnen a su alrededor y le hacen practicar el Bardo. Pero sólo al que ha practicado la meditación durante toda su vida se le puede hacer seguir el Bardo; de lo contrario, es imposible. En el experimento del Bardo, en cuanto muere la persona, se le indica desde el exterior que debe mantenerse plenamente despierta. Se le dice que siga observando lo que pasa a continuación, pues muchas veces pasan en ese estado cosas que la persona que está muriendo no es capaz de comprender. No es fácil entender a primera vista los fenómenos nuevos.

Si una persona es capaz de mantenerse consciente tras la muerte, durante cierto tiempo no sabrá que está muerta. Sólo llegará a saber con seguridad que está muerta cuando los demás se lleven su cadáver y se dispongan a incinerarlo en la pira funeraria; pues, en realidad, nada muere dentro: sólo se produce un distanciamiento. Este distanciamiento no se ha conocido nunca en vida. La experiencia es tan nueva que no es posible comprenderla por una definición convencional. La persona siente, simplemente, que algo se ha separado. Pero ha muerto algo, y eso sólo lo comprende cuando todos los que la rodean se ponen a llorar y a lamentarse, se inclinan sobre su cadáver llenos de dolor y se disponen a llevarse el cadáver para incinerarlo.

Si incineramos el cadáver tan pronto, es por un motivo. Quemamos o incineramos el cadáver en cuanto podemos para asegurarnos de que el cuerpo está muerto, de que se reduce a

cenizas. Pero la persona sólo puede saberlo si ha muerto en estado consciente; la persona que muere en estado inconsciente no puede saberlo. Así pues, para que la persona que practica el Bardo vea quemarse su cuerpo, se le indica: "Mira bien cómo arde tu cuerpo. No huyas ni te apartes apresuradamente. Cuando la gente se lleve tu cuerpo para incinerarlo, no dejes de acompañarlos y de estar allí presente. Contempla con perfecta atención la cremación de tu cuerpo, para que la próxima vez no te apegues al cuerpo físico."

Cuando vemos que algo se quema y se reduce a cenizas, nuestro apego hacia ello desaparece. Naturalmente, los demás verán la cremación de vuestro cuerpo, pero si vosotros la veis también, perderéis todo apego hacia él. Normalmente, en novecientos noventa y nueve casos de cada mil, la persona está inconsciente en el momento de la muerte: no tiene ningún conocimiento de ella. En el caso restante, de cada mil en el que está consciente, evita ver cómo se quema su cuerpo; huye del lugar de la cremación. Por eso, en el Bardo se le dice: "Mira: no te pierdas la oportunidad. Observa la cremación de tu cuerpo; contémplala de una vez por todas. Mira cómo se destruye por completo aquello con lo que has estado identificado tu yo. Mira cómo se reduce completamente a cenizas, para que en tu próximo nacimiento recuerdes quién eres."

En cuanto la persona muere, entra en un mundo nuevo del que no sabemos nada. Ese mundo puede parecernos temible y terrorífico porque no es semejante ni distinto de ninguna de nuestras vivencias. En realidad, no tiene relación alguna con la vida en la Tierra. Enfrentarse a este mundo nuevo es más temible que lo que tendría que pasar un hombre que se encontrase en un país desconocido, donde no conociera a nadie, ni entendiera la lengua ni las costumbres. Evidentemente, se sentirá muy perturbado y confuso.

El mundo en el que vivimos es un mundo de cuerpos físicos. Cuando dejamos este mundo comienza el mundo incorpóreo, un mundo que no hemos conocido nunca. Y este mundo puede darnos miedo, porque es diferente de cualquiera de nuestras vivencias. En nuestro mundo, por extraño que sea el lugar donde estemos, por diferentes que sean de nosotros los habitantes y sus modos de vida, siempre existirá un vínculo entre ellos y nosotros: es un mundo de seres humanos. Entrar en el mundo de los espíritus incorpóreos puede ser una experiencia increíblemente terrorífica.

Normalmente, la pasamos en un estado inconsciente, por lo cual no la advertimos. Pero el que pasa por ella en estado consciente sufre grandes dificultades. Por eso, en el Bardo se intenta explicar a la persona qué tipo de mundo será, qué pasará allí, con qué seres se encontrará. Sólo los que han practicado la meditación profunda pueden ser guiados a lo largo de este experimento; de otro modo, es imposible.

Últimamente he tenido frecuentemente la impresión de que podemos realizar el experimento del Bardo, en una manera u otra, con nuestros amigos que practican la meditación. Pero esto sólo es posible cuando han entrado en la meditación profunda; de lo contrario, ni siquiera serían capaces de oír lo que se les dice. No serían capaces de oír lo que se les dice en el momento de la muerte, ni de seguir lo que se les explica. Para seguir lo que se dice se necesita una mente muy silenciosa y muy vacía. Cuando la conciencia empieza a desvanecerse y a desaparecer, y cuando empiezan a desatarse todos los vínculos terrenales, sólo una mente muy silenciosa es capaz de oír los mensajes que se transmiten desde este mundo; si no es muy silenciosa, no será capaz de oírlos.

Recordarlo: esto sólo se puede hacer con respecto a la muerte; nada puede hacerse con respecto al nacimiento. Pero cualquier cosa que hagamos con respecto a la muerte afectará también, en consecuencia, a nuestro nacimiento. Nacemos en el mismo estado en que morimos.

El que ha despertado elige libremente un vientre. Esto demuestra que nunca elige nada ciega e inconscientemente. Elige a sus padres, del mismo modo que el hombre rico elige la casa donde vive. El pobre no puede elegir casa a su gusto. Necesitamos de cierta capacidad para poder elegir. Necesitamos de cierta capacidad para comprar una casa. El pobre nunca elige su casa. Podríamos decir; en realidad, que la casa elige al pobre: una casa pobre elige a un inquilino pobre. El millonario decide dónde quiere residir, cómo ha de ser el jardín, dónde han de estar situadas las puertas las ventanas, si la luz del sol ha de entrar por el

este o por el oeste, cómo debe estar dispuesta la ventilación, qué amplitud ha de tener la casa… lo decide todo.

El que ha despertado elige un vientre para sí mismo: ésa es su decisión. Los personajes como Mahavira o Buda no nacen en cualquier parte ni en cualquier momento. Nacen después de considerar todas las posibilidades: cómo será el cuerpo y qué padres lo concebirán; cómo será la energía y qué poder tendrá ésta; de qué facilidades dispondrá. Nacen después de estudiar todo esto. Tienen claro lo que han de elegir, dónde deben ir. Desde el día en que nacen viven la vida que han elegido.

La alegría de vivir una vida elegida por uno mismo es completamente diferente, pues la libertad comienza por tener una vida elegida por nosotros mismos. No puede haber una alegría del mismo tipo en una vida que se nos entrega, pues entonces se convierte en servidumbre. En estos casos, simplemente somos empujados a la vida, y entonces lo que suceda, sucede: la persona no influye para nada al respecto.

Si se hace posible tal despertar, entonces se puede hacer, decididamente, esa elección. Si el nacimiento mismo sucede por elección nuestra, entonces podemos vivir el resto de nuestras vidas a nuestra elección. Así pues, podemos vivir como un *jivan-mukta*. El que muere en estado despierto nace en estado despierto, y entonces vive su vida en estado de liberación.

Oímos con frecuencia la palabra "jivan-mukta", aunque quizás no sepamos lo que quiere decir: "Jivan-mukta" es el que nace en estado despierto: sólo esa persona puede ser un jivan-mukta. La persona que no lo es puede trabajar toda su vida por conseguir la liberación, pero sólo puede alcanzar la liberación en su vida siguiente: no será libre en esta vida. Para ser jivan-mukta en esta vida, la persona debe disponer de la libertad de elegir desde el día mismo de su nacimiento. Y esto sólo es posible cuando la persona ha alcanzado la conciencia plena en el momento de la muerte al final de su vida anterior.

Pero esto no es lo que nos ocupa de momento. La vida está aquí; todavía no ha llegado la muerte, de momento. Ha de llegar con seguridad: nada es más seguro que la muerte. Podemos dudar de otras cosas, pero no cabe duda alguna con respecto a la muerte. Algunas personas dudan de Dios; otras dudan del alma, pero jamás habréis conocido a nadie que dude de la muerte. Es inevitable; ha de venir con toda seguridad; ya está en camino. Se aproxima más y más a cada instante. Podemos aprovechar los momentos que nos quedan antes de la muerte para despertar. La meditación es una técnica que conduce a ese fin. En estos tres días intentaré ayudaros a comprender que la meditación es la técnica que conduce a ese mismo despertar.

Un amigo ha preguntado: *¿Qué relación hay entre la meditación y el jati-smaran, el recuerdo de las vidas anteriores?*

"JATI-SMARAN" SIGNIFICA: "El método para recordar las vidas anteriores." Es una manera de recordar nuestras existencias pasadas. Es una forma de meditación. Es una aplicación concreta de la meditación. Por ejemplo, alguien podría preguntarnos: "¿En qué se diferencia un río de un canal?" Le responderíamos que el canal es una aplicación concreta del río: bien planeado, controlado y sistematizado. El río es caótico, incontrolado. También llegará a alguna parte, pero su destino es incierto. El destino del canal está garantizado.

La meditación es como un río grande; llegará al mar; es seguro que ha de llegar al mar. La meditación con toda seguridad os llevará hasta Dios. Pero también existen otras aplicaciones intermedias de la meditación. Estas aplicaciones intermedias pueden llevarse, como pequeños afluentes, a los canales de la meditación. El jati-smaran es uno de estos métodos auxiliares de meditación. También podemos canalizar el poder de la meditación hacia nuestras vidas anteriores; la meditación no es más que centrar la atención. Pueden existir aplicaciones en las que uno centra su atención sobre un objeto dado, y una de estas aplicaciones es el jati-smaran: centrarse en los recuerdos, en estado latente, de las vidas anteriores.

Recordadlo: los recuerdos no se borran jamás; un recuerdo siempre se queda en estado latente, o sale a la luz. Pero el recuerdo en estado latente parece borrado. Si yo os pregunto qué hicisteis el 1° de enero del año 1950, no seréis capaces de responderme. Eso no quiere decir que no hayáis hecho nada en ese día. Pero, de pronto, el día primero de enero de 1950 parece un vacío total. No pudo estar vacío: estuvo lleno de actividad. Pero hoy parece un vacío. Del mismo modo, el día de hoy se convertirá también en un vacío mañana. Dentro de diez años no quedará ningún rastro del día de hoy.

Así pues, no es que el día primero de enero de 1950 no haya existido, ni que vosotros no existierais aquel día: lo que quiero dar a entender es que, dado que sois incapaces de recordar aquel día, ¿cómo podéis creer que existió verdaderamente? Pero sí existió, y hay una manera de saberlo. La meditación también puede centrarse en esa dirección. Descubriréis con sorpresa que en cuanto la luz de la meditación recaiga sobre ese día, éste os parecerá más vivo que nunca.

Imaginad, por ejemplo, que una persona está en un cuarto oscuro dirigiendo de un lado a otro la luz de un foco. Cuando dirige la luz hacia la izquierda, la parte derecha se queda a oscuras, pero no desaparece nada a la derecha. Cuando dirige la luz hacia la derecha, la parte derecha cobra vida de nuevo, pero la parte izquierda queda oculta en la oscuridad.

La meditación tiene un centro de enfoque, y si queremos canalizarla en una dirección concreta debemos utilizarla como un foco. Pero si queremos dirigir la meditación hacia lo divino, entonces debemos aplicar la meditación como una lámpara. Procurad entender bien esto.

La lámpara no tiene centro de enfoque propio: no está enfocada. La lámpara se limita a arrojar una luz que se difunde a su alrededor. A la lámpara no le interesa iluminar en una dirección o en otra: todo lo que caiga dentro del radio de su luz se ilumina. Pero un foco es como una lámpara enfocada.

Con el foco disponemos de toda la luz para dirigirla en una dirección determinada. Así pues, es posible que con una lámpara los objetos se hagan visibles pero difusos, y que para verlos claramente tengamos que concentrar toda la luz en un solo punto; se convierte en un foco. Entonces el objeto se vuelve claramente visible, pero los demás objetos se pierden de vista. En la práctica, si una persona quiere ver claramente un objeto, tendrá que enfocar su meditación total en una sola dirección y dejar a oscuras el resto.

El que quiera conocer directamente la verdad de la vida desarrollará su meditación como una lámpara: ése será su propósito único. Y, en realidad, el único propósito de la lámpara es verse a uno mismo; basta con que brille lo bastante para esto, y no hace falta nada más. Pero si debemos dar una aplicación especial a la lámpara, tal como recordar las vidas pasadas, entonces será preciso canalizar la meditación en una dirección determinada.

Voy a compartir con vosotros dos o tres indicaciones sobre el modo de canalizar la meditación en esa dirección. No os daré todas las indicaciones porque lo más probable es que a muy pocos de vosotros os interese aplicarlas, y si a alguno le interesa puede hablar personalmente conmigo. Citaré, pues, dos o tres indicaciones que en realidad no os permitirán experimentar con el recuerdo de las vidas anteriores, pero que os darán ciertas nociones. No lo expondré todo porque no es recomendable para todos experimentar con esta idea. Por otra parte, este experimento puede poneros en peligro en muchos casos.

Voy a contaros un incidente para que os quede claro lo que os digo. Una profesora estuvo practicando la meditación conmigo durante dos o tres años. Ella insistía mucho en experimentar con el jati-smaran, en conocer su vida anterior. Yo la ayudé a realizar el experimento; pero también le advertí de que sería mejor que no lo realizase hasta que no hubiera desarrollado plenamente su meditación, de lo contrario podía ser peligroso.

Los recuerdos de una sola vida ya son difíciles de soportar por sí solos. Si los recuerdos de las tres o cuatro vidas anteriores salvan la barrera e inundan a la persona, ésta puede volverse loca. Por eso, la naturaleza ha dispuesto las cosas de tal manera que siempre olvidamos el pasado. La naturaleza nos ha provisto de la capacidad de olvidar más de lo que recordamos, para que nuestra mente no tenga una carga mayor de la que puede soportar. La carga mayor sólo se puede soportar cuando ha aumentado la capacidad de nuestra mente, y si

el peso de estos recuerdos recae sobre nosotros antes de haber aumentado esta capacidad, entonces empiezan los problemas. Pero ella insistía. No tenía en cuenta mis consejos y emprendió el experimento.

Cuando la invadió por fin la inundación de los recuerdos de su vida anterior, vino corriendo a verme hacia las dos de la madrugada. Estaba hecha un lío; estaba muy angustiada. Me dijo: "Esto tiene que parar de alguna manera. No quiero ver nunca ese aspecto de las cosas." Pero no es tan fácil detener la marea de los recuerdos cuando se ha desbordado. En muy difícil cerrar la puerta cuando la han tirado abajo: la puerta no sólo se abre, sino que se rompe. Aquello duró unos quince días: sólo al cabo de ese tiempo cesó la oleada de recuerdos. ¿Cuál era el problema?

Aquella señora solía afirmar que era muy piadosa, que era una mujer de virtud impecable. Cuando se encontró con el recuerdo de su vida anterior, en la que había sido una prostituta, y cuando empezaron a salir a la luz las escenas de su prostitución, todo su ser se estremeció. Toda su moralidad sobre su vida presente se trastornó.

En las revelaciones de este tipo, no es como si las visiones pertenecieran a otro: la misma mujer que pasaba por casta se veía a sí misma como una prostituta. Suele suceder que las personas que se han prostituido en una vida anterior se vuelven profundamente virtuosas en la vida siguiente: es una reacción ante el sufrimiento de la vida anterior. Es el recuerdo del dolor y del daño de la vida anterior lo que la convierte en una mujer muy casta.

Suele suceder que las personas que fueron pecadoras en vidas anteriores se vuelven religiosas en esta vida. Por eso, existe una relación bastante profunda entre los pecadores y los religiosos. Suele producirse una reacción de este tipo, y ello se debe a que lo que llegamos a conocer nos hace daño y, por ello, nos pasamos al extremo opuesto.

El péndulo de nuestra mente no deja de moverse hacia el lado opuesto. En cuanto el péndulo llega a la izquierda oscila de nuevo hacia la derecha. Apenas ha tocado la derecha cuando vuelve a oscilar hacia la izquierda. Cuando veáis que el péndulo de un reloj se mueve hacia la izquierda, no dudéis de que está acopiando la energía suficiente para volver a dirigirse hacia la derecha: llegará a desplazarse hacia la derecha tanto como se desplazó hacia la izquierda. Del mismo modo suele suceder en la vida: la persona virtuosa se convierte en pecadora, y el pecador se vuelve virtuoso.

Esto es muy corriente: estás oscilaciones se producen en las vidas de todos. No creáis que es regla general que el que ha llegado a la santidad en esta vida ha debido de ser también un santo en su vida anterior. No necesariamente es así. Lo que se cumple necesariamente es exactamente lo contrario: está cargado del dolor de lo que tuvo que pasar en su vida anterior y ha girado en el sentido opuesto.

He oído contar lo siguiente:

UNA VEZ VIVÍA UN RELIGIOSO ante la casa de una prostituta. Ambos murieron el mismo día. Pero el alma de la prostituta había de subir al cielo, y la del religioso había de bajar al infierno. Los emisarios que habían llegado para llevárselos estaban muy desconcertados. No dejaban de preguntarse: "¿Qué ha pasado? ¿Es un error? ¿Por qué debemos llevar al religioso al infierno? ¿No era un religioso?

El más sabio de ellos dijo: "Era un religioso, en efecto, pero envidiaba a la prostituta. Siempre pensaba en las fiestas que organizaba en su casa y en los placeres que se disfrutaban allí. Las notas de la música que llegaban hasta su casa lo afectaban en lo más hondo. Ningún admirador de la prostituta que la contemplase sentado ante ella se conmovía tanto como él, que escuchaba los sonidos que salían de la casa de ella, las notas de los cascabeles que ella se ponía en los tobillos para bailar. Toda su atención estaba centrada en aquel lugar. Aun cuando adoraba a Dios, tenía atentos los oídos a los sonidos que salían de casa de ella.

"¿Y la prostituta? Mientras languidecía en el pozo de la desgracia, siempre se preguntaba por las bienaventuranzas desconocidas en que vivía el religioso. Cuando lo veía cargado de flores para el culto de la mañana, ella se preguntaba: "¿Cuándo seré digna de llevar flores para el culto del templo? Soy tan impura que apenas tengo valor para entrar

siquiera en el templo." El humo del incienso, el brillo de las lámparas, los sonidos del culto, arrebataban a la prostituta y la hacían caer en una especie de meditación, de lo que no era capaz el religioso. La prostituta siempre soñaba con la vida del religioso, y el religioso siempre anhelaba los placeres de la prostituta."

SUS INTERESES Y SUS ACTITUDES, tan diferente, tan opuestos entre sí, habían cambiado por completo. Esto suele suceder; y estos hechos siguen ciertas leyes.

Así pues, cuando a aquella profesora le llegó el recuerdo de su vida anterior, le dolió mucho. Le dolió porque le destrozó su amor propio. Lo que supo de su vida anterior la estremeció, y después quería olvidarlo. Yo ya le había advertido de antemano que no debía recordar su vida anterior sin prepararse a fondo.

Como me lo habéis preguntado, os daré algunas nociones básicas para que podáis comprender el significado del jati-smaran. Pero no os servirán para experimentar con ello. Los que quieran experimentar tendrán que estudiarlo por su cuenta.

La primera noción es que el propósito del jati-smaran es, simplemente, conocer la vida anterior de uno; para ello, debemos apartar nuestra mente del futuro. Nuestra mente está orientada al futuro y no al pasado. Normalmente, nuestra mente está centrada en el futuro; se desplaza hacia el futuro. La corriente de nuestros pensamientos está orientada hacia el futuro, y si nuestra mente está orientada hacia el futuro y no hacia el pasado es por el bien de la vida. ¿Por qué preocuparse del pasado? Se fue; se acabó; y lo que nos interesa es lo que ha de venir. Por eso preguntamos constantemente a los astrólogos lo que nos reserva el porvenir. Nos interesa descubrir lo que va a pasar en el futuro. El que quiere recordar el pasado tiene que renunciar, por completo, a todo interés por el futuro. Pues en cuanto el foco de la mente se centra en el futuro, en cuanto la corriente de los pensamientos ha empezado a dirigirse hacia el futuro, ya no es posible hacerla volver hacia el pasado.

Así pues, lo primero que hay que hacer es romper por completo con el futuro durante algunos meses, durante un periodo de tiempo determinado. La persona tiene que decidirse a no pensar en el futuro durante seis meses. Si se le presenta un pensamiento relacionado con el futuro, se limitará a saludarlo y a soltarlo; no se identificará con ninguna idea de futuro ni se dejará llevar por ella. Lo primero es, pues, pensar durante seis meses que no hay futuro y fluir hacia el pasado. Y así, en cuanto se suelta el futuro, la corriente de los pensamientos fluye hacia el pasado.

Para comenzar tenéis que retroceder en esta vida; no es posible regresar en seguida a una vida anterior. Y existen técnicas para retroceder en esta vida. Por ejemplo, como dije antes, no recordáis lo que hicisteis el día 1° de enero de 1950.

Existe una técnica para descubrirlo. Si entráis en la meditación que os he indicado, al cabo de diez minutos (cuando la meditación se haya hecho más profunda, cuando el cuerpo esté relajado, la respiración esté relajada, la mente esté tranquila), entonces dejad que lo único que os quede en la mente sea la pregunta: "¿Qué pasó el 1° de enero de 1950?" Dejad que toda vuestra mente se centre en eso. Si ésa es la única nota que resuena en vuestra mente, al cabo de varios días veréis de pronto que se levanta un telón: aparece el día primero de enero, y empezáis a vivir de nuevo todos y cada uno de los hechos de aquel día, desde la salida del sol hasta la noche. Y veréis el primero de enero con mucho más detalle del que pudisteis ver realmente en aquel día concreto, porque aquel día quizás no estabais tan conscientes. De modo que debéis empezar por hacer experimentos de regresión en esta vida actual.

Es muy fácil hacer regresiones hasta la edad de cinco años; se vuelve muy difícil llegar antes de esta edad. Y, en general, no podemos recordar lo que sucedió antes de los cinco años de edad; es el límite máximo que podemos alcanzar. Algunas personas pueden recordar hasta su tercer año de vida. Pero más allá se vuelve extremadamente difícil: se levanta como una barrera ante la entrada y todo se bloquea. La persona que adquiere la capacidad de evocar será capaz de despertar plenamente el recuerdo de cualquier día a partir de sus cinco años de edad. El recuerdo empieza a revivir por completo.

Después, hay que ponerlo a prueba. Por ejemplo, anotad en un papel los hechos de hoy y guardadlo bajo llave. Os años más tarde, recordad el día; leed la nota y comparad con ella vuestro recuerdo. Descubriréis con asombro que habéis sido capaces de evocar más cosas de las que habías anotado en el papel. Los sucesos volverán a vuestra memoria con toda seguridad.

El Buda ha llamado a esto *alaya-vigyan.* Hay un rincón de nuestras mentes al que el Buda ha llamado alaya-vigyan. "Alaya-vigyan" significa "el almacén de la conciencia". Así como nosotros guardamos todos nuestros trastos en el sótano de la casa, existe un almacén de la conciencia donde se recogen los recuerdos. Todo se guarda en él, nacimiento tras nacimiento. Nada se retira nunca de allí, porque el hombre no sabe nunca cuándo puede necesitar esas cosas. El cuerpo físico cambia, pero en nuestra existencia continuada ese almacén sigue existiendo, sigue con nosotros. Nunca sabemos cuándo podemos necesitarlo. Y sea lo que sea lo que hayamos hecho en nuestras vidas, lo que hayamos visto, conocido, vivido, todo ello se almacena allí.

Él que es capaz de recordar hasta la edad de cinco años puede llegar más allá de tal edad: no es demasiado difícil. La naturaleza del experimento será la misma. Más allá de los cinco años hay otra puerta que os conducirá hasta el punto de vuestro nacimiento, hasta el momento en que aparecisteis sobre la Tierra. Entonces nos encontramos con otra dificultad, porque los recuerdos de nuestra estancia en el vientre materno tampoco desaparecen nunca. Podemos introducirnos también en estos recuerdos, llegando hasta el instante de la concepción, hasta el momento en que se unen los genes de la madre y del padre y entra el alma. El hombre sólo puede entrar en sus vidas anteriores después de haber llegado a este punto; no es capaz de entrar en ellas directamente. Debemos realizar todo este viaje de regreso: sólo entonces es posible pasar también a la vida anterior.

Después de haber entrado en la vida anterior, el primer recuerdo que nos llegue será del último suceso que tuvo lugar en aquella vida. Recordad, no obstante, que esto provocará ciertas dificultades y que no tendrá mucho sentido. Es como si proyectamos una película marcha atrás o como si leemos una novela empezando por la última página: nos sentimos perdidos. Nuestra primera entrada en nuestra vida anterior, nos confundirá, porque la secuencia de los hechos estará en orden inverso.

Cuando volváis a vuestra vida anterior, os encontraréis en primer lugar con la muerte; después, con la vejes, con la juventud, con la infancia, y, por último, con el nacimiento. Estará en orden inverso, y en ese orden os resultará muy difícil entender las cosas. Así pues, cuando salga a la luz el recuerdo por primera vez os sentiréis tremendamente inquietos y agitados, porque es difícil entender las cosas; es como si vieseis una película o como si leyeseis una novela al revés. Quizás sólo seáis capaces de desentrañar un hecho después de reordenarlo varias veces. De modo que el mayor esfuerzo que hay que realizar al volver a los recuerdos de nuestra vida anterior es el de ver en orden inverso unos hechos que normalmente transcurren en orden normal. Pero, al fin y al cabo, ¿cuál es el orden normal, y cuál es el inverso? Es simplemente una cuestión de cómo entramos en el mundo y de cómo salimos de él.

Al principio sembramos una semilla, y la flor aparece al final. Pero si observamos este fenómeno al revés vendría en primer lugar la flor, seguida del capullo, de la planta, de las hojas y del brote, y lo último sería la semilla. Como no tenemos un conocimiento previo de este orden inverso, necesitamos mucho tiempo para reordenar coherentemente los recuerdos y para determinar claramente la naturaleza de los hechos. Lo más extraño es que vendrá en primer lugar la muerte, seguida de la vejez y de la enfermedad, y después vendrá la juventud: las cosas sucederán en orden inverso. O bien, si os casasteis y os divorciasteis, cuando repaséis el baúl de los recuerdos veréis en primer lugar el divorcio, seguido del amor y, después, del matrimonio.

Será extremadamente difícil seguir los sucesos de esta manera regresiva, porque normalmente comprendemos las cosas de una manera unidimensional. Nuestras mentes son unidimensionales. Es muy difícil ver las cosas en el orden contrario: no estamos acostumbrados a tal experiencia; estamos acostumbrados a movernos de manera lineal.

Haciendo un esfuerzo, no obstante, podemos comprender los sucesos de una vida pasada siguiendo, secuencialmente, el orden inverso. Sin duda, será una experiencia increíble.

Repasar los recuerdos siguiendo este orden inverso será una experiencia sorprendente, porque al ver en primer lugar el divorcio, después el amor y después el matrimonio quedará claro inmediatamente que el divorcio era inevitable: el divorcio era inherente al tipo de amor que se produjo: el divorcio era el único resultado posible del matrimonio que tuvo lugar. Pero en el momento de aquel matrimonio de la vida anterior no teníamos la menor idea de que acabaría en divorcio; y el divorcio fue consecuencia de ese matrimonio. Si viésemos todo esto en su integridad, entonces el enamoramiento de hoy sería algo completamente diferente, porque ahora podríamos ver de antemano el divorcio que tenía aparejado; ahora podríamos ver la enemistad que se avecina, antes incluso de establecer la amistad.

El recuerdo de la vida anterior dará la vuelta por completo a nuestra vida actual, porque ya no seréis capaces de vivir como vivisteis en vuestra vida anterior. En vuestra vida anterior tenías la opinión (e incluso ahora persiste esa opinión) de que el éxito y la felicidad grande se conseguían a base de labrar una fortuna. Lo que veréis primero en vuestra vida anterior será vuestro estado de infelicidad, antes de que veáis cómo ganasteis esa fortuna. Así veréis claramente que el hecho de ganar una fortuna, en lugar de ser una fuente de felicidad, os condujo en realidad a la infelicidad; y veréis que la amistad os condujo a la enemistad; que lo que tomabais por amor se convirtió en odio, y que lo que creías que era una unión se convirtió en separación. Entonces veréis por primera vez las cosas en su perspectiva correcta, con su trascendencia completa. Y estas consecuencias cambiarán vuestra vida, cambiarán por completo el modo en que vivís ahora. Será una situación completamente diferente.

HE OÍDO CONTAR QUE UN HOMBRE fue a visitar a un monje y le dijo:

-Le agradecería mucho que me aceptase como discípulo.

El monje se negó. El hombre le preguntó por qué no quería tomarlo como discípulo. El monje respondió:

-En mi nacimiento anterior tuve discípulos que se convirtieron más tarde en enemigos míos. Lo he visto todo, y ahora sé que tener discípulos es ganarse enemigo, que hacer amigos es sembrar las simientes de la enemistad. Ahora no quiero ganarme enemigos, para lo cual no tengo ningún amigo. Sé que basta con estar solo. Acercarnos a una persona equivale, en cierto modo, a alejarla de nosotros.

EL BUDA HA DICHO QUE EL ENCUENTRO con lo que nos agrada produce alegría, y que la despedida de lo que no nos agrada también produce alegría; que la despedida del ser querido que amamos nos produce dolor; y que el encuentro con el ser no querido también nos produce dolor. Así se creía y así se entendía. Pero más tarde llegamos a comprender que aquel al que llamamos el ser querido puede convertirse en el ser no querido, y que aquel al que considerábamos el ser no querido puede convertirse en el ser querido. Así, con la evocación de los recuerdos pasados, las situaciones existentes cambiarán radicalmente; se verán desde un punto de vista completamente diferente.

Estas evocaciones son posibles, aunque no son ni necesarias ni inevitables; y en algunas ocasiones estos recuerdos también pueden aparecer de improviso cuando practicamos la meditación. Si los recuerdos de las vidas pasadas llegan a presentarse de pronto (sin estar practicando ningún experimento; simplemente, en vuestra meditación normal), no os intereséis demasiado por ellos. Limitaos a mirarlos, a ser testigo de ellos; pues, normalmente, la mente es incapaz de soportar de pronto una turbulencia tan grande. Si uno intenta aguantarla, corre el claro peligro de volverse loco.

Una vez me trajeron a una niña que tenía unos once años y que, inesperadamente, había recordado tres de sus vidas anteriores. No había experimentado con nada: pero a veces se producen errores. Éste fue un error por parte de la naturaleza, y no una bendición que ésta otorgase a la niña: de algún modo, la naturaleza se había equivocado en su caso. Es como si

alguien tuviera tres ojos o cuatro brazos: es un error. Cuatro brazos serían mucho más débiles que dos brazos; cuatro brazos no podrían funcionar tan bien como dos. El cuerpo con cuatro brazos sería más débil, no más fuerte.

De modo que la niña, de once años, recordaba tres vidas anteriores, y su caso se estudió mucho. En su última vida anterior había vivido a unos ciento treinta kilómetros de donde yo vivo ahora, y en aquella vida había muerto a los sesenta años de edad. Las personas con las que vivió entonces viven ahora en mi ciudad, y ella los reconocía a todos. Entre una multitud de millares de personas fue capaz de reconocer a sus antiguos parientes: a su propio hermano, a sus hijas, a sus nietos, a sus hijas y a sus yernos. Fue capaz de reconocer a sus parientes lejanos y a contar muchas cosas de ellos que ellos mismos habían olvidado.

Su hermano mayor vive todavía. Tiene en la frente la cicatriz de una herida pequeña. Yo pregunté a la niña si sabía algo acerca de aquella cicatriz. La niña se rió y dijo: "Ni siquiera mi hermano lo sabe. Que él te diga cuándo y cómo se hizo aquella herida." El hermano no era capaz de recordar cuándo se había hecho la herida. Dijo que no tenía la menor idea.

La niña dijo: "El día de su boda, mi hermano se cayó del caballo del cortejo nupcial. Tenía entonces diez años." Los ancianos del pueblo confirmaron el relato, pues recordaban que, en efecto, el hermano se había caído del caballo. Y el hombre no recordaba aquel suceso. La niña mostró también un tesoro que había enterrado en la casa en la que había vivido en su vida anterior.

En aquella vida anterior había muerto a los sesenta años de edad, y en la vida anterior a aquella había nacido en un pueblo de la región de Assam. En aquella vida había muerto a los siete años. No sabía el nombre del pueblo ni su dirección, pero conocía la lengua de Assam, tal como la podía hablar una niña de siete años. También sabía bailar y cantar como una niña de siete años. Se hicieron muchas pesquisas, pero no fue posible localizar a la que fue su familia en aquella vida.

La niña tiene una experiencia vital de un total de sesenta y siete años, además de sus once años en esta vida. Tiene los ojos de una mujer de sesenta y cinco a setenta y ocho años, aunque en realidad sólo tiene once años. No puede jugar con las niñas de su edad, porque se siente demasiado vieja. Lleva consigo los recuerdos de setenta y ocho años; se ve a sí misma como una mujer de setenta y ocho años. No puede ir a la escuela porque, a pesar de que tiene once años, le parece que el maestro podría ser su hijo. Así pues, aunque su cuerpo sólo tiene once años, su mente y su personalidad son los de una mujer de setenta y ocho años. No es capaz de jugar ni de divertirse como hacen las niñas; sólo le interesan las cosas serias de las que suelen hablar las ancianas. Sufre mucho; está llena de tensión. Su cuerpo y su mente no están en armonía. Se halla en una situación muy triste y dolorosa.

Yo recomendé a sus padres que me trajeran a la niña y que me permitiesen ayudarla a olvidad los recuerdos de sus vidas anteriores. Así como existe un método para recuperar los recuerdos, también existe una manera de olvidarlos. ¡Pero todo aquel asunto encantaba a sus padres! Acudían multitudes a ver a la niña; empezaban a venerarla. A los padres no les interesaba que ella se olvidase del pasado. Les advertí que la niña se volvería loca, pero ellos no hicieron caso. Hoy está al borde de la locura, pues no es capaz de soportar la carga de tantos recuerdos. Otro problema es que no hay manera de casarla. Le resulta difícil pensar en casarse cuando, en realidad, se siente como una anciana de setenta y ocho años. En ella no hay armonía de ninguna clase: su cuerpo es joven, pero su mente es vieja. Es una situación muy difícil.

Pero esto fue un accidente. También vosotros podéis atravesar esta frontera con un experimento. Pero no es necesario viajar en esta dirección, aunque los que lo deseen pueden experimentar. Pero antes de pasar al experimento es esencial que practiquen la meditación profunda para que sus mentes puedan volverse tan silenciosas y tan fuertes que, cuando las inunde la marea de los recuerdos, puedan aceptarlos como simples testigos. Cuando una persona es capaz de presenciar las cosas como un simple testigo, sus vidas anteriores no le parecen más que sueños. Entonces no lo atormentan los recuerdos: no significan para él nada más que los sueños.

Cuando uno consigue evocar las vidas anteriores y le empiezan a parecer como sueños, también su vida actual comienza a parecerle inmediatamente un sueño. Los que han llamado *maya* a este mundo no lo han hecho simplemente para defender una doctrina filosófica. Detrás de ello se encuentra el jati-smaran, el recuerdo de las vidas anteriores. Para el que ha recordado sus vidas anteriores, todo se ha convertido de pronto en un sueño, en una ilusión. ¿Dónde están sus amigos de las vidas anteriores? ¿Dónde están sus parientes, su mujer y sus hijos, las casas en las que vivió? ¿Dónde está aquel mundo? ¿Dónde está todo lo que le parecía tan real? ¿Dónde están aquellas preocupaciones que le quitaban el sueño? ¿Dónde están aquellos dolores y sufrimientos que le parecían tan insuperables, que llevaba como un peso a las espaldas? Y ¿qué fue de la felicidad que anhelaba? ¿Qué fue de todo aquello por lo que trabajó y por lo que se esforzó? Si sois capaces de recordar vuestra vida anterior, y si vivisteis setenta años, lo que vierais en esos setenta años ¿os parecería un sueño, o una realidad? En verdad, os parecería un sueño que vino y se marchitó.

He oído contar lo siguiente:

UNA VEZ EL HIJO DE UN REY yacía en su lecho de muerte. Llevaba ocho días en coma: no podían salvarlo, pero la muerte tampoco venía a llevárselo. El rey rezaba pidiendo por su vida, por una parte, pero era consciente, al mismo tiempo, de que todo está lleno de dolor y de sufrimiento y advertía la futilidad de la vida. El rey pasó ocho noches sin dormir, pero en la novena noche, hacia las cuatro de la madrugada, lo venció el sueño y empezó a soñar.

Solemos soñar con las cosas que no hemos conseguido en la vida; por eso, el rey, sentado junto a su único hijo, que se moría, soñó que tenía doce hijos fuertes y hermosos. Se vio como emperador de u gran reino, como rey de toda la Tierra, dueño de palacios grandes y bellos. Y se vio enormemente feliz. Y, mientras soñaba todo eso…

El tiempo transcurre más deprisa en los sueños; el tiempo de los sueños es completamente diferente del tiempo de nuestra vida diaria. En un sueño se puede saltar en un momento un intervalo de muchos años, y cuando nos despertamos nos parece difícil entender cómo hemos cubierto tantos años en un sueño que sólo ha durado unos momentos. En realidad, el tiempo transcurre muy deprisa en los sueños; podemos cubrir muchos años en un momento.

Así pues, mientras el rey soñaba con sus doce hijos y con las lindas esposas de éstos, con sus palacios y con su gran reino, el príncipe enfermo, que tenía doce años, murió. La reina dio un grito, y el sueño del rey quedó interrumpido bruscamente.

El rey se despertó, asustado. La reina, entristecida, le preguntó:

-¿Por qué pareces tan asustado? ¿Por qué no tienes lágrimas en los ojos? ¿Por qué no dices nada?

El rey respondió:

-No, no estoy asustado: estoy confuso. Me enfrento a un gran dilema. Me pregunto a quién debo llorar. ¿Debo llorar a los doce hijos que tenía hace un momento, o a este hijo que acabo de perder? Lo que me inquieta es que no sé quien ha muerto. Y lo más extraño es que, cuando yo estaba con aquellos doce hijos, no sabía nada de este hijo. No estaba en ninguna parte: no había rastro de él, ni de ti. Ahora que he salido del sueño, este palacio está aquí, tú estás aquí, mi hijo está aquí; pero aquellos palacios y aquellos hijos han desaparecido. ¿Qué es lo verdadero? ¿Es verdadero esto, o lo era aquello? No soy capaz de determinarlo.

CUANDO RECORDÉIS VUESTRAS VIDAS anteriores, os resultará difícil determinar si lo que veis en esta vida es verdadero o no. Os daréis cuenta de que ya habéis visto las mismas cosas muchas veces y de que nada ha durado para siempre: todo se ha perdido. Entonces os preguntaréis: "¿Es lo que veo ahora tan verdadero como lo que vi antes? Porque también esto pasará y se desvanecerá, como todos los sueños anteriores."

Cuando vemos una película, nos parece verdad. Cuando termina la película, tardamos algunos momentos en volver a nuestra realidad, en reconocer que lo que vimos en el cine no

era más que una ilusión. En concreto, muchas personas que suelen ser incapaces de manifestar sus sentimientos llegan a llorar cuando ven una película. Se sienten muy aliviadas, porque de lo contrario tendrían que buscar algún otro pretexto para liberar sus sentimientos. Se permiten llorar o reír en el cine. Cuando salimos de ver la película, lo primero que se nos ocurre es lo mucho que nos hemos identificado con lo que sucedía en la pantalla. Si vemos la misma película cada día, la ilusión se desvanece poco a poco. Pero también se nos olvida lo que nos pasó en la última película. Y cuando vamos a ver una película nueva, empezamos de nuevo a creernos lo que pasa en ella.

Si pudiéramos recuperar los recuerdos de nuestras vidas anteriores, nuestra vida actual también empezaría a parecernos un sueño. ¡Cuántas veces han soplado estos vientos! ¡Cuántas veces han pasado estas nubes por el cielo! Aparecieron y desaparecieron, y lo mismo pasará a estas que están aquí: ¡ya están desapareciendo! Si llegamos a darnos cuenta de esto, conoceremos lo que se llama maya. También conoceremos que todas las circunstancias, todos los sucesos, son irreales: nunca son idénticos, pero son transitorios. Llega un sueño: a éste le sigue otro, y a éste otro más. El peregrino parte de un momento dado y pasa al siguiente. Los momentos desaparecen uno tras otro, pero el peregrino sigue avanzando.

Así pues, se conocen a la vez dos cosas: en primer lugar, que el mundo objetivo es una ilusión, maya: sólo el observador es real; en segundo lugar, que las apariencias son falsas: sólo el espectador, sólo el testigo es verdadero. Las apariencias cambian cada día, siempre han cambiado: sólo el testigo, el observador, es el mismo que antes y no cambia. Y recordad que mientras las apariencias parezcan reales, vuestra atención no se centrará en el espectador, en el testigo. Sólo cuando las apariencias resultan irreales nos hacemos conscientes del testigo.

Por eso os digo, pues, que recordar las vidas pasadas es útil, pero sólo después de que hayáis profundizado en la meditación. Profundizad en la meditación para que alcancéis la capacidad de ver la vida como un sueño. Convertirse en mahatma, en hombre de vida santa, tiene tanto de sueño como convertirse en ladrón: podéis tener sueños buenos y sueños malos. Y lo más interesante es que el sueño de ser un mahatma tarda algún tiempo más en desaparecer, porque parece muy agradable. Así, el sueño de ser un mahatma es más peligroso que el sueño de ser un ladrón. Queremos prolongar nuestros sueños agradables, mientras que los dolorosos se disuelven por sí solos. Por eso suele suceder que el pecador consigue alcanzar a Dios mientras que el religioso no lo consigue.

Os he dicho algunas cosas sobre el recuerdo de vuestras vidas anteriores, pero tendréis que practicar la meditación para ello. Vamos a empezar a entrar dentro de nosotros mismos desde hoy mismo: sólo entonces podemos estar preparados para lo siguiente. Sin esta preparación es difícil entrar en las vidas anteriores.

Imaginaos, por ejemplo, una casa grande con bodegas subterráneas. Si un hombre que está fuera de la casa quiere entrar en la bodega, tendrá que entrar en la casa primero, pues a la bodega se accede desde dentro de la casa. Nuestras vidas anteriores son como bodegas. En cierta época vivimos allí, y después las abandonamos: ahora vivimos en otra parte. Pero ahora estamos en el exterior de la casa. Para desvelar los recuerdos de las vidas anteriores tenemos que entrar en la casa. Esto no tiene nada de difícil, de incómodo ni de peligroso.

Otro amigo ha preguntado: *Un amigo mío, que es yogui, afirma que en su vida anterior fue un gorrión. ¿Es posible esto?*

ES POSIBLE QUE EN TRANSCURSO de su evolución una persona haya sido un animal en una ocasión, pero no puede nacer de nuevo como animal. En el proceso de la evolución no podemos retroceder: es imposible el retroceso. Es posible avanzar desde la forma del nacimiento anterior, pero no es posible retroceder desde una forma avanzada de nacimiento. En este mundo no se vuelve atrás: no hay posibilidad de ello. Sólo hay dos caminos: o avanzamos, o nos quedamos donde estamos; no podemos retroceder.

Es como cuando un escolar aprueba el primer grado y pasa al segundo grado; pero, si suspende, se queda en el primer grado. Del mismo modo, si suspende el segundo grado podemos dejarlo allí, pero de ninguna manera podemos llevarlo de nuevo al primer grado. Nosotros podemos quedarnos en una especie durante mucho tiempo o avanzar a la especie siguiente, pero no podemos retroceder a una especie inferior a la que estábamos.

Es posible, verdaderamente, que una persona haya sido antes un animal o un pájaro: debe haberlo sido. Pero es otra cosa saber cuánto tiempo pasó en aquella especie. Si profundizamos en nuestras vidas anteriores, seremos capaces de evocar las especies por la que hemos pasado hasta ahora. Podemos haber sido un animal, un pájaro, un pequeño gorrión… especies cada vez inferiores. Alguna vez habremos sido seres tan inertes que resultaría difícil encontrar en nosotros algún indicio de conciencia.

También las montañas están vivas, pero apenas tienen conciencia. Son inertes en un noventa y nueve por ciento y sólo tienen un uno por ciento de conciencia. Cuando va evolucionando la vida, crece la conciencia y decrece el componente inerte. La divinidad es un cien por cien de conciencia. La diferencia entre divinidad y materia es una cuestión de porcentajes. La diferencia entre la divinidad y la materia es una cuestión de cantidad y no de calidad. Por eso, la materia puede llegar a convertirse en Dios.

No es extraño ni difícil aceptar que un ser humano haya podido ser un animal en su vida anterior. ¡Lo verdaderamente sorprendente es que, a pesar de ser humano, nos comportemos como animales! No tiene nada de sorprendente que en alguna vida anterior todos hayamos sido animales, pero aun siendo humanos nuestro nivel de conciencia puede ser tan bajo que podemos parecer humanos sólo a nivel físico. Si observamos nuestras tendencias parece que, aunque ya no somos animales, tampoco nos hemos convertido todavía en seres humanos: parece que nos hemos quedado atascados en un punto intermedio. En cuanto se presenta la oportunidad, no perdemos tiempo en volver de nuevo al nivel de los animales.

Imaginad, por ejemplo, que vais caminando por la calle como caballeros y que llega un tipo y os da de puñetazos y os insulta. Inmediatamente, el caballero que hay en vosotros se retira y os encontráis manifestando al mismo animal interior que debéis haber sido en alguna vida anterior. Si escarbáis un poco por debajo de la superficie, asoma la bestia que hay dentro; y sale a relucir con tanta violencia que uno se pregunta si aquella persona fue alguna vez un ser humano.

Nuestro estado de ser actual contiene todo lo que hemos sido antes. Existen estratos y estratos de todos los estados que hemos atravesado en el pasado. Si excavamos un poco dentro, podemos llegar a los estratos interiores de nuestro ser. Podemos llegar, incluso, al estado en que fuimos una piedra: también éste constituye un estrato interior. Muy dentro de nosotros somos todavía piedras; por eso, cuando alguien nos lleva a la fuerza hasta ese estrato, nos comportamos como piedras, podemos obrar como piedras. También podemos comportarnos como animales: de hecho, así lo hacemos. Lo que tenemos por delante no son más que nuestras potencialidades: no son estratos. Aunque algunas veces damos un salto y tocamos estas potencialidades, volvemos a caer al suelo.

Podemos ser dioses algún día, pero de momento no lo somos. Tenemos la potencialidad de volvernos divinos, pero lo que somos ahora está compuesto de lo que hemos sido en el pasado.

Hay, pues, dos cosas: si excavamos dentro de nosotros, nos encontramos con nuestros diversos estados pasados del ser; y si somos arrastrados hacia delante en la cadena de los nacimientos, conocemos los estados que tenemos por delante. Pero, del mismo modo que cuando damos un salto )despegamos del suelo por un segundo, pero volvemos a caer a tierra al cabo de un momento, algunas veces saltamos de nuestro estado animal y nos convertimos en seres humanos, pero después volvemos a caer en aquel mismo estado. Si lo observáis con cuidado, veréis que en un periodo de veinticuatro horas sólo somos verdaderos seres humanos de vez en cuando y en momentos determinados. Y todo esto lo sabemos demasiado bien.

Debéis de haber observado a los mendigos. Siempre van a pedir por la mañana. Nunca van al caer la tarde, porque es casi imposible que al caer la tarde alguien siga siendo un ser humano. El mendigo espera que la persona sea un poco humana por la mañana, cuando se

haya levantado descansada tras un buen sueño, fresca y alegre. No espera ninguna caridad al caer la tarde, porque sabe lo que ha tenido que pasar la persona a lo largo del día: la oficina, el mercado, los tumultos y las manifestaciones, los periódicos y los políticos: todo ello lo ha trastornado, necesariamente. Todo ha debido agravar y activar los estratos animales que tiene dentro. Al caer la tarde, el hombre está cansado; se ha convertido en una bestia. Por eso, en los cabarets veis a bestias que manifiestas tendencias bestiales. El hombre, cansado de ser humano durante todo el día, tiene ansia de alcohol, de ruido, de juego, de bailes, de espectáculos eróticos: quiere estar entre otras bestias. Los cabarets prestan sus servicios al animal que hay dentro del hombre. Por eso, las mañanas son más adecuadas para practicar la oración; por eso, la tarde es menos propicia para ello. En todos los templos suenan las campanas por la mañana; por la noche se abren las puertas de los cabarets, de los casino, de los espectáculos. Las prostitutas no pueden recibir clientes por la mañana: sólo reciben a sus clientes de noche.

Después de un duro día de trabajo, el hombre se convierte en animal; por eso, el mundo de la noche es diferente al mundo del día. La mezquita llama a la oración por la mañana, y el templo hace sonar sus campanas por la mañana. Existe cierta esperanza de que el hombre, recién despierto por la mañana, se vuelva hacia Dios; hay menos esperanza de que le pase esto a un hombre que está cansado, al anochecer.

Por el mismo motivo, existen grandes esperanzas de que los niños se vuelvan hacia Dios, pero hay menos esperanza para los viejos: están en el crepúsculo de sus vidas; la vida ya ha debido de quitarles todo. Por eso, debemos emprender el viaje en cuanto podamos, tan de mañana como podamos. Ya caerá la tarde por sí misma. Pero si ya hemos emprendido el viaje por la mañana, es más probable que, al caer la tarde, también nos encontremos en el templo.

Nuestro amigo tiene razón, pues, al preguntarse si es posible que una persona haya podido ser un animal o un ave en su vida anterior. Pero lo que debemos procurar es no seguir siendo pájaros ni bestias en esta vida.

ANTES DE PASAR A LA MEDITACIÓN, vamos a comprender algunas cosas. En primer lugar, debéis dejaros llevar completamente. Si os retraéis aunque sólo sea un poco, eso será un obstáculo para la meditación. Dejaos llevar como si estuvieseis muertos, como si os hubieseis muerto de verdad. Hay que aceptar la muerte como si ya hubiera llegado, como si hubiera muerto todo lo demás y nos estuviésemos hundiendo cada vez más hondo, dentro de nosotros. Ahora sólo sobrevivirá lo que sobrevive siempre: Soltaremos todo lo demás que pueda morir. Por eso he dicho que éste es un experimento con la muerte.

Este experimento tiene tres partes. La primera es la relajación del cuerpo; la segunda es la relajación de la respiración; la tercera es la relajación del pensamiento. El cuerpo, la respiración y el pensamiento: hay que soltar lentamente los tres.

Os ruego que os separéis los unos de los otros. Es posible que alguien se caiga; por eso, separaos un poco unos de otros. Retrasaos un poco o avanzad un poco, pero procurad no sentaros demasiado cerca unos de otros; de lo contrario, tendrías que estar siempre pendientes de no caeros encima de alguien.

Cuando el cuerpo se queda suelto, puede caer hacia delante o hacia atrás: nunca se sabe. Sólo podéis estar seguros de ello mientras lo sujetáis. Cuando dejéis de sujetar vuestro cuerpo, éste se caerá automáticamente. Cuando aflojéis vuestra sujeción desde dentro, ¿quién sujetará el cuerpo? Lo normal es que se caiga. Y si no dejáis de preocuparos de evitar que se caiga, os quedaréis donde estáis: no seréis capaces de entrar en la meditación. Así, cuando vuestro cuerpo esté a punto de caer, consideradlo como una bendición. Dejadlo enseguida. No lo sujetéis, pues si lo sujetáis os impediréis a vosotros mismos pasar hacia dentro. Y no os enfadéis si alguien se cae sobre vosotros: dejadlo. Si alguien recuesta su cabeza sobre vuestro regazo durante algún tiempo, dejadlo: no os molestéis.

Ahora, cerrad los ojos. Cerradlos suavemente. Relajad el cuerpo. Dejadlo completamente suelto, como si no hubiera vida en él. Retirad toda la energía de vuestro cuerpo; llevadla dentro. Cuando la energía se retire dentro, el cuerpo quedará suelto.

Ahora empezaré a haceros sugerencias de que el cuerpo se está quedando suelto, de que nos estamos quedando en silencio… Sentid cómo se queda suelto el cuerpo. Soltadlo. Pasad dentro, como una persona que entra en su casa. Pasad dentro, entrad. El cuerpo se está relajando… Soltadlo por completo… dejadlo sin vida, como si estuviera muerto. El cuerpo se está relajando, el cuerpo se ha relajado, el cuerpo se ha relajado por completo…

Doy por supuesto que habéis relajado por completo vuestro cuerpo, que habéis soltado la sujeción a la que lo tenías sometido. Si el cuerpo se cae, que así sea; si se inclina hacia delante, dejad que se incline. Que lo que tenga que suceder, suceda: vosotros, relajaos. Comprobad que no estáis sujetando nada. Asomaos dentro de vosotros para aseguraros de que no estáis sujetando vuestro cuerpo. Debéis ser capaces de deciros: "No estoy sujetando nada. Me he dejado llevar por completo."

El cuerpo está relajado, el cuerpo está suelto. La respiración se está calmando, la respiración se está haciendo más lenta. Sentidlo… la respiración se ha hecho más lenta… soltadla por completo. Dejad también vuestra respiración, renunciad por completo a la sujeción a la que la tenéis sometida. La respiración se está haciendo más lenta, la respiración se está calmando… La respiración se ha calmado, la respiración se ha hecho más lenta.

La respiración se ha calmado… los pensamientos también se están calmando. Sentidlo. Los pensamientos se están quedando en silencio… soltadlos. Habéis soltado el cuerpo, habéis soltado la respiración; ahora, soltad también los pensamientos. Apartaos… pasad por completo al interior, apartaos también de los pensamientos.

Todo ha quedado en silencio, como si todo lo que hay afuera estuviera muerto. Todo está muerto… todo se ha quedado en silencio… sólo queda dentro la conciencia… una lámpara encendida de conciencia: el resto está muerto. Soltad por completo… como su vuestro cuerpo estuviera muerto, como si vuestro cuerpo ya no existiera. Vuestra respiración está inmóvil, vuestros pensamientos están inmóviles, como si se hubiera producido la muerte. Y pasad dentro, pasad completamente dentro. Soltad… soltadlo todo. Soltadlo todo por completo, no os guardéis nada. Estáis muertos.

Sentid como si todo estuviera muerto, que todo está muerto: sólo queda dentro una lámpara encendida; todo lo demás está muerto. Todo lo demás está muerto, eliminado. Perdeos en la vacuidad durante diez minutos. Sed testigos. Observad esta muerte. Todo lo demás que os rodea ha desaparecido. También queda atrás el cuerpo, ha quedado muy atrás, muy lejos: no hacemos más que observarlo. Seguid observando; manteneos como testigos. Seguid mirando hacia dentro durante diez minutos.

Seguid mirando dentro… todo lo demás estará muerto en el exterior. Soltad… estad completamente muertos. Seguid observando, manteneos como testigos. Soltadlo todo como si estuvieseis muertos y como si el cuerpo, en el exterior, estuviera muerto. El cuerpo está inmóvil; los pensamientos están inmóviles; sólo queda observando la lámpara de la conciencia; sólo queda el espectador; sólo queda el testigo. Soltad… soltad… soltad por completo.

Pase lo que pase, dejad que pase. Soltad por completo; limitaos a observad el interior y soltad el resto. Renunciad por completo a vuestra sujeción.

La mente se ha quedado en silencio y vacía, la mente se ha quedado completamente vacía… la mente se ha quedado vacía, la mente se ha quedado completamente vacía. Si todavía estáis sujetando un poco, soltad también ese poco. Soltad por completo, desapareced, como si ya no existierais. La mente se ha quedado vacía… la mente se ha quedado en silencio y vacía… la mente se ha quedado completamente vacía.

Seguid mirando dentro, seguid mirando dentro con atención: todo se ha quedado en silencio. El cuerpo queda atrás, queda muy atrás; la mente queda muy atrás; sólo arde una lámpara, una lámpara de conciencia; sólo queda encendida la luz…

Ahora, respirad despacio varias veces. No dejéis de observar vuestra respiración… Con cada respiración, el silencio se hará más profundo. Respirad despacio varias veces y

seguid mirando dentro; manteneos también como testigos de la respiración. La mente se quedará todavía más en silencio… respirad despacio varias veces, y después abrid los ojos suavemente. Si alguien se ha caído, que respire hondo primero y se levante despacio después. No os apresuréis si sois incapaces de levantaros; no os apresuréis si os resulta difícil abrir los ojos… Respirad hondo primero, y después abrid los ojos despacio… levantaos muy suavemente. No hagáis ningún movimiento brusco: ni al levantaros ni al abrir los ojos…

Nuestra sesión matutina de meditación ha terminado.

## CAPÍTULO 3

### Todo el universo<br>Es un templo

AMADOS:

Un amigo ha preguntado: *Nos has mostrado el método de la negación para conocer la verdad o lo divino: el método de excluir todo lo demás para conocer el yo. ¿Es posible conseguir el mismo resultado haciendo lo contrario? ¿No podemos intentar ver a Dios en todo? ¿No podemos sentirlo en todo?*

COMPRENDER ESTO SERÁ beneficioso para vosotros. El que no es capaz de conocer a Dios dentro de su propio yo nunca puede conocerlo de ningún modo. El que no ha reconocido todavía a Dios dentro de su propio yo no es capaz de reconocerlo en los demás. El yo es lo más próximo que tenéis; cualquiera que esté a cierta distancia de vosotros estará más lejos de vosotros que el yo. Y si no sois capaces de ver a Dios en vuestro propio yo, que es lo que tenéis más próximo, tampoco podréis verlo de ninguna manera en los que estén lejos de vosotros. Debéis conocer a Dios en primer lugar en vuestro propio yo; el que conoce tendrá que conocer, primero, lo divino: es la puerta más próxima.

Pero, recordadlo: es muy interesante que el individuo que entra de pronto en su yo encuentra de pronto la entrada de todo. La puerta que conduce al propio yo es la puerta que conduce a todo. En cuanto una persona entra en su yo, descubre que ha entrado en todo, porque, aunque somos diferentes externamente, internamente no lo somos.

Externamente, todas las hojas son diferentes entre sí. Pero si una persona fuera capaz de penetrar en una sola hoja, llegaría a la fuente del árbol, donde todas las hojas están en armonía. Cada hoja, vista por separado, es diferente; pero cuando hayáis conocido una hoja en su interioridad habréis llegado a la fuente de la que emanan todas las hojas y en la que se disuelven todas las hojas. El que entra en su yo entra, simultáneamente en todo.

La diferencia entre "tú" y "yo" sólo se mantiene mientras no hayamos entrado en nuestro propio yo. El día en que entremos en nuestro yo, desaparece el yo, y también el tú. Lo que queda entonces es el todo.

En realidad, "el todo" no significa la suma del tú y el yo. El todo es donde nos hemos disuelto tú y yo, y lo que queda después es el todo. Si el yo no se ha disuelto todavía, entonces podemos sumar "yos" y "tús", pero el total no será igual a la verdad. Aunque sumemos todas las hojas, no aparece un árbol, aunque se le hayan sumado todas las hojas. El árbol es algo más que la suma de todas las hojas. Cuando sumamos una hoja a otra, estamos suponiendo que cada una es independiente. Pero un árbol no está compuesto de hojas independientes, en absoluto.

Así pues, en cuanto entramos en el yo, éste deja de existir. Lo primero que desaparece cuando entramos en el interior es la sensación de ser una entidad independiente. Y cuando desaparece esa "yo-idad", también desaparecen la "tú-idad" y la "otridad". Lo que queda entonces es el todo.

Ni siquiera es correcto llamarlo "el todo", porque "el todo" tiene también la connotación del viejo "yo". Por eso, los que saben no quieren siquiera llamarlo "el todo". Ellos dirían: "¿De qué es suma ese todo? ¿Qué es lo que estamos sumando?" Además, ellos afirmarían que sólo queda el uno. Aunque quizá dudasen en decir eso siquiera, porque la afirmación del uno da la impresión de que hay dos: da a entender que el "el uno" no tiene significado por sí solo, sin la noción correspondiente del dos. El uno sólo existe en el contexto del dos. Por lo tanto, los que tienen una comprensión más profunda no dicen siquiera que queda el uno; dicen que queda el *advaita*, la no dualidad.

Esto es muy interesante. Estas personas dicen: "No quedan dos". No dicen: "Queda el uno", sino que dicen: "No quedan dos". Advaita significa que no hay dos.

Podríamos preguntarles: "¿Por qué habláis con tantos rodeos? ¡Decid, simplemente, que sólo hay uno!" El peligro de decir "uno" es que hace surgir la idea del dos. Y cuando decimos que no hay dos, se deduce que tampoco hay tres: se da a entender que no hay uno, ni muchos, ni todos. En realidad, esta diferenciación n fue más que una consecuencia de la visión basada en la existencia del yo. Así, con la cesación del yo, queda lo que es entero, lo indivisible.

Pero, para conocer esto, ¿podemos hacer lo que nos sugiere nuestro amigo?, ¿no podemos visualizar a Dios en todos? Hacerlo así no sería más que tener fantasías, y tener fantasías no es lo mismo que percibir la verdad.

Hace mucho tiempo algunas personas me presentaron a un hombre religioso. Me dijeron que aquel hombre veía a Dios en todas partes, que desde hacía treinta años había visto

a Dios en todo: en las flores, en las plantas, en las piedras, en todo. Yo pregunté al hombre si veía a Dios en todo por una cuestión de práctica; pues, si era así, sus visiones eran falsas. No me entendía. Volví a preguntarle:

-¿Tuviste alguna vez fantasías o deseos de ver a Dios en todo?

Él me respondió:

-Sí, en efecto. Hace treinta años empecé a practicar un *sadhana* en el que yo intentaba ver a Dios en las piedras, en las plantas, en los montes, en todo. Y empecé a ver a Dios en todas partes.

Yo le pedí que pasara tres días conmigo y que, durante ese tiempo, dejase de ver a Dios en todo.

Accedió. Pero al día siguiente me dijo:

-Me has hecho mucho daño. Sólo han pasado, doce horas desde que abandoné mi práctica habitual y ya he empezado a ver las rocas como rocas y los montes como montes: ¡Me has arrancado a mi Dios! ¿Qué clase de persona eres?

-Si puedes perder a Dios con sólo doce horas que dejas de practicar –dije yo-, entonces es que lo que veías no era Dios: no era más que una consecuencia de tu ejercicio habitual.

Es como cuando una persona se repite algo sin cesar y se forja una ilusión. No: no es preciso ver a Dios en una piedra; es preciso, más bien, alcanzar un estado en el cual en la piedra no queda nada más que ver sino Dios. Son dos cosas diferentes.

Empezaréis a ver a Dios en una piedra por medio de vuestros esfuerzos por verlo allí, pero ese Dios no será más que una proyección mental. Ése será un Dios que habréis proyectado sobre la piedra: será fruto de vuestra imaginación. Ese Dios será puramente una creación vuestra: será un producto de vuestra imaginación. Ese Dios no es más que un sueño vuestro, un sueño que habéis consolidado reforzándolo una y otra vez. No hay ningún problema en ver así a Dios, pero es vivir una ilusión, no es entrar en la verdad.

Un día sucede, por supuesto, que el individuo mismo desaparece y que, en consecuencia, no ve nada más que a Dios. Por tanto, uno no siente que Dios está en la piedra; lo que siente es: "¿Dónde está la piedra? ¡Sólo está Dios!" ¿Comprendéis la diferencia que estoy establecido? Por tanto, uno no siente que Dios existe en la planta ni que existe en la piedra; que la planta existe y que, en la planta, también existe Dios. No, nada de eso. Lo que uno llega a sentir es: "¿Dónde está la planta? ¿Dónde está la piedra? ¿Dónde está el monte?"… porque, en todo lo que nos rodea, en todo lo que vemos, lo único que existe es Dios. Así, ver a Dios no depende de un ejercicio de vuestra parte, depende de vuestra experiencia personal.

El mayor peligro en el terreno del sadhana, de la práctica espiritual, es el peligro de la imaginación. Podemos fantasear verdades que, de otro modo, debían convertirse en experiencias personales nuestras. Conocer por experiencia personal es diferente de tener fantasías. Una persona que ha pasado hambre todo el día como en sueños por la noche y se siente muy satisfecho. Quizás no le agrade tanto comer cuando está despierto como comer cuando está soñando: en el sueño puede comer el plato que desee. Pero a la mañana siguiente sigue teniendo el estómago vacío, y la comida que ha consumido en su sueño no lo alimenta. Si un hombre decide vivir sólo de los alimentos que come en sueños, no cabe duda de que se morirá tarde o temprano. Por muy satisfactoria que sea la comida que come en el sueño, en realidad no es comida. No puede pasar a formar parte de su sangre, ni de su carne, ni de sus huesos, ni de su médula. Un sueño no puede causar más que engaños.

No sólo hay comidas hechas de sueños. También hay un Dios hecho de sueños. Y, del mismo modo, hay una *moksha*, una liberación, hecha de sueños. Hay un silencio hecho de sueños, y hay verdades hechas de sueños. La mayor capacidad de la mente humana es su capacidad para engañarse a sí misma. Pero nadie puede alcanzar la alegría y la liberación cayendo en el engaño de este tipo.

No os pido, pues, que empecéis a ver a Dios en todo. Sólo os pido que empecéis a mirar dentro y a ver lo que hay allí, la primera persona que desaparecerá seréis vosotros mismos: dejaréis de existir en vuestro interior. Descubriréis por primera vez que vuestro yo era una ilusión y que ha desaparecido, que se ha desvanecido. En cuanto echáis una ojeada al

interior, lo primero que desaparece es el yo, el ego. En realidad, la sensación de que "yo soy", sólo persiste hasta que hemos mirado dentro de nosotros mismos. Y si no miramos dentro es, quizás, por miedo a que, si lo hiciésemos, podríamos perdernos.

Habréis visto a un hombre que hace girar una antorcha que tiene en la mano hasta que ésta forma un círculo de fuego. En realidad, no hay tal círculo; lo único que sucede es que cuando la antorcha gira con gran velocidad produce, vista desde lejos, la apariencia de un círculo. Si la veis de cerca, descubriréis que no es más que una antorcha que se mueve rápidamente, que el círculo de fuego es falso. Del mismo modo, si pasamos al interior y miramos con cuidado, descubriremos que el yo es absolutamente falso. Así como la antorcha que se mueve rápidamente produce la ilusión del yo. Ésta es una verdad científica, y debéis comprenderla.

Quizás no lo hayáis advertido, pero todas las ilusiones de la vida están provocadas por cosas que giran a gran velocidad. La pared parece muy sólida, la piedra que pisáis parece claramente sólida, pero, según los científicos, las piedras no son sólidas. Ahora es bien sabido que cuanto más de cerca han observado los científicos la materia, más ha desaparecido ésta. Mientras el científico estaba apartado de la materia, creía en ella. Solía ser el científico el que decía que la materia era la única verdad, pero ahora es ese mismo científico el que dice que no existe lo que llamamos materia. Los científicos dicen que el movimiento rápido de las partículas eléctricas produce la ilusión de densidad. La densidad, como tal, no existe en ninguna parte.

Por ejemplo, cuando un ventilador eléctrico gira rápidamente no podemos ver las tres aspas que se mueven; no podemos contar cuántas aspas hay. Si gira más deprisa todavía, parecerá que se mueve una pieza circular de metal. Se puede hacer girar tan deprisa que, aunque uno se sentase sobre él, no sentiría el vacío entre las aspas: le parecería que está sentado sobre una pieza de metal sólido.

Las partículas de la materia se mueven a una velocidad semejante; y las partículas no son materia, son energía eléctrica que se mueve rápidamente. La materia parece densa por las partículas de electricidad que se mueven rápidamente. Toda la materia es un producto de la energía que se mueve rápidamente: aunque parece que existe, en realidad no existe. Del mismo modo, la energía de la conciencia se mueve muy deprisa y, por ello, se crea la ilusión del yo.

Existen dos tipos de ilusiones en el mundo: la primera es la ilusión de la materia; la segunda es la ilusión del yo, del ego. Ambas son básicamente falsas, pero sólo acercándose a ellas se hace uno consciente de que no existen. Cuando la ciencia se va acercando a la materia, la materia desaparece; cuando la religión nos acerca al yo, el yo desaparece. La religión ha descubierto que el yo no existe, y la ciencia ha descubierto que la materia no existe. Cuando más nos acercamos, más nos desengañamos.

Por eso digo: pasad dentro; mirad de cerca: ¿hay algún yo dentro? No os pido que creáis que vosotros no sois el yo. Si lo creéis, se convertirá en una creencia falsa. Yo soy *atman*, yo soy Brahmán; el ego es falso", entonces caeréis en la confusión. Si esto se convierte en una mera cosa repetitiva, entonces no estaréis haciendo más que repetir una falsedad. No os pido que practiquéis una repetición de este tipo. Lo que os digo es que paséis dentro, que miréis, que reconozcáis quiénes sois. El que mira dentro y se reconoce a sí mismo descubre: "Yo no estoy" En tal caso, ¿quién está dentro? Si yo no estoy, entonces debe estar allí algún otro. El hecho de que "yo no estoy" no significa que allí no esté nadie, porque tiene que haber alguien allí, aunque solo sea para que reconozca la ilusión.

Si yo no estoy, ¿quién está allí? La experiencia de lo que queda después de la desaparición del yo es la experiencia de Dios. La experiencia se vuelve expansiva inmediatamente: al dejar caer al yo, también cae el "tú", también cae el "él", y sólo queda un océano de conocimiento. En este estado veréis que sólo Dios es. Por tanto, puede parecer erróneo afirmar que Dios es, porque resulta redundante.

Es redundante decir: "Dios es", porque Dios es el nombre que damos a "lo que es". La cualidad de ser es Dios; por eso, la afirmación "Dios es" es una tautología, no es correcta. ¿Qué significa que "Dios es"? Decimos que algo "es" cuando también puede convertirse en

“no es”. Decimos: “La mesa es”, porque es muy posible que la mesa no exista mañana o que la mesa no existiera ayer. Algo que antes no ha existido puede dejar de existir de nuevo. Luego, ¿qué sentido tiene decir “eso es”? Dios no es algo que no haya existido antes, ni es posible que deje de existir. Por eso, no tiene sentido decir que “Dios es”. Es. En realidad, también llamamos a Dios “lo que es”. “Dios” Significa: “existencia”.

En mi opinión, si imponemos a nuestro Dios sobre “lo que es” nos estamos precipitando en la falsedad y en el engaño. Y recordad que los dioses que hemos creado están hechos de diferentes maneras; cada uno tiene su propia marca de fábrica. El hinduista ha hecho a su propio Dios; el musulmán tiene al suyo. El cristiano, el jainista, el budista: cada uno tiene a su propio Dios. Todos han acuñado sus propios términos respectivos; todos se han creado a sus respectivos dioses. ¡Florece toda una gran industria de fabricación de dioses! En sus casas respectivas, las gentes fabrican a su Dios; producen a su propio Dios. Y todos estos fabricantes de dioses compiten entre sí en el mercado, del mismo modo que los artesanos que elaboran objetos en sus casas. El Dios de cada uno es diferente del de todos los demás.

En realidad, mientras suceda que “yo soy”, todo lo que yo cree será diferente de lo vuestro. Mientras suceda que “yo soy”, mi religión, mi Dios, será diferente del de los demás, porque habrá sido creado por el yo, por el ego. Como nos consideramos a nosotros mismos entidades independientes, todo lo que creemos tendrá un carácter independiente. Si hubiera libertad para crear religiones, habría en el mundo tantas religiones como personas: ni una menos. Si en el mundo hay tan pocas religiones es porque falta una libertad adecuada para ello.

El padre hinduista procura hacer hinduista a su hijo antes de que éste llegue a ser independiente. El padre musulmán vuelve musulmán a su hijo antes de que éste tenga uso de razón; pues una persona que tuviera uso de razón no querría hacerse hinduista ni musulmana. Así pues, existe la necesidad de llenar al niño de todas estas estupideces antes de que alcance el uso de razón.

Todos los padres se preocupan de enseñar su religión a sus hijos desde la infancia, pues cuando el niño se haga mayor empezará a pensar y a causar problemas. Formulará preguntas de todo tipo; y, como no encontrará respuestas satisfactorias, planteará situaciones difíciles a sus padres. Por eso, los padres procuran enseñar su religión a sus hijos desde la primera infancia de éstos: cuando el niño no es consciente de muchas cosas, cuando está dispuesto a aprender cualquier estupidez. Así es como las personas se vuelven musulmanas, hinduistas, jainistas, budistas, cristianas: cualquier cosa que se les enseñe.

Por eso, las personas a las que llamamos religiosas resultan ser muchas veces poco inteligentes. Les falta inteligencia, porque lo que llamamos religión es algo que nos ha envenenado antes de que haya surgido en nosotros la inteligencia; e incluso después de surgir ésta mantiene su presa interior. No es de extrañar que los hinduistas y los musulmanes luchen entre sí en nombre de Dios, en nombre de sus templos y de sus mezquitas.

¿Acaso hay muchas variedades de Dios? ¿Es una variedad el Dios que adoran los hinduistas y de otra el Dios que adoran los musulmanes? ¿Por eso les parece a los hinduistas que su Dios ha sido profanado cuando se descubre un ídolo, o a los musulmanes les parece que su Dios ha sido deshonrado cuando se destruye o se incendia una mezquita?

En realidad, Dios es “lo que es”. Existe tanto en una mezquita como en un templo. Existe tanto en un matadero como en un lugar de culto. Existe tanto en una taberna como en una mezquita. Está tan presente en un ladrón como en un religioso: no es posible que esté presente un ápice menos. ¿Quién va a residir en un ladrón sino lo divino? Está tan presente en Rama como en Ravana: no está un ápice menos en Ravana. Existe tanto dentro de un hinduista como de un musulmán.

Pero el problema es que si llegásemos a creer que la misma divinidad existe en todos, nuestra industria de fabricación de dioses se resentiría mucho. Para evitar que suceda esto, seguimos imponiendo a nuestros dioses respectivos. Si un hinduista mira una flor, proyectará sobre ella su propio Dios, verá a su Dios en ella, mientras que un musulmán proyectará y

visualizará al suyo. Son capaces, incluso, de reñir por ello, aunque quizás vayamos demasiado lejos al suponer un conflicto entre hinduistas y musulmanes por tal cosa.

Sus establecimientos están a cierta distancia unos de otros, pero existen, incluso, disputas, disputas entre las "tiendas de divinidad" que son parientes próximas. Por ejemplo, Varanasi está bastante lejos de la Meca, pero en Varanasi los templos de Rama y de Krishna están próximos entre sí. Y allí existen problemas del mismo calibre.

He oído hablar de un gran santo… Yo lo llamo grande porque la gente solía llamarlo grande, y lo llamo santo porque la gente solía llamarlo santo.

Era devoto de Rama. Una vez lo llevaron al templo de Krishna. Cuando vio el ídolo de Krishna con una flauta en la mano se negó a postrarse ante la imagen. De pie ante la imagen, dijo: "Sólo si tomases el arco y la flecha podría postrarme ante ti, pues entonces serías mi Señor". ¡Qué extraño! También imponemos condiciones a Dios: cómo y de qué manera o en qué postura debe presentarse. Establecemos el entorno; marcamos nuestros requisitos, y sólo entonces estamos dispuestos a venerarlo.

Es muy raro: somos *nosotros* los que determinamos las cosas siempre. Lo que hemos identificado hasta ahora como "Dios" es un producto basado en nuestras propias especificaciones. Mientras este Dios artificial se interponga en nuestro camino no seremos capaces de conocer a ese Dios que no ha sido determinado por nosotros. No seremos capaces de conocer al que nos determina a nosotros. Así pues, necesitamos librarnos del Dios artificial si queremos conocer al Dios que es. Pero eso es duro; incluso a la persona de corazón más benévolo le resulta difícil. Hasta al hombre al que tenemos por comprensivo le resulta duro librarse de este Dios artificial, tanto como el hombre estúpido. Podemos perdonar al hombre estúpido, pero es difícil perdonar al hombre comprensivo.

Hace poco llegó a la India Khan Abduk Gaffar Khan. Predica por todo el país la unidad de los hinduistas y los musulmanes, pero él personalmente, es un musulmán convencido. No le importa rezar en la mezquita como buen musulmán, y después predica por todas partes la unidad de los hinduistas y los musulmanes. Gandhi era un hinduista convencido, y también él solía predicar la unidad de los hinduistas y los musulmanes. A tal gurú, tal discípulo: el gurú era un hinduista convencido, el discípulo es un musulmán convencido. Y ¿cómo puede llegar tal unidad mientras existan en el mundo hinduistas convencidos y musulmanes convencidos? Deben relajarse un poco: sólo entonces será posible la unidad. Estos celosos hinduistas y musulmanes están en la raíz de todos los problemas entre las dos religiones, aunque en realidad no son visibles las raíces de estos problemas. Los que predican la unidad de los hinduistas y los musulmanes no tienen la menor idea de cómo conseguir esa unidad.

Mientras Dios signifique cosas diferentes para las diferentes personas, mientras existan lugares de culto diferentes para las diferentes personas, mientras sean diferentes las oraciones y las escrituras (mientras el Corán sea un padre para unos y el Gita sea una madre para otros), nunca llegarán a su fin los duros enfrentamientos entre las religiones. Nos asimos al Corán y al Gita. Decimos: "Leed el Corán y enseñar a la gente a dejar la enemistad y a unirse. Leed el Gita y enseñad a la gente a dejar la enemistad y a unirse". Pero no nos damos cuenta de que las palabras mismas del Corán y del Gita son la causa primera de todos los problemas.

Si alguien le corta la cola a una vaca, se desencadenan disturbios entre los hinduistas y los musulmanes, y decimos que las luchas las han provocado unos alborotadores. Y lo más gracioso es que ningún alborotador ha predicado nunca que la vaca es nuestra madre sagrada. En realidad, esto lo enseñan nuestros mahatmas, nuestros religiosos, que acusan a los "alborotadores" de provocar los disturbios. Porque, cuando alguien le corta la cola a la vaca, entonces, para las intenciones de los mahatmas, no es la cola de la vaca, sino la cola de la santa madre. Cuando hacen ver esto a la gente, comienzan los disturbios, en los que participan los alborotadores, a los que luego se acusa de haberlos provocado.

Así, aquellas personas a las que llamamos mahatmas están, en realidad, en la raíz del problema. Si se apartasen, los alborotadores serían inofensivos, no tendrían fuerza para

luchar. Reciben su fuerza de los mahatmas. Pero los mahatmas se ocultan tan bien, que nosotros no nos damos cuenta nunca de que ellos podrían estar en la raíz del problema.

¿Cuál es, en realidad, la raíz del problema? La causa radical de todo el problema es vuestro Dios: el Dios que fabricáis en vuestras casas. Intentad salvaros de los dioses que creáis en vuestras casas respectivas. No podéis fabricar a Dios en vuestras casas: la existencia de un Dios así sería un puro engaño.

No os pido que proyectéis a Dios. Al fin y al cabo, ¿qué proyectaréis en el nombre de Dios? Un devoto de Krishna dirá que ve a Dios oculto tras un arbusto y con una flauta en la mano, mientras que un devoto de Rama verá a Dios con un arco y una flecha en la mano. Todos verán a Dios de manera diferente. Esta manera de ver no es más que una proyección de nuestros deseos y de nuestros conceptos. Dios no es así. No podemos encontrarlo proyectando nuestros deseos y nuestros conceptos: para encontrarlo, tendremos que desaparecer por completo. Tendremos que desaparecer, junto con todos nuestros conceptos y todas nuestras proyecciones. Ambas cosas no pueden existir a la vez. Mientras vosotros existáis como un ego; sólo entonces es posible conocerlo. Yo no puedo franquear la puerta de lo divino mientras no exista mi yo, mi ego.

HE OÍDO CONTAR QUE UN HOMBRE renunció a todo y llegó a la puerta de lo divino. Había renunciado a su riqueza, a su esposa, a su casa, a sus hijos, a la sociedad, a todo; y, después de haber renunciado a todo, se acercó a la puerta de lo divino. Pero el portero lo detuvo y le dijo:

-Todavía no puedes entrar: Primero, ve y déjalo todo atrás.

-Pero ¡lo he dejado todo! –adujo el hombre.

-Es evidente que te has traído a tu yo –le explicó el portero-. No nos interesa lo demás; sólo nos interesa tu yo. No nos importa lo demás: sólo nos interesa tu yo. No nos importa lo demás: sólo nos interesa tu yo. No nos importa lo que dices que has dejado atrás: lo que nos interesa es tu yo. Vete, suéltalo y vuelve.

-No tengo dinero, ni esposa, ni hijos. No poseo nada.

-Todavía tienes a tu yo en tu bolsa –dijo el portero- Vete y suéltalo. Estas puertas están cerradas para los que traen a su yo: las puertas han estado cerradas siempre para ellos.

PERO ¿CÓMO SOLTAR EL YO? Nunca soltaremos el yo a base de intentar dejarlo. ¿Cómo puedo soltar el mismo yo? Esto es imposible. Sería como si alguien intentase levantarse a sí mismo tirándose de los cordones de los zapatos. ¿Cómo puedo soltar el yo? Aun después de soltarlo todo, todavía quedaré yo. Como mucho, alguien podría decirse: “He soltado el ego”; pero eso demostraría que todavía lleva encima su yo. Uno se vuelve egocéntrico incluso en lo que se refiere a soltar su ego. Entonces, ¿qué debe hacer uno? Es una situación bastante difícil.

Yo os digo que esta situación no tiene nada de difícil, porque no os pido que soltéis nada. En realidad, no os pido que hagáis nada. El yo, el ego, se refuerza con todo lo que se hace. Lo único que os pido es que paséis dentro y que busquéis el yo. Si lo encontráis, no podéis soltarlo de ninguna manera. Si siempre existe allí, ¿qué es lo que queda que podáis soltar? Y si no lo encontráis, entonces tampoco hay manera de soltarlo. ¿Cómo podéis soltar algo que no existe?

Así pues, pasad dentro y ved si el yo está allí o no. Lo único que os digo es que el que mira dentro de sí mismo se ríe a carcajadas, porque no es capaz de encontrar a su yo en ninguna parte dentro de sí mismo. Por tanto, ¿qué queda? Lo que queda entonces es Dios. Lo que queda después de desaparecer el yo, ¿puede estar separado de vosotros? Cuando deja de existir el mismo yo, ¿quién va a establecer esa separación? Sólo el yo me separa a mí de ti y a ti de mí.

He aquí la pared de esta casa. Las paredes producen la ilusión de que dividen en dos el espacio, aunque el espacio nunca se parte por la mitad: el espacio es indivisible. Por muy

gruesa que sea la pared que levantáis, el espacio interior de la casa y el espacio exterior no son dos espacios diferentes: son uno solo. Por muy alta que sea la pared que levantéis, el espacio interior de la casa y el exterior no se separan nunca. Pero el hombre que vive dentro de la casa tiene la impresión de que ha dividido en dos el espacio: un espacio en el interior de su casa y otro en el exterior. Pero si se derrumbara la pared, ¿cómo diferenciaría el hombre el espacio interior de la casa del espacio exterior? ¿Cómo lo determinaría? Sólo quedaría espacio.

Del mismo modo, hemos dividido la conciencia en fragmentos levantando las paredes del yo. No se trata de que, cuando se derrumbe la pared del yo, yo empezaré a ver a Dios en ti. No: entonces no te veré a ti; sólo veré a Dios. Os ruego que entendáis con cuidado esta distinción tan sutil.

Sería erróneo decir que yo empezaré a ver a Dios en ti: yo no te veré más a ti; sólo veré lo divino: No se trata de que yo veré lo divino. Cuando alguien dice que Dios existe en todos y cada uno de los átomos, se equivoca totalmente, porque está viendo al mismo tiempo al átomo y a Dios. No es posible ver a los dos a la vez. La verdad de la cuestión es que todos y cada uno de los átomos son Dios, y no es que Dios exista en todos y cada uno de los átomos. No es que haya algún Dios dentro de cada átomo; todo lo que es, es Dios.

Dios es el nombre que damos, por amor, a "lo que es". "Lo que es" es verdadero; lo llamamos Dios por amor. Pero el nombre que le asignemos no tiene importancia. No os pido, por lo tanto, que empecéis a ver a Dios en todas las personas. Lo que os digo es que empecéis a mirar dentro. En cuanto miréis dentro, desapareceréis. Y, al desaparecer, lo que veréis será Dios.

Otro amigo ha preguntado: *Si la meditación conduce al samadhi y el samadhi conduce a Dios, ¿qué necesidad hay entonces de ir a los templos? ¿No deberíamos suprimirlos?*

ES INÚTIL IR A LOS TEMPLOS, pero es igualmente inútil suprimirlos. ¿Por qué molestarnos en suprimir algo en lo que Dios no existe, en cualquier caso? Dejad los templos donde están. ¿Para qué suprimirlos? Pero este problema surge cada cierto tiempo.

Por ejemplo, Mahoma dijo que a Dios no se le encuentra en los ídolos, y los musulmanes creyeron que quería decir que había a que destruir los ídolos. Y entonces empezó a suceder en el mundo una cosa muy curiosa; ya había gentes con la locura de construir los ídolos. Ahora, los constructores de ídolos se ocupan celosamente de construir ídolos, mientras que los destructores de ídolos se ocupan día y noche de encontrar modos de destruir los ídolos. Alguien debía preguntarles cuándo dijo Mahoma que se encontraría a Dios *destruyendo* los ídolos. Es posible que Dios no esté presente en un ídolo, pero ¿quién ha dicho que Dios esté presente en el hecho de destruir los ídolos? Y si Dios está presente en el hecho de destruir los ídolos, ¿qué dificultad hay en que Dios esté presente en el ídolo? Dios también puede estar presente en el ídolo. Y si no está presente en el ídolo, ¿cómo puede estar presente en su destrucción?

No digo que debamos suprimir los templos. Lo que digo es que debemos darnos cuenta de la verdad de que Dios está en todas partes. Cuando nos hemos dado cuenta de esta verdad, todo se convierte en su templo: por tanto, es difícil distinguir el templo de lo que no es templo. En tal caso, cualquier lugar donde estemos será su templo; cualquier cosa que miremos será su templo; cualquier lugar donde reposemos será su templo. Ya no habrá más lugares sagrados de peregrinaciones: todo el mundo será un lugar sagrado. Entonces no tendrá sentido crear ídolos concretos, porque todo lo que exista será imagen suya.

No pretendo que os dediquéis a suprimir los templos ni que disuadáis a la gente de que acuda a ellos. Yo no he dicho nunca que Dios no esté presente en el templo. Lo único que digo es que el que sólo ve a Dios en el templo y no lo ve en ninguna otra parte no tiene el menor conocimiento de Dios.

El que ha llegado a conocer a la divinidad sentirá la presencia de Dios en todas partes: tanto en el templo como en un lugar ajeno al templo. ¿Cómo distinguirá, pues, lo que es un

templo de lo que no es un templo? Identificamos el templo como un lugar donde está la presencia de Dios, pero si uno siente su presencia en todas partes, entonces todo lugar es su templo. Ya no será necesario construir templos concretos, ni tampoco suprimir los templos.

He observado que la gente suele cometer con mucha frecuencia el error de comprender algo completamente opuesto a lo que he dicho, en lugar de entender mis palabras. A la gente le interesa más lo que hay que suprimir, lo que hay que destruir, lo que hay que eliminar, no intentan comprender lo que es. Estos errores se producen continuamente.

Uno de los errores fundamentales que comete la persona es oír algo completamente diferente de lo que se le dice. Ahora, algunos de vosotros podrías tomarme por un enemigo de los templos, pero os costaría trabajo encontrar a un persona que aprecie los templos más que yo. ¿Por qué os digo esto? Por la sencilla razón de que me gustaría que toda la Tierra se viese como un templo; lo que me interesa es que todo se convierta en un templo. Pero algunos, después de escucharme, pueden entender que las cosas estarían mejor si suprimiésemos los templos. No serviría de nada librarse de estos templos. Las cosas sólo funcionan bien cuando toda la vida se convierte en un templo.

Ambos grupos están equivocados: los que ven a Dios en los templos y lo que destruyen los templos. El que sólo ve a Dios en el templo comete un error. Éste es su error: ¿A quién ve fuera del templo? Evidentemente, su error es que no ve a Dios más que en el templo. Tu templo es muy insignificante: lo definitivo es muy vasto: no puedes confinar a Dios en tus templos minúsculos e insignificantes. El error de la otra persona es éste: quiere suprimir los templos, destruirlos. Cree que sólo entonces podrá ver a Dios. Tus templos son demasiado pequeños para que sirvan de moradas de Dios o para impedir a nadie ver a Dios. Recordadlo: vuestros templos son tan ridículamente pequeños que no pueden convertirse en la morada de Dios, ni tampoco pueden ser una cárcel donde esté encerrado Dios, que supuestamente quedaría libre al destruirlos. Debéis comprender exactamente lo que os digo.

Lo que os digo es esto: sólo cuando hemos entrado en la meditación entramos verdaderamente en un templo. La meditación es el único templo que no tiene paredes; la meditación es el único templo en que, en cuanto se entra en él, se entra verdaderamente en un templo. Y el que empieza a vivir en meditación empieza a vivir en el templo veinticuatro horas al día.

¿De qué sirve a una persona visitar el templo si no vive en meditación? ¿Qué sentido tiene que vaya a un lugar que solemos llamar “templo”? No es fácil que, sentados en vuestro lugar de trabajo, encontréis de pronto el camino que conduce al templo. Naturalmente, es fácil que llevéis el cuerpo al templo: el cuerpo es tan poca cosa que podéis llevarlo con vosotros a donde deseéis. La mente no es tan sencilla. Un tendero que cuenta dinero en su tienda puede levantarse de pronto, si así lo desea, y llevar su cuerpo al templo. Por el mero hecho de que su cuerpo está en el templo, el hombre puede creer neciamente que él está en el templo. Pero si se asomarse un poco a su propia mente, descubriría con asombro que todavía estaba sentado en su tienda contando dinero.

He oído contar lo siguiente:

UN HOMBRE LO HACÍA SUFRIR mucho su mujer. A todos los hombres les pasa, pero a éste su mujer lo hacía sufrir demasiado. Él era hombre religioso, pero la mujer no tenía nada de religiosa. Normalmente sucede lo contrario, (la mujer es religiosa y el marido no lo es), pero ¡todo puede suceder! Yo entiendo que sólo uno de los dos puede volverse religioso. El marido y la mujer no se pueden volver religiosos juntos: el uno siempre será opuesto al otro. En este caso, el marido se había vuelto religioso primero, y la mujer no se había preocupado de ello; pero el marido intentaba cada día volverla religiosa.

Las personas religiosas tienen una debilidad esencial: quieren volver a los demás como ellas. Esto es muy peligroso; es una conducta violenta. No está bien intentar volver a los demás como somos nosotros. Basta con exponer a los demás nuestro punto de vista; pero acorralar a alguien y obligarlo a creer lo que creemos nosotros es un acto de represión, de tortura: es una especie de violencia espiritual.

Todos los gurús practican actividades de este tipo. Rara vez se encuentra a una persona más violenta que un gurú. El gurú tiene al discípulo asido por el cuello e intenta imponerle las ropas que debe ponerse, cómo debe llevar el pelo, lo que debe comer, cuándo debe dormir, cuándo debe levantarse… le impone esto, aquello y lo de más allá, cosas de todo tipo. A base de imposiciones como éstas, los gurús prácticamente matan a las personas.

De modo que el marido estaba muy deseoso de volver religiosa a su mujer. En efecto: a la gente le agrada mucho volver religiosos a los demás. Volverse religioso uno mismo es un cambio muy radical, pero a la gente le satisface tremendamente acosar a los demás para que se vuelvan religiosos, porque, la hacerlo, dan por supuesto que ellos mismos son personas religiosas. Pero la mujer no hacía caso a su marido. El marido, desesperado, acudió a su gurú y le suplicó que fuera a su casa y que convenciera a su esposa.

El gurú llegó un día, muy temprano, hacia las cinco de la mañana. El marido ya estaba en la sala de culto. La mujer barría el patio. El gurú la abordó allí mismo y le dijo:

-Tu marido me dice que no eres una persona religiosa. Nunca adoras a Dios, nunca rezas, nunca entras en el templo que ha construido tu marido en vuestra casa. Mira a tu marido: son las cinco de la mañana y ya está en el templo.

La mujer respondió:

-No recuerdo haber visto a mi marido ir nunca al templo.

El marido, que estaba en su templo, oyó lo que había dicho su mujer y se puso rojo de la ira. Las personas religiosas se enfurecen con facilidad, y más todavía las que están en un templo. No os podéis imaginar lo fácil que es avivar su ira; sólo el cielo sabe si la gente va a los templos para ocultar allí las llamas de su ira o por algún otro motivo. Cuando una persona se vuelve religiosa, convierte en un infierno la vida del resto de su familia.

El marido estaba completamente indignado. Iba por la mitad de sus oraciones cuando oyó lo que había dicho su mujer. No daba crédito a sus oídos: lo que había dicho ella era una mentira absoluta. ¡Él en el templo, y su mujer diciendo al gurú que no sabía si había entrado allí alguna vez! Se apresuró a terminar sus oraciones para poder salir y desmentir tamaña mentira.

El gurú empezó a reñir a la mujer:

-¿Qué dices? Tú marido acude al templo con regularidad.

El marido, que oía esto, se puso a recitar sus oraciones con voz todavía más fuerte. El gurú dijo:

-¡Mira con cuánto vigor reza!

La mujer se rió y respondió:

-¡Me cuesta creer que a ti te engañe también esa recitación! Es verdad que esta repitiendo el nombre de Dios en voz alta; pero, por lo que yo veo, no está en el templo: está en la tienda del zapatero, regateando con él.

¡Aquello fue demasiado! El marido no pudo contenerse más. Interrumpió su oración y salió corriendo del templo.

-¿A qué vienen todas esas mentiras? -gritó- ¿No veías que estaba rezando en el templo?

-Mira dentro de ti con un poco más de atención –dijo la mujer- ¿Acaso no estabas regateando con el zapatero? ¿Y no has tenido una discusión con él?

El marido quedó confuso, pues lo que decía ella era verdad.

-Pero ¿cómo lo has sabido? –le preguntó.

-Anoche, antes de acostarte, me dijiste que lo primero que harías esta mañana sería ir a comprarte un par de zapatos, que te hacen falta –respondió la mujer- Me dijiste también que te parecía que el zapatero pedía demasiado por los zapatos. Sé por experiencia que lo último que uno piensa antes de acostarse por la noche es lo primero que piensa a la mañana siguiente. Por eso, supuse que debías de estar en la zapatería.

-No puedo decir nada, pues tienes razón –dijo el marido- Yo estaba, en efecto, en la zapatería, y discutimos el precio de los zapatos. Y cuanto más nos acalorábamos en nuestra discusión, más alto repetía yo el nombre de Dios. Quizás estuviera repitiendo exteriormente

el nombre de Dios, pero en mi interior estaba discutiendo con el zapatero. Tienes razón: es posible que yo no haya estado nunca verdaderamente en el templo.

NO ES TAN FÁCIL ENTRAR EN UN TEMPLO: no es cuestión de entrar en un lugar cualquiera y decir que estás en un templo. Vuestro cuerpo puede haber entrado en el templo, pero ¿y vuestra mente? ¿Cómo podéis fiaros de dónde estará vuestra mente? ¿Cómo podéis fiaros de dónde estará vuestra mente dentro de un momento?

Y vuestra mente haya entrado en el templo, ¿por qué preocuparos de si el cuerpo es el templo o no? La mente que ha encontrado la entrada al templo descubre de pronto que está rodeado por todas partes por el vasto templo: ahora es imposible salir del templo. Vayáis donde vayáis, todavía estaréis en su templo. Podéis ir a la Luna… Hace poco tiempo que Armstrong alunizó en ella. ¿Quiere eso decir que dejó el templo de Dios? No podéis salir del templo de Dios, de ninguna manera. ¿Os imagináis que queda algún lugar donde uno pueda estar fuera de su templo?

Así, los que creen que el templo que han construido es el único templo de Dios y que no queda ningún templo de Dios fuera de él, se equivocan. Y los que creen que es preciso destruir este templo porque Dios no está presente en él, se equivocan igualmente.

¿Por qué echar la culpa a los pobres templos? Si pudiéramos dejar atrás nuestra ilusión de que Dios sólo existe en los templos, nuestros templos podrían ser muy hermosos, muy llenos de amor; muy dichosos. En realidad, a un pueblo que no tiene templo parece que le falta algo. Puede dar mucha alegría tener un templo. Pero un templo hinduista nunca puede ser una fuente de alegría, como tampoco puede ser fuente de alegría un templo musulmán ni un templo cristiano. Sólo el templo de Dios puede ser fuente de alegría.

Pero la política hinduista, la musulmana y la cristiana son tan profundas que no permiten nunca que un templo represente al ser divino. Por eso parece tan feos los santuarios hinduistas y las mezquitas musulmanas. Una persona que sea sincera no quiere siquiera ponerles la vista encima. Se han convertido en semilleros de sinvergüenzas: allí se urde todo tipo de maldades. Y los que urden estas maldades no siempre entienden lo que hacen. Yo entiendo que nadie urde maldades entendiendo del todo lo que hace: las maldades siempre se urden sin conciencia plena. Y toda la Tierra está atrapada en esta trama.

Si alguna vez desaparecen los templos de la superficie de la Tierra, no será obra de los ateos, sino de los llamados teístas. Ya están desapareciendo los templos: casi han desaparecido del todo. Si queremos salvar los templos de la Tierra, debemos ver primero el vasto templo que nos rodea: la propia existencia. Después, se salvarán automáticamente los templos menores: sobrevivirán como símbolos de la presencia divina. Es como si yo os entregase un pañuelo como regalo: el regalo puede valer unos pocos *paisa,* pero vosotros lo conserváis a buen recaudo en un cofre.

Una vez visité un pueblo. La gente me acompañó hasta la estación para despedirme y alguien me puso al cuello una guirnalda de flores. Yo me la quité y se la entregué a una niña que estaba a mi lado. Seis años más tarde volví a visitar aquel mismo pueblo, y la misma niña vino a hablar conmigo y me dijo:

-He conservado la guirnalda que me entregaste la última vez. Aunque las flores se han marchitado y la gente dice que ya no les queda aroma, están tan frescas y fragantes como el primer día. Al fin y al cabo, me las diste tú.

Visité su casa y ella sacó una preciosa caja de madera en la que estaba depositada cuidadosamente la guirnalda. Las flores se habían marchitado y estaban secas; habían perdido su fragancia. Cualquiera que las viese podía preguntarle: "¿Por qué has guardado esos desperdicios en una caja tan bonita? ¿Qué necesidad tenías? La caja es valiosa pero esos desperdicios no valen nada". La niña podía tirar la caja, pero no los desperdicios. Ella veía algo más en los desperdicios: para ella eran un símbolo. Podían ser desperdicios para el resto del mundo, pero no para ella.

Si los templos, las mezquitas, las iglesias, pudieran mantenerse como recuerdos del anhelo del hombre de ascender hacia Dios… Y esta es la verdad. Mirad la alta aguja de una

iglesia, el alto minarete de una mezquita, la cúpula de un templo que sube hasta el cielo. No son más que símbolos del deseo del hombre de elevarse, símbolos de su viaje en busca de Dios. Son símbolos del hecho de que el hombre no se contenta con una casa, sino que quiere construir también un templo. El hombre no se contenta con estar sólo en la Tierra, sino que quiere ascender también hacia el cielo.

¿Habéis visto alguna vez las lámparas de cerámica que arden en los templos? ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué se encienden en los templos estas lámparas que contienen *ghee*, mantequilla purificada? ¿Habéis advertido alguna vez que estas lámparas son las únicas cosas de la Tierra cuya llama nunca se dirige hacia abajo? Siempre se dirige hacia arriba. Aunque invirtáis la lámpara, la llama sigue subiendo. La llama, que siempre sube, es un símbolo de las aspiraciones humanas. Vivimos en la Tierra, pero también nos gustaría fijar nuestra residencia en el cielo. Estamos atados a la Tierra, pero también anhelamos movernos libremente por el cielo abierto.

Y ¿habéis advertido alguna vez la rapidez con que una llama se eleva y desaparece? Y ¿habéis advertido que cuando una llama se eleva y desaparece ya no podemos encontrar ningún rastro de ella? Esto también es simbólico: simboliza el hecho de que el que asciende, desaparece. La lámpara de cerámica es de materia sólida, mientras que la llama es muy fluida: en cuanto se eleva, desaparece. Así pues, la llama de la lámpara contiene el mensaje. Es un símbolo del hecho de que el que se eleva por encima de lo vulgar desaparece.

Cuando una persona decide quemar ghee en su lámpara, lo hace puramente por amor. Aunque no tiene nada de malo utilizar queroseno en una lámpara (Dios no os lo impedirá), nos parece que sólo el que se ha vuelto puro como el *ghee* puede subir. La llama de una lámpara de queroseno también subirá (el queroseno no es inferior al *ghee*), pero el *ghee* es un símbolo de nuestro sentimiento de que el que se ha purificado será capaz de subir más alto.

Los templos, las mezquitas y las iglesias también son unos símbolos semejantes a éste. Pueden ser preciosos: unas ilustraciones increíbles creadas por el hombre. Pero se han vuelto feos porque han entrado en ellos muchas cosas absurdas. Ahora, el templo ya no es un templo: se ha convertido en el templo de los hinduistas. Y no sólo de los hinduistas, sino de los *vaishnavas,* de los devotos del dios Visnú. Y no sólo es el templo de los vaishnavas, sino el templo de fulano o de mengano. Así, con esta desintegración continua, todos los templos se han convertido en semilleros de política. Alimentan el sectarismo y el fanatismo que llevan a todos al desastre. Con el tiempo, se han convertido en unos establecimientos oficiales que se dedican constantemente a explotar y a conservar sus intereses creados.

No os pido que suprimáis los templos. Lo que os pido es que os libréis de todo lo inútil que ha pasado a formar parte de los templos. Hay que destruir sus intereses creados. Hay que salvar a los templos de que se conviertan en establecimiento oficiales; hay que salvarlos del sectarismo y del fanatismo. Un templo es un lugar muy hermoso si no deja de ser un recordatorio de lo divino, de Dios, si no deja de ser un símbolo de él, si refleja un fenómeno que asciende hacia el cielo.

Lo único que quiero decir es que, mientras los templos sigan siendo el resorte principal de la política, seguirán provocando desgracias. Y ahora, en efecto, los templos no son sino el resorte principal de la política. Cuando se construye un templo para los hinduistas, se convierte automáticamente en un semillero de política, pues la política significa sectarismo. Y la religión no tiene absolutamente nada que ver con el sectarismo. La religión significa un sadhana, un compromiso personal con la espiritualidad, y la política significa sectarismo. Sed conscientes siempre de que la religión se puede relacionar con un sadhana, pero no puede relacionarse nunca con el sectarismo. La política se alimenta del sectarismo, el sectarismo se alimenta del odio y el odio se alimenta de sangre; y todas estas maldades siguen adelante.

El templo se ha vuelto impuro como símbolo de Dios. Hay que eliminar esa impureza; por tanto, el templo será un símbolo de gran belleza. Si un pueblo tiene un templo que no pertenezca ni a los hinduistas ni a los musulmanes ni a los cristianos, el pueblo parecerá hermoso. El templo se convertirá en un adorno del pueblo. El templo se convertirá en un recuerdo de lo infinito. A los que entren en el templo no les parecerá que, por hacerlo, se han acercado a Dios, ni que fuera del templo estaban lejos de él; la gente sentirá, simplemente,

que el templo es un lugar donde les resulta más fácil entrar en sí mismos, que el templo sólo ha de ser un lugar donde uno conoce la belleza, la paz y la soledad. En tal caso, el templo será sencillamente un lugar adecuado para practicar la meditación. Y la meditación es el camino que conduce a lo divino.

No todo encuentran fácilmente en sus casas la paz necesaria para practicar la meditación; pero todos los habitantes de un pueblo, juntos, pueden construir fácilmente una casa tan pacífica. No todos pueden permitirse contratar a un profesor particular para sus hijos y ofrecer a éstos una escuela propia con jardín y patio de juegos. Si cada persona se dedicara a hacer esto, surgiría un problema: sólo unos pocos niños tendrían estudios. Por eso construimos una escuela en el pueblo y proporcionamos todo lo necesario para todos los niños del pueblo. Del mismo modo, cada pueblo debe tener un lugar para practicar el sadhana, para practicar la meditación. Eso es todo lo que significan el templo y la mezquita: nada más. En la actualidad, ya no son lugares para practicar el sadhana: se han convertido en centros para difundir agitaciones y maldades.

Así pues, no tenemos necesidad de suprimir los templos. Pero debemos procurar que el templo no siga siendo un centro de agitación. También debemos procurar que el templo vuelva a manos de la religión y que no siga en manos de los hinduistas ni de los musulmanes.

Si los niños de un pueblo pueden ir a la mezquita con tanta libertad como al templo, si pueden ir a la iglesia con tanta libertad como al templo de Shiva, en tal caso, eso denota que ése es un pueblo verdaderamente religioso. Luego es que las gentes de ese pueblo son buenas gentes. Entonces es que los padres de ese pueblo no son enemigos de sus hijos. Por consiguiente, se advierte que los padres de este pueblo aman a sus hijos, y que están sentando las bases para que sus hijos no luchen entre ellos. Los padres de este pueblo dirán a sus hijos: "La mezquita es vuestra casa, tanto como el templo. Id allí donde encontréis la paz. Pasad aquí: buscad a Dios allá. Todas las casas son de Dios, pero lo que importa es verlo. Y, para ello, entrad en vosotros mismos. O id donde os parezca". El día en que esto se haga realidad, se creará en el mundo el templo tal como debe ser. Todavía no hemos sido capaces de construirlo.

Yo no me cuento entre los que quieren suprimir los templos. Por el contrario, digo que nuestros templos ya han sido destruidos por los mismos que afirman ser sus vigilantes. Pero es difícil determinar cuándo seremos capaces de darnos cuenta de ello. Y, además, la gente me entiende mal, piensa que soy uno de los destructores de templos. ¿Qué ganaría yo con destruir un templo? Naturalmente, hay que eliminar todo lo que ha llegado a rodear el templo y que no es propio de un templo. No tiene nada de malo dedicarse a esta labor.

Responderé a una última pregunta, y después daremos comienzo a nuestra meditación. Un amigo ha preguntado después de la charla de la mañana: ¿*Vaga algunas veces el atman (el alma o la conciencia) después de abandonar el cuerpo?*

ALGUNAS ALMAS, A ALGUNOS SERES, les resulta difícil, en efecto, tomar un cuerpo nuevo inmediatamente después de la muerte. Esto tiene una causa, y quizás no se os haya ocurrido cuál es esta causa. Podemos dividir a todas las almas en tres categorías. Una es la inferior: la de las personas con la conciencia del tipo más bajo; otra es el tipo más alto de todos, la conciencia muy superior y más pura; y la tercera es la de la gente intermedia, que tienen algo de cada una de las dos primeras.

Tomemos como ejemplo a *damroo*, un tambor pequeño. Es ancho por los extremos y estrecho en el centro. Si lo invirtiésemos de tal modo que fuera ancho en el centro y estrecho en los extremos, comprenderíamos la situación de los seres incorpóreos. En los extremos estrechos hay muy pocos seres. A los seres más bajos les resulta difícil tomar un cuerpo nuevo, tanto como a los seres superiores. Los intermedios no se retrasan en absoluto: alcanzan un cuerpo nuevo en cuanto dejan el anterior. El motivo es que siempre hay un vientre disponible para almas mediocres, para las medianas.

En cuento muere una persona el alma, el ser, ve a centenares de personas, a centenares de parejas, que copulan. Y cuando se siente atraída por una pareja, entra en el vientre. Pero

muchas almas superiores no pueden entrar en vientres corrientes: necesitan vientres extraordinarios. El alma superior necesita la unión de una pareja con un nivel excepcional elevado de conciencia, para que esté disponible el nivel más elevado de posibilidades para el nacimiento. Así pues, un alma elevada tiene que esperar el vientre adecuado. Del mismo modo, los seres inferiores también tienen que esperar, porque tampoco pueden encontrar fácilmente a una pareja: no les resulta fácil encontrar un vientre de tipo inferior. De esta forma, los tipos más elevados y los inferiores no nacen con facilidad, mientras que los mediocres no tienen dificultades. Siempre hay vientres disponibles para recibirlos: el alma mediocre se siente atraída inmediatamente por uno de ellos.

Esta mañana os hablé del Bardo. Cuando se practica este método, se dice al moribundo: "Verás a centenares de parejas que copulan. No tengas prisa. Piénsatelo un poco; espera un poco, pasa allí algún tiempo antes de entrar en un vientre. No entres inmediatamente en el primer vientre que te atraiga". Es como si una persona fuera al barrio comercial y se comprase lo primero que le llamase la atención en un escaparate. La primera tienda que ve lo atrae: entra inmediatamente en la tienda. Pero el comprador inteligente visita varias tiendas, comprueba una y otra vez los artículos, se informa, compara los precios y, después, decide.

Por tanto, en el método Bardo se advierte al moribundo: "¡Cuidado! No te precipites, no tengas prisa, sigue buscando: piénsatelo, tenlo todo en cuenta". Se le dice esto porque siempre hay centenares de personas copulando. La persona ve claramente a centenares de parejas haciendo el amor, y entre ellas sólo se siente atraído por la pareja que es capaz de ofrecerle un vientre adecuado.

Tanto las almas superiores como las inferiores deben esperar hasta que encuentran un vientre adecuado. Las almas inferiores no encuentran fácilmente un vientre de carácter tan bajo que, a través de él, puedan alcanzar sus posibilidades. Las almas superiores tampoco encuentran fácilmente un vientre de carácter superior. Las almas inferiores que están faltas de cuerpos son los que llamamos malos espíritus, y las almas superiores que esperan nacer son los que llamamos *devatas*, dioses. Los seres superiores que esperan al vientre adecuado son dioses. Los fantasmas y los malos espíritus son las almas más bajas, que están faltas de cuerpos por su calidad inferior. Para el ser corriente siempre hay disponible un vientre. En cuanto se produce la muerte, el alma entra instantáneamente en un vientre.

El mismo amigo ha preguntado también: *Esos seres que esperan nacer ¿pueden entrar en el cuerpo de alguien y molestar a esa persona?*

TAMBIÉN ESTO ES POSIBLE, porque las almas inferiores, las que no han encontrado todavía un cuerpo, están muy atormentadas, mientras que las almas superiores son felices sin cuerpos. Debéis tener presente esta diferencia. Las almas superiores siempre consideran el cuerpo como una especie de atadura de un tipo u otro: quieren mantenerse tan ligeros que prefieren, incluso, no cargar con el peso de un cuerpo. Y, en último extremo, quieren librarse del cuerpo, pues les parece que el cuerpo no es más que una prisión. Llegan a sentir que el cuerpo les obliga a hacer ciertas cosas que no merecen la pena; por eso, sus almas no están muy apegadas al cuerpo. Las almas inferiores no son capaces de vivir ni un momento sin el cuerpo: sus intereses y su felicidad están atados al cuerpo.

Algunos placeres se pueden alcanzar sin estar en un cuerpo. Por ejemplo, tomemos el caso del alma de un pensador. Pues bien, uno puede disfrutar del placer de pensar sin estar en un cuerpo, porque el pensamiento no tiene nada que ver con el cuerpo. Así, si el alma de un pensador empieza a vagar y no alcanza un cuerpo, nunca da muestras de ninguna prisa por estar de nuevo en el cuerpo, porque puede disfrutar del placer de pensar incluso en el estado en que se encuentra. Pero supongamos, por ejemplo, que una persona disfruta con pasión de la comida. No es posible apreciar ese pacer sin estar en un cuerpo, de modo que en tal caso el alma se vuelve tremendamente inquieta por el deseo de entrar de algún modo en un cuerpo. Y si no consigue encontrar un vientre adecuado, entonces puede entrar en un cuerpo que tiene

un alma débil. Alma débil es aquella que no es dueña de su cuerpo. Y esto sucede cuando el alma débil se encuentra en estado de miedo.

Recordad que el miedo tiene un significado muy profundo. El miedo es aquello que os hace contraeros. Cuando tenéis miedo, os contraéis; cuando sois felices, os dilatáis. Cuando una persona se encuentra en estado de miedo, su alma se contrae, y en consecuencia queda libre en su cuerpo un gran espacio vacío para que entre otra alma y lo ocupe. No sólo un alma sino muchas pueden entrar a la vez en ese espacio y ocuparlo. Por tanto, cuando una persona se encuentra en estado de miedo, puede entrar un alma en su cuerpo. Y el único motivo por el que un alma querría hacer tal cosa es porque todos sus anhelos están ligados al cuerpo: intenta saciar sus anhelos entrando en el cuerpo de alguien. Esto es perfectamente posible. Existen pruebas tangibles que lo demuestran: todo esto se basa completamente en la realidad.

Lo que esto quiere decir es que una persona temerosa siempre corre peligro: está siempre contraída. Vive, por así decirlo, en una sola habitación de la casa, mientras el resto de las habitaciones quedan disponibles y pueden ser ocupadas por otros inquilinos.

De vez en cuando, las almas superiores entran en un cuerpo humano, pero por motivos muy diferentes. Algunos actos de compasión no se pueden realizar sin estar en un cuerpo. Imaginémonos, por ejemplo, que una casa se incendia y que no aparece nadie dispuesto a salvarla. La multitud contempla el incendio, impotente; nadie se atreve a entrar en la casa en llamas. De pronto se adelanta un hombre, apaga el incendio y consigue salvar a alguien que estaba atrapado dentro. Más tarde, cuando todo ha terminado, aquel mismo hombre se pregunta cómo fue capaz de hacerlo. Está seguro de haber obrado y actuado bajo la influencia de un poder desconocido: sabe que no fue obra suya, que alguien más lo hizo. En esos casos es que el hombre es incapaz de hacer acopio del valor necesario para una buena causa, un alma superior puede entrar en el cuerpo humano y cumplir la tarea. Pero estas cosas suceden raras veces.

Como a los seres superiores les resulta difícil encontrar vientres adecuados, algunas veces tienen que esperar centenares de años hasta su nacimiento siguiente. Y, cosa sorprendente, estas almas aparecen sobre la Tierra casi al mismo tiempo. Por ejemplo, el Buda y Mahavira nacieron ambos en la India hace 2,500 años. Ambos nacieron en Bihar, y en la misma época estaban presentes otros seis seres iluminados en la misma región de Bihar. Sus nombres no son conocidos porque no iniciaron a ningún discípulo, porque no tuvieron seguidores (es el único motivo); pero eran seres del mismo calibre que el Buda y Mahavira. Y realizaron un experimento muy atrevido: ninguno de ellos inició a ningún seguidor. Una de estas personas fue Prabuddha Katyayana; otro Ajit Keshkambal, y otro fue Sanjay Vilethiputra. También vivió entonces Machali Gosal, y otros. Ocho personas del mismo genio y de la misma potencialidad nacieron en aquel período de tiempo en la región de Bihar. Con todo el mundo a su disposición, estas ocho almas esperaron mucho tiempo para nacer en aquella pequeña región de Bihar. Y cuando llegó la oportunidad, llegó para todos a la vez.

Suele suceder (y también sucede con las almas malvadas) que se produce una cadena de nacimientos de almas buenas. Al mismo tiempo que el Buda y Mahavira nació Sócrates en Grecia, seguido al poco tiempo por Platón y Aristóteles. Hacia la misma época nacieron en China Confucio, Lao Tse, Chuang Tse y Mencio (Meng Tse). Aproximadamente en la misma época nacieron en partes diferentes del mundo unas personas increíbles. Todo el mundo estaba lleno de personas fascinantes. Parece que las almas de esas personas llevaban algún tiempo esperando, y que les surgió por entonces una oportunidad; aparecieron vientres disponibles para ellas.

Cuando sucede que hay vientres disponibles, aparecen muchos vientres disponibles a la vez. Es como el florecimiento de las plantas. Cuando llega la temporada, nos encontramos que se ha abierto una flor, después vemos una segunda flor, y luego una tercera. Las plantas están esperando florecer. Llega el alba, y en cuanto se levanta el sol sobre el horizonte la flor se abre. Las flores han pasado toda la noche esperando, y cuando salió el sol, se abrieron.

A las almas inferiores les sucede exactamente lo mismo. Cuando se desarrolla en la Tierra un entorno adecuado, nacen en cadena. Por ejemplo, en nuestros tiempos nacieron en la misma época personas como Hitler, Stalin y Mao. Estas personas tan horribles debieron

esperar miles de años para nacer: no les resultaba demasiado fácil encontrar vientres. Stalin mató él solo a unos seis millones de personas en la Unión Soviética, y Hitler mató a unos diez millones de personas.

Los sistemas para matar que inventó Hitler no tenían precedentes en la historia de la humanidad. Organizó asesinatos en masa como no lo había hecho nadie hasta entonces. Tamerlán y Genghis Kan parecen unos principiantes a su lado. Hitler inventó cámaras de gas para realizar asesinaros en masa. Le parecía demasiado engorroso y caro matar a las personas una a una y deshacerse después de sus cadáveres; por eso, inventó sistemas ingeniosos para el asesinato en masa. También existen otros medios para el asesinato en masa (como vimos, por ejemplo, en los recientes disturbios comunales de Ahmadabad y en otras partes), pero son métodos muy costosos.

Además, matar a las personas una a una es muy trabajoso y lleva mucho tiempo. Matar personas una a una no da resultado: se mata a una aquí y nace otra en otra parte. De modo que Hitler hacía meter a cinco mil personas a la vez en una cámara de gas, y, con sólo apretar un botón, estas cinco mil personas se evaporaban. No se derramaba una gota de sangre ni había que cavar una sola tumba. Todo era muy eficiente.

Nadie puede acusar a Hitler de derramar sangre. Si Dios sigue impartiendo justicia según los principios antiguos, encontraría a Hitler completamente inocente. No derramó ni una gota de sangre; no atravesó ningún pecho con su espada; se limitó a inventar un método ingenioso para matar, un método indescriptible. Metía a la gente en una cámara de gas, apretaba un botón eléctrico y la gente se evaporaba. No quedaba ningún vestigio de su existencia. Por primera vez en la historia, Hitler se deshacía de la gente del mismo modo que nosotros hacemos hervir el agua y la evaporamos. ¡Convirtió en humo a diez millones de personas!

A un alma como la de Hitler le resulta muy difícil encontrar un cuerpo nuevo en poco tiempo. Y es bueno que le resulte tan difícil; de lo contrario, la Tierra tendría un gran problema. Hitler tendrá que esperar mucho tiempo, pues es extremadamente difícil que se produzca de nuevo una concepción de calidad tan baja.

¿Qué significa nacer por una concepción inferior? Significa que varias generaciones de antepasados de los padres tienen acumulada una larga cadena de malas obras. En una sola vida no es posible acumular tanto mal como para explicar la concepción de una persona como Hitler. ¿Cuánto mal, cuántos asesinatos puede cometer un hombre en una vida para producir un hijo como Hitler? Para que un hijo como Hitler elija a sus padres, hace falta una larga cadena de malas obras, de obras realizadas por los padres durante centenares, miles, millones de años. Eso significa que sólo si una persona trabajara en un matadero continuamente durante miles de años podrían sus genes, su raza, volverse capaces de atraer a un alma como la de Hitler.

Lo mismo se cumple con las almas buenas. A las almas medianas, corrientes, no les resulta difícil nacer: en todas partes hay vientres dispuestos a recibir a tales almas. Por otra parte, sus exigencias son muy corrientes. Tienen los mismos anhelos: comer, beber, ganar dinero, disfrutar del sexo, aspirar a la honra y a la posición social: anhelos corrientes. Todo el mundo ansía estas cosas; por eso, el alma no tiene problemas para encontrar un vientre. Todos los padres pueden brindar a cualquier alma la oportunidad de conseguir todas estas cosas corrientes. Pero si un alma quiere vivir en un cuerpo humano una vida tan pura que le produzca reparo incluso hollar la Tierra con sus pies, si quiere vivir lleno de un amor tan total que no quiera que nadie se moleste por su amor ni que su amor se convierta en una carga para nadie, entonces tendremos que esperar mucho tiempo hasta que nazca tal alma.

AHORA VAMOS A PREPARARNOS para la meditación vespertina. Antes voy a dejar claras algunas cosas. He observado que os sentáis muy cerca de otros, y eso no os permite sentaros sin preocuparos de la posibilidad de caer sobre otra persona. Esta situación no os permite profundizar. Así pues, lo primero que tenéis que hacer es separaos unos de otros. Los que queráis acostaros podéis hacerlo. Incluso más adelante, durante la meditación, si

sentís que vuestro cuerpo va a caer al suelo, no lo sujetéis. Soltad completamente, dejad caer el cuerpo.

Ahora, apagad las luces.

Lo primero: cerrad los ojos. Relajad el cuerpo… Relajad el cuerpo completamente, como si no quedara cuerpo. Sentid que toda la energía de vuestro cuerpo está pasando dentro… sentid que vosotros estáis pasando dentro del cuerpo. Tenéis que retirar dentro toda vuestra energía.

Durante tres minutos os haré sugerencias de que vuestro cuerpo se está relajando, y vosotros tenéis que sentirlo. Tenéis que sentir vuestro cuerpo y relajarlo. Sentiréis poco a poco que habéis pedido vuestra sujeción del cuerpo; si el cuerpo empieza a caer entonces dejadlo caer; no lo sujetéis. Si cae hacia delante, dejadlo caer; si cae hacia atrás, dejadlo caer. Por vuestra parte, no mantengáis sujeto el cuerpo de ningún modo. Soltad la sujeción a que tenéis sometido el cuerpo. Ésta es la primera etapa.

Ahora os haré sugerencias durante tres minutos. Del mismo modo, os haré después sugerencias para vuestra respiración y, después, para vuestros pensamientos. Al final, pasaremos diez minutos perdidos en el silencio.

Vuestro cuerpo se está relajando. Sentidlo: vuestro cuerpo se está relajando…vuestro cuerpo se está relajando… vuestro cuerpo se está relajando… Soltadlo, como si el cuerpo ya no existiese. Renunciad a vuestra sujeción. Vuestro cuerpo se está relajando… dejad todo control sobre el cuerpo, como si vuestro cuerpo estuviera muerto.

Habéis pasado dentro; la energía ha sido absorbida dentro: ahora, el cuerpo queda atrás, como una cáscara. El cuerpo se está relajando… el cuerpo está completamente relajado… Soltad. Sentiréis que se ha ido, se ha ido, se ha ido. Dejadlo caer si él quiere. El cuerpo está relajado, como si ahora estuvieseis muertos, como si el cuerpo ya no existiese, como si el cuerpo hubiera desaparecido.

Relajad también la respiración. Vuestra respiración se está relajando… sentid que vuestra respiración se está relajando… vuestra respiración se ha relajado por completo… Soltad… soltad el cuerpo; soltad también la respiración. Vuestra respiración se ha relajado.

También vuestros pensamientos se están quedando en silencio… los pensamientos se están quedando en silencio… Sentid que vuestros pensamientos se quedan totalmente en silencio… sentidlo dentro: los pensamientos se están calmando. El cuerpo está relajado, la respiración está relajada, los pensamientos están en silencio…

Todo está en silencio dentro de vosotros. Nos estamos hundiendo en este silencio; nos estamos hundiendo; estamos cayendo cada vez más hondo, como el que cae en un pozo, cada vez más hondo… del mismo modo caemos cada vez más hondo en el vacío, en el *Shunya*. Soltad, soltad vuestra sujeción completamente… Seguid sumergiéndoos en el vacío, seguid sumergiéndoos… Dentro sólo quedará la conciencia, que arde como una llama, observando como un simple testigo.

Limitaos a manteneros como testigos. Seguid observando dentro… Fuera, todo está muerto; el cuerpo ha quedado totalmente inerte. La respiración es más lenta, los pensamientos son más lentos; en nuestro interior, estamos cayendo en el silencio. Seguid observando, seguid observando, observando continuamente: surgirá un silencio mucho más hondo, un silencio mucho más profundo. En ese estado de observación, yo también desapareceré; sólo quedará una luz encendida, una llama que arde.

Ahora me quedaré callado diez minutos, y vosotros seguiréis despareciendo dentro, cada vez más hondo. Renunciad a vuestra sujeción, soltad. Limitaos a seguir observando. Durante diez minutos, sed observadores, testigos.

Todo está en silencio… Mirad dentro, seguir mirando dentro. Que dentro sólo exista observación. La mente se está quedando cada vez más en silencio… Veréis vuestro propio cuerpo tendido a cierta distancia, como si fuera el cuerpo de otro. Os apartaréis del cuerpo, como si hubierais abandonado el cuerpo. Parece que es otro el que respira.

Entrad más todavía, entrad más hondo… Seguid observando, seguid mirando dentro, y la mente se hundirá por completo en la nada. Ahondad más, entrad más hondo… seguid observando… la mente se ha quedado completamente en silencio.

El cuerpo queda atrás, el cuerpo está como muerto. Nos hemos apartado del cuerpo. Soltad, soltad por completo; no os guardéis nada, como si estuvieseis muertos dentro de vosotros. La mente se está quedando todavía más en silencio… el cuerpo yace lejos; nos hemos alejado del cuerpo… La mente se ha quedado en silencio total…

Mirad dentro. El yo ha desparecido por completo; sólo queda la conciencia, sólo queda el conocimiento. Todo lo demás ha desaparecido…

Respirad hondo varias veces, despacio. La mente está ahora en silencio total. Observad todas y cada una de las respiraciones, y sentiréis que la mente se queda todavía más en silencio. Vuestra respiración también parecerá distanciada de vosotros, separada de vosotros. Respirad con suavidad y despacio. Observad lo lejos que está la respiración… observad lo distanciada que está de vosotros.

Respirad hondo varias veces, despacio. Después, abrid los ojos despacio. No hace falta que os apresuréis para levantaros. Si sois incapaces de abrir los ojos, no hace falta que os deis prisa. Abrid los ojos despacio y con suavidad, y después asomaos al exterior un momento.

Nuestra meditación vespertina ha terminado.

## CAPÍTULO 4

## VOLVER A LA FUENTE

UN AMIGO HA PREGUNTADO: *Según l9o que has dicho, podemos triunfar sobre la muerte por medio de la meditación o del sadhana. Pero ¿acaso no se produce el mismo estado cuando estamos dormidos? Y, en tal caso, ¿por qué no se puede vencer a la muerte por medio del sueño?*

LO PRIMERO QUE SE DEBE ENTENDER es que la idea de triunfar sobre la muerte no quiere decir que exista algo llamado muerte a lo que podemos vencer. Triunfar sobre la muerte significa, sencillamente, que llegamos a saber que no hay muerte. Saber que la muerte no existe es vencerla. No hay una cosa llamada muerte a la que podemos vencer. En cuanto sabemos que no hay muerte, cesa nuestra batalla constante y perdida contra la muerte. Existen algunos enemigos, y existen otros que en realidad no existen sino que sólo lo parecen. La muerte es uno de estos enemigos que no tienen una existencia real: sólo parece que existe.

Así pues, no supongáis que el triunfo significa que la muerte existe en alguna parte y que la venceremos. Serías como un hombre que se volviera loco y que se pusiera a luchar contra su propia sombra, hasta que alguien le dijese: "Míralo bien: la sombra no tiene sustancia. No es más que una apariencia". Si el hombre mirara la sombra y se diera cuenta de lo que hacía, se reiría de sí mismo: sólo entonces podría saber que ha vencido a la sombra. Vencer a la sombra significa simplemente saber que no existía ni la menor sombra con la que luchar: cualquiera que lo intentase se volvería loco. El que lucha contra la muerte, perderá; el que conoce a la muerte, la vencerá.

Esto también significa que, si no hay muerte, entonces en realidad nosotros no morimos nunca, seamos conscientes de ello o no. Las gentes del mundo no se dividen en gentes que mueren y en gentes que no mueren: no, no es así. En este mundo nadie muere nunca. Pero sí es verdad que hay dos tipos de personas: los que conocen ese hecho y los que no lo conocen: ésta es la única diferencia.

En el sueño llegamos al mismo lugar donde llegamos en la meditación. La única diferencia es que en el sueño estamos inconscientes mientras que en la meditación estamos plenamente conscientes. Si alguien se volviera plenamente consciente en pleno sueño, tendría la misma experiencia que en la meditación.

Por ejemplo, si anestesiamos a una persona y en su estado inconsciente la sacamos en una camilla a un jardín lleno de flores hermosas, con el aire lleno de fragancia, donde brilla el sol y cantan los pájaros, esa persona sería completamente inconsciente de todo ello. Cuando volviésemos a llevarla al punto de partida y se recuperase de la anestesia, si le preguntásemos si le gustó el jardín, no sería capaz de decirnos nada. Después, si la llevamos al mismo jardín cuando estuviera plenamente consciente, conocería todo lo que estaba allí presente cuando la llevaron allí anteriormente. En ambos casos, aunque la persona fue llevada al mismo lugar, en el primer caso estaba inconsciente del bello entorno, mientras que en el segundo caso era plenamente consciente de las flores, de la fragancia, del canto de los pájaros, del sol naciente. Así, aunque en estado inconsciente llegaréis, sin duda, tan lejos como en estado consciente, llegar a alguna parte en estado inconsciente es como no llegar.

En el sueño llegamos al mismo paraíso al que llegamos en la meditación, pero no somos conscientes de ello. Viajamos cada noche a ese paraíso y regresamos después… inconscientemente. Aunque nos acaricia la fresca brisa y la encantadora fragancia de ese lugar, y los cantos de los pájaros resuenan en nuestro oído, nunca somos conscientes de ello. Y, a pesar de regresar de este paraíso siendo completamente inconscientes de ello, podemos decir: “Esta mañana me siento muy bien. Me siento muy tranquilo. Esta noche he dormido bien”.

¿Por qué os sentís tan bien? ¿Qué ha sucedido de bueno cuando habéis dormido bien? No puede tratarse simplemente del hech9o de haber dormido: sin duda, debéis de haber estado en alguna parte; os debe haber pasado algo. Pero, por la mañana, no tenéis conocimiento de ello, aparte de una vaga sensación de bienestar. El que ha dormido profundamente por la noche se levanta refrescado por la mañana. Esto muestra que la persona ha llegado en su sueño a una fuente refrescante, aunque en estado inconsciente.

El que es incapaz de dormir bien por la noche se encuentra más cansado por la mañana que al acostarse en la noche anterior. Y si una persona pasa varios días sin dormir bien, le resulta difícil sobrevivir, pues se rompe su conexión con la fuente de la vida. Es incapaz de llegar al lugar donde le resulta esencial llegar.

El peor castigo posible en el mundo no es la muerte: la muerte, como castigo, es fácil de soportar; pasa en unos momentos. El peor castigo que se ha inventado en el mundo es no dejar dormir a la persona. Aun en nuestros tiempos hay países como la China y Rusia donde se impide dormir a los prisioneros. Los tormentos que tiene que padecer un prisionero si no se le permite dormir durante quince días son inimaginables: casi se vuelve loco. Se pone a difundir la información que de otro modo no habría comunicado al enemigo. Empieza a hablar, completamente inconsciente de las consecuencias.

En la China se han inventado métodos sistemáticos. Se impide a los prisioneros dormir durante seis meses. En consecuencia, se vuelven completamente locos. Olvidan por completo quiénes son, cómo se llaman, cuál es su religión, de qué ciudad o pueblo son, cuál es su país: lo olvidan todo. La falta de sueño introduce en sus conciencias un trastorno completo, un caos. En ese estado se les puede hacer aprender cualquier cosa.

Cuando los soldados estadounidenses que cayeron prisioneros en Corea regresaron de los campos de prisioneros de Rusia y de la China, la falta de sueño los había dejado en unas condiciones tan terribles que, cuando salieron, estaban abiertamente en contra de los Estados Unidos y a favor del comunismo. Primero se impedía dormir a estos soldados y, cuando sus conciencias quedaban trastornadas, se les adoctrinaba en el comunismo. Cuando sus identidades quedaban sumidas en el caos, se les decía por medio de sugerencias repetidas que eran comunistas. De esta forma, antes de su liberación aquellos soldados habían sufrido un lavado de cerebro completo. Los psicólogos estadounidenses que trataban a estos soldados quedaban desconcertados.

Si se priva de sueño a una persona, ésta se queda aislada de la fuente misma de la vida. En el mundo seguirá creciendo el ateísmo en la misma proporción en que el sueño se siga haciendo más ligero. En los países en los que la gente tiene un sueño ligero, el ateísmo aumentará más. Y en los países en los que la gente duerme más profundamente, aumentará más el teísmo. Pero este teísmo y ateísmo son una cosa completamente extraña para el hombre, pues surgen de un estado inconsciente. La persona que ha dormido profundamente pasa el día siguiente en paz, mientras que la que no ha dormido profundamente pasa el día siguiente inquieta y agitada. ¿Cómo va a poder ser receptiva ante Dios una mente inquieta y agitada? Una mente alterada, insatisfecha, tensa e iracunda se niega a aceptar a Dios, niega su existencia.

La causa primera del incremento del ateísmo en Occidente no es la ciencia: el problema arranca del carácter desordenado y caótico del sueño. En Nueva York, al menos el treinta por ciento de los habitantes no pueden dormir sin tranquilizantes. Los psicólogos creen que, si esta situación prevalece durante cien años más, ni una sola persona será capaz de dormir sin meditación.

Hay personas que han perdido por completo la capacidad de dormir. Si una persona que ha perdido esta capacidad nos preguntase cómo nos dormimos y nosotros le respondiésemos: “Lo único que hago es apoyar la cabeza en la almohada y dormirme”, no nos creería. Le parecería imposible, y sospecharía que hay algún truco que ella no conoce, pues ella también apoya la cabeza en la almohada y no pasa nada.

Puede llegar un tiempo, Dios no lo quiera, dentro de mil o dos mil años, en que todo el mundo haya perdido la capacidad de tener un sueño natural, y la gente se negará a creer que mil o dos mil años antes la gente se limitaba a apoyar la cabeza en la almohada y se quedaba dormida. Lo tomarán por una ficción, por un relato mítico de los Puranas. No se creerán que era verdad. Dirán: “Esto no es posible, porque lo que no es verdad entre nosotros, ¿cómo puede ser verdad entre otros?”

Os hago ver todo esto porque hace tres o cuatro mil años la gente cerraba los ojos y entraba en estado de meditación con tanta facilidad como nosotros nos dormimos hoy día. Dentro de dos mil años será difícil dormir en Nueva York: ya es difícil en la actualidad. Se está volviendo difícil en Bombay y, pronto será difícil también en Dwarka: es cuestión de tiempo. Hoy nos resulta difícil creer que hubo una época en que una persona cerraba los ojos y entraba en estado de meditación; porque hoy, cuando os sentáis con los ojos cerrados, no llegáis a ninguna parte: los pensamiento siguen dando vueltas dentro de vosotros y os quedáis donde estáis.

En el pasado era fácil practicar la meditación para los que estaban cerca de la naturaleza, como lo es actualmente el sueño para los que viven cerca de la naturaleza. Primero desapareció la meditación; ahora está desapareciendo el sueño. Si pierden primero las cosas conscientes; después de éstas, se pierden las cosas inconscientes. Con la desaparición de la meditación el mundo se ha vuelto casi irreligioso, y cuando desaparezca el sueño el mundo se volverá completamente irreligioso. La religión no tiene esperanzas en un mundo sin sueño.

No os podréis creer lo estrecha, lo profundamente que estamos conectados con el sueño. El modo en que una persona vive su vida depende completamente de cómo sueña. Si no duerme bien, toda su vida sería un caos: todas sus relaciones personales se enredarían; todo se volvería venenoso, lleno de rabia. Por el contrario, si una persona duerme profundamente, en su vida habrá frescura: fluirán continuamente la paz y la alegría. Sus relaciones personales, su amor; todo se basará en la serenidad. Pero si pierde el sueño, todas sus relaciones personales se echarán a rodar. Se hundirán sus relaciones con su familia, con su mujer, con su hijo, con su madre, con su padre, con su maestro, con sus alumnos: con todos. El sueño nos lleva a todos a un punto de nuestro inconsciente donde todos estamos inmersos en Dios; aunque no por mucho tiempo. Hasta la persona más sana sólo alcanza su nivel más profundo durante diez minutos de sus ocho horas diarias de sueño. Durante esos diez minutos está tan completamente perdida, sumergida en el sueño, que no tiene ni siquiera un ensueño.

El sueño no es total mientras la persona está soñando: no deja de oscilar entre el estado de sueño y el de vigilia. El ensueño es un estado en que la persona está medio dormida y medio despierta. Tener un ensueño significa que, aunque tenemos cerrados ojos, no estamos dormidos: las influencias externas todavía nos afectan. Las personas con que tratamos de día siguen con nosotros por la noche en nuestros ensueños. Los ensueños ocupan el estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Y hay muchas personas que han perdido la capacidad de dormir: se limitan a quedarse en el estado de los ensueños sin alcanzar nunca el estado de sueño. Y no importa que no recordemos por la mañana lo que soñamos durante la noche. En los Estados Unidos se están llevando a cabo muchas investigaciones sobre el sueño. Unos diez grandes laboratorios han realizado experimentos con millares de personas durante ocho o diez años.

Los estadounidenses están dando muestras de interés por la meditación porque han perdido el sueño. Creen que la meditación quizás sirva para devolverles el sueño, que quizás pueda llevar a sus vidas algo de paz. Por eso no ven en la meditación más que un tranquilizante. Cuando Vivekananda introduj9o por primera vez la meditación en Estados Unidos un médico lo visitó y le dijo: "He disfrutado enormemente de su meditación. Es, decididamente, un tranquilizante no químico. No es un medicamento, pero hace dormir: es magnífico." La influencia creciente de los yoguis en los Estados Unidos no se debe a ellos mismos: la causa verdadera es la falta de sueño. Los estadounidenses tienen trastornado el sueño, y por eso la vida en los Estados Unidos está llena de tristeza, de depresión, de tensión. Por eso vemos que en los Estados Unidos hay una necesidad creciente de tranquilizantes: para hacer dormir de laguna manera a la gente.

Cada año se gastan millones de dólares en tranquilizantes en los Estados Unidos. Diez grandes laboratorios están realizando investigaciones con millares de sujetos a los que pagan para que pasen noches de sueño bastante incómodo y molesto. Se conectan todo tipo de electrodos y millares de cables al cuerpo de los sujetos y los estudian desde todos los ángulos para descubrir lo que sucede dentro de ellos.

Un descubrimiento increíble que han puesto de manifiesto estos experimentos es que el hombre pasa casi toda la noche soñando. Al despertar, algunas personas decían que no habían soñado, mientras que otras decían que sí habían soñado. La única diferencia era que las que tenían mejor memoria recordaban haber soñado, mientras que las que tenían peor memoria no lo recordaban. Se descubrió, no obstante, que una persona completamente sana era incapaz de caer en un sueño profundo y sin ensueños durante diez minutos.

Es posible detectar los ensueños con máquinas. Ciertos nervios del cerebro permanecen activos en nuestro estado de ensueños, pero cuando cesa el ensueño los nervios dejan de ser activos, y la máquina indica que se ha producido un intervalo vacío. El intervalo vacío muestra que, en aquel momento, la persona no estaba ni soñando ni pensando, estaba perdida en alguna parte.

Es interesante que las máquinas siguen registrando movimientos dentro de la persona mientras ésta se encuentra en el estado de ensueños, pero en cuanto cae en el sueño sin ensueños la máquina muestra un intervalo vacío. No saben dónde fue a parar la persona en ese intervalo. Así pues, el sueño sin ensueños significa que la persona ha llegado a un lugar más allá del alcance de la máquina. Es en ese intervalo cuando la persona entra en lo divino.

La máquina es incapaz de detectar este espacio intermedio, este vacío. La máquina registra la actividad interna mientras la persona esté soñando; después, llega el intervalo vacío y la persona desaparece en alguna parte. Y después, al cabo de diez minutos, la máquina se pone a registrar de nuevo. Es difícil determinar dónde estuvo la persona en ese intervalo de diez minutos. A los psicólogos estadounidenses les intriga mucho este intervalo vacío; por esta razón, consideran que el sueño es el mayor de los misterios. La realidad es que, después de Dios, el sueño es el único misterio. No existe ningún otro misterio.

Dormís todos los días, pero no tenéis idea de lo que es el sueño. La persona pasa toda su vida durmiendo, pero nada cambia: no sabe nada del sueño. El motivo por el cual no sabéis nada del sueño es que cuando el sueño está allí, vosotros no estáis. Recordadlo: vosotros sólo estáis mientras el sueño no esté. Así pues, sólo llegáis a conocer tanto como

conoce la máquina. Del mismo modo que en el intervalo vacío la máquina se detiene y no es capaz de llegar allí donde ha sido transportada la persona, vosotros no podéis llegar allí tampoco, porque vosotros tampoco atravesáis ese intervalo vacío, el sueño sigue siendo un misterio: está fuera de vuestro alcance. Esto es así porque la persona sólo cae en el sueño profundo cuando deja de existir en su conciencia del "yo soy". Y por lo tanto, cuando el ego crece, el sueño se reduce cada vez más. La persona egoísta pierde su capacidad de dormir porque su ego, el yo, no deja de afirmarse a sí mismo las veinticuatro horas del día. Es el yo que se despierta, es el mismo yo que camina por la calle. El yo se mantiene tan presente durante todas las veinticuatro horas que, en el momento de quedar dormido, cuando llega el momento de soltar el yo, la persona es incapaz de librarse de él. Evidentemente, le resulta difícil quedarse dormida. Mientras exista el yo, el sueño es imposible. Y, como os dije ayer, mientras exista el yo, es imposible entrar en lo divino.

Entrar en el sueño y entrar en lo divino es exactamente una misma cosa: la única diferencia es que a través del sueño uno entra en Dios en estado inconsciente, mientas que a través de la meditación uno entra en Dios en estado consciente. Pero esta diferencia es muy importante. Podéis pasar millares de vidas entrando en Dios a través del sueño, pero no llegaréis a conocer a Dios. Pero si entráis en la meditación aunque sea por un momento, habréis alcanzado el mismo lugar que lleváis alcanzando en el sueño profundo durante miles y millones de vidas (aunque siempre en estado inconsciente), y esto transformará completamente vuestra vida.

Lo más interesante es que en cuanto una persona entra en estado de meditación, cuando entra en ese vacío donde lo lleva el sueño profundo, ya nunca se queda inconsciente: ni siquiera cuando duerme. Cuando Krishna dice en el Gita que el yogui permanece despierto cuando todos los demás están dormidos, no quiere decir que el yogui no duerma nunca. En realidad, nadie duerme tan bien como un yogui. Pero incluso en su sueño más profundo, aquella parte suya que ha entrado en el estado de meditación se mantiene despierta. Y el yogui entra en el sueño todas las noches en ese estado despierto. Entonces, la meditación y el sueño se convierten para él en una misma cosa: no queda ninguna diferencia entre las dos cosas. Por tanto, siempre entra en el sueño con conciencia plena. Cuando una persona entra en sí misma por medio de la meditación, ya nunca puede encontrarse en estado inconsciente cuando duerme.

Ananda vivió muchos años con el Buda. Pasó años durmiendo cerca del Buda. Una mañana preguntó al Buda:

-He pasado años viéndote dormir. No te mueves ni una sola vez; pasas toda la noche en una misma postura. Tus miembros se quedan allí donde estaban cuando te acostaste por la noche; no hay el menor movimiento. Muchas veces me he levantado por la noche para observar si te habías movido. He pasado noches enteras observándote. Tus manos, tus pies, se quedan en una misma posición; nunca te mueves. ¿Llevas una especie de registro de tu sueño de toda la noche?

-No necesito llegar ningún registro –respondió el Buda- Duermo en estado consciente, de modo que no tengo necesidad de moverme. Si quiero, puedo hacerlo. Cambiar de postura no es un requisito del sueño, es un requisito de la mente inquieta.

Una mente inquieta no es capaz de quedarse en un solo lugar durante toda una noche, y mucho menos durante el día. El cuerpo manifiesta constantemente su inquietud, aun durmiendo por la noche.

Si observáis a una persona que duerme por la noche, veréis que está constantemente inquieta, todo el tiempo. Veréis que mueve las manos de manera muy parecida a como las mueve cuando está despierta de día. Por la noche, entre ensueños, veréis que corre y jadea de manera muy parecida a las personas despiertas; se siente cansada, sin aliento. Por la noche, entre ensueños, lucha de manera muy parecida a como lucha de día. Está iracunda de noche como de día. Está llena de pasión de día, y también de noche. No existe ninguna diferencia fundamental entre el día y la noche de una persona así, salvo el hecho de que de noche se acuesta agotada, inconsciente; todo lo demás sigue funcionando como siempre. Por eso dijo el Buda: "Puedo moverme de noche si quiero, pero no tengo necesidad de hacerlo".

Pero no nos damos cuenta… Un hombre sentado en una silla no deja de mover las piernas. Preguntadle: "¿Por qué se mueven tus piernas? Es comprensible que se muevan cuando andas, pero ¿por qué se mueven cuando estás sentado en una silla?" En cuanto le digáis esto, el hombre hará parar sus piernas inmediatamente. Después se quedará inmóvil durante un segundo, pero no será capaz de explicar por qué lo hacía. Esto muestra el modo en que la inquietud interior provoca agitación en todo el cuerpo. Dentro está la mente inquieta; no es capaz de estar quieta, en una misma postura, ni por un momento. Hará que todo el cuerpo esté en movimiento: las piernas temblarán, la cabeza girará; aun sentado, el cuerpo cambiará de postura.

Por eso os resulta tan difícil quedaros sentados y quietos en meditación aunque sólo sea diez minutos. Y el cuerpo os pide desde mil puntos diferentes que os agitéis y os mováis. No advertimos esto hasta que nos quedamos sentados practicando con atención la meditación. Entonces nos damos cuenta de qué cuerpo es el nuestro: no quiere quedarse quieto en una postura ni por un segundo. La confusión, la tensión y la excitación de la mente agitan todo el cuerpo.

En el sueño profundo desaparece todo durante unos diez minutos; aunque estos diez minutos no están al alcance de todos, sino sólo de los que están completamente sanos y en paz. Otros alcanzan entre uno y cinco minutos de sueño de este tipo; la mayoría de las personas sólo alcanzan uno o dos minutos de sueño profundo. El poco jugo que recibimos en ese minuto en que alcanzamos la fuente de la vida lo aplicamos para funcionar en nuestras veinticuatro horas siguientes. El poco aceite que recibe la lámpara en ese breve período lo utilizamos para sacar adelante nuestras vidas durante veinticuatro horas. La lámpara de la vida se alimenta de la cantidad de aceite que recibe. Esta es la razón por la que arde tan poco la lámpara: no se recoge aceite suficiente para que la lámpara de la vida arda con fuerza, para que pueda convertirse en una luz brillante.

La meditación os lleva poco a poco hasta la fuente de la vida. Por tanto, ya no se trata de que saquéis de ella un puñado de alimento, os encontráis, sencillamente, en la fuente misma. Así pues, ya no se trata de que recarguéis vuestra lámpara con más aceite: tenéis a vuestra disposición todo el mar de aceite. Entonces empezáis a vivir en ese mismo mar. Con la vida de ese tipo, desaparece el sueño; no en el sentido de que ya no volváis a dormir, sino en el sentido de que, aun cuando estáis dormidos, hay alguien dentro que sigue plenamente despierto. Por consiguiente, ya no existen los ensueños. El yogui se mantiene despierto; duerme, pero no sueña nunca; sus ensueños desaparecen por completo. Y cuando desaparecen los ensueños, desaparecen los pensamientos. Lo que llamamos pensamientos en el estado de vigilia se llaman ensueños en el estado de sueño. Sólo existe una pequeña diferencia entre los pensamientos y los ensueños: los pensamientos son ensueños ligeramente más civilizados, mientras que los ensueños tienen un carácter algo primitivo. Uno de los dos es el pensamiento primitivo.

En concreto, los niños, o los miembros de las tribus aborígenes, sólo son capaces de pensar con imágenes, no con palabras. Los primeros pensamientos de los hombres siempre son en imágenes. Por ejemplo, cuando un niño pequeño tiene hambre no piensa en palabras: "Tengo hambre". El niño puede visualizar el pecho de su madre; puede imaginarse a sí mismo mamando del pecho. Puede llenarse del deseo de acercarse al pecho, pero no puede formar las palabras. La formación de las palabras comienza mucho más tarde; las imágenes aparecen antes.

También nosotros utilizamos imágenes para expresarnos cuando no conocemos una lengua determinada. Si vais a un país extranjero cuya lengua no conocéis y queréis beber agua, podéis llevaros a la boca la mano ahuecada, y el extranjero entenderá que tenéis sed; pues cuando faltan las palabras surge la necesidad de las imágenes. Y lo más interesante es que las lenguas habladas son diferentes en diferentes lugares, pero el lenguaje de las imágenes es universal, pues el lenguaje de imágenes de todos los hombres es el mismo.

Hemos inventado palabras diferentes, pero las imágenes no son invención nuestra. Las imágenes son la lengua universal de la mente humana. Por eso, las pinturas se entienden en cualquier lugar del mundo. No hace falta cambiar la lengua para comprender una escultura

de Khajuraho o un cuadro de Leonardo. La escultura de Khajuraho la entenderá un chino, un francés o un alemán, como la entendéis vosotros. Y si visitáis el museo del Louvre, en Francia, no os resultará difícil entender los cuadros que se exhiben allí. Quizás no entendáis los títulos, pues están escritos en francés, pero no os costará trabajo entender los cuadros. El lenguaje de las imágenes es un lenguaje de todos.

El lenguaje de las palabras es útil durante el día, pero no es útil por la noche. Por la noche volvemos a ser primitivos. En el sueño dejamos de ser como somos. Perdemos nuestros títulos, nuestros estudios universitarios, todo. Somos transportados al punto donde estuvo una vez el hombre primitivo. Por eso surgen imágenes de noche, en el sueño, y de día aparecen palabras. Si queremos hacer el amor durante el día, podemos pensarlo en palabras, pero por la noche no hay manera de expresar el amor si no es por medio de imágenes.

No parece que los pensamientos tengan tanta vida como los ensueños. En los ensueños aparece ante nosotros toda la imagen. Por eso nos divierte más ver una película basada en una novela que leer la misma novela. La única explicación de esto es que la novela está en el lenguaje de las palabras, mientras que la película está en el lenguaje de las imágenes. Del mismo modo, os gusta más estar aquí y escucharme en persona. No os gustaría tanto escuchar esta charla grabada en una cinta, porque aquí está presente la imagen, y en la cinta sólo hay palabras. El lenguaje de las imágenes está más próximo a nosotros, es más natural. Por la noche las palabras se convierten en imágenes; esa es la única diferencia.

El día que desaparecen los ensueños, también desaparecen los pensamientos; el día que desaparecen los pensamientos, también desaparecen los ensueños. Si el día está vacío de pensamientos, la noche estará vacía de ensueños. Y recordad que los ensueños no os permiten dormir y que los pensamientos no os permiten despertar. Procurad entender ambas cosas: los ensueños no os dejan dormir y los pensamientos no os dejan despertar. Si desaparecen los ensueños, el sueño será total; si desaparecen los pensamientos, el despertar será total. Si el despertar es total y el sueño es total, entonces es que no existe gran diferencia entre ambos. La única diferencia es que los ojos se tienen abiertos o cerrados y que el cuerpo trabaja o reposa. El que ha despertado totalmente, duerme totalmente, pero su conciencia se mantiene exactamente igual en ambos estados. La conciencia es una, inalterable; sólo cambia el cuerpo. El cuerpo despierto, trabaja; el cuerpo dormido, reposa.

Al amigo que ha preguntado por qué no se alcanza a Dios en el sueño, yo le respondo se le puede alcanzar, si nos mantenemos despiertos incluso en el sueño. Así pues, mi método de meditación es un método de sueño: dormir en atención, entrar en el sueño con atención. Ésta es la razón por la que os pido que relajéis el cuerpo, que relajéis la respiración, que calméis vuestros pensamientos. Todo esto es una preparación para el sueño. Por lo tanto, suele suceder que algunos amigos se quedan dormidos durante la meditación. La razón es clara: es una preparación para el sueño. Y, cuando se preparan para el sueño, se quedan dormidos sin darse cuenta. Por eso repito yo la tercera sugerencia: permaneced despiertos dentro de vosotros, permaneced conscientes dentro; dejad que el cuerpo esté totalmente relajado, dejad que la respiración esté totalmente relajada, más relajada de lo que suele estar durante el sueño. Pero permaneced despiertos dentro de vosotros. Dejad que vuestra conciencia arda dentro de vosotros como una lámpara para no quedaros dormidos.

Las condiciones de partida de la meditación y del sueño son iguales, pero existe una diferencia en la condición final. La primera condición es que el cuerpo se relaje. Si padecéis insomnio, lo primero que os enseñará el médico será a relajaros. Os pedirá que hagáis lo mismo que os pido yo: relajad el cuerpo, no permitáis que quede ninguna tensión en vuestro cuerpo; dejad el cuerpo completamente suelto, como una pelusa de algodón. ¿Habéis visto alguna vez cómo duerme un perro o un gato? Duermen como si no estuvieran. ¿Habéis visto alguna vez a un niño pequeño dormido? No hay tensión en ninguna parte: sus brazos y sus piernas permanecen increíblemente sueltos. Observad a un joven y a un viejo: lo veréis todo tenso en ellos. De manera que el médico os pediría que os relajaseis por completo.

Una misma condición se aplica al sueño: la respiración debe ser relajada, profunda y lenta. Debéis haber advertido que, cuando corréis, la respiración se acelera. Del mismo modo, cuando el cuerpo se cansa con el trabajo, la respiración se acelera y aumenta la

circulación de la sangre. Para dormir, la circulación de la sangre debe hacerse más lenta (la situación deberá ser exactamente la contraria que al correr). La segunda condición es, pues: relajar la respiración.

Cuando los pensamientos se aceleran, la sangre tiene que circular rápidamente en el cerebro; y, cuando sucede esto, el sueño se hace imposible. Es condición para el sueño reducir el flujo de sangre al cerebro. Por eso nos servimos de almohadas, para reducir el flujo de sangre al cerebro. Sin almohada, la cabeza yace al mismo nivel del cuerpo, y, por ello, la sangre fluye en la misma proporción por todo el cuerpo, de la cabeza a los dedos de los pies. Cuando se levanta la cabeza, a la sangre le cuesta ascender; se reduce su flujo en el cerebro y circula por el resto del cuerpo. Por este motivo, cuanto más le cueste a la persona quedarse dormida, más almohadas deberá ponerse bajo la cabeza para levantarla. Cuando se reduce el flujo de sangre, el cerebro se relaja y a la persona le resulta fácil quedarse dormida.

Con el flujo rápido de pensamientos, la sangre también tiene que fluir más deprisa; porque para que se mueva un pensamiento, éste necesita apoyarse en el flujo de la sangre. Las venas del cerebro empiezan a trabajar más deprisa. Debéis haber advertido que cuando una persona se enfada, se le hinchan las venas. Esto se debe a que las venas tienen que hacer más sitio para que circule más sangre por ellas. Cuando la cabeza se tranquiliza, también disminuye la presión sanguínea.

Con la ira, la cara y los ojos se ponen rojos. Esto se debe al incremento del flujo de sangre por las venas. En ese estado, los pensamientos se mueven tan deprisa que la sangre tiene que circular también más deprisa. Y también la respiración se acelera. Cuando el sexo se apodera de la mente, la respiración se hace muy pesada y la sangre fluye más deprisa. Como los pensamientos se mueven muy rápidamente, la mente empieza a funcionar tan deprisa que todas las venas del cerebro empiezan a llenarse de sangre que fluye a gran velocidad.

Por tanto, las condiciones primeras para la meditación son las mismas que las aplicables al sueño, relajar el cuerpo, relajar la respiración, soltar los pensamientos. Las condiciones primeras se cumplen igualmente para el sueño y para la meditación. La diferencia es la condición final. En el sueño, nos quedamos dormidos profundamente; en la meditación, nos quedamos plenamente despiertos: eso es todo.

Así pues, nuestro amigo ha hecho bien al plantear esta pregunta. Existe una relación profunda entre el sueño y la meditación, entre el *samadhi* y el *sushupti*, el sueño profundo. Existe, no obstante, una diferencia muy significativa entre ambos: la diferencia de un estado consciente con un estado inconsciente. El sueño es inconsciencia, la meditación es despertar.

Otro amigo ha preguntado: *¿En qué se diferencia lo que tú llamas meditación de la autohipnósis?*

LA DIFERENCIA ES LA MISMA que existe entre el sueño y la meditación. También debéis comprender esto.

El sueño propiamente dicho viene de manera natural, mientras que el sueño inducido por medio de un esfuerzo es la autohipnósis. Ésta es la única diferencia. La palabra *hypnos* significa sueño. Hipnosis significa *tandra,* sueño. El primero es el tipo de sueño que llega por sí mismo, el segundo es cultiva, inducido. Si alguien tiene dificultades para dormir, tendrá que hacer algo al respecto. Si un hombre se acuesta y empieza a pensar constantemente que se está quedando dormido, y si este pensamiento entra en su ser y se apodera de su mente, el cuerpo empezará a responder también en consecuencia. El cuerpo empezará a relajarse, la respiración empezará a desacelerarse, la mente empezará a tranquilizarse.

Si se produce dentro del cuerpo un entorno adecuado para el sueño, el cuerpo empezará a funcionar debido a esta circunstancia. Al cuerpo no le interesan los hechos; el cuerpo es muy obediente. Si tenéis hambre todos los días a las once, y vuestro reloj se ha quedado parado a las once de la noche anterior, miraréis el reloj y vuestro estómago os dirá: "Es hora de comer"; aunque quizás no sean más que las ocho de la mañana. Todavía no son las once; faltan tres horas para las once; pero si el reloj señala las once, el estómago se quejará de hambre, porque el estómago funciona mecánicamente. Si estáis acostumbrados a acostaros a medianoche, y si por casualidad vuestro reloj está adelantado dos horas, empezaréis a sentiros somnolientos en cuanto el reloj dé las doce, aunque sólo sean las diez. El cuerpo dirá inmediatamente: "Son las doce. ¡Es hora de acostarse!"

El cuerpo es muy obediente. Cuanto más sano está el cuerpo, más obediente es. Un cuerpo sano es un cuerpo obediente. Un cuerpo enfermo es un cuerpo que ha dejado de obedecer: tenemos sueño, pero el cuerpo se niega a dormir; tenemos hambre, pero el cuerpo no quiere comer. Un cuerpo que deja de obedecer es un cuerpo enfermo, y el cuerpo que obedece es un cuerpo sano, porque el cuerpo nos sigue como una sombra. La dificultad surge cuando el cuerpo deja de obedecer. El autohipnotismo significa sencillamente que hay que dar instrucciones al cuerpo, que hay que obligarlo a obedecer las órdenes.

La mayoría de nuestras enfermedades son sólo un engaño. Casi un cincuenta por ciento de nuestras enfermedades son falsas. La causa de que en el mundo haya más enfermos no es que aumenten las enfermedades, sino que aumenta la falsedad del hombre. Procurad entender bien esto. Al aumentar los conocimientos y las condiciones económicas, debería descender el número de enfermedades. Pero esto no ha sucedido, pues ha seguido aumentando la capacidad del hombre para mentir. El hombre no sólo miente a los demás, sino que también se miente a sí mismo. También crea nuevas enfermedades.

Por ejemplo, si un hombre ha sufrido grandes quebrantos en los negocios y está al borde de la quiebra, quizás no quiera aceptar que está en quiebra, y por ello puede tener miedo de ir al mercado: sabe que tendrá que enfrentarse con sus acreedores. De pronto, descubre que lo ha dominado una enfermedad que lo obliga a guardar cama. Es una enfermedad creada por su mente. Su ventaja es doble. Ahora puede decir a los demás que su enfermedad le impide atender a su negocio (ya se ha convencido a sí mismo de ello, y ahora puede convencer también a los demás), y ahora esta enfermedad es incurable. Inicialmente, esta enfermedad no es tal enfermedad, pero cuanto más tratamientos recibe el hombre, más enfermo se pondrá.

Si la medicina no consigue curaros, sabed bien que vuestra enfermedad no es curable por medio de la medicación. La causa de la enfermedad se encuentra en alguna otra parte; no tiene nada que ver con la medicación. Podéis maldecir a la medicina y decir que los médicos son unos estúpidos porque no encuentran el tratamiento adecuado para vosotros; podéis probar la medicina ayurvédica o la naturopatía; podéis recurrir a la alopatía o a la homeopatía: nada dará resultado. Ningún médico puede serviros de nada, por la sencilla razón de que un médico sólo puede tratar una enfermedad verdadera; no puede controlar una enfermedad falsa. Y lo más interesante es que vosotros os afanáis en producir enfermedades como éstas y que queréis que perduren.

Más de un cincuenta por ciento de las enfermedades femeninas son falsas. Las mujeres han aprendido desde su infancia una fórmula: sólo reciben amor cuando están enfermas, y no de otro modo. Cuando la esposa está enferma, el marido no va a su trabajo, toma una silla y se sienta junto a la cama de ella. Quizás se esté maldiciendo a sí mismo por hacerlo, pero lo hace. Así, siempre que una mujer quiere recibir atenciones de su marido, cae enferma enseguida. Por eso nos encontramos que las mujeres están enfermas casi siempre. Saben que, estando enfermas, pueden dominar a toda la casa.

La persona enferma se convierte en un dictador, en un tirano. Si la persona dice: "¡Apagad la radio!", la apagan inmediatamente. Si la persona dice: "Apagad las luces y acostaos", o "Quedaos todos en casa; que no salga nadie", los familiares hacen lo que dice. Cuando mayor sea la tendencia dictatorial de una persona, más enferma se pondrá; pues ¿quién está dispuesto a herir los sentimientos de un enfermo? Pero esto es peligroso. De esta

forma, estamos contribuyendo en realidad a la enfermedad. Es bueno que un marido se siente junto a su esposa cuanto ésta está sana; es comprensible. Pero, desde luego, no debe dejar de ir a la oficina cuando ella está enferma, fomentando así su enfermedad. Es una solución demasiado costosa.

Una madre no debe prestar demasiada atención a su hijo cuando éste cae enfermo; de lo contrario, el niño caerá enfermo siempre que quiera que le presten atención. Cuando el niño cae enfermo, no os preocupéis tanto por él para que no se establezca en su mente ninguna asociación entre enfermedad y amor. El niño no debe captar la impresión de que siempre que caiga enfermo su madre lo acariciará y le contará cuentos. Por el contrario, la madre debe mimar al hijo cuando éste esté feliz, para que el amor se asocie a la alegría y a la felicidad.

Hemos asociado el amor a la desgracia, y eso es muy peligroso, porque significa que, siempre que alguien necesite amor, llamará a la desgracia para que pueda venir después el amor. Pero nunca se encuentra al amor por la enfermedad. Recordadlo: la enfermedad produce lástima, no amor, y ser objeto de lástima es insultante, es muy degradante. El amor es una cosa completamente diferente. Pero no tenemos conciencia del amor.

Lo que quiero decir es que el cuerpo sigue nuestras sugerencias: si queremos estar enfermos, el pobre cuerpo cae enfermo. El hipnotismo es útil para curar estas enfermedades. Lo que quiere decir esto es que las enfermedades falsas se curan con medicinas falsas, no con la medicina verdadera. Si podemos hacernos creer a nosotros mismos que estamos enfermos, también podemos hacernos creer a nosotros mismos que estamos sanos y librarnos de la enfermedad. Hoy día, en casi todos los hospitales de los países desarrollados tienen en su plantilla un experto en hipnotismo. En Occidente, el médico trabaja en equipo con el experto en hipnotismo, pues existe una serie de enfermedades ante las cuales el médico es completamente impotente, y que sólo puede tratar un experto en hipnotismo. Éste sume al paciente en un sueño hipnótico y le sugiere que se siente bien.

¿Sabías que sólo un tres por ciento de las serpientes son venenosas? Pero es corriente que un hombre se muera incluso por la mordedura de una serpiente no venenosa si cree que la serpiente puede matar a un hombre. Por este motivo, los mantras y los exorcismos también pueden servir para tratar una mordedura de serpiente. El canto de mantras y los exorcismos son, en otras palabras, seudotécnicas. Una serpiente venenosa muerde a un hombre. Lo único que hace falta es convencerlo de que el veneno de la serpiente ha sido anulado. Eso bastará: el veneno ya no tendrá ningún efecto. Es como si no hubiera habido ningún veneno. Y si la persona se convenciera plenamente de que lo había mordido una serpiente, se morirá. No se moriría por la mordedura de la serpiente, sino por la creencia de que lo había mordido una serpiente.

HE OÍDO CONTAR LO SIGUIENTE:

Una vez sucedió que un hombre pasó la noche en una posada. Cenó por la noche y a la mañana siguiente se puso en camino temprano. Un año más tarde llegó a la misma posada. EL posadero se sorprendió al verlo.

-¿Estás bien? –preguntó al viajero.

-Estoy bien. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-Estábamos muy preocupados –dijo el posadero- Verás; la noche que pasaste aquí, cayó una serpiente en la olla y la guisaron con la comida que os sirvieron. Otras cuatro personas que comieron de aquella comida murieron poco después. No sabíamos lo que te había pasado, pues te marchaste muy de mañana. Estábamos muy preocupados por ti.

Cuando el viajero oyó esto, dijo:

-¿Cómo? ¡Una serpiente en mi comida!

Y cayó muerto. ¡Había pasado un año! Y se murió de miedo.

EL HIPNOTISMO ES MUY ÚTIL para estas enfermedades. El hipnotismo significa simplemente que la falsedad que hemos creado a nuestro alrededor puede ser neutralizada por otra falsedad. Recordadlo: si os habéis clavado en el pie una espina imaginaria, no

intentéis sacarla con una espina de verdad: sería peligroso. En primer lugar, no sacarías la espina imaginaria; y, lo que es más, la verdadera os hará daño en el pie. Para sacar una espina falsa hay que usar una espina falsa.

Así pues, ¿qué relación hay entre la meditación y el hipnotismo? Sólo ésta: el hipnotismo es necesario para sacar las espinas falsas que se clavan en vuestro cuerpo.

Un ejemplo de hipnotismo es cuando os digo que sintáis que el cuerpo se está relajando. Esto es hipnotismo. En realidad, vosotros mismos habéis supuesto que el cuerpo no puede relajarse. El hipnotismo es necesario para anular este supuesto, y no en otro caso. Si no fuera por vuestro falso supuesto, el cuerpo se relajaría con que sintieseis una sola ve que el cuerpo está relajado. Las sugerencias que yo os doy no están destinadas en realidad a relajar vuestros cuerpos, sino a quitaros de encima la creencia de que el cuerpo no puede relajarse. Esto no se puede conseguir sino creando en vosotros la contracreencia de que el cuerpo se está relajando. Vuestro falso concepto se neutralizará con este falso concepto, y cuando vuestro cuerpo se relaje, vosotros sabréis que está relajado. La relajación es una cualidad muy natural del cuerpo, pero vosotros os habéis llenado de tanta tensión que ahora tenéis que hacer algo para liberaros de ello.

Éste es el alcance del hipnotismo. Cuando empezáis a sentir que el cuerpo se está relajando, que la respiración se está relajando, que la mente se está calmando, esto es hipnosis. Pero sólo hasta este punto. Lo que viene a continuación es meditación; hasta este punto no hay meditación. La meditación comienza después de esto, cuando estáis en el estado de conciencia. Cuando sois conscientes de vuestro interior, cuando empezáis a ser testigos de que el cuerpo está relajado, de que la respiración está relajada, de que los pensamientos han cesado o de que siguen moviéndose, cuando empezáis a observar, a observar simplemente, esta observación, este estado de testigos, es meditación. Lo que pasa antes de esto es hipnosis.

Así pues, la hipnosis es un sueño cultivado. Cuando no tenemos sueño, nos inducimos el sueño. Hacemos un esfuerzo; invitamos al sueño. También podemos invitar al sueño si nos preparamos para él y pasamos a un estado en que nos soltamos. Pero la meditación y la hipnosis no son una misma cosa. Os ruego que lo comprendáis. Mientras sentís lo que yo os sugiero, eso es hipnosis. Cuando sentís que cesan mis sugerencias y comienza la conciencia, eso es el comienzo de la meditación. La meditación comienza con la llegada del estado de testigos.

La hipnosis es necesaria porque vosotros os habéis provocado un estado de hipnosis inversa. En términos científicos, esto no es hipnotizar, es deshipnotizar. Ya estamos hipnotizados, aunque no somos conscientes de cómo nos hemos hipnotizado ni de qué medios nos hemos servido para producir este estado de hipnosis. Hemos vivido la mayor parte de nuestras vidas bajo la influencia de la hipnosis. Y cuando estamos dispuestos a ser hipnotizados, no nos damos cuenta de lo que hacemos. Pasamos así toda nuestra vida. Si esto queda claro, se romperá el influjo hipnótico; y cuando se rompe este estado hipnótico, será posible pasar al interior, pues la hipnosis es, esencialmente, un mundo de irrealidad.

Por ejemplo, un hombre está aprendiendo a montar en bicicleta. Para practicar, se pone en marcha en una carretera ancha. La carretera mide dieciocho metros de ancho, y hay un mojón en el borde. Aunque el hombre quisiera montar con los ojos vendados por esa carretera tan ancha, sería muy difícil que se chocara con el mojón. Pero el hombre todavía no sabe montar en bicicleta.

No mira la carretera ni por un momento; sus ojos detectan en primer lugar el mojón y el miedo de chocar con el mojón se apodera de él. Eso es todo. En cuanto se apodera de él este miedo de chocar con el mojón, está hipnotizado. Cuando digo que se queda hipnotizado quiero decir que ya no ve la carretera: empieza a ver sólo el mojón. Se asusta, y el manillar de su bicicleta empieza a girar hacia el mojón. Cuanto más gira el manillar, más se asusta él. Naturalmente, el manillar girará hacia el punto donde tenga enfocada su atención, y su atención está enfocada en el mojón, porque él tiene miedo de chocar con él. Así, la carretera desaparece de su vista y sólo queda el mojón. Hipnotizado por el mojón, se desvía hacia él.

Cuanto más se desvía, más se asusta; cuanto más se asusta, más se desvía. Por fin, choca con el mojón.

Cualquier persona inteligente que viera esto podría preguntarse cómo es posible que el hombre chocara con el mojón en una carretera tan ancha. ¿Cómo es que no pudo apartarse de él? Evidentemente, estaba hipnotizado. Se concentró en el mojón para librarse de aterrizar sobre él, y esto hizo que no viera más que el mojón. Cuando su mente se fijó en el mojón, sus manos hicieron girar automáticamente la bicicleta en esa dirección, porque el cuerpo sigue a nuestra atención. Cuanto más se asustaba, más tenía que concentrarse en el mojón. Quedó hipnotizado por el mojón; su miedo lo arrastró hacia él, y acabó chocando con él.

En la vida solemos cometer los mismos errores que preferiríamos evitar. Nos quedamos hipnotizados por ellos. Por ejemplo, un hombre teme perder la paz de espíritu y enfadarse. En esta situación, se enfada veinticuatro veces cada veinticuatro horas. Cuando más miedo tiene a enfadarse, más se sentirá hipnotizado por la ira. Entonces buscará excusas para estar enfadado las veinticuatro horas del día.

Otro hombre, que teme mirar a las mujeres hermosas porque podrían excitarlo sexualmente, verá mujeres hermosas las veinticuatro horas del día. Con el tiempo, hasta las mujeres feas le parecerán hermosas; hasta los hombres empezarán a parecerle mujeres. Si ve de espaldas a un sadhu que lleva el pelo largo, procurará ver si se trata de un hombre o de una mujer. Por fin, hasta las mujeres de las fotografías y de los carteles empezarán a atraerlo, a hipnotizarlo. Esconderá fotografías de mujeres desnudas en el Gita y en el Corán, y las mirará sin preguntarse siquiera cómo puede dejarse hipnotizar así por simples líneas y colores. Siempre quiso salvarse de las mujeres, y ahora las teme; ahora ve mujeres en todas partes. Cuando va al templo o a la mezquita, o a cualquier otra parte, no ve más que mujeres. También esto es hipnosis.

Una sociedad que está en contra de la sexualidad acaba por volverse sexual. Cuando una sociedad es opuesta a la sexualidad, cuando abomina de la sexualidad, toda su mente se volverá sexual, pues quedará hipnotizada por aquello mismo que critica: toda su atención quedará concentrada en ello. Cuanto más habla de castidad una sociedad, más lascivas y lujuriosas serán las personas que nazcan en su seno. El motivo es que al hablar de la castidad la mente se centra en la sexualidad. Todo esto es hipnosis (creada por nosotros mismos), y vivimos dentro de ella. Todo el mundo está enredado en esta hipnosis. Y es difícil romperla, pues la hipnosis aumenta con todos los intentos de romperla que hacemos por nuestra parte.

Sólo Dios sabe cuántos tipos de hipnosis hemos creado ya y cuántos seguimos creándonos. Y después vivimos con ellos. Debemos romperlos para que podamos despertar. Pero para romper toda esta red de falsedad debemos descubrir métodos falsos.

En cierto modo, todo sadhana, toda práctica espiritual, sirve para eliminar la falsedad que nos rodea. Así pues, todo sadhana es falso. Los métodos que se han inventado en todo el mundo para ayudarnos a alcanzar a Dios son falsos, porque nunca nos hemos separado de él. Sólo nos hemos separado de él con el pensamiento.

Es como si un hombre se duerme en Dwarka y sueña que está en Calcuta. Y en su sueño empieza a preocuparse: su mujer está enferma y él está en Calcuta: debe regresar a Dwarka. Empieza a preguntar a unos y a otros, a consultar los horarios de trenes, a enterarse de los aviones que puede tomar para regresar a Dwarka en cuanto pueda. Pero cualquier sugerencia que le hagan sobre el modo de regresar a Dwarka estará equivocada, le causará problemas, porque su punto de partida no es Calcuta. Nunca ha ido a Calcuta: sólo era un sueño, una hipnosis. Cualquier medio que alguien le indique para regresar a Dwarka no servirá más que para causarle problemas.

Ningún camino tiene significado alguno: todos los caminos son falsos. Aunque el hombre regrese a Dwarka, la ruta que seguiría sería falsa. No es capaz de encontrar el camino de vuelta porque no puede existir ninguno: él nunca fue siquiera a Calcuta. ¿Qué significa para él encontrar un camino de vuelta? El tren que tomará para ir a Dwarka será tan falso como su estancia en Calcuta. Si va a la estación de Howrah, compra un billete y toma un tren que se dirige a Dwarka, todo ello será falso. Todas las estaciones por las que pasará en su viaje de vuelta serán falsas. Así pues, llegaría a Dwarka y se despertaría feliz. Pero se

sorprendería al saber que no había ido nunca a ninguna parte, que había estado en su cama todo el tiempo. Por lo tanto, ¿cómo regresó? Su idea fue falsa, como también lo fue su regreso.

Nadie ha salido nunca de Dios, que es la realidad última. Es imposible, porque sólo él es: no hay manera de salir de él. Todas las salidas son falsas, todos los regresos son falsos. Pero como ya hemos salido en nuestro viaje imaginario, tenemos que regresar: no hay otro camino. Tenemos que encontrar el medio de regresar. Pero cuando hayáis regresado descubriréis que todos los métodos eran falsos, que todo sadhana era falso. El sadhana sólo era necesario para hacernos volver del sueño. Cuando hayamos comprendido esto, entonces es posible que no haya que hacer nada y que descubráis de pronto que habéis regresado. Pero esto es difícil de comprender, porque creéis que ya estáis en Calcuta. Podéis decir: "Lo que dices es cierto, pero yo ya estoy en Calcuta. ¡Enséñame el camino de vuelta!".

Otro amigo ha preguntado: *¿Has encontrado a Dios?*

ESTA PREGUNTA ES, precisamente, del tipo de las que haría el hombre que viajó a Calcuta. A mí me gustaría preguntar a este amigo: "¿Has perdido alguna vez a Dios?". Pues si digo que he encontrado a Dios, eso significa que lo había dado por perdido. Ya está encontrado. Aun cuando nos parece que lo hemos perdido, él sigue todavía con nosotros. Lo único que sucede es que estamos hipnotizados y que, por ello, nos parece que lo hemos perdido. Por consiguiente, si alguien dice: "Sí, he encontrado a Dios", se equivoca. Sigue sin comprender que nunca ha llegado a perderlo. Por lo tanto, los que llegan a conocer a Dios nunca dicen que han encontrado a Dios. Dicen:"Nunca lo perdí".

El día en que el Buda quedó iluminado, la gente se reunió a su alrededor y la preguntó:

-¿Qué has alcanzado?

El Buda respondió:

-No he alcanzado nada. Sencillamente, he llegado a ver lo que no había perdido nunca. He encontrado lo que ya tenía

Los lugareños que oyeron esto se apiadaron de él y le dijeron:

-¡Qué lástima! Has trabajado en vano.

-Sí –dijo el Buda-, en ese sentido es cierto que he trabajado en vano. Pero ahora ya no tengo necesidad de trabajar: esa ventaja he ganado. Ahora no iré a buscar nada, ahora no vagaré para alcanzar nada, ahora no emprenderé ningún viaje: eso he ganado. Ahora sé que estoy donde ya estaba.

Sólo nos vamos en nuestros sueños. Nunca llegamos realmente a los lugares donde nos parece que hemos llegado. Por eso, en cierto sentido, todas las religiones son falsas; todos los sadhanas o prácticas espirituales son falsos; todos los yogas son falsos. Son falsos en el sentido de que todos son métodos para regresar. Pero, con todo, son muy útiles.

Un chamán de pueblo que elimina el veneno de las serpientes recitando mantras es muy útil para los que han sido mordidos por una serpiente, aunque hayan sido mordidos por una serpiente falsa. Sin él, la gente moriría por la mordedura de una serpiente que no estaba allí.

En mi barrio vivió una ve un hombre así. Ya ha muerto. Venía a verlo gente desde muy lejos para que les sacara el veneno de serpiente. Era un hombre muy hábil; había amaestrado algunas serpientes. Cuando venía a verlo una persona a la que había mordido una serpiente, él aplicaba sus habilidades chamánicas y le preguntaba qué tipo de serpiente era, dónde la había mordido, si la serpiente estaba muerta o viva… Después de recoger toda esta información, ponía en juego su truco y llamaba a la serpiente. Lo tenía calculado todo: a qué serpiente había que soltar, con qué señal, etcétera. Al cabo de una hora, más o menos, entraba por la puerta, silbando, una serpiente que se ceñía a la descripción. Todo aquello causaba sensación: el hombre mordido por la serpiente quedaba asombrado.

La persona a la que muerde una serpiente rara vez es capaz de ver ni de entender nada con claridad: ¿Qué serpiente lo mordió? ¿Cómo era? ¿Dónde estaba? Está tan abrumada por el hecho de haber sido mordido que, mientras tanto, la serpiente desaparece. Si habían

matado a la serpiente, el chamán invocaba al alma de ésta para que acompañase a la serpiente de él. Después, reñía e insultaba a la serpiente por haber mordido a aquél hombre. La serpiente humillaba la cabeza en tierra pidiendo perdón. Mientras tanto, se iba pasando el efecto del veneno que había absorbido la víctima. Enseguida el chamán decía a la serpiente que extrajera el veneno. La serpiente se acercaba inmediatamente al hombre que había sido mordido y aplicaba su boca a la herida, y la víctima se recuperaba.

Por desgracia, sucedió una vez que una serpiente mordió al hijo de este hombre. Tuvo entonces un gran problema, pues ninguno de sus tratamientos daba resultado. Acudió corriendo a mí y me dijo:

-Te ruego que me ayudes. Tengo un gran problema. Te suplico que me digas qué puedo hacer. Una serpiente ha mordido a mi hijo, y él conoce el secreto de mis serpientes amaestradas. ¡Qué desgraciado soy! Te ruego que me digas qué puedo hacer. Estoy impotente. ¡Mi hijo no sobrevivirá!

Yo me quedé sorprendido. Le pregunté:

-Pero ¿y tu tratamiento? ¡La gente viene a verte desde lejos para que las cures!

-Eso está muy bien –dijo-, pero aun yo mismo tendría un gran problema si me mordiera una serpiente: no sería capaz de salvarme a mí mismo. Yo conozco los trucos del oficio; no me podría en manos de nadie que me tratase como yo trato a la gente.

El muchacho murió. Aquel hombre no fue capaz de salvar a su hijo.

Hacen falta medios falsos para eliminar la falsedad. Y estos medios tienen un significado propio. Son significativos porque nosotros hemos caído en falsedades. Por lo tanto, no os molestéis en preguntar: al principio, se trata, en efecto, de hipnotismo. Las primeras etapas son hipnotismo, sueño; sólo la etapa final es meditación, y ésa es la que tiene un valor precioso. Antes de que podáis alcanzar esta etapa, es necesaria toda esta preparación: es necesaria para que podáis salir de la falsedad en la que os habéis perdido.

No preguntéis nunca: "¿Has encontrado a Dios, o no? Todo eso es un error: ¿Quién va a encontrarlo? ¿Qué hay que encontrar? Lo que es, es. El día que lleguéis a saber esto, veréis que no habéis perdido nada nunca, que no habéis ido nunca a ninguna parte. Nada se ha destruido nunca, nada ha muerto nunca. Lo que es, es. Ese día terminarán todos los viajes, todo lo que es ir a alguna parte.

Y ahora esta pregunta: *¿Qué significa "la liberación del ciclo del nacimiento y de la muerte?*

LA LIBERACIÓN DEL CICLO DEL NACIMIENTO y de la muerte no significa que no vayáis a volver a nacer aquí otra vez. Significa que ya no hay ni que ir a ninguna parte ni venir de ninguna parte, en ningún plano. Entonces os quedáis arraigados allí donde estáis. El día que sucede esto, brotan por todas partes los manantiales de la alegría. No podemos conocer la alegría si estamos en un plano imaginario; sólo podemos encontrar la alegría si estamos donde estamos de verdad. Sólo podemos ser felices siendo lo que somos; nunca podemos ser felices siendo lo que no somos. Así pues, seguir el ciclo del nacimiento y de la muerte significa que estamos vagando por lugares ilusorios: estamos perdidos en alguna parte donde no hemos estado nunca, jamás. Estamos vagando por alguna parte donde no debemos estar nunca, jamás, mientras que hemos perdido de vista el lugar donde estamos en realidad. De modo que la liberación del nacimiento y de la muerte significa volver a donde estamos, volver a casa.

Entrar en Dios significa estar exactamente donde estamos en realidad. No se trata de que algún día vayáis a encontraros con Dios en alguna parte y le vayáis a saludar diciendo: "¡Gracias al cielo que te he encontrado!" No existe un Dios como éste, y si por casualidad os encontráis con uno, sabed bien que todo es hipnotismo. Un Dios así será una creación vuestra, y encontraros con él será tan falso como lo fue el perderlo. No es así como encontraréis algún día a Dios.

Nuestra lengua suele resultar engañosa, pues la expresión “encontrar a Dios” o “alcanzar a Dios” da la impresión de que seremos capaces de ver a Dios cara a cara. Estas palabras son muy engañosas. Al escucharlas, tenemos la impresión de que alguien se va a manifestar, de que mantendremos un contacto visual con él, de que podremos abrazarlo. Esto es erróneo. Si alguna vez os encontráis con un Dios así, ¡cuidado! Un Dios así habrá sido creado totalmente por vuestra mente: será fruto de la hipnosis.

Todos tenemos que salir de la hipnosis, de todos los condicionamientos, y volver sobre nuestros propios pasos hasta el punto en que no hay sueño, en que no hay hipnosis, en que estamos completamente conscientes, arraigados en nuestro propio ser. El conocimiento que tendremos entonces será el conocimiento de que la existencia es una, indivisible. El nombre de ese conocimiento es Dios.

Preparémonos ahora para la meditación matutina. Hablaré más de este tema en nuestra meditación vespertina. Separaos un poco los unos de los otros. Y no habléis: separaos en silencio. Dejad algo de espacio libre entre vosotros. Los que quieran acostarse, pueden hacerlo: debéis dejar espacio suficiente para que se acuesten. En incluso en plena meditación, si alguien llega al punto de caerse, debe caerse: no debe impedirse a sí mismo caer.

Sí: subid a la baranda, pero dejad sitio libre entre vosotros… Pues, más tarde, si os caéis encima de alguien os sentiréis mal, y el otro también se distraerá. Por lo tanto, separaos. Sí: bajad aquí.

Cerrad los ojos… Los niños no deben hablar: pasarán diez minutos sentados en silencio. Cerrad los ojos… dejad el cuerpo relajado… dejad el cuerpo completamente relajado como si no hubiera vida en el cuerpo. Dejad que pase dentro toda la energía. Toda la energía del cuerpo está pasando dentro… fluyendo hacia dentro… nos estamos encogiendo dentro de nosotros, y el cuerpo se quedará como una cáscara que cuelga por fuera. Puede caerse, o puede quedarse sujeto, pero será algo externo, como la ropa. Pasad dentro… y dejad el cuerpo relajado. Ahora os haré sugerencias. Sentidlas conmigo.

Sentid que el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando. Sentidlo, y dejad el cuerpo completamente relajado. El cuerpo es muy obediente. Cuando lo sintáis de todo corazón, se convertirá casi en un cadáver. Sentid que el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo sigue relajándose. Soltad, soltad toda sujeción… no sigáis sujetando el cuerpo desde dentro, soltad completamente… retirar todo control sobre él, como si el cuerpo no fuera vuestro; ahora, todo lo que le pase, pasará. Si se cae, se caerá; si lo perdéis, lo perderéis. Apartaos de él por completo… retirad de él vuestras sensaciones.

EL cuerpo se está relajando. El cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando. El cuerpo se ha relajado. Soltad, soltad toda sujeción del cuerpo… si se cae, que se caiga. El cuerpo se ha relajado… como si se hubiera convertido por completo en un cadáver… como si el cuerpo se hubiera marchado… el cuerpo ya no está… nos hemos separado de él… nos hemos apartado de él.

La respiración se está relajando. Sentid que la respiración se sigue relajando… la respiración se está relajando… la respiración se está relajando… la respiración se está relajando… la respiración se está relajando… la respiración se está relajando… la respiración se sigue relajando… la respiración se sigue relajando. Soltad… soltad también la respiración… entrad más adentro. La respiración se ha relajado… la respiración se ha relajado… la respiración se ha relajado… la respiración se ha relajado. Habéis entrado más todavía detrás de la respiración… la respiración se ha relajado.

Los pensamientos también se están relajando. Los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando. Apartaos también de los pensamientos… soltad también los pensamientos. Los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando… los pensamientos también se están relajando. Soltad también los pensamientos.

Los pensamientos se están relajando… los pensamientos se están relajando… los pensamientos se están relajando… los pensamientos se están relajando.

El cuerpo se ha relajado, los pensamientos se han relajado; ahora pasad diez minutos simplemente despiertos dentro de vosotros… pasad diez minutos simplemente despiertos dentro de vosotros. Durante diez minutos, todo ha muerto; dentro, nos hemos quedado despiertos como una llama. EL cuerpo está lejos… la respiración se oye a lo lejos… los pensamientos se han tranquilizado… dentro, nuestra conciencia está despierta observándolo todo. No os quedéis dormidos: seguid despiertos dentro de vosotros.

Seguid despiertos dentro… seguid observando dentro… seguid observando… convertíos en observadores, y comenzará una profundidad repentina… comenzará un silencio repentino… comenzará un vacío. Ahora, durante diez minutos, limitaos a seguid observando dentro en silencio.

A MENTE SE HA QUEDADO EN SILENCIO… la mente se ha quedado en un silencio completo.

LSumergíos más hondo en las profundidades… como si cayeseis a un pozo profundo. Seguid cayendo… seguid cayendo. Seguid despiertos dentro y seguid convirtiéndoos en un vacío. Seguid conscientes dentro, seguid despiertos, y seguid observando. Y todo ha muerto… el cuerpo ha quedado lejos; la respiración ha quedado lejos; los pensamientos han desaparecido. Sólo hemos quedado nosotros. Seguid observando despiertos… seguid observando… la mente seguirá vaciándose más…

Respirad hondo varias veces, despacio, y volved de la meditación. Abrid los ojos despacio y con mucha suavidad. Nuestra sesión matutina ha terminado.

## CAPÍTULO 5

### Encontrad vuestro propio Camino

UN AMIGO HA PREGUNTADO: *Has dicho que no hay verdad mayor que la muerte. También has dicho alguna vez que aquello que llamamos muerte no existe. ¿Cuál de las dos afirmaciones es verdadera?*

AMBAS SON VERDADERAS. Cuando digo que no hay verdad mayor que la muerte, estoy haciéndoos ver que el fenómeno de la muerte es una realidad enorme en esta vida, en lo que llamamos "vida" y en lo que entendemos por "vida"; en términos de nuestra personalidad, que consiste en lo que yo describo como "el yo" Esta personalidad morirá; lo que llamamos "vida" morirá también. La muerte es inevitable. Sin duda, vosotros moriréis y yo moriré, y esta vida también se destruirá, quedará reducida a polvo, borrada.

Cuando digo que no hay verdad mayor que la muerte, quiero recordaros el hecho de que todos vamos a morir. Y cuando digo que la muerte es completamente falsa, quiero recordaros que dentro de este "yo", dentro de "vosotros", hay alguien que no morirá nunca. Y también hay una vida que es diferente de lo que vosotros creéis que es la vida: una vida sin muerte. Ambas cosas son verdaderas: son verdaderas a la vez. Si suponéis que sólo una de ellas es verdadera, no seréis capaces de comprender toda la verdad.

Si alguien dice que la sombra es una realidad, que la oscuridad es una realidad, tiene razón. La oscuridad existe, y también existe la sombra. Y si otra persona dice que la oscuridad no existe, también tiene razón. Lo que dice es que la oscuridad no tiene una existencia positiva. Si os pido que me traigáis un par de sacos de oscuridad no seríais capaces de hacerlo. Una habitación está llena de oscuridad; pero si os piden que saquéis de ella la oscuridad, no seréis capaces de hacerlo. O si yo os digo: "Si allí hay oscuridad, haced el favor de traérmela", no podréis hacerlo. ¿Por qué? Porque la oscuridad tiene una existencia negativa; la oscuridad es, simplemente, la ausencia de luz.

Aunque la oscuridad existe, sin embargo no es más que la ausencia de luz. Así pues, si alguien dijera que no hay oscuridad, tiene razón. Existe la presencia de luz y existe la ausencia de luz, pero no existe la oscuridad como tal. Por esta razón podemos hacer lo que queramos con la luz, pero con la oscuridad no podemos hacer nada. Si queréis eliminar la oscuridad, tendréis que encender la luz; si queréis producir oscuridad, tendréis que apagar la luz. No se puede hacer nada directamente con la oscuridad.

Vais corriendo por una carretera. Vuestra sombra aparece detrás de vosotros; corre también con vosotros. Todos pueden ver la sombra; nadie puede negar su existencia. Pero también puede decirse que no hay sombra, porque no tiene entidad propia. La sombra existe porque vuestro cuerpo detiene la luz del sol. Cuando vuestro cuerpo detiene la luz, se forma una sombra; cuando tenéis el sol sobre la cabeza, no se forma sombra, porque los rayos del sol no se detienen. Si hiciéramos una figura humana de vidrio, no aparecería ninguna sombra, porque los rayos atravesarían el cristal.

Cuando se bloquea la luz, se forma una sombra; la sombra no es más que una ausencia de luz. Por tanto, si una persona dice que la sombra existe, no se equivoca. Pero ésta es una verdad a medias. Debería añadir, además, que la sombra no existe. En tal caso la verdad queda completa. Esto significa que una sombra es algo que existe pero, a la vez, no existe. Pero con nuestra manera de pensar no somos capaces de ver nada si no lo dividimos en dos partes independientes.

Una vez juzgaron a un hombre acusado de cometer un asesinato. Había matado a otro hombre, y los que habían visto cometer el crimen se presentaron como testigos. Un testigo dijo:

-El crimen se cometió al aire libre y brillaban las estrellas en el cielo. Yo veía las estrellas y vi el crimen.

A continuación se presentó otro testigo ocular que dijo:

-El crimen se cometió dentro de la casa, cerca de la puerta junto a una pared. Hay manchas de sangre en la pared, y, como yo estaba junto a la pared, también se me manchó de sangre la ropa. Este asesinato se cometió dentro de la casa.

El juez estaba confuso. ¿Cómo podían decir la verdad los dos? Evidentemente, uno de los dos mentía. El asesino se echó a reír. El juez le preguntó de qué se reía. El asesino dijo:

-Le diré que ambos tienen razón. La casa estaba a medio construir: todavía no se había levantado el tejado. Se veían las estrellas. El asesinato se cometió a cielo abierto, pero cerca de la puerta, junto a la pared que está manchada de sangre. La casa estaba casi terminada: habían construido las paredes; sólo faltaba el tejado. De modo que ambos tienen razón.

La vida es tan complicada que hasta las cosas que parecen contradictorias resultan verdaderas. La vida e muy compleja. La vida no es como creemos: contiene muchas contradicciones; es muy vasta.

En cierto sentido, la muerte es la mayor de las verdades, pues el modo en que vivimos tendrá fin; moriremos, dejando de ser como somos, y el marco que hemos creado también será destruido. Aquellos a los que consideramos como todo nuestro mundo (nuestra esposa o marido, nuestro hijo, nuestro padre, nuestro amigo) morirán también. Pero, al mismo tiempo, la muerte es una falsedad, porque hay algo que reside dentro del hijo que no es el hijo, y que no morirá nunca. Hay algo que reside dentro del padre que no es el padre, y que no morirá nunca. El padre morirá, por supuesto, pero dentro de él hay algo más que el padre, más allá de la relación familiar, que no muere.

El cuerpo morirá, pero hay algo dentro del cuerpo que no muere nunca. Ambas cosas son verdaderas a la vez. Así pues, es preciso tener presentes ambas cosas para comprender la naturaleza de la muerte.

OTRO AMIGO HA PREGUNTADO: *Las cosas que queremos suprimir, tales como las cadenas de la fe ciega o de la superstición, quedan confirmadas todavía más en tus charlas. Según lo que dices, parece ser que hay vida tras la muerte, que hay dioses y fantasmas, que existe la transmigración del alma. En ese caso, será difícil librarse de las supersticiones. ¿No se reforzarán todavía más?*

Es preciso comprender dos cosas en este sentido. La primera e que si algo se toma como superstición sin estudiarlo e investigarlo debidamente, ello equivale a crear una superstición todavía mayor: es muestra de una mentalidad altamente supersticiosa. Una persona cree que hay fantasmas y espíritus malignos y vosotros la llamáis supersticiosa, y eso os hace sentiros muy entendidos. Pero la pregunta es: ¿qué es la superstición? Si alguien cree que hay fantasmas y espíritus malignos sin investigarlo, eso es superstición; y si otra persona cree que no existen tales cosas, también eso es superstición. La superstición es creer algo sin saber si es cierto. Una persona no es supersticiosa por el mero hecho de que tenga creencias opuestas a las vuestras.

El que cree en Dios puede ser tan crédulo como el no creyente. Debemos comprender la definición de superstición. Significa creer ciegamente en algo sin comprobarlo. Los rusos son unos supersticiosos ateos; los hindúes son unos teístas supersticiosos: ambos caen en la fe ciega. Los rusos nunca se han preocupado de descubrir si es verdad que Dios existe: se han limitado a creerlo así; y los hindúes tampoco han procurado descubrir si es verdad que Dios existe antes de creerlo así. Por lo tanto, no cometáis el error de creer que sólo los teístas son supersticiosos: los ateos también tienen sus propias supersticiones. Parece contradictorio: ¿cómo puede existir una superstición científica?

Si habéis estudiado geometría, debéis conocer la definición de Euclides que dice que la línea tiene longitud pero no tiene grosor. Y bien, ¿acaso puede haber algo más supersticioso que esto? Nunca ha existido una línea sin grosor. A los niños se les enseña que el punto no tiene ni longitud ni grosor; y hasta el más grande de los científicos parte del supuesto de que el punto no tiene longitud ni grosor. ¿Puede existir un punto sin longitud ni

grosor? Todos estamos acostumbrados a usar las cifras del uno al nueve. Bien podríamos preguntarnos: ¿es que esto no es una superstición? ¿Por qué nueve cifras? Ningún científico puede explicar por qué se usan nueve cifras. ¿Por qué no siete? ¿Qué tiene de malo el siete? ¿Por qué no tres? Algunos matemáticos (Leibniz fue uno de ellos) se las arreglaron con sólo tres cifras. Leibniz dijo: al uno, dos, tres, les sigue el diez, once, doce, trece; después viene el veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés. Así era su sistema de numeración; se manejaba muy bien con él, y desafió a los que no estaban de acuerdo con él a que demostrasen que estaba equivocado. Puso en tela de juicio la necesidad de nueve cifras.

Más tarde, Einstein dijo que tampoco eran necesarias siquiera tres cifras y que bastaba con dos; sería difícil arreglárselas con solo una cifra, pero dos son suficientes. La necesidad de nueve cifras en las matemáticas es una superstición científica. Pero el matemático tampoco está dispuesto a renuncia a ella. Dice: "¿Cómo podemos trabajar con menos de nueve cifras?" Así pues, esto no es más que una creencia; no tiene más significado que esto.

Desde un punto de vista científico creemos que son verdad centenares de cosas que, en realidad, son supersticiones. Los científicos también son supersticiosos, y en nuestros tiempos se están disipando las supersticiones religiosas mientras aumentan las supersticiones científicas. La diferencia entre las dos consiste, simplemente, en que si preguntáis a una persona religiosa cómo llegó a conocer la existencia de Dios, os dirá que está escrito en el Gita, mientras que si le preguntáis cómo llegó a saber que la aritmética funciona con nueve cifras, os dirá que está escrito en el libro de tal o cual matemático.

¿Qué diferencia hay entre las dos? Las respuestas de cierto tipo se encuentran en el Gita, en el Corán; las respuestas de otro tipo se encuentran en un libro de matemáticas. ¿Qué diferencia hay? Esto demuestra que tenemos que comprender lo que es realmente la superstición. La superstición es aquello en lo que creemos sin tener un conocimiento de ello. Aceptamos muchas cosas y rechazamos muchas cosas sin saber nada de ellas: también esto es supersticioso.

Suponed que en un pueblo un hombre es poseído por un espíritu. Las personas cultas dirán que es una superstición. Supongamos que las personas sin cultura son supersticiosas: ya las hemos tachado de supersticiosas porque estas personas sencillas, como son incultas, son incapaces de presentar ningún argumento que apoye su creencia. Así, todas las personas cultas del pueblo sostienen que el cuento de que este hombre está poseído por un espíritu es falso; pero no saben que en una universidad como la de Harvard, en los Estados Unidos, hay un departamento en que se llevan a cabo investigaciones sobre los espíritus y los fantasmas. El departamento ha publicado incluso fotografías de estos seres. No tienen ni idea de que en la actualidad algunos científicos muy respetados realizan serias investigaciones sobre los fantasmas y los espíritus, y han obtenido tales resultados que más tarde o más temprano llegarán a darse cuenta de que eran ellos, los hombres cultos, los que eran supersticiosos, y de que si bien aquellos a los que llamaban supersticiosos no sabían nada de aquello en lo que creían, lo que decían era verdad.

Si leéis a Ryon o a Oliver Lodge, os sorprenderéis, Oliver Lodge fue un científico que recibió el premio Nobel. A lo largo de toda su vida hizo investigaciones sobre los fantasmas y los espíritus. Antes de morir dejó escrito un documento en el que decía: "Todas las verdades de la ciencia que he descubierto no son, ni mucho menos, tan verdaderas como los fantasmas y los espíritus. Pero no tenemos conocimiento de ellos porque los supersticiosos cultos no se preocupan de enterarse de los descubrimientos que se producen en el mundo."

Si una persona dice que es capaz de leer la mente de otro, decimos que es una superstición. En Rusia, donde hay científicos a los que podríamos llamar "rigurosos", hay un hombre llamado Fiodev. Es un gran científico ruso. Ha comunicado sus pensamientos desde Moscú, sin medios visibles, a la mente de una persona que estaba en Tiflis, a mil quinientos kilómetros de distancia. Esto se examinó científicamente y se comprobó que era cierto. Los científicos realizan investigaciones de este tipo porque tarde o temprano resultarán útiles en los viajes espaciales. En el caso de una avería mecánica en una nave espacial, que siempre es posible, los científicos podrán ponerse en contacto con los tripulantes por estos medios. De otro modo, la nave espacial podría perderse para siempre. Con este fin los científicos rusos

están realizando investigaciones intensivas sobre la telepatía y han obtenido resultados asombrosos.

Fiodev realizó sus investigaciones con la colaboración de un amigo suyo. Su amigo estaba en Tiflis, a mil quinientos kilómetros, y se había escondido tras un arbusto, en un parque, provisto de un aparato de radio, y Fiodev y él estaban en contacto. Al cabo de cierto tiempo, el amigo informó a Fiodev de que había llegado un hombre que se había sentado en el banco número diez. Pidió a Fiodev que enviara a aquel hombre el mensaje de que se durmiera en tres minutos. El hombre estaba plenamente despierto; estaba fumando y tarareando a solas. Fiodev empezó a enviarle sugerencias (tal como hago yo). "Te estás relajando; te estás relajando." A una distancia de mil quinientos kilómetros. Fiodev le envió intensamente durante tres minutos esta sugerencia: "Duérmete; duérmete." Al cabo de tres minutos exactamente, el hombre que estaba sentado en el banco se quedó dormido y se le cayó el cigarrillo de las manos.

Pero podía tratarse de una coincidencia. Era posible que el hombre que se había sentado en el banco estuviera cansado y se hubiera quedado dormido. De manera que el amigo dijo a Fiodev que el hombre se había quedado dormido, en efecto, pero que podía tratarse de una coincidencia, así que pidió a Fiodev que lo despertase exactamente siete minutos más tarde. Fiodev envió a aquel hombre sugerencias de que se despertase, y exactamente siete minutos más tarde el hombre abrió los ojos y se levantó. El hombre del banco era un desconocido; no tenía idea de lo que estaba pasando, y el amigo de Fiodev lo abordó y le preguntó si había sentido algo raro.

-Sí –dijo el hombre-, desde luego que sí. Estoy muy extrañado. Había venido aquí para esperar a una persona, y de pronto sentí que mi cuerpo estaba a punto de quedarse dormido. Perdí el control y me quedé dormido. Y después tuve una fuerte sensación de que alguien me decía: "Levántate, levántate. ¡Levántate dentro de siete minutos!". No entiendo nada.

El hombre no tenía la menor idea de lo que había sucedido.

La comunicación del pensamiento sin ningún medio visible se ha convertido en una realidad científica, pero una persona culta lo llamaría superstición. Es posible que un enfermo sea curado desde una ciudad distante: no es demasiado difícil. También es posible curar una mordedura de serpiente desde miles de kilómetros de distancia: no tiene gran dificultad. Pero hay muchos tipos diferentes de supersticiones. Y recordad que la superstición de la persona culta siempre es más peligrosa que la de la persona inculta, porque la persona culta no considera que su superstición sea una superstición. Para ella, es una consecuencia a la que ha llegado después de mucha reflexión.

Este amigo nos dice ahora que tenemos que romper las cadenas de la superstición. Aseguraos primero de que existen cadenas, de lo contrario podéis romper también los brazos y las piernas a alguien. Sólo se pueden romper cadenas cuando hay tales cadenas. ¿Y si no hay ninguna? Debéis aseguraos también de que lo que tomáis por una cadena que debe romperse no resulta ser un adorno que tendréis que reconstruir. Todas estas cosas deben estudiarse con mucho cuidado.

Yo estoy en contra de la superstición por completo: deben suprimirse las supersticiones de todo tipo. Pero esto no significa que esta supresión sea una superstición mía. No significa que debamos ponernos a suprimirlas sin comprenderlas claramente, que debamos empeñarnos en romperlas sin una reflexión adecuada. Tal supresión arbitraria también se convertiría en supersticiosa.

Cada época tiene sus propias supersticiones. Recordadlo: las supersticiones también tienen sus modas. Las supersticiones adoptan una forma nueva en cada época. El hombre abandona las supersticiones antiguas y adopta otras nuevas, pero nunca se libera de ellas para siempre; la modifica y las cambia. Pero nosotros no nos damos cuenta de ello nunca.

Por ejemplo, hubo una época en que corría la superstición de tener por religioso al hombre que se aplicaba el tilak, la señal en la frente. ¿Qué tiene que ver la aplicación del tilak con la religiosidad? Pero así se entendería. Y el que no se aplicaba el tilak era tildado de irreligioso. Esta vieja superstición ya no está de moda. Ahora tenemos nuevas

supersticiones, igualmente necias. Al hombre que lleva corbata se le considera distinguido: el que no la lleva es tenido por vulgar. Es lo mismo: no hay ninguna diferencia. La corbata ha sustituido al tilak, y el hombre sigue siendo el mismo. ¿Qué diferencia hay?

La corbata no es mejor que el tilak. Quizás sea peor todavía, pues al menos la aplicación del tilak tenía un significado. La corbata no tiene significado alguno en este país, aunque quizás lo tenga en algún otro país. La corbata es útil en los países fríos, pues sirve para proteger la garganta del frío. En esos países, el hombre que no puede protegerse del frío la garganta debe de ser pobre, evidentemente. El hombre adinerado puede protegerse la garganta con una corbata; pero cuando alguien se pone una corbata al cuello en un país cálido como el nuestro nos da un poco de miedo: ¡nos preguntamos si es un hombre adinerado o un loco!

El hecho de que una persona sea adinerada no significa que tenga que padecer el calor o llevar aquel lazo al cuello. La corbata es un lazo; la corbata es un nudo corredizo. Llevarla en al algún país frío tiene sentido, pero llevarla en un país cálido no tiene el menor sentido. A pesar de lo cual, el hombre que tiene cierto concepto de su dignidad (el magistrado, el abogado, el político) sale con su lazo al cuello. ¡Y estas mismas personas tachan de supersticiosos a los que llevan el tilak! Bien podríamos preguntarles: "¿Acaso no es también una superstición llevar corbata? ¿En virtud de qué principio científico os habéis atado ese lazo al cuello?" Pero la corbata es aceptable porque es una superstición de esta época, y el tilak es inaceptable porque es una superstición de otra época.

Como dije antes: así como la corbata tiene algún significado para los habitantes de los países fríos, la aplicación del tilak también puede tener un significado; pero es absolutamente peligroso y erróneo decir que se trata de una superstición sin reflexionar sobre ello. Quizás no hayáis pensado por qué se aplica el tilak. Se suele aplicar por superstición; pero cuando la gente se lo aplicaba originalmente, tenía cierta explicación científica. En concreto, el tilak se aplica en la frente, en el punto situado entre los ojos donde está situado el *agya chakra*, el chakra del tercer ojo. Este punto se calienta en cuanto se practica un poco la meditación, pero se enfría aplicando madera de sándalo. La aplicación de la madera de sándalo es una técnica muy científica, pero que ya se ha perdido: a la gente ya no le interesa esa ciencia. Ahora ya nadie se aplica madera de sándalo, aunque sepa lo que es el agya chakra, practique o no practique la meditación.

Es extraño ver a gente que lleva corbata en los países cálidos. La costumbre de levar corbata puede tener una base científica en los países fríos, y, del mismo modo, el tilak tiene un significado científico para el que medita sobre el agya chakra, pues la madera de sándalo enfría ese punto. Cuando se medita sobre el agya chakra, se produce un estímulo y esa zona se calienta: hay que enfriarla; de lo contrario pueden producirse daños en el cerebro. Pero si nos propusiésemos eliminar todos los tilak, se lo quitaríamos, por supuesto, a todos los que lo llevan sin sentido, pero también se lo quitaríamos de la frente al pobre hombre que quizás se lo haya aplicado por razones personales. Y si no se lo quiere quitar, lo llamaremos supersticioso.

Lo que quiero decir es que no hay manera de determinar lo que es supersticioso y lo que no lo es. En realidad, una misma cosa puede ser una superstición en ciertas circunstancias y puede ser científica en circunstancias diferentes. Una cosa que puede parecer científica en ciertas circunstancias puede parecer acientífica en un conjunto diferente de circunstancias.

Por ejemplo, en el Tíbet existe la costumbre de bañarse una vez al año, cosa muy racional, porque en el Tíbet no hay polvo y, como el clima es frío, la gente no suda, por lo cual no necesitan bañarse. Bañarse todos los días sería dañino para sus cuerpos: les haría perder mucho calor corporal. Y ¿cómo podrían recuperar ese calor? En el Tíbet sería muy costoso estar desabrigadas. Si una persona pasara todo el día desabrigada, necesitaría un cuarenta por ciento más de alimentos para recuperar las calorías que perdería. En un país como la India, el hombre que anda desnudo es respetado, pues se le considera un asceta. Mahavira era razonable: iba desnudo; y en un país cálido como éste, cuanto más calor desprende el cuerpo, más fresco se siente en su interior. Pero si llegara al Tíbet un seguidor

de Mahavira desnudo, merecería que lo recluyeran en un manicomio. Aparecer así en el Tíbet será completamente acientífico, una estupidez. Pero así sucede siempre.

Cuando viene a la India un lama tibetano, no se baña nunca. Una vez conviví con Boda Gaya con unos lamas tibetanos. Olían tan mal que era un tormento estar sentado a su lado. Cuando les pregunté a qué se debía aquello, me respondieron: "Seguimos la regla de bañarnos sólo una vez al año." Aquí es donde establezco la diferencia entre la superstición y la ciencia. Lo que es una ciencia en el Tíbet es una superstición en la India. Aquí, estos lamas huelen mal sin darse cuenta de que sus cuerpos sudan mucho ni de que hay mucho polvo.

Nosotros no nos damos cuenta, pero hay países donde no hay nada de polvo. Cuando Kruschev vino a la India por primera vez lo llevaron a Agra para que viera el Taj Mahal, y por el camino vio que se formaba un remolino de polvo. Hizo parar el coche, se apeó y se puso en el centro del remolino. Estaba muy contento. Dijo: "¡Qué suerte! Nunca había tenido una experiencia como ésta." A nosotros no nos parecía una suerte vernos rodeados de tanto polvo. Pero en su país hay montones de nieve, no de polvo. Era una experiencia fascinante para él, como lo es la nieve para nosotros. ¡Cuánto nos emociona caminar por la nieve en el Himalaya! Por lo tanto, no os pongáis a romper cosas porque creáis que son cadenas, sin considerar antes la época, las circunstancias y su utilidad.

La mentalidad científica es la que siempre titubea. La persona que tiene mentalidad científica nunca toma una decisión precipitada diciéndose: "Esto es correcto y aquello es erróneo". Siempre se dice: "Es posible que esto sea correcto, pero voy a investigar todavía más." Aun al final de sus investigaciones no toma una decisión afirmando con certeza: "De acuerdo; esto es erróneo: vamos a suprimirlo." La vida es tan misteriosa que no podemos afirmar nada de una manera tan definitiva. Lo único que podemos decir es: "De momento conocemos hasta aquí, y a la luz de estos conocimientos parece que tal y tal cosa es errónea." Eso es todo. La persona con actitud científica dirá: "A la luz de la información de que disponemos hasta el momento, hoy no parece que tal y tal cosa sea correcta; pero, con una nueva información, puede parecer correcta mañana." Esta persona no toma nunca una decisión precipitada sobre lo que es correcto y lo que es erróneo. Siempre sigue investigando con mentalidad inquisitiva y humilde.

Mantener una superstición produce agrado, y también produce agrado quebrantarla. Lo agradable de mantener una superstición es que nos ahorra el trabajo de pensar: creemos lo que creen todos los demás. Ni siquiera queremos preguntarnos la explicación ni por qué es así. ¿Por qué molestarnos? Nos limitamos a seguir a la multitud. Tener supersticiones es cómodo.

Y también hay personas que se dedican a quebrantar las supersticiones: también eso es muy cómodo. La persona que quebranta las supersticiones da la impresión de ser racional sin serlo verdaderamente. No es fácil ser racionales: para ver las cosas racionalmente hay que poner en tensión todos los nervios. El hombre estudia tan detenidamente las cosas que le resulta difícil hacer afirmaciones categóricas. Dirá: "En tales circunstancias es válido no bañarse en el Tíbet, mientras que en tales otras circunstancias es una superstición absoluta no bañarse en la India." La persona que piensa racionalmente hablará de este modo.

Por otra parte, el reformista social no se preocupa de lo que dice: se preocupa de suprimir cosas; quiere suprimir ciertas cosas. Yo le digo: adelante; suprime. Hay muchas cosas que deben ser suprimidas; pero lo primero que hay que suprimir, sin embargo, es la irreflexión. Lo primero que hay que suprimir es la tendencia a obrar sin pensar racionalmente las cosas antes. Lo que significa esto es que si destruís algo sin pensarlo debidamente, esa destrucción no tiene valor. Hay que implantar la tendencia a pensar racionalmente, y hay que suprimir la tendencia a creer irreflexivamente. Esto nos llevará a ver contextos diferentes, significados diferentes. De esta forma, emprenderemos una búsqueda intensiva; pensaremos y razonaremos. Así, consideraremos todas las posibilidades.

El psicoanálisis es muy popular en Occidente, y lo más interesante es que el psicoanálisis está realizando la misma labor que desempeñan los médicos brujos de toda la vida en los pueblos. Actualmente existe en Francia una secta activa fundada por Cuvier se

basa en los mismos principios del médico brujo, con la diferencia de que Cuvier es un científico y utiliza terminología científica. Por lo demás, todo es lo mismo: no hay diferencia alguna.

Os sorprenderá saber que cuando un *sadhu*, un asceta medicante, un hombre corriente del pueblo sin conocimientos de medicina, entrega en nombre de Dios una pizca de ceniza a un enfermo, decimos que es una superstición. Pero tiene la misma eficacia que produce la misma proporción de curaciones que el tratamiento alopático. Es muy interesante: la misma proporción. Se están realizando muchos experimentos en este sentido.

En un hospital de Londres se realizó un experimento único. Un conjunto de cien pacientes que padecían una misma enfermedad se dividió en dos grupos. A cincuenta pacientes se les inyectó la medicación habitual, y a los otros cincuenta se les inyectó agua. Y lo maravilloso fue que la proporción de pacientes curados fue la misma en ambos grupos. De modo que surgió una pregunta: ¿Qué pasa aquí?

En vista de este experimento, se hizo necesario examinar más de cerca la cuestión. Y lo que quedó claro fue que la idea, la sensación de que se está recibiendo un medicamento, tiene un efecto más poderoso que el medicamento mismo. Además, ni siquiera el medicamento, la administración del medicamento mismo, tiene tanto efecto como la idea de lo caro que es el medicamento y de la fama que tiene el médico. Un médico menos conocido fracasa en su tratamiento, no porque no conozca su profesión, sino, simplemente, porque no es muy conocido. El médico famoso impresiona inmediatamente al paciente. Con su atuendo ostentoso, su consulta bien instalada, sus minutas, su coche grande, la necesidad de pedir hora con mucho adelanto, la multitud de pacientes, la cola: todo eso nos impresiona tanto que no importa mucho que sepa o no lo que nos está dando.

La verdad es que para ser un buen médico no hace falta tener grandes conocimientos de medicina; lo que hace falta es tener excelentes conocimiento del arte de la publicidad. La cuestión es lo mejor o peor que el médico se sepa anunciar. Lo que arroja beneficios es la publicidad, no la medicina.

Hace poco se publicaron unas estadísticas médicas según las cuales en Francia hay unos ochenta mil médicos y unos cientos sesenta mil curanderos. Cuando el paciente se cansa de los médicos titulados lo curan los que no saben medicina. Pero saben tratar a un paciente. Por eso vemos que se practican tantas "patías". ¿No os extraña que abunden tanto las "patías" en esta era de la ciencia? Hasta la naturopatía da resultado: un emplasto de arcilla en el vientre da resultado; un enema de agua da resultado; los amuletos del médico brujo dan resultado. Hasta la homeopatía, que no consiste más que en pequeñas píldoras de azúcar, da resultado. Todo ello da resultado, como la alopatía.

Por eso surge la pregunta: ¿cómo se cuera el paciente? Si un curandero de aldea receta un poco de polvo y cura a sus pacientes, tendremos que pensar con cuidado; tendremos que preocuparnos de si conviene o no romper estas supersticiones. El hombre que lleva un estetoscopio al cuello y que tiene un coche grande también es capaz de curar a sus pacientes por métodos científicos. Pero aquí también interviene una magia: la magia del coche, del estetoscopio.

Yo conozco a un curandero. No tiene ningún título universitario, pero ha curado a muchos pacientes que yo le he enviado, pacientes que habían sido desahuciados por otros médicos. Es listo; tiene una notable comprensión de la naturaleza humana. En realidad, ¡así es como llega uno a ser médico titulado! Cuando uno visita su clínica para recibir un tratamiento, él realiza el diagnóstico de tal modo que al paciente le desaparece la mitad de la enfermedad mientras el médico le diagnostica. Es un médico extremadamente hábil; intimida a todos los demás médicos.

Tiene una sala de consultas grande, imponente y de aspecto serio, con una gran mesa en la que hace tenderse al paciente. Sobre el pecho del paciente cuelga una cosa parecida a un estetoscopio. Este artilugio está conectado a dos tubos transparentes llenos de agua coloreada. Cuando aplica al pecho del paciente el artilugio semejante a un estetoscopio, los latidos del corazón hacen saltar el agua del tubo. El paciente ve saltar el agua y se convence

de que se encuentra en presencia de un gran médico: nunca había visto a un médico como éste. Lo que utiliza es una especie de estetoscopio, aunque no se lo aplica a los oídos: observa la subida y la bajada del agua en los tubos, y esto convence al paciente de que éste no es un médico corriente.

¿Sabes por qué los médicos alopáticos escriben las recetas con una letra tan ilegible? El motivo es que si fueseis capaces de leerlas, descubrirías que son una cosa tan corriente que podrías comprarla incluso en el mercado; por eso, la receta se escribe intencionalmente de tal modo que vosotros no podéis leerla. En concreto, si presentaseis de nuevo esa misma receta al médico, no sería capaz de entender lo que había escrito él mismo. Otra cosa interesante es que los nombres de todas las medicinas tienen que estar escritos en latín y en griego. El motivo es sencillo: si tuviera que escribir en inglés, en hindi o en gujarati, jamás le pagarías diez o quince rupias por una inyección: sabrías que no era más que una decocción de semillas de alcaravea.

Todos éstos son trucos mágicos. Es lo mismo que el pueblerino que administra a sus pacientes una pizca de ceniza. Pero tampoco esto sería eficaz si tuviera el aspecto de persona corriente. Pero si va vestido con una túnica ocre, tendrá mayor efecto. Y si el hombre tiene fama de honrado, de virtuoso, de amable y de sincero, la pizca de ceniza tendrá mucho más efecto. Si se sabe que no pide dinero, que ni siquiera toca nunca el dinero, entonces la ceniza tendrá un efecto electrizante. Así pues, lo que tiene un efecto no es la ceniza, son los demás factores que intervienen. Hay que estudiar con cuidado si se debe seguir permitiendo que se practiquen estas curaciones; pues si se prohíben estas curaciones, será preciso encontrar otras, igualmente falsas, para que las sustituyan. El proceso no tiene fin.

Es necesario hacer que la persona piense racionalmente para que no se provoque enfermedades falsas a sí mismo. Mientras sigan contrayéndose enfermedades falsas, seguirán apareciendo médicos falsos. Si eliminái los antiguos métodos falsos, aparecerán otros nuevos; y si eliminái éstos, nacerán otros. Existen tantos tipos de tratamiento en el mundo que no hay manera de decidir cuál es el correcto: todos afirman que son útiles para curar las enfermedades. Y sus afirmaciones son válidas: curan las enfermedades, en efecto.

Cuanto más ahondamos en el psiquismo humano, más claro queda que la enfermedad está en alguna parte de la mente humana. Mientras la enfermedad se encuentre en la mente humana, seguirán existiendo también los tratamientos falsos. Por esta razón, a mí no me preocupa tanto eliminar los tratamientos falsos: me preocupa más poner fin a la enfermedad en la mente humana. Si desaparece la enfermedad en la mente humana, si se despierta la conciencia del hombre, si éste se vuelve juicioso, no estará rodeado de problemas molestos. Si vais a recoger la ceniza, no es porque en un pueblo haya un hombre que la reparte. No: si el hombre la reparte, es porque vosotros estáis deseosos de recogerla.

Nadie se convierte en vuestro líder por sí mismo: sois vosotros los que no sois capaces de vivir ni un instante sin un líder; éste es el motivo por el que alguien tiene que convertirse en líder. Si eliminái a un líder, encontraréis a otro, y si éste es eliminado, encontraréis a un tercero. Y, en realidad, mientras estáis eliminando a un líder; ya os habréis enterado de quién queréis como nuevo líder. Por eso, los líderes de todo el mundo conocen bien la necesidad de seguir dirigiendo partidos de oposición. Saben, con confianza, que cuando el pueblo se cansa de un líder elige automáticamente al segundo, y que cuando se cansa del segundo lo sustituye por el tercero. Por eso funciona en todo el mundo el bipartidismo. La gente es igual en todas partes.

En las últimas elecciones yo estaba en Raipur. Un amigo mío, que vive en Raipur desde hace mucho tiempo, había salido elegido varias veces como diputado, pero aquella vez había sido derrotado. En su lugar salió elegido otro amigo mío, completamente desconocido y que había llegado a Raipur recientemente. Pregunté a mi amigo cómo había sucedido aquello. ¿Cómo había podido perder su escaño a favor de un recién llegado?

-Está muy claro –me dijo- La gente se había acostumbrado demasiado a mí. Ese hombre es una cara nueva: la gente no lo conoce todavía. No hay de qué preocuparse: cuando él se convierta también en personaje familiar, también quedará derrotado. Tendré que esperar

a que llegue el momento de nuevo. Por entonces se habrán vuelto a olvidar de mí, y entonces tendré ventaja.

En el fondo, no es cuestión de eliminar a este líder o a aquel, de suprimir esta superstición o aquella: esa no es la cuestión. La cuestión es producir en el hombre un cambio fundamental. La mentalidad científica no será muy partidaria de la superstición, pero la superstición seguirá existiendo mientras el hombre esté satisfecho con su ceguera. Si el hombre no está preparado para abrir los ojos, entonces deberá existir la ceguera.

Y dejadme que os pregunte una cosa: ¿quiénes de entre nosotros estamos dispuestos verdaderamente a abrir los ojos? Ninguno de nosotros está dispuesto a ver con los ojos abiertos, pues con los ojos abiertos podemos ver verdades que no queremos ver. Por eso cerramos los ojos y vemos lo que nos diga nuestra fantasía. ¿Habéis abierto alguna vez los ojos y habéis observado con detenimiento cómo es la vida? Eso no queréis hacerlo, pues entonces verías cosas terroríficas.

Cada persona se considera a sí misma absolutamente piadosa, un mahatma. Si abriera los ojos y mirase con detenimiento, descubriría con horror al mayor de los pecadores escondido dentro de sí mismo. No quiere ver eso, por supuesto, porque entonces le resultaría difícil ser un mahatma, y por eso se cierra los ojos a sí mismo. Y no sólo eso: al hacerlo, recurre a las personas que pueden ayudarle a cerrar los ojos: atrae a su alrededor a todas las personas que pueden venir a decirle que es un gran mahatma. Así sigue recogiendo seguidores. Reúne a su alrededor a todas las personas que contribuyen a conseguir que siga ciego.

Y existen muchos trucos maravillosos para atraer a la gente; se practican unos engaños increíbles en este sentido. Uno de los trucos para atraer a la gente es gritar constantemente: "¡No os acerquéis a mí! ¡No quiero tener a nadie a mi lado!" A la gente la impresiona tremendamente este truco. Acuden en masa al lado de una persona así. Cuanto más los rechaza, mayor mahatma se creen que es. Un mahatma corriente recibiría bien a la gente, pero éste levanta el bastón y rechaza a la gente. No manifiesta interés por nadie.

He oído hablar de un hombre que llevaba varios años paseándose por una playa de California. Se había convertido en una especie de atracción. Decían de él que era un hombre tan simple que si uno le daba a elegir entre un billete de diez dólares y una moneda de diez centavos, cogía la moneda de diez centavos. Así de inocente era. Un hombre, movido por la curiosidad, fue a verlo cinco o seis veces y siempre lo encontraba rodeado de una multitud. La gente le preguntaba: "Amigo, ¿qué prefieres: esto o esto?", y él tomaba enseguida la moneda de diez centavos, diciendo que le gustaba, que le gustaba su brillo. La gente lo tomaba por un hombre muy sencillo.

Al hombre curioso le resultaba difícil creerse que después de tantos años aquel sujeto no conociera los billetes de diez dólares. ¡Era demasiada inocencia! Una tarde, cuando se había disuelto la multitud, aquel hombre curioso abordó al sujeto y le dijo:

-Llevo veinte años observándolo y me sorprende ver lo que ha durado este juego. ¿Sigue usted sin reconocer los billetes de diez dólares?

El sujeto se rió y dijo:

-Desde el primer día sabía lo que era un billete de diez dólares, pero, si lo hubiera dado a entender, el juego habría terminado allí mismo. No reconociendo el billete, he recogido monedas de diez centavos de miles de espectadores. Si reconozco un billete, será el único billete que llegaría a mis manos: esa gente no me daría ningún billete más. De modo que, si quiero ganar dinero de verdad, debo despreciar la riqueza; y los billetes se irán acumulando por sí mismo. Entiendo bien toda la operación; mi trabajo marcha bien. Algunos días recojo hasta quinientos dólares de la gente. El juego seguirá adelante con toda seguridad.

Al que llaman mahatma conoce también el valor del dinero, aunque si le hablamos de dinero dirá que ni siquiera lo toca nunca. Pero su discípulo, que está a su lado, recoge las ofrendas y las guarda en la caja fuerte: ¡porque el mahatma no toca nunca el dinero!

¿Qué se puede hacer si una persona quiere seguir ciega? ¿Quién será tan tonta de hacer algo al respecto? El personaje de la playa no tiene la culpa de la malicia. Los que producen la malicia son los que lo abordan. El pobre sujeto tiene que representar su farsa por

la malicia de ellos. Os diré una cosa: si no lo hubiera hecho él, otro habría hecho lo mismo. Y la gente es tonta: siempre que puedan, seguirán haciendo lo que hicieron con aquel sujeto; quieren que alguien les quite el dinero. Por este motivo, se seguirán representando esas farsas. Sólo podrá dárseles fin cuando empecemos a destruir la tontería del ser humano.

Así pues, no os preocupéis demasiado de romper las cadenas de la superstición, pues si la persona que lleva la cadena sigue siendo la misma, se forjará otras. No es capaz de vivir sin cadenas. Las personas de este tipo crearán cadenas nuevas.

Todas las religiones aspiran a romper estas cadenas, y cada religión crea una cadena nueva. El mundo ha visto muchas religiones nuevas. Todas ellas se establecieron para introducir reformas; todas ellas proclamaron su intención de erradicar todas las supersticiones establecidas, pero, mientras se suprimen las supersticiones, en realidad no se suprime nada. Naturalmente, los que están hartos de las supersticiones antiguas las sustituyen por otras nuevas y se quedan muy contentos, pues tienen la impresión de que han producido un cambio.

En realidad, la persona inteligente nunca se aferra a nada; ni siquiera a ninguna creencia, ni mucho menos a una superstición. Vive inteligentemente; no se agarra a nada. Nunca crea ninguna cadena, porque sabe que la vida en libertad produce una alegría inmensa. No os creéis vosotros ninguna cadena.

De modo que la verdadera cuestión es despertar en cada individuo la conciencia suficiente para que produzca en él el deseo de ser libre, de volverse inteligente, de volverse autorrealizado, de llenarse de conciencia. Si se pudiera reducir la tendencia a vivir ciegamente (a convertirse en seguidor, en sectario, en creyentes en alguien), todas las supersticiones se desmoronarían. Pero en ese caso no sucedería que se derrumbaría una superstición mientras sobrevivía otra: se derrumbarían todas, desaparecerían todas a la vez. De otro modo, durarían para siempre.

Lo que debemos entender es que no se consigue nada con un simple cambio de ropas. Que cada uno lleve la ropa que prefiera. Si alguien quiere llevar ropas de color ocre, que las lleve: ¿por qué impedírselo? Si alguien quiere llevar ropas negras, que las lleve. Lo que hay que advertir es que un cambio de ropa no equivale a un cambio de vida. Cuando nos hemos dado cuenta de esto, ya no tenemos necesidad de cambiar de ropa, pues la persona que nos haga cambiar de ropa la sustituirá inmediatamente por ropa de otro tipo.

Un sannyasin, vestido con ropas de color ocre, fue a visitar a Gandhi y le dijo que sus ideas lo habían impresionado mucho y que también él quería servir a la patria. Lo que le respondió Gandhi fue muy significativo. Le dijo:

- Esta bien, pero en primer lugar tienes que renunciar a tus ropas ocres, porque serían un obstáculo para tu labor. En general, la gente está al servicio de los que llevan ropas ocres, en lugar de ser al contrario.

Esto era muy cierto. Pero cuando Gandhi le hizo renunciar a las ropas ocres, le recomendó a continuación que se pusiera ropas de *kadhi*, de algodón hilado en casa.

Ahora, los que llevan ropas de kadhi hacen cosas que antes no hacían ni siquiera los que llevaban ropas ocres. ¿Qué es lo que ha cambiado? Ahora, los que llevan ropas de kadhi aceptan que los demás estén a su servicio. Las pobres gentes que llevaban las ropas ocres no aceptaron nunca tanto servicio por parte de los demás como el que aceptan ahora los que llevan las ropas de kadhi. De modo que el kadhi ha resultado muy costoso para este país. El sannyasin estaba muy contento de haberse liberado de su superstición acerca de las ropas ocres; pero ahora lleva ropas de kadhi; ahora está aferrado a la superstición del kadhi. ¿Qué diferencia hay?

La verdadera cuestión no es hacer que la gente deje una cosa y obligarla a tomar otra. La cuestión es llegar a comprender la mentalidad misma que se aferra a las cosas.

Gandhi no agudizó la inteligencia de aquel hombre; aquel hombre se quedó tan necio como antes. No le hizo más que cambiar de topa, y el hombre se quedó muy contento con eso. Pero ¿qué había cambiado? Así han sido siempre las cosas.

En los últimos cinco mil años la historia de la humanidad ha sido muy desdichada. En el intento de derribar unas supersticiones no cambiamos nunca al hombre: nos limitamos a eliminar la superstición, pero el hombre crea a continuación una superstición nueva. Sea l

que sea lo que le ofrezcamos, se arroja sobre ello. "Está bien –dice-; así sea. ¡Dejaré la otra superstición y me aferraré a ésta!" Y nos sentimos muy contentos porque ha aceptado la superstición *nuestra.*

Solía venir a visitarme un joven. Hablaba de las escrituras día y noche. Se sabía de memoria los Upanishads, el Gita, los Vedas. Yo le dije:

-Déjate de tonterías. ¡No vas a alcanzar nada con esto!

Él se enfadó mucho conmigo, pero siguió visitándome. La persona que se enfada mucho con nosotros nunca deja de visitarnos, pues el enfado también estrecha los lazos personales. Estaba enfadado conmigo, sin duda, pero seguía viniendo. Pasó el tiempo, siguió escuchando mis palabras, y algo lo conmovió. Un día se acercó a mí y e dijo:

-He hecho un paquete con el Gita, los Upanishads y los Vedas y los he tirado todos a un pozo.

-¿Cuánto te he dicho yo que los tirases? –le pregunté.

-Tenía que vaciar mi estante para hacer sitio para tus libros –dijo él- Ahora estoy plenamente de acuerdo con tus libros.

-Pero esto ha hecho más difíciles las cosas –dije yo-. No ha cambiado nada. Lo único que te decía yo era que no estuvieses de acuerdo con ningún libro. Nunca te he pedido que tirases aquellos libros y que te aferrases a los míos. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Los que llaman gurús se ponen muy contentos cuando la gente comparte las supersticiones que ellos proponen. Así es como, aunque sigan cambiando las supersticiones, el hombre sigue siendo supersticioso.

De modo que yo dije al joven que tirase mis libros al mismo pozo.

-¿Cómo es posible? –me dijo él.

Me aseguró que no era capaz de hacer tal cosa. Así que yo le dije:

-Entonces, todo se ha quedado como estaba. Ahora, mi libro se ha convertido en tu Gita. ¿Qué tenía de malo el Gita del pobre Krishna? Si tenías la necesidad de cargar con algo, su Gita era suficiente: cubría tus necesidades; era mucho más grueso que mi libro; te proporcionaba el lastre suficiente. ¿En qué han cambiado las cosas ahora? ¿Cuándo he acusado yo a Krishna? ¿Cuándo he crucificado yo a Krishna?

Así han sido siempre las cosas, y así siguen siendo. Lo que sucede es sencillamente, que el hombre sigue siendo el mismo: sólo cambian sus juguetes. "Sí: si alguien adopta mi juguete, eso es bueno; me encanta que alguien haya adoptado por fin mis ideas. Mi ego se satisface al ver que alguien ha empezado a creer por fin en mí más que en Krishna." Pero así no se cambia a la humanidad; esto no puede beneficiar nunca a la humanidad. Lo que debe preocuparnos es el modo de romper, desde dentro, esta mentalidad humana que se aferra a las cosas. ¿Cómo puede superar el hombre su ceguera?

Yo hago esta sugerencia a nuestro amigo: no te propongas eliminar las supersticiones; por el contrario, cambia la mentalidad supersticiosa. Cambia esa mente que engendra la superstición, para que pueda nacer un hombre nuevo. Pero es una labor ardua; requiere mucho esfuerzo. No es tarea fácil. Es preciso mantener una actitud muy científica para llevarla a cabo.

No os apresuréis tanto en negar la existencia de los fantasmas y de los malos espíritus. Son mucho más reales que vosotros. No hay ninguna falsedad en su existencia; pero tendréis que estudiarlo. Y suele suceder que los que tienen miedo a los fantasmas empiezan también a dudar de su existencia. Eso dicen; y no porque se hayan vuelto muy entendidos: el único motivo es la satisfacción de sus deseos. No quieren que existan los fantasmas, porque si existen los fantasmas es difícil pasear por los callejones oscuros. Por eso se repiten en voz alta: "los fantasmas no existen. ¡De ningún modo! Son supersticiones: ¡vamos a suprimir las supersticiones!" Lo que están diciendo es que les dan mucho miedo los fantasmas. Si de verdad existieran los fantasmas, éstos causarían muchos problemas, de modo que no deben existir: esto es lo que desean. Una mentalidad como ésta nunca conseguirá que los fantasmas no existan.

Si los fantasmas existen, es que existen. Que lo creamos o no, no cambia las cosas. Lo que existe, existe, y es mejor que lo investiguemos, pues lo que existe está relacionado con

nosotros de una manera o de otra: es lógico que así sea. Por eso, es más apropiado comprenderlos, reconocerlos, y encontrar maneras de ponerse en contacto con ellos, descubrir el modo de relacionarse con ellos. No es cosa fácil.

El espacio vacío que veis entre vosotros y otra persona no está necesariamente vacío. Allí puede haber alguien. Quizás no lo veáis: eso es otra cuestión. Pero la idea de que allí podría haber alguien puede asustarnos. Por eso no dejamos espacios vacíos; por eso nos acercamos los unos a los otros. Siempre tenemos miedo a los espacios vacíos: por eso llenamos nuestra habitación de muebles, de calendarios, de imágenes de dioses y diosas, de cualquier cosa. Los espacios vacíos, las casas vacías, nos asustan. Los llenamos de personas, de muebles, para que no quede ningún espacio vacío. Aun así, queda mucho espacio vacío que no está vacío del todo. Y tiene su ciencia propia.

Si alguien quiere trabajar en este sentido, puede hacerlo. Se puede trabajar sistemáticamente sobre este tema. Es una ciencia independiente; tiene sus leyes y sus métodos propios, Pero no digáis nunca que estas cosas existen o que no existen, antes de haber empezado a trabajar en este tema. Es mejor dejar pendiente vuestra decisión, aplazar vuestras conclusiones de momento: decid, simplemente, que no lo sabéis.

Si a una persona con mentalidad científica se le pregunta si existen o no los fantasmas, una respuesta característica suya sería la siguiente: “No lo sé, pues todavía o lo he estudiado. Tampoco he mirado todavía dentro de mí siquiera. ¿Cómo puedo descubrir si existen o no los fantasmas? ¡Ni siquiera soy capaz de encontrarme a mí mismo!” Por lo tanto, no os apresuréis a responder sí o no. El que ofrece una respuesta rápida es supersticioso. Seguid pensando, seguid buscando. En realidad, la persona inteligente responde con muchos titubeos.

Una vez preguntaron a Einstein cómo distinguía él a un científico de una persona supersticiosa. Einstein respondió:

-Si a una persona supersticiosa se le hacen cien preguntas, estará preparada para ofrecer ciento una respuestas. Y si a un científico se le hacen cien preguntas, afirmará que ignora por completo la respuesta de noventa y ocho. A las otras dos responderá: “De esto sé un poco, pero mis conocimientos no son definitivos: pueden cambiar mañana”.

Recordad que la mentalidad científica es la única mentalidad inocente. La mentalidad supersticiosa no lo es. Pero las apariencias indican lo contrario. Parece que la mentalidad supersticiosa es muy sencilla, pero no lo es: es muy compleja y astuta. La mayor astucia de la mentalidad supersticiosa es afirmar cosas de las que no tiene conocimientos. La persona que tiene esta mentalidad ni siquiera sabe nada acerca de una piedra que está a la puerta de su casa, pero en su ansia de demostrar que su Dios es verdadero y que el nuestro es falso está dispuesta a salir a matar a la gente. Ni siquiera es capaz de explicar lo que es una piedra… Y si no es capaz de demostrar que la piedra es musulmana o hinduista, ¿cómo será capaz de demostrar que Dios es hinduista o musulmán? ¡Pero saldrá a matar a la gente! Y recordad que recurrir a la violencia demuestra que los motivos de tales actos están arraigados en la superstición.

La gente nunca llega a las manos por cuestiones relacionadas con el conocimiento: es imposible. Cuando existe una lucha, podéis estar seguros de que interviene la superstición, pues la persona supersticiosa quiere demostrar por medio de la lucha que tiene razón: no dispone de otros medios. Si un hombre cayese sobre mí y me pusiera una espada al cuello, diciéndome: “Dime que tengo razón, o te corto la cabeza”, podrá cortarme la cabeza, por supuesto, pero no demostrará con eso que tiene razón. Nadie ha demostrado nunca que tiene la razón a base de cortar la cabeza a otra persona.

Aunque todos los musulmanes se reuniesen y mataran a todos los hinduistas, no demostrarían que tiene la razón, del mismo modo que los hinduistas no demostrarían que tienen razón si se uniesen para pasar a cuchillo a todos los musulmanes. Lo único que demostrarían sería su estupidez, nada más. ¿Ha demostrado alguna vez la espada la verdad de algo? Pero es el único medio al alcance la persona supersticiosa. ¿A qué otro medio puede recurrir para decir que tal cosa es verdad? No tiene conceptos; no ha investigado nunca; no tiene pruebas; no tiene orientación. Sólo sabe una cosa: la fuerza puede más que la razón.

Las gentes de todo el mundo están obrando así. No estoy diciendo que sólo sean los líderes religiosos los que estén realizando tales actos de violencia: los políticos hacen lo mismo. La razón en la disputa entre Rusia y los Estados Unidos se determinará soltando bombas de hidrógeno: está claro, no hay otro medio. Es exactamente el mismo tipo de estupidez. ¿Es éste el modo de determinar cuál de los dos tiene razón? ¿Cómo se puede determinar si Marx tiene la razón o no? ¿Será por medio de la espada? ¿O soltando la bomba de hidrógeno? ¿Cómo será? Tendrá que determinarse por medio del pensamiento, pero el hombre todavía no tiene libertad para pensar, sigue cegado por la superstición.

Recordad, pues, que lo que yo considero importante no es romper las cadenas; lo que considero importante es eliminar la mentalidad supersticiosa que crea esas cadenas. Si se mantiene esa mentalidad, entonces por muchas cadenas que rompáis ella creará otras nuevas. Y recordad que las nuevas ataduras son mucho más atractivas, más agradables, más dignas de aferrarse a ellas. Y recordad también otra cosa: la cadena nueva siempre es más fuerte que la antigua, porque nuestro conocimiento del modo de forjar cadenas también se ha desarrollado más, ha avanzado más. Suelo pensar que los que se dedican a eliminar las supersticiones no consiguen más que proporcionar supersticiones mucho más resistentes que sustituyen a las viejas y gastadas: no hacen más que esto.

Lo que hay que descartar es la mentalidad supersticiosa, de lo contrario ésta seguirá engendrando supersticiones. Volveos racionales y haced que los demás se vuelvan también racionales. Ser racionales significa pensar, buscar, investigar. No habléis hasta que tengáis la experiencia adecuada, y aun entonces estad dispuestos a reconocer que vuestra experiencia no tiene por qué ser necesariamente correcta. La gente puede tener experiencias diferentes mañana. Es posible, incluso, que vosotros tengáis que vivir experiencias diferentes, y no es seguro que la que tuvisteis no fuera una alucinación.

Así pues, mientras esa experiencia no se haya verificado con docenas de experiencias, es mejor que no digáis nada al respecto. Por eso, los científicos realizan un experimento, lo repiten mil veces, hacen que otras mil personas lo repitan, y sólo entonces llegan a alguna conclusión. E incluso entonces no terminan de llegar a una conclusión definitiva. EL que quiere llegar a una conclusión con prisas no es capaz de pensar. La persona que tiene prisa por llegar a una conclusión definitiva se llena inevitablemente de superstición. Y todos tenemos mucha prisa.

¡Un amigo nos ha preguntado todo lo que busca el conjunto de la humanidad sin haber sido capaz de encontrarlo! Nos ha preguntado: *¿Existe Dios? ¿Qué es el jivatman, el alma individual? ¿Dónde está el moksha? ¿Quién creó el cielo? ¿Existe el infierno? ¿Por qué ha aparecido el hombre sobre la Tierra? ¿Cuál es el objetivo de la vida?*

TIENE TANTA PRISA que quiere saber todo esto inmediatamente. Una persona que tiene tanta prisa se volverá supersticiosa sin duda alguna. La búsqueda requiere gran paciencia, una paciencia enorme: no importa que no encontremos en una vida lo que buscamos, lo que importa es que sigamos buscando. En realidad, para la persona racional, lo importante no es alcanzar, sino buscar. Para la persona supersticiosa lo importante es alcanzar, buscar no tiene ninguna importancia.

La persona supersticiosa desea angustiosamente saber cómo puede alcanzar. No le importa demasiado descubrir primero si existe Dios o no. No le interesa la búsqueda de Dios: no es plato de su gusto. Dice: “Buscadlo vosotros y mostrádmelo.” Por eso se dedica a buscar a un gurú.

El que se dedica a buscar a un gurú tiene muchas probabilidades de acabar volviéndose supersticioso: no parará hasta que acabe así. En realidad, buscar a un gurú equivale a decir: “Tú has encontrado algo; ahora te rogamos que nos lo enseñes. Como ya lo has encontrado tú, ¿para qué vamos a buscarlo nosotros? Nos inclinamos a tus pies. Te rogamos que nos entregues lo que has alcanzado.” La idea es que otra persona os ponga la mano en la cabeza y os haga conocer a Dios. Por eso hay gente que vaga de un sitio a otro aceptando mantras, haciéndose iniciar, pagando cuotas, lavando los pies a otros, sirviendo a

otros, con la esperanza de poder hacer suyo lo que ha alcanzado otro. Esto no puede pasar nunca. Aquí se manifiesta claramente el dominio de la mentalidad supersticiosa.

Nunca podréis hacer vuestro lo que ha alcanzado otro. Otra persona se puso a buscar y encontró, ¿y vosotros queréis tenerlo de balde? Y recordad que si esa persona ha buscado, mientras buscaba debió de darse cuenta de que uno alcanza buscando, y no preguntando. Por ello, no pretenderá tener discípulos. Sólo quieren tener discípulos los que todavía no han alcanzado ellos mismos. Están pendientes de otro gurú superior. Hay una larga serie de gurús, cada uno de los cuales espera sacar algo del anterior.

Muchos gurús han muerto ya, pero hay personas que siguen pendientes de ellos con la esperanza de que les darán algo. Hay una larga cadena de gurús, que se remonta miles y a millones de años, y todos están pendientes los unos de los otros con la esperanza de que alguien les dé algo. Éste es el sello de la mentalidad supersticiosa.

La característica de la mentalidad inquisitiva, la señal de una mente reflexiva, es que se dice a sí misma: "Si existe Dios, lo buscaré. Si consigo encontrarlo, será por mis propios méritos, por derecho propio. Si lo encuentro alguna vez, será por mi dedicación de toda una vida, por mi sacrificio, por mi meditación. Será fruto de mi propio esfuerzo."

Recordadlo: si alguien ofrece a Dios de balde, la persona que piensa racionalmente lo rechazará. Se dirá: "No está bien aceptar algo que no es fruto de mi propio esfuerzo. Lo he de alcanzar por mi propio esfuerzo." Y tened en cuenta que existen algunas cosas que sólo se pueden alcanzar por el propio esfuerzo. Dios no es algo que se venda en el mercado, una mercancía que se encuentra en cualquier parte. La verdad no es un artículo que se venda en unos grandes almacenes, donde cualquiera puede ir a comprarla. Pero sí hay abiertas tiendas de este tipo.

Hay tiendas, hay bazares, que tienen expuesto un letrero que dice: "Aquí se encuentra la Verdad Auténtica." ¡Hasta la verdad puede ser auténtica o falsa! En cada una de estas tiendas hay un letrero que dice: "Aquí vive el auténtico maestro. Todos los demás que viven en otras partes son imitaciones. Ésta es la única tienda auténtica. ¡Compren aquí! ¡Permítanos que les brindemos nuestros servicios!" Y en cuanto hayáis entrado en una de estas tiendas, el propietario se empeñará en no dejaros marchar. Todos estos daños son obra de la mentalidad supersticiosa.

Me gustaría deciros: confiad en lo que buscáis, no en lo que pedía a otros. No alcanzaréis la divinidad pidiendo a otros, sino conociendo. Tampoco os creáis nunca lo que dicen los demás. Alguien la puede haber alcanzado (siempre es posible, por supuesto); por ello, tampoco seáis incrédulos: también eso es superstición. No seáis ni crédulos ni incrédulos. Si se presenta alguien ante vosotros diciendo que ha alcanzado la divinidad, decidle: "Enhorabuena. Dios ha sido muy compasivo contigo al permitirte encontrarlo. Pero te ruego que no me lo enseñes. Déjame que lo encuentre yo también, de lo contrario seguiré estando cojo".

Si os llevan hasta un destino donde otro ha llegado andando antes que vosotros, llegaréis cojos. Los pies se fortalecen andando. Llegar a un destino no es tan importante; lo verdaderamente importante es que el viajero se fortalece en el camino. Alcanzar algo no tiene tanta importancia como la transformación del que lo ha alcanzado.

Dios, el conocimiento o el Moksha no son cosas prefabricadas. Son el fruto de la ofrenda de nuestra vida, de una vida de esfuerzo y de sadhana. Es como la flor definitiva que llega por sí misma. Pero si vais al mercado sólo encontraréis flores de plástico. Duran más tiempo. Sólo hay que quitarles el polvo: duran más tiempo y engañan. Pero ¿a quién engañan? Las flores de plástico pueden engañar a los demás. Pueden engañar a los que pasan por la calle: los transeúntes pueden creerse que tenéis flores de verdad en la ventana, pero vosotros no podéis engañaros, pues las habéis comprado vosotros mismos.

Para tener flores de verdad hay que sembrar las semillas, hay que dedicar un esfuerzo, hay que cuidar las plantas. Después, las flores salen por sí mismas: nadie las trae. La experiencia de lo definitivo es como la flor; nuestro sadhana es como la planta. Si cuidamos la planta, la flor llegará por sí misma. Pero nosotros tenemos prisa. Decimos: "Déjate de plantas: ¡basta con que nos des la flor!"

Algunas veces, cuando los niños tiene un examen en la escuela, no resuelven el problema de aritmética: se limitan a copiar la solución que leen en las últimas páginas del libro de aritmética. Aunque la respuesta que escriben es absolutamente correcta, está totalmente equivocada. ¿Cómo puede ser correcta la respuesta de una persona que no ha seguido el método? Su respuesta es absolutamente correcta (han escrito "cinco"), y los que han seguido el método también han escrito "cinco". Pero ¿veis la diferencia entre la respuesta de los que han seguido el método y la de los que la han copiado del libro? Y ¿qué diferencia hay si la han copiado del Gita o del Corán?

Aunque la respuesta que dan ambos grupos es la misma, no es la misma: existe una diferencia fundamental. La verdadera cuestión no en encontrar la respuesta; la verdadera cuestión no es encontrar el "cinco"; la verdadera cuestión es aprender el *modo* de encontrar esa respuesta. Y el que ha copiado de las últimas páginas del libro no ha aprendido esto. No ha aprendido aritmética; sólo ha encontrado la respuesta.

Si habéis aprendido algo en alguna parte, si habéis recibido algo de alguien, si habéis oído algo a alguien y os habéis aferrado a ello, entonces se trata de un Dios copiado del libro. Entonces es un Dios inerte, muerto, inútil, inservible, sin vida. Una religión cobra vida viviéndola, no copiando las respuestas de algún libro.

Pero todos somos ladrones. Reñimos a los niños pequeños y les advertimos que no deben robar. El maestro también deja claro que sus alumnos no deben copiar las respuestas de las últimas páginas del libro, que no deben robar en alguna parte las respuestas. Pero si se preguntase si todas sus propias respuestas eran robadas o no, le parecería que también sus respuestas eran robadas.

Aquel al que llaman gurú es un ladrón; el discípulo es un ladrón; el maestro es un ladrón. Todas las respuestas de la vida son robadas. Nadie puede encontrar la paz ni la felicidad a base de respuestas robadas. La felicidad se alcanza siguiendo el proceso a través del cual brotan desde dentro las flores de las respuestas. No pueden pedirse prestadas.

## CAPÍTULO 6

### El amor es peligroso

UN AMIGO HA PREGUNTADO: *¿Por qué pensar en la muerte? Tenemos la vida: vamos a vivirla. Vivamos el presente. ¿Por qué ponernos a pensar en la muerte?*

HA PREGUNTADO BIEN. Pero el hecho mismo de que pregunte por qué nos llenamos de ideas de muerte, o de que recomiende que vivamos el presente sin pensar siquiera en la muerte, ya demuestra que él mismo no puede librarse de pensar en la muerte. La muerte es un hecho tan enorme que no es posible pasarlo por alto, aunque nosotros intentamos no pensar en la muerte a lo largo de nuestras vidas: no porque no valga la pena pensar en ella, sino porque la idea misma de la muerte es aterradora. La idea misma de que "yo moriré" hace que un escalofrío nos recorra la espalda. Naturalmente, os hará temblar cuando os estéis

muriendo, pero aun antes, si la idea se apodera de vuestras mentes, os hará temblar hasta la médula.

El hombre ha intentado siempre olvidarse de la muerte, ha intentado no pensar en ella. Hemos organizado toda nuestra vida de tal modo que la muerte no resulte visible. Todos los esfuerzos y los planes humanos dirigidos a falsificar la muerte tienen un éxito aparente, pero este éxito nunca es real, pues la muerte está allí. ¿Cómo escaparéis de ella? ¿Dónde os esconderéis? Aunque huyáis de ella, acabaréis encontrándoos con ella. Donde quiera que huyáis, toméis el rumbo que toméis, acabaréis llegando a ella. Se acerca un poco más cada día, penséis en ella o no, huyáis de ella o no. Nadie puede escaparse de un hecho.

La cuestión no es que la muerte sea algo que sólo sucederá en el futuro, y que, por lo tanto, no debamos pensar en ella ahora. También esto es un concepto erróneo. La muerte no sucederá en el futuro: la muerte ya está sucediendo en todo momento. Aunque se completará en el futuro, en realidad está teniendo lugar en todo momento. Estamos muriendo en este mismo momento. Si pasamos una hora aquí, habremos muerto una hora. Quizás tardemos setenta años en morir por completo, pero esta hora formará parte del proceso. Durante una hora también estaremos muriéndonos. No es que al cabo de setenta años uno se muera de pronto: la muerte nunca sucede de manera instantánea. No es un suceso repentino; es un desarrollo que comienza con el nacimiento.

En concreto, el nacimiento es la primera parte de la muerte, y la muerte es la última parte. Este viaje comienza con el nacimiento. Lo que llamamos el día del nacimiento es, en realidad, el primer día de la muerte. El viaje llevará tiempo, pero continuará.

Por ejemplo, un hombre parte de Dwarka camino de Calcuta. El primer paso de su viaje será tan importante para llegar a Calcuta como el último paso del viaje. El último paso será tan útil para llevarlo a Calcuta como el último. Y si bien el primer paso, por sí mismo, no puede llevarlo hasta Calcuta, el último paso tampoco puede hacerlo por sí mismo. Esto significa que cuando dio su primer paso hacia Calcuta empezó a llega a Calcuta. A cada paso que daba, Calcuta se acercaba cada vez más. Quizás digáis que tardó seis meses en llegar a Calcuta, pero la realidad es que sólo gracias a que empezó a llegar seis meses antes pudo llegar seis meses después.

Lo que me gustaría deciros en segundo lugar es lo siguiente: no creáis que la muerte se encuentra en algún momento futuro. La muerte está presente en todo momento. Y ¿qué es el futuro? Es el total de todos nuestros presentes. Le estamos sumando cosas constantemente. Es como cuando calentamos agua. Al primer grado, el agua se calienta, pero todavía no se ha convertido en vapor. Y lo mismo sucede cuando el agua se calienta dos grados. El agua se convertirá en vapor cuando se calienta hasta los cien grados; pero empezó a aproximarse al estado de vapor en el primer grado, y siguió en el segundo, en el tercero, y así sucesivamente. Pero el agua no se convierte en vapor ni siquiera cuando está a noventa y nueve grados: eso sólo sucederá cuando lleguen a los cien.

¿No se os ha ocurrido pensar que el centésimo grado también es un grado, del mismo modo que el primer grado también es un grado? El viaje desde el grado nonagésimo noveno hasta el centésimo es igual al viaje del grado primero al segundo: no hay diferencia. Así, el que lo sabe os advertirá en el primer grado que el agua se convertirá en vapor, aunque vosotros no veáis que el agua se está convirtiendo en vapor. Naturalmente, puede decir que el agua se está calentando, pero ¿acaso se está convirtiendo en vapor? Podemos engañarnos hasta el grado nonagésimo noveno pensando que el agua todavía no se está convirtiendo en vapor, pero cuando llegue al grado centésimo es seguro que se convertirá en vapor. Cada grado la acerca cada vez más al punto de ebullición.

Por lo tanto, no tiene sentido que intentéis salvaros de la muerte o aplazarla diciendo que la muerte se encuentra en el futuro. La muerte está sucediendo en todo momento; estamos muriéndonos todos los días. En realidad, prácticamente no existe ninguna diferencia entre lo que llamamos vivir y el morir. Lo que llamamos vivir no es más que un sinónimo de morir gradualmente. No os digo que penséis en el futuro; lo que os digo es que observéis lo que ya está sucediendo ahora mismo. Ni siquiera os digo que penséis.

Este amigo ha preguntado: "¿Por qué pensar en la muerte?" Yo no digo que penséis. Pensar no os llevará a ninguna parte. Recordadlo: no es posible conocer ningún hecho a base de pensar. En realidad, pensar es una manera de falsear los hechos. Miráis una flor, y si empezáis a pensar en ella no conoceréis nunca la flor, porque cuanto más os dedicáis a pensar en ella, más se apartará de vosotros. Os adelantáis en vuestros pensamientos mientras la flor sigue allí. ¿Qué tiene que ver la flor con lo que estáis pensando? Una flor es un hecho. Si queréis conocer una flor, no penséis en ella: mirad la flor.

Existe una diferencia entre pensar y ver, y es una diferencia significativa. Occidente da mucha importancia al pensamiento. Por eso han llamado "filosofía" a su ciencia del pensamiento. La filosofía es el pensamiento conceptual. Nosotros hemos llamado a la misma ciencia *darshan.* Debemos comprender esto un poco mejor. Nosotros hemos llamado darshan y ellos la han llamado filosofía, y existe una diferencia fundamental entre ambas. Los que creen que "filosofía" y "darshan" son sinónimos no saben nada. No son sinónimos. Por eso no hay una filosofía hindú ni tampoco hay un darshan occidental.

Occidente tiene una ciencia del pensamiento: se basa en la investigación, la lógica, el análisis. Al Oriente le interesan otras cosas. El Oriente ha descubierto que existen ciertos hechos que no se pueden conocer nunca a base de pensar en ellos. Estos hechos tendrán que verse, tendrán que vivirse. Y existe una diferencia enorme entre vivir y pensar.

El hombre que piensa acerca del amor puede llegar a escribir una tesis sobre él, pero el enamorado lo vive, lo ve, aunque quizás no sea capaz de escribir una tesis sobre él. Y si alguien pide a un enamorado que le diga algo acerca del amor, éste puede cerrar los ojos, puede llenarse de lágrimas y puede responderle: "Te ruedo que no me lo preguntes. ¿Qué puedo decir del amor?" El que ha pensado acerca del amor se pasará horas enteras explicándolo, pero quizás no sepa nada del amor.

Pensar y ver son dos procesos completamente diferentes. Por eso no os digo que debáis pensar en la muerte. Nunca podréis conocer la muerte a base de pensar en ella. Tendréis que verla. Lo que os digo es esto: la muerte está aquí, ahora mismo, dentro de vosotros, y vosotros tenéis que verla. Lo que yo llamo "el yo" se está muriendo constantemente. Este fenómeno de la muerte tendrá que ser visto, este fenómeno de la muerte tendrá que ser vivido, este fenómeno, este "yo me muero, yo me muero", tendrá que ser aceptado.

Hacemos todo lo que podemos por demostrar la falsedad de la muerte; hemos inventado mil maneras de demostrar su falsedad. Es verdad que podemos teñirnos las canas, pero así no se demuestra que la muerte sea una mentira: llega inevitablemente. Aun debajo del tinte, las canas siguen siendo blancas. Son señales de que la muerte ha empezado a acercarse, de que ha de llegar con seguridad. ¿Cómo podemos demostrar que es falsa? Por mucho que nos dediquemos a demostrar su falsedad, no cambiaremos las cosas: se está acercando inexorablemente. Lo único que cambia es que nosotros podemos dejar de saberlo.

Lo que yo os pregunto es esto: ¿cómo puede saber lo que es la vida el que ni siquiera ha conocido la muerte? Mi postura es que la muerte está en la circunferencia, y la vida está en el centro. Si no conocemos siquiera la circunferencia, ¿cómo podremos llegar a conocer alguna vez el centro? Y si huimos de la circunferencia, nunca nos acercaremos al centro. Si os asustáis de las paredes exteriores de una casa y huís, ¿cómo podréis llegar a entrar alguna vez en el interior de la vivienda? La muerte es la periferia y la vida es el tempo que está en su centro. Si huimos de la periferia, también huimos de la Vida. El que llega a conocer la muerte la desvelará y, con el tiempo, empezará a conocer también la vida.

La muerte es la puerta de entrada al conocimiento de la vida. Rehuir la muerte es rehuir también la vida. Así, cuando yo os digo: "Conoced la muerte", comprended los hechos, no os estoy pidiendo que penséis.

También debemos comprender otra cosa interesante. Pensar significa repetir mentalmente lo que ya sabemos. El pensamiento no es original nunca, aunque nosotros solemos decir que los pensamientos de tal y tal persona son muy originales. No: el pensamiento no es original nunca. Los pensamientos nunca pueden ser originales. El darshan, la visión, puede ser original.

Los pensamientos siempre están trillados. Si yo os pido que penséis en esta rosa, ¿qué pensaréis? No haréis más que reiterar lo que ya sabéis acerca de las rosas. ¿Qué otra cosa podéis hacer? ¿Qué otra cosa podéis hacer con el pensamiento? ¿Podría acaso aparecer en vuestros pensamientos un solo punto de vista inusitado y original acerca de una rosa? ¿Cómo sería eso posible?

Pensar no es más que reiterar los pensamientos. Podréis deciros: "La rosa es muy hermosa"; pero ¿cuántas veces habéis oído esto ya? O podréis deciros: "La rosa es tan hermosa como el rostro de mi amada". ¿Cuántas veces habréis oído esto también? ¿Cuántas veces lo habéis leído? O podréis deciros: "La rosa es muy fresca". Pero ¿cuántas veces habéis oído o leído esto también? ¿De qué sirven los pensamientos? ¿Cómo serías capaces de entrar en el ser de esa rosa a base de pensar en ella? El acto de pensar sólo os puede llevar hasta lo que tengáis en la memoria acerca de las rosas. Por eso, el pensamiento nunca es original. Nunca puede existir un pensamiento original: sólo los que ven son originales.

La primera condición para mirar una rosa es que la persona que la mira no piense. Debe eliminar de su recuerdo los pensamientos; debe quedarse vacío y vivir en ese momento con la flor. Dejad que la flor esté a un lado y estad vosotros al otro lado, y que no haya nada entre los dos: nada que hayáis oído, nada que hayáis leído, nada que hayáis conocido nunca. Nada que hayáis conocido nunca debe interponerse. Nada debe interponerse entre los dos. Sólo entonces empezará a entrar en vuestro ser lo desconocido que se encuentra dentro de la rosa. Cuando no encuentre ningún obstáculo entre los dos, entrará en vosotros, y entonces vosotros no sentiréis que queréis conocer la rosa, sentiréis que sois uno con la rosa. Entonces conoceréis la rosa desde su interioridad.

El que ve penetra dentro de un objeto, mientras que el pensador da vueltas a su alrededor: por eso, el pensador no alcanza nada; sólo el que ve alcanza. El que ve penetra en el interior, porque no queda ningún muro entre él y el objeto que tiene delante: el muro se derrumba, desaparece.

Una vez, Kabir pidió a su hijo Kamaal que fuera al bosque y trajera algo de heno para el ganado de ambos. Kamaal obedeció y se puso en camino. Salió de mañana; pero llegó la hora del mediodía y Kamaal no había regresado todavía, y Kabir se inquietó. Y llegó la tarde, y Kamaal tampoco dio señales de vida. Kabir estaba cada vez más inquieto. Pronto llegó el crepúsculo y se acercaba la puesta del sol, y por fin, Kabir salió en busca de Kamaal acompañado de algunos fieles seguidores suyos.

Cuando legaron al bosque se encontraron a Kamaal de pie entre la hierba espesa, con los ojos cerrados, ondulándose como una hoja de hierba movida por la brisa. Kabir se acercó a él, le puso la mano en el hombro y le preguntó:

-¿Qué haces aquí?

Kamaal abrió los ojos. Volvió en sí, se dio cuenta de lo que había sucedido y pidió disculpas inmediatamente. Kabir dijo:

-Pero ¿qué has hecho aquí tanto tiempo? ¡Es muy tarde!

-Lo siento mucho –respondió Kamaal-, pero cuando llegué aquí, en vez de segar la hierba me puse a mirarla. Y al mirarla fijamente, no se cuándo me sucedió, pero yo también me convertí en una hoja de hierba. Pronto cayó la tarde y yo estaba aquí; me había olvidado por completo de que "yo soy Kamaal y he venido a segar hierba." Me convertí en la misma hierba. Había mucho gozo en ser la hierba, un gozo que no había tenido nunca al ser un Kamaal. Me alegro de que vinieseis, porque yo no sabía qué pasaba. La brisa no movía la hierba, la brisa me movía a mí: el segador y lo que había de segar habían desaparecido.

¿Habéis visto de verdad alguna vez a vuestra esposa, a vuestro hijo, con quienes habéis vivido tantos años? ¿Los habéis visto alguna vez? Os pasan por la mente las cosas que hizo ayer vuestra esposa, y este pensamiento se interpone entre ella y vosotros. Recordáis cómo os riñó cuando salíais de casa por la mañana para ir a la oficina, y el pensamiento vuelve a interponerse entre ambos. Os viene a la cabeza lo que dijo ella cuando estabais cenando, y el pensamiento se interpone entre ambos. Siempre tenéis pensamientos; no habéis visto nunca. Y por eso no hay relaciones entre el marido y la esposa, entre el padre y el hijo, entre la madre y el hijo. Las relaciones se producen cuando ya no hay pensamientos y cuando

ha comenzado el darshan, la visión. Entonces es cuando tienen lugar de verdad las relaciones, porque entonces no hay nada que las obstaculice.

Recordad que una relación personal no supone que exista un tercer factor que una a las dos personas. Mientras exista algo intermedio que una a las dos personas, también está presente el obstáculo. Lo que une también separa. El día que no existe nada que una, cuando sólo queden las dos personas, cuando no quede nada intermedio, ese día lo que queda en realidad es sólo uno: entonces ya no son dos.

La relación personal no significa que estemos unidos a alguien; la relación personal significa que ya no existe nada entre la otra persona y nosotros, nada intermedio, ni siquiera para unirnos. Así pues, desaparecen los dos ríos y se fusionan en uno. Esto es el amor. La visión os conduce al amor; la visión es la fuente del amor. Y el que no ha amado no ha conocido nada nunca. Por mucho que haya pretendido conocer una persona, sólo lo ha conocido a través del amor.

Por tanto, cuando digo que hay que conocer la muerte, quiero decir que también tendremos que amar la muerte. Tendremos que ver la muerte. Pero la persona que tiene miedo a la muerte, que la rehuye, ¿cómo puede amar a la muerte, cómo puede tener su darshan, cómo puede ver alguna vez la muerte? Cuando se aparece la muerte ante él, él le vuelve la espalda. Cierra los ojos; no permite nunca que se aparezca la muerte ante él, cara a cara. Tiene miedo, está asustado; por eso es incapaz de ver la muerte en absoluto, y tampoco es capaz de amarla. Y la persona que todavía no ha sido capaz de amar la muerte ¿cómo podrá amar alguna vez la vida?, pues la muerte es un suceso muy superficial, y la vida es un fenómeno mucho más profundo. El que rehuyó el primer escalón ¿cómo podrá llegar alguna vez a las aguas profundas del gozo?

Por eso os digo que la muerte tendrá que vivirse, tendrá que conocerse, tendrá que verse. Tendréis que enamoraros de ella; tendréis que mirarla a los ojos. Y en cuanto la persona mira a la muerte a los ojos, empieza a observarla, penetra en ella, se maravilla. Descubre, con gran asombro: "¡Qué gran misterio se oculta en la muerte! Lo que yo llamaba muerte, de lo que huía, encierra en realidad dentro de sí la fuente de la vida suprema." Por eso os digo: entrad de buena gana en la muerte para que podáis alcanzar la vida.

Hay un dicho de Jesús que es increíble. Jesús ha dicho: "Porque el que quiera salvarse perecerá, y el que entregue la vida no será destruido. El que se pierda se encontrará, y el que se ponga a salvo se perderá." Si una semilla quiere salvarse, se pudrirá; ¿qué otra cosa le espera? Y si una semilla se aniquila a sí misma en la tierra, si desaparece, se convertirá en árbol. La muerte de la semilla se convierte en vida para el árbol. Si la semilla se protegiera a sí misma diciéndose: "Tengo miedo: podría morirme. No quiero desaparecer. ¿Por qué voy a desaparecer?" En ese caso, ni siquiera seguirá siendo semilla, ni mucho menos se convertirá en árbol. El miedo a la muerte nos hace encogernos.

Quiero deciros una cosa más que quizás no se os haya ocurrido. Sólo el que tiene miedo a la muerte tiene ego, pues el ego supone una personalidad estrecha, un nudo apretado. El que tiene miedo a la muerte se encoge en su interior. Todo el que tiene miedo tiene que encogerse en su interior, y todo lo que se encoge se convierte en un nudo. Se produce un complejo dentro de la persona.

El sentimiento del yo es el sentimiento de la persona que tiene miedo a la muerte. Cuando una persona penetra en la muerte, ni tiene miedo a la muerte, no huye de ella, empieza a vivirla, entonces su yo desaparece, su ego desaparece. Y cuando desaparece el ego sólo queda la vida. Podemos expresarlo así: sólo muere el ego, no el alma. Pero como nosotros seguimos siendo egos, surge una gran dificultad. En realidad, sólo puede morir el ego; sólo el ego tiene muerte, porque es falso. Tendrá que morir. Pero nosotros nos aferramos a él.

Imaginad, por ejemplo, que se levanta una ola en el mar. Si la ola quiere sobrevivir como ola, no puede hacerlo: está destinada a morir. ¿Cómo puede sobrevivir una ola como ola? Ha de morir. A no ser que se convierta en hielo. Si se vuelve sólida, puede sobrevivir. Pero aun en una supervivencia de este tipo la ola ya no existe y queda el hielo: un hielo que es una ola, cerrada, disgregada del mar. Recordad que una ola no es independiente del mar: es

una con el mar. Convertida en hielo, se independiza del mar, se separa, se solidifica. La ola se ha quedado helada.

Como ola, era una con el mar; pero se convierte en un bloque de hielo, sobrevivirá, por supuesto, pero quedará disgregada del mar. Y ¿cuánto tiempo sobrevivirá en ese estado? Todo lo que está helado acabará por fundirse, sin duda. Una ola pobre se fundirá un poco antes, mientras que una ola rica tardará algún tiempo más: ¿qué otra cosa le espera? Los rayos del sol tardarán algún tiempo más en fundir una ola grande, mientras que una ola menor se fundirá antes. No es más que una cuestión de tiempo, pero la fusión ha de suceder. La ola se fundirá y se quejará mucho, porque en cuanto se funda desaparecerá. Pero si la ola, al volver a caer al mar, se forzase a sí misma a dejar de existir como entidad independiente, si llegara a saber que ella es, en realidad, el mar, entonces no se trataría de la desaparición de la ola. Así pues, desaparezca o no, existe todavía, porque sabe: "No soy una ola: soy el mar". Cuando desparece como ola, todavía existe en estado de reposo. Cuando se levanta, se encuentra en estado de actividad. Y el reposo no es menos agradable que la actividad. En realidad, es más agradable todavía.

Existe un estado de actividad y existe un estado de reposo. Lo que nosotros llamamos *samsara*, el mundo, es el estado de actividad, y lo que llamamos *moksha*, la liberación, es el estado de reposo. Es como una ola inquieta que choca con el viento y que lucha con él, y que después se hunde en el mar y desaparece. Todavía existe. Lo que era antes en el mar sigue siéndolo, pero ahora está en reposo. Pero si una ola se afirmase a sí misma como ola, sería como si estuviera llena de ego, y entonces tendría que disgregarse del mar.

Cuando llegáis a acoger la idea del "yo soy", ¿cómo podéis ser con el resto del todo? Si optáis por ser con el todo, entonces se pierde el yo. Por eso insiste el yo: "Disgrégate del todo". Y ¡qué interesante es que el hecho de disgregaros del todo os hacer ser desgraciados! Y entonces, una vez más, el yo dice: "Relaciónate con el todo." Así de tortuoso es el yo. El yo dice primero: "Disgrégate del todo, aíslate; tú eres diferente del todo. ¿Cómo vas a seguir unido?" De esta manera, el yo se separa, pero entonces se encuentra con problemas, pues en cuanto el yo se separa del todo, se siente desgraciado; su fin se aproxima. En cuento la ola llega a creerse independiente del mar, empieza a morir; su muerte se aproxima. Entonces emprenderá la lucha por protegerse de la muerte.

Mientras fue una con el mar, no existió la muerte, pues el mar no muere nunca.

Recordad que puede existir un mar sin una ola, pero una ola no puede existir sin el mar. No podemos concebir una ola sin el mar: el mar estará presente en la ola. Pero el mar puede existir sin una ola. Cuando las olas forman parte integral del mar, existen en paz y en reposo. Pero en cuanto una ola aspira a salvarse del mar, surgen dificultades: se disocia del mar y comienza su muerte.

Por este motivo, el que ha de morir quiere amar. El motivo por el que todos nosotros (que vamos a morir) estamos tan deseosos de amar es que el amor es el medio más evidente para conectar. Por eso nadie quiere vivir sintiéndose desgraciado, sin amor. Todos buscamos el amor: que alguien quiera recibir nuestro amor, que alguien quiera entregarnos amor. Y para la persona que no encuentra amor, éste se convierte en un problema. Pero ¿nos hemos preguntado alguna vez cuál es el significado del amor?

El amor es un intento de reconstruir de nuevo, parte a parte, uniendo diversas partes, la relación con el todo que hemos roto. Así, un tipo de amor es aquel por el cual intentamos reconstruir nuestra relación perdida con el todo a base de añadir diversas partes. Esto es lo que llamamos amor. Y existe otro tipo de amor en el cual hemos cejado en nuestro intento de disgregarnos del todo. Esto es lo que llamamos oración. Por ello, la oración es el amor absoluto. Y tiene un significado totalmente distinto. No significa que estemos intentando recomponer los pedazos; significa que hemos dejado de disgregarnos del todo. La ola ha anunciado: "Yo soy el mar", y ahora no intenta conectarse con cada una de las demás olas.

Recordad que la ola misma se está muriendo, y que las demás olas próximas también se están muriendo. Si esta ola intenta relacionarse con las demás olas, tendrá problemas. Por eso, lo que nosotros llamamos amor es muy doloroso, porque es una ola que intenta relacionarse con otra ola. La ola y la otra ola se están muriendo, pero establecen una relación

entre ambas con la esperanza de que uniéndose entre sí quizás puedan salvarse. Esta es la razón por la que convertimos el amor en seguridad. Así pues, el hombre tiene miedo de vivir sólo. Quiere tener una esposa, un marido, un hijo, una madre, un hermano, un amigo, una sociedad, una organización, una nación. Son empeños del ego; son intentos de reunirse de nuevo con el todo por parte del que se ha disgregado de él.

Pero todos estos intentos de unión son invitaciones a la muerte, pues aquel con el que establecéis una unión está igualmente rodeado de la muerte, igualmente rodeado del ego… Lo más curioso es que el otro quiere volverse inmortal uniéndose a vosotros, y que vosotros queréis volveros inmortales uniéndoos al otro. Y la realidad es que ambos vais a morir. ¿Cómo podréis volveros inmortales? Una unión así doblará la muerte; de ningún modo servirá de elixir.

Las parejas de amantes anhelan que su amor se vuelva inmortal; lo cantan día y noche. Desde siempre se han escrito poesías sobre el amor que se hace inmortal. ¿Cómo pueden desear la unión inmortal dos personas que van a morir? La unión de estas dos personas sólo sirve para que la muerte sea el doble de real, nada más. ¿Qué otra cosa puede ser? Y ambos se están fundiendo, se están hundiendo, se están desvaneciendo: por eso están asustados, preocupados.

La ola ha creado su organización propia. Se dice: "Tengo que sobrevivir." Ha creado naciones; ha creado sectas hinduistas, musulmanas: olas que crean sus organizaciones propias. Y la realidad es que todas estas organizaciones van a desaparecer: la única organización verdadera es el mar que tienen debajo. Y la organización del mar es una cosa completamente diferente. La ola pertenece a ella, pero eso no quiere decir que se una al mar; quiere decir, más bien, que la ola sabe: "No soy diferente en nada del mar". De esta forma yo os digo que el hombre religioso no pertenece a ninguna organización: ni se aferra a una familia, ni tiene un amigo, un padre o un hermano.

Jesús ha pronunciado unas palabras muy fuertes. En realidad, sólo los que han alcanzado el amor pueden pronunciar unas palabras tan fuertes; las personas débiles en el amor no son capaces de pronunciarlas. Un día, Jesús estaba en el mercado rodeado por una multitud. Su madre, María, fue a verlo. Alguien gritó entre la multitud:

-Dejad paso, dejad paso a la madre de Jesús. Dejad que se acerque.

Cuando Jesús lo oyó, dijo en vos alta:

-Si estáis dejando paso a la madre de Jesús, no lo hagáis, porque Jesús no tiene madre.

María se detuvo, atónita. Jesús se dirigió a la multitud y dijo:

-Mientras tengáis madre, padre, hermano, no podréis acercaros a mí.

Son unas palabras muy duras. Nos resulta imposible imaginarnos siquiera que una persona tan llena de amor como Jesús pudiera pronunciar tales palabras: "Yo no tengo madre. ¿Quién es mi madre?" Mientras María se quedaba quieta y atónita, Jesús siguió diciendo:

-¿Decís que esta mujer es mi madre? Yo no tengo madre. Y recordadlo: mientras tengáis madre, no podréis acercaros a mí.

¿Qué pasa aquí? Una ola que intente unirse a otra ola no será capaz de acercarse al mar. En realidad, las olas se unen entre sí y crean una organización con el único fin de evitar ir al mar. La ola, sola, tiene más miedo a desaparecer, a llegar a desparecer de verdad. Pero la verdad es que ya está despareciendo.

Pero cuando se reúnen unas pocas olas se sienten más tranquilizadas; se crea una organización de cierto tipo; se crea una multitud. Por eso, al hombre le gusta vivir entre una multitud; cuando se queda solo, tiene miedo. La ola, en su soledad, se queda completamente sola: deslizándose, cayendo, desvaneciéndose, a punto de desaparecer, sintiéndose alineada por ambos lados: a un lado el mar, al otro el resto de las olas. Por eso crea una organización, crea una cadena.

El padre se dice: "Yo desapareceré, pero eso no importa: dejaré tras de mí a mi hijo." La ola se dice: "Yo desapareceré, pero dejaré una olita: ésta sobrevivirá tras de mí; la cadena continuará; mi nombre quedará". Por esta razón, el padre se siente desgraciado cuando no tiene un hijo: esto significa que no podrá organizar su inmortalidad. Él desaparecerá, por supuesto, pero quiere producir otra ola que seguirá más adelante, que al menos llevará la

identidad de la ola de la que procede. Así, a la primera ola no le importa desaparecer: deja a otra ola tras de sí.

Podéis haber advertido que las personas que realizan una actividad creativa (los pintores, los músicos, los poetas, los escritores) no se preocupan demasiado de tener hijos, por la sencilla razón de que han encontrado un sustitutivo. Sus pinturas sobrevivirán, sus poesías sobrevivirán, sus esculturas sobrevivirán; no se preocupan de tener hijos. Por eso, los científicos, los pintores, los escultores, los escritores y los poetas no se preocupan demasiado de tener hijos. El único motivo de ello es que han encontrado un hijo de otro tipo. Han creado una ola que seguirá adelante mucho después de que ellos hayan desaparecido. En realidad, han encontrado un hijo que durará todavía más que los vuestros, porque incluso cuando hayan desaparecido vuestros hijos perdurará el libro del escritor.

El escritor no se preocupa demasiado de tener un hijo, de tener descendencia. Pero eso no significa que esté despreocupado, lo único que significa es que ha encontrado una ola duradera; deja de preocuparse por las olas menores. Por eso no le interesa tener familia; ha creado una familia de otro tipo. También él aspira al mismo grado de inmortalidad. Se dirá, por lo tanto: "El dinero se perderá, la riqueza se perderá, pero mi obra, mis textos, sobrevivirán; y esto es, precisamente, lo que él desea.

Pero también se han perdido textos escritos. Ningún texto dura para siempre, aunque, por supuesto, dura cierto tiempo. ¿Quién sabe cuántos textos se han perdido ya, y cuántos se pierden cada día? Todo se perderá. En realidad, en el mundo de las olas, por mucho que se prolongue a sí misma una ola, ha de perderse a la larga. La ola ha de enfrentarse a la extinción: de nada le sirve prolongarse a sí misma.

Así pues, si os veis a vosotros mismos como olas, querréis evitar la muerte; seguiréis asustados, con miedo. Yo os digo: mirad la muerte. No debéis evitarla, ni temerla, ni rehuirla. Miradla. Y con sólo mirarla descubriréis que lo que parecía la muerte visto desde este lado resulta ser la vida cuando entráis en ella un poco.

Por lo tanto, la ola se convierte en el mar; desparece su miedo a la extinción. Ahora bien, no desea convertirse en hielo sólido. Entonces, en el tiempo de que dispone, baila en el cielo, se regocija bajo los rayos del sol, es feliz. Y cuando vuelve a caer al mar, es igualmente feliz en su estado de reposo. Así es feliz en la vida, es feliz en la muerte; porque sabe que "lo que es" nunca nace ni nunca muere. Lo que es, es; sólo cambian las formas.

Todos somos olas en el mar de la conciencia. Algunos, la mayoría, nos hemos convertido en hielo. El ego es como hielo, duro como una piedra. ¡Qué sorprendente es que un líquido como el agua pueda volverse duro como el hielo y la piedra! Cuando surge en nosotros un deseo de congelarnos, la conciencia (que por otra parte es muy sencilla y fluida) se hiela y se convierte en un ego. Todos estamos llenos del deseo de congelarnos, y por ello recurrimos a medios de muchos tipos para intentar quedarnos helados, solidificados.

Existen leyes según las cuales el agua se convierte en hielo, y también existen leyes que rigen la formación del ego. El agua tiene que enfriarse para convertirse en hielo, tiene que perder su calor, tiene que volverse fría. Cuanto más se enfría, más dura se queda. La persona que quiere crearse un ego también tiene que enfriarse, tiene que perder su calor. Por eso hablamos de "una bienvenida cálida". Una bienvenida siempre es cálida; una bienvenida fría no tiene sentido.

El amor significa calor; un calor frío no tiene sentido. El amor nunca es frío; contiene calor. En realidad, el calor sustenta la vida; la muerte es fría, está por debajo de cero. Por eso el sol es el símbolo de la vida, el sol es el símbolo del calor. Cuando sale por la mañana desaparece la muerte; todo se vuelve templado y cálido. Las plantas florece y los pájaros se ponen a cantar. El calor es el símbolo de la viuda, el frío es el símbolo de la muerte. Así, el que quiere crearse un ego tiene que enfriarse, y para enfriarse tiene que perder todas las cosas que dan calor. Tiene que perder todo lo que da calor a su ser. Por ejemplo, el amor da calor, el odio produce frío. Por lo tanto, por el ego, uno tiene que renunciar al amor y aferrarse al odio. La piedad y la simpatía aportan calor, la crueldad y la falta de piedad aportan frío.

Así como existen leyes que rigen la congelación del agua, también existen leyes que rigen la congelación de la conciencia humana. Se aplica una misma ley: seguir enfriándose.

Algunas veces decimos que tal persona es muy fría: en ella no hay calor; se vuelve dura como una piedra. Y recordad que cuanto más cálida es una persona, más sencilla es. Entonces su vida tiene una liquidez que le permite fluir dentro de los demás, y que permite a los demás fluir dentro de él. La persona fría se vuelve dura, incapaz de fluir, cerrada por todas partes. Nadie puede entrar en ella, ni tampoco puede entrar ella dentro de nadie. El ego es como el hielo sólido, y el amor es como el agua, líquida, fluida. La persona que tiene miedo a la muerte huirá de ella. Seguirá congelándose, pues ese miedo a morir, a desaparecer, lo hará contraerse, y su ego se mantendrá, volviéndose más duro, más fuerte.

Me alojé varios días como huésped en casa de un amigo mío. Es muy rico; posee muchos bienes. Pero una cosa me desconcertó: nunca hablaba con amabilidad a nadie. Por lo demás, era un buen hombre. Me desconcertaba mucho ver que era muy blando interiormente, pero era muy duro por fuera. El criado temblaba ante él; su hijo temblaba ante él; su mujer tenía miedo de verlo. La gente se lo pensaba mucho antes de visitarlo. Aun cuando llegaban a su puerta titubeaban antes de llamar al timbre, preguntándose si debían entrar o no.

Cuando pasé unos días con él y llegué a conocerlo bien, le pregunté a qué se debía todo aquello.

-En realidad, eres un hombre muy sencillo –le dije. Él me respondió:

-Tengo mucho miedo. Es peligroso establecer una relación personal, pues si estableces una relación con alguien, tarde o temprano empieza a pedirte dinero. Si eres amable y cariñoso con tu esposa, los gastos se multiplican. Si no eres severo con tu hijo, te pide cada vez más dinero para sus gastos. Si hablas con amabilidad a tu criado, también él quiere comportarse como un amo.

Por lo tanto, tenía que levantar a su alrededor un sólido muro de frialdad, que espantase a su esposa, que espantase al hijo. ¿Cuántos padres han hecho esto?

La verdad de la cuestión es que apenas existe ningún hogar donde el padre y el hijo se traten con amor. El hijo recurre al padre cuando necesita dinero; el padre va a ver al hijo cuando quiere soltarle un sermón; los dos no se reúnen en ninguna otra ocasión. No existe ningún punto de reunión entre el padre y el hijo. El padre tiene miedo y se ha rodeado de un muro sólido. El hijo también tiene miedo; se mueve a hurtadillas del padre. No existe ninguna armonía entre los dos. Cuanto más miedo tiene una persona, cuanto más se preocupa de su seguridad, más se solidifica. La fluidez es muy peligrosa, produce inseguridad.

Esta es la razón por la que tenemos miedo a enamorarnos. Sólo cuando hemos estudiado a la persona y nos hemos asegurado a fondo llegamos a enamorarnos. Eso quiere decir que primero nos aseguramos de que la persona no representa ningún peligro para nosotros y después nos enamoramos. Por eso hemos inventado los matrimonios: primero nos casamos, primero tomamos todas las medidas necesarias, y después nos enamoramos, porque el amor es peligroso. El amor es fluido, da entrada a otra persona. Es peligroso enamorarse de una persona extraña: ¡puede escaparse por la noche con todos nuestros objetos de valor! Así pues, investigamos a fondo quién es esa persona, a qué se dedica, de dónde son sus padres, qué carácter tiene, qué cualidades tiene. Tomamos todas las medidas, tomamos todas las precauciones sociales posibles; sólo después de esto aceptamos contraer matrimonio con la persona.

Somos gentes asustadas; queremos asegurarlo todo primero. Cuando más nos aseguramos, más duro y más frío se vuelve el muro de hielo que nos rodea y que encoge todo nuestro ser. Nuestra separación de lo divino se ha producido por un único motivo: porque no somos líquidos, porque nos hemos vuelto sólidos. Ésta es la única causa de la separación: no fluimos, nos hemos quedado como bloques; no somos agua, somos como hielo sólido. Cuando nos volvemos fluidos, ya no existirá la separación; pero sólo nos volvemos fluidos cuando aceptamos ver y vivir la muerte, cuando aceptamos que la muerte existe.

Cuando hemos visto y hemos reconocido que la muerte existe, ¿por qué hemos de tener miedo alguno? Cuando la muerte está allí con seguridad, cuando la ola sabe con seguridad que ha de desaparecer, si la ola ha descubierto que el nacimiento mismo contiene a la muerte, si la ola ha llegado a saber que su desintegración comenzó en el momento mismo en que fue creada, allí termina la cuestión. ¿Por qué convertirse entonces en hielo?

Enseguida aceptará ser una ola mientras tenga que serlo, y aceptará ser el mar mientras tenga que serlo. ¡Eso es! ¡Aquí termina la cuestión! En ese instante se acepta todo. En esa aceptación, la ola se convierte en el mar. Entonces desparece toda inquietud por su desaparición, pues la ola sabe que existía antes de su extinción y que seguirá existiendo aun después de desparecer; no como el yo, sino como el mar sin límites.

CUANDO LAO TSE ESTABA a punto de morir, alguien le pidió que revelase algunos secretos de su vida. Lao Tse dijo:

¡El primer secreto es que nadie me ha vencido en toda mi vida!

Cuando los discípulos oyeron esto, se emocionaron mucho. Le dijeron:

-¡Nunca nos habías dicho esto! Nosotros también queremos vencer. Te rogamos que nos enseñes el modo de conseguirlo.

-Os habéis equivocado –respondió Lao Tse- Habéis oído otra cosa. Yo he dicho que nadie ha podido vencerme nunca, y vosotros decís que también vosotros queréis vencer. Las dos cosas son completamente opuestas, aunque parece que significan lo mismo. En el diccionario, en el mundo del lenguaje, tienen un mismo significado: la persona que no ha conocido la derrota es victoriosa. Yo sólo he dicho que nadie ha podido vencerme, y vosotros habláis de vencer. ¡Fuera de aquí! Jamás comprenderéis mis palabras.

Los discípulos le suplicaron:

-Aun así, te rogamos que nos lo expliques. Enséñanos cómo hacerlo. ¿Cómo es que nunca te han vencido?

Lao Tse dijo:

-Nadie me ha vencido porque yo siempre estaba vencido. No hay manera de vencer a un hombre vencido. Yo nunca fui vencido nunca quise la victoria. En realidad, nadie fue capaz de luchar conmigo. Si alguien pretendía desafiarme, ya me encontraba vencido, y no podría darse el gusto de vencerme. Lo que produce alegría es vencer al que quiere ser vencedor. ¿Qué gusto puede dar vencer al que ni siquiera quiere ganar?

EN REALIDAD, DESTRUIR EL EGO de otra persona nos produce placer porque así reforzamos el nuestro. Pero si un hombre ya se ha dado por vencido, ¿qué gusto puede dar destruir a esa persona? Nuestro ego no se emocionaría en absoluto. Cuanto más conseguimos derribar el ego del otro se convierte en la fuerza del nuestro. Pero el ego de esta persona de la que hablamos ya está derribado.

Por ejemplo, pretenderéis vencer a un hombre en una pelea, y antes de que lo derribéis él se tiende en el suelo; y antes de que os sentéis sobre él, él os invita a que os sentéis sobre él. ¿En qué situación quedaréis entonces? ¡Querrías echar a correr! ¿Qué otra cosa podrías hacer? Los espectadores se echarían a reír y os dirían: "¡Adelante: siéntate encima de él! ¡Ponte cómodo! ¿Por qué echas a correr?" ¿Quién parecería más tanto: el que se sienta sobre el otro, o el que no dejaba de reír, con una risa que os resonaría en los oídos para toda la vida?

Así pues, siempre que alguien pretenda desafiar a aquel hombre, él se tendía inmediatamente en el suelo y le decía: "Adelante: siéntate sobre mí. Has venido a eso, ¿no? Adelante, pues. No te inquietes, no te molestes: no hace falta que te canses. Ven y siéntate sobre mí".

LAO TSE AÑADIÓ:

-Pero vosotros me preguntáis otra cosa. Vosotros queréis que os explique el modo de vencer. Si pensáis en vencer, perderéis. EL que alberga la idea de vencer siempre pierde. En realidad, la derrota comienza con la idea misma de la victoria. Y nadie ha sido capaz de ofenderme –añadió Lao Tse.

-Te ruego que nos digas también el secreto de esto, porque tampoco nos gusta que nos ofendan –dijo un discípulo.

-Volvéis a cometer un error. Nadie ha sido capaz de ofenderme porque nunca he deseado los honores. A vosotros os ofenderán siempre porque estáis llenos del deseo de honra. A mí no me han expulsado nunca de ninguna parte porque siempre me he sentado

cerca de la puerta donde la gente se quita los zapatos. Nunca me han pedido que me aparte de un sitio porque siempre me he quedado al final, donde nadie podía enviarme a un puesto inferior. Yo estaba muy contento de estar al final: eso me ahorraba problemas de todo tipo. Nadie me echó de allí ni me apartó en el último puesto. Nadie quería estar en aquel puesto. Yo estaba a mis anchas en mi puesto; siempre he estado a mis anchas en mi puesto. Nadie ha venido a echarme de mi puesto.

TAMBIÉN DICE JESÚS: "Yo os digo que los últimos serán los primeros". ¿Qué quiere decir esto?

Por ejemplo, Jesús dice: "Si alguien os da una bofetada en la mejilla derecha, presentadle la izquierda". Esto significa que no le hagáis tomarse siquiera la molestia de buscaros la otra mejilla: hacedlo vosotros. Jesús dice: "Si alguien viene a vencerte, déjate vencer. Si te derriba una vez, cae tú dos veces". Y Jesús dice: "Si un hombre te quita el manto, dale también tu camisa". ¿Por qué? Porque es posible que al hombre le dé vergüenza quitarte también la camisa. Y Jesús dice: "Si alguien te pide que lleves a cuestas su carga una milla, al final de la milla ofrécete a llevarla más lejos".

¿Qué significa esto? Significa que aceptando totalmente las circunstancias de la vida, tales como la inseguridad, el fracaso, la derrota y, al final, la muerte, las vencemos a todas. De lo contrario, estas circunstancias no nos conducen a ninguna parte, salvo a la muerte. En último extremo, la muerte es nuestra derrota total. Aun tras las derrotas mayores sobrevivimos; a pesar de estar derrotados, seguimos existiendo. Pero la muerte nos aniquila por completo.

La muerte es la mayor de las derrotas; por eso queremos matar a nuestros enemigos: no hay otro motivo. La muerte es la derrota definitiva; después de ella, el enemigo no tiene ninguna posibilidad de vencer nunca más. El impulso de matar al enemigo procede de nuestro deseo de infligirle la derrota definitiva. Después de la muerte ya no puede quedar vencedor, pues ya no existe.

La muerte es la derrota final, y todos queremos huir de ella. Y recordad también que la persona que intenta huir de su propia muerte procurará producir la muerte a otros. Cuanto más consigue matar a otros, más vivo se sentirá él. Por eso, la causa de toda la violencia del mundo es completamente diferente de la que suele creer la gente. La causa de esta violencia no son las diferencias de ideas de las personas (que unos no quieran beber agua sin filtrar o que otros coman después de la puesta del sol); no, no es nada de esto.

La causa fundamental de la violencia es que el hombre mata a los demás para olvidarse de su propia muerte. Cuando mata a los demás, cree que nadie puede matarlo a él, pues él tiene el poder de matar. Hitler, Genghis Kan y otros como ellos mataron a millones de personas para poder decirse a sí mismos: "Nadie puede matarme, pues yo mato a millones de personas". Intentamos librarnos de nuestra propia muerte, intentamos confirmar nuestra independencia a base de matar a otros. Suponemos que, dado que nosotros somos capaces de matar a gente, ¿quién podrá matarnos a nosotros?

En lo más hondo, esto es rehuir la muerte. En lo más hondo, la persona violenta huye de la muerte. Y el que quiere salvarse a sí mismo de la muerte nunca puede ser no violento. Sólo el que declara: "Acepto la muerte, pues la muerte es una de las circunstancias de la vida, es una realidad", puede ser una persona no violenta. Nadie puede negar la muerte. ¿Dónde nos esconderemos de ella? ¿Dónde nos refugiaremos?

El sol empieza a ponerse en cuanto sale. La puesta de sol es tan real como la salida del sol; sólo se diferencian en el sentido. En el ocaso, el sol llega exactamente al punto donde estaba al alba, pero al alba estaba en el este, mientras que en el ocaso está en el oeste. El nacimiento está a un lado, la muerte está al otro. Lo que sube por un lado baja por el otro. El orto y el ocaso están unidos; en realidad, el ocaso está oculto en el orto. La muerte está oculta en el nacimiento. Nadie que sepa esto puede negarlo de ningún modo. Cuando lo sabe, lo acepta todo. Entonces vive esta verdad. La conoce, la ve y la acepta.

Con la aceptación llega la transformación. Cuando yo hablo de vencer a la muerte, quiero decir que en cuanto una persona acepta la muerte se ríe, porque llegó a saber que la

muerte no existe. Sólo se forma y se deshace la envoltura externa. El mar siempre ha existido; sólo la ola ha cobrado forma y se ha desintegrado después. La belleza siempre ha estado presente; las flores aparecieron y se marchitaron. La luz siempre ha brillado; el sol salió y se puso. Y lo que brillaba con la salida del sol y con su puesta siempre estaba presente, antes del orto y después del ocaso. Pero sólo llegaremos a ver esto cuando hayamos visto la muerte, cuando hayamos tenido la visión de la muerte, cuando nos hayamos encontrado con la muerte, cuando nos hayamos encontrado la muerte cara a cara: nunca antes.

Así, nuestro amigo nos pregunta: "¿Por qué pensar en la muerte? ¿Por qué no olvidarnos de ella? ¿Por qué no limitarnos a vivir?" Yo quisiera decirle que nadie ha vivido olvidando la muerte, ni nadie ha podido vivir así. Y el que desprecia la muerte también desprecia la vida.

Es como si tuviera en la mano una moneda y dijera: "¿Por qué preocuparme de la otra cara de la moneda? ¿Por qué no limitarme a olvidarla?" Si yo renuncio a la cruz de la moneda, también pierdo la cara, pues ambas componen las dos caras de la misma moneda. No es posible quedarse una cara de la moneda y tirar la otra a la calle. ¿Cómo sería posible? Si me quedo una cara, me quedaré automáticamente con la otra. Si tiro una cara, tiraré ambas caras; si me quedo una, me quedaré las dos. En realidad, ambas son dos aspectos de una misma cosa. El nacimiento y la muerte son dos aspectos de una misma vida. El día que uno se da cuenta de esto, no sólo pierde su aguijón la muerte, sino que también desaparece la idea de no morir. Entonces llega a saber uno que el nacimiento está allí y que también está allí la muerte. Ambas componen la felicidad.

Todas las mañanas nos levantamos y vamos a trabajar. Unos van a cavar zanjas… La gente hace trabajos diferentes; algunos sudan todo el día. Levantarse por la mañana es agradable, pero ¿acaso no es igualmente agradable dormir por la noche? Si unos locos se pusieran a convencer a la gente de que no durmiese por la noche, entonces la gente tampoco se levantaría por la mañana, pues la persona que no durmiese tampoco sería capaz de despertarse por la mañana. Toda la vida se detendría. Alguien podría tener miedo a acostarse, afirmando: "Despertarse por la mañana es tan agradable que es mejor quedarse dormido, para no estropear el encanto de despertarse". Pero sabemos que esto es ridículo: dormir es la otra cara de la moneda del despertar.

El que duerme bien se despertará bien. El que se despierta bien dormirá bien. El que vive bien morirá bien. El que muere bien dará buenos pasos en su vida futura. El que no muere bien no vivirá bien. El que no vive bien no morirá bien. Será un desastre; todo se volverá feo y distorsionado. El miedo a la muerte es responsable de la aparición de la fealdad y de la distorsión.

Si a alguien lo dominara el miedo a quedarse dormido, la vida se le haría difícil. Una vez un hombre me trajo a su madre, una señora anciana. Me dijo que a su madre le daba mucho miedo quedarse dormida. Yo le pregunté:

-¿A qué se debe esto?

-Ha caído enferma recientemente –me dijo él-, y cree que puede morirse mientras duerme. Tiene miedo de no volverse a despertar si se queda dormida, y por eso intenta pasar toda la noche despierta. Tenemos un grave problema. No se recupera de su enfermedad porque no duerme por la noche, por el miedo a morirse y no volverse a despertar. Te ruego que hagas algo para librarla de este miedo; de lo contrario, el problema es grave.

En cierto modo, dormir es como morir todos los días. Estamos vivos todo el día; estamos muertos toda la noche. Esto es como morir por partes, como morir un poco cada día. Nos sumergimos en nuestro interior por la noche y salimos frescos por la mañana. Cuando llegamos a los setenta o a los ochenta años de edad, el cuerpo está desgastado. Entonces lo toma la muerte. Y con ella, el cuerpo experimenta un cambio completo. Pero tenemos mucho miedo a la muerte, aunque no es más que un sueño profundo.

¿Sabéis que el cuerpo sufre un cambio todas las noches y que queda diferente todas las mañanas? El cambio es tan mínimo que vosotros no lo advertís. El cambio no es total; es una transformación parcial. Cuando os acostáis por la noche, cansados y agotados, vuestro cuerpo está en un estado determinado, y cuando os despertáis por la mañana está en un estado

diferente. Por la mañana, el cuerpo se siente fresco y rejuvenecido; está lleno de energía, dispuesto a enfrentarse con las actividades de un nuevo día. Ahora os sentís capaces de cantar canciones nuevas, cosa que no podías hacer la noche anterior. Entonces estabais cansados, rotos, agotados. Pero nunca os habéis preguntado por qué hay tanto miedo a la muerte.

Cuando os despertáis por la mañana os sentís contentos, porque en el sueño sólo cambia una parte de vuestro cuerpo; pero la muerte, por su parte, produce un cambio completo. Todo el cuerpo se vuelve inútil y surge la necesidad de adquirir un cuerpo nuevo. Pero tenemos miedo a la muerte, y por eso toda nuestra vida se ha quedado completamente paralizada. Todos los momentos están llenos del miedo a la muerte. A causa de este miedo, nos hemos creado una vida, una sociedad, una familia que tiene un mínimo de vida y un máximo de miedo a la muerte. Y el que teme a la muerte no puede vivir nunca: ambas cosas no pueden producirse a la vez. Sólo la persona que está preparada para encontrarse con la muerte de una manera absolutamente espontánea está preparada también para vivir. La vida y la muerte son dos aspectos de un mismo fenómeno. Por eso yo os digo: mirad la muerte. No os pido que penséis en la muerte, pues esta manera de pensar os confundirá. ¿Qué haréis si os ponéis a pensar en la muerte?

A una persona enferma y desgraciada puede resultarle grato pensar que todo termina con la muerte. Este pensamiento le resulta grato al hombre, pero no por eso es cierto. Recordadlo: no creáis nunca que lo que os parece agradable es necesariamente cierto, porque lo que os parece agradable no depende de la verdad, depende de lo que vosotros consideréis conveniente. A la persona desgraciada, llena de problemas, enferma y dolorida le parece que debería encontrarse con la muerte total, que no debería dejar nada tras de sí; pues si sobrevive alguna parte de él, eso significaría, evidentemente, que sobreviviría él; él, la persona desgraciada y enferma.

Un amigo ha preguntado: *Algunas personas se suicida. ¿Qué puedes decir de ellas? ¿No tienen miedo a la muerte estas personas?*

TAMBIÉN TIENEN MIEDO A LA MUERTE. Pero tienen más miedo a la vida que a la muerte. La vida les parece más dolorosa que la muerte; por eso quieren terminarla. El hecho de que pongan fin a sus vidas no significa que encuentren ningún gozo en la muerte; pero, como la vida les parece peor que la muerte, prefieren la muerte. El que es desgraciado, el que está lleno de dolores, se creerá de buena gana que la muerte se lo lleva todo (incluso el alma), que la muerte no deja nada tras de sí. Evidentemente, no quiere salvar ninguna parte de sí mismo, pues en tal caso no salvaría más que su desgracia y su dolor.

El que tiene miedo a la muerte y quiere salvarse, acepta de buena gana la fe en la inmortalidad del alma. Todas estas cosas son conveniencias; no hacen nada más que demostrar lo que nos interesan nuestras conveniencias. Aceptar estas cosas nos resulta cómodo, eso es todo. Por eso cambiamos de creencias muchas veces. La persona que era atea en su juventud se convierte en teísta en su vejes. En realidad, la verdad es que las creencias cambian con los dolores de cabeza.

Cuando no nos duele la cabeza, tenemos un conjunto de creencias; cuando nos duele la cabeza, cambiamos éstas por otro conjunto de creencias. ¡Es difícil determinar en qué medida afectan las escrituras a vuestro sistema de creencias y en qué medida les afecta vuestro hígado! "No podemos saber si les afecta más el gurú o el hígado" ¡Cuando el estómago está revuelto, la persona tiende a volverse atea, y cuando el estómago está bien tiende a creer en Dios! ¿Cómo puede creer una persona que existe Dios cuanto tiene dolor de cabeza? Si existe Dios y también existe el dolor de cabeza, ¿cómo conciliar a ambos?

Podemos hacer un experimento. Tomamos a cincuenta hombre a los que hacemos contraer enfermedades crónicas, y dejamos a otros cincuenta con buena salud. Hacemos que los cincuenta primeros vivan sumidos en la desgracia y que los otros cincuenta tengan vidas felices. Descubriréis que el ateísmo aumentará en el primer grupo y que el teísmo aumentará en el segundo grupo. No se trata de que creer en Dios provoque la felicidad: es que la

mentalidad de la persona desgraciada se vuelve atea inevitablemente. Recordad, pues, que si veis que aumenta el ateísmo por el mundo, sabréis que estará aumentando también la desgracia. Si veis que cada vez hay más gente que cree en Dios, sabréis que cada vez hay más gente feliz.

Os digo, pues, que es muy probable que en los próximos cincuenta años Rusia se vuelva teísta y la India se vuelva más atea todavía. Las creencias no significan nada. En Rusia, la gente lee a Marx, mientras en la India leemos a Mahavira: esto no cambia las cosas. Las obras de Mahavira y las de Marx no establecen la menor diferencia. Si las gentes se hicieran cada vez más felices en Rusia, entonces en los próximos cincuenta años resucitaría el teísmo y empezarían a sonar las campanas en los templos rusos. Se encenderían las lámparas y se cantarían las oraciones. Sólo una mente feliz hace sonar las campanas del templo, enciende lámparas y canta oraciones. La gente empezaría a dar gracias a Dios. Sólo una mente feliz quiere dar las gracias a alguien, ¿y a quién va a dárselas sino a Dios? Cuando el hombre no encuentra motivos de la presencia de su felicidad interior, se la agradece a lo desconocido, pues a ello ha de deberse.

La mente infeliz quiere expresar su ira. Y cuando la persona no encuentra ninguna causa para su infelicidad, ¿con quién ha de enfadarse? Evidentemente, se llena de resentimiento hacia lo desconocido. Se dice: "Todo este embrollo es culpa de ese desconocido, es culpa de Dios. O no existe o se ha vuelto loco".

Lo que estoy diciendo es que nuestro teísmo y nuestro ateísmo, nuestras creencias, son el resultado de lo que más conviene a nuestra situación.

El que quiere huir de la muerte se aferra, inevitablemente, a alguna creencia. Del mismo modo, el que quiere morir también se aferrará a alguna creencia. Pero ninguno de los dos tiene el deseo, el ansia de conocer la muerte. Existe una gran diferencia entre las conveniencias y la verdad. Nunca penséis demasiado en vuestras conveniencias. El pensamiento siempre se refiere a las conveniencias. La visión es siempre de la verdad; el pensamiento siempre se refiere a las conveniencias.

Un hombre es comunista. Hace mucho ruido: tiene que haber una revolución; los pobres tienen que dejar de ser pobres; hay que repartir la propiedad, etcétera. Pero dadle un coche, una casa grande y una muchacha hermosa para que se case con ella, y en quince días veréis a un hombre diferente. Le oiréis decir: "El comunismo y todo lo demás ¡tonterías!" ¿Qué le ha pasado a este hombre? Sus conveniencias han conformado su manera de pensar.

El otro día le convenía pensar que había que repartir la propiedad; ahora no le conviene pensar que haya que repartir la propiedad. Ahora, el reparto de la propiedad supondría repartir su coche, repartir su casa.

El hombre que no tiene una mujer hermosa bien puede decir que también hay que socializar a las mujeres. ¿Por qué han de tener algunos hombres el monopolio de las mujeres hermosas? Las mujeres deben pertenecer a todos. Hay personas que piensan así. En este mundo hay personas que afirman:"Hoy, la propiedad; mañana, las mujeres". Y eso no tiene nada de raro, porque vosotros ya tratáis a las mujeres como si fueran de vuestra propiedad.

Si alguien dice: "No está bien que una persona vida en una casa grande y otra en una chabola", entonces ¿qué tiene de raro preguntarse por qué ha de tener un hombre una mujer bonita y otro no tenerla, en vista de que el reparto debe ser igualitario? Éstas son señales de peligro. Estas preguntas han de salir a relucir tarde o temprano. El día que se reparta la propiedad, es seguro que salga a relucir la cuestión de compartir a las mujeres. Pero el hombre que tiene una mujer hermosa protestará, sin duda. Dirá: "¿cómo es posible? ¿Qué tonterías decís? ¡Todo esto es un error!".

Así pues, las conveniencias conforman nuestra manera de pensar, nuestros pensamientos se forman por las conveniencias. Todos nuestros pensamientos fomentan y alimentan nuestras conveniencias o bien eliminan lo que no nos conviene. La visión es otra cosa. La visión no tiene nada que ver con las conveniencias. Recordad, pues, que la visión es un *tapascharya*, un compromiso personal profundo con el conocimiento de la verdad. Tapascharya significa que a uno no le importan las conveniencias; por el contrario, uno tiene que conocer lo que es, sea como sea.

De modo que no hay que pensar en el hecho de la muerte, sino verlo. Pensaréis según vuestras conveniencias; vuestras conveniencias determinan vuestra manera de pensar. No es una cuestión de conveniencias. Tenemos que conocer lo que es la muerte, tenemos que verla tal como es. Vuestras conveniencias e inconveniencias no cambian nada. Lo que es, sea lo que sea, se produce una transformación en vuestra vida, porque no hay muerte. Sólo creéis en su existencia mientras no la habéis conocido. La experiencia de la ignorancia es la muerte; la experiencia de la conciencia es la inmortalidad.

COMENTAREMOS ALGUNAS PREGUNTAS más en la sesión vespertina. Ahora nos sentaremos para practicar la meditación de la mañana. La meditación representa una muerte. La meditación representa entrar en lo que es, en donde estamos. Por lo tanto, sólo entramos en la meditación cuando estamos preparados para morir, y no de otro modo.

Sentaos a cierta distancia unos de otros. Sentaos dejando cierto espacio a vuestro alrededor. Los que quieran acostarse, pueden hacerlo al principio. Y si alguien quiere acostarse durante la experiencia, debe hacerlo. Y sentaos a cierta distancia unos de otros para que nadie os caiga encima si alguien se acuesta o se cae.

Cerrad los ojos… dejad relajados los ojos y cerrad los párpados… dejad los ojos relajados y cerrad los párpados. Relajad el cuerpo… relajad el cuerpo… relajad el cuerpo… Dejad el cuerpo completamente relajado, como si no hubiera vida en él. Un día, la vida os dejará: sentidlo soltándola ahora. Un día, la vida, os dejará por completo; aunque queráis conservarla, no se quedará. Llevad, pues, esa misma vida muy dentro… pedid a la vida que se retire muy dentro y dejad el cuerpo relajado.

Seguid relajando el cuerpo por completo. Ahora os haré algunas sugerencias y vosotros las sentiréis conmigo. El cuerpo se está relajando… sentidlo, el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando. Seguid soltándolo, sentid que el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando. El cuerpo sigue relajándose… sigue muriendo… sigue muriendo. Seguimos deslizándonos adentro, allí donde está la vida. Soltad… soltad… soltad la ola, sed unos con el mar. Soltad el cuerpo completamente, dejadlo caer si quiere, no os preocupéis por él. No lo evitéis… no mantengáis ninguna sujeción sobre él… soltad…

El cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se sigue relajando… el cuerpo se está relajando… el cuerpo se está relajando. Soltad… como si estuviera muerto, como si se hubiera quedado completamente sin vida. Nos hemos deslizado al interior… la conciencia se ha deslizado al interior… el cuerpo ha quedado como una cáscara… si se cae, que se caiga. El cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado… el cuerpo se ha relajado por completo.

La respiración se está calmando… la respiración se está calmando. Dejad también relajada la respiración. La respiración se sigue calmando… la respiración se está calmando. Apartaos también de la respiración, retirad también de ella vuestra energía. La respiración se sigue calmando… la respiración se está calmando… la respiración se está calmando… la respiración se está calmando… la respiración se está calmando, se está calmando. Dejadla relajada… dejad la respiración relajada… la respiración se sigue calmando… la respiración se sigue calmando… la respiración se ha relajado.

Dejad también los pensamientos… apartaos también de ellos… apartaos más de ellos. Los pensamientos se están relajando… los pensamientos se están relajando. Seguid sintiendo… los pensamientos se están relajando… los pensamientos se están relajando… los pensamientos se siguen relajando. Los pensamientos también están cayendo… os habéis retirado más… os habéis retirado más. Los pensamientos se siguen calmando… los pensamientos se siguen calmando… los pensamientos se siguen calmando… los pensamientos se han calmado.

Ahora, durante diez minutos limitaos a permanecer despiertos dentro de vosotros, permaneced conscientes dentro de vosotros. Mirad hacia dentro despiertos. En el exterior se ha producido la muerte. El cuerpo está yaciendo, casi muerto, lejos… nos hemos retirado… la conciencia se ha quedado encendida como una llama. Sólo sois un conocer… solo un ver.

Permaneced sólo como observadores… asentaros en la visión. Durante diez minutos, limitaos a seguir mirando dentro, no hagáis nada más sólo seguid mirando. Dentro… más adentro… seguid mirando dentro… despacio, despacio, os habéis deslizado hasta las profundidades… como el que cae a un pozo profundo… sigue cayendo… sigue cayendo. Mirad… durante diez minutos, limitaos a seguir mirando.

*(Se hace un silencio profundo… Al cabo de unos minutos, Osho empieza a hacer sugerencias de nuevo).* Soltad por completo vuestra sujeción… y entrad más hondo… entrad más hondo. Limitaos a seguir mirando despiertos… despacio, despacio, todo se convertirá en un vacío. Sólo seguirá ardiendo en el vacío una llama de conocimiento, ese "conozco"… conozco… veo… veo… Soltadlo por completo, soltad todo vuestro control… sumergíos en las profundidades y seguid mirando… la mente se seguirá tranquilizando.

La mente se está quedando vacía… la mente se está quedando vacía… soltad totalmente… desaparecer… simplemente, morid. Desapareced completamente desde el exterior… soltad completamente desde el exterior… como puede desaparecer una ola y convertirse en el mar. Soltad por completo… no mantengáis la más mínima sujeción. La mente se está quedando vacía… la mente se está quedando vacía… la mente se está quedando vacía.

La mente se ha quedado completamente vacía… la mente se ha quedado vacía… la mente se ha quedado vacía. Sólo ha quedado encendida una llama… una llama de conocimiento… de visión. Por lo demás, es como si se hubiera producido la muerte… veréis el cuerpo tendido a lo lejos… veréis vuestro propio cuerpo muy lejos… vuestra propia respiración os parecerá muy lejana. Dentro… más dentro… sumergíos… soltad por completo… no mantengáis ninguna sujeción… soltad… soltad… soltad por completo.

Soltad por completo. Si el cuerpo quiere caerse, que se caiga… soltad por completo… convertíos en un vacío… convertíos en un vacío por completo. La mente se ha convertido en un vacío… se ha convertido en un vacío… se ha convertido en un vacío por completo. La mente se ha convertido en un vacío… la mente se ha convertido en un vacío… sólo ha quedado dentro una llama de conocimiento… todo lo demás se ha convertido en un vacío… todo ha desparecido.

Soltad… soltad por completo… tened el valor de morir… morir completamente desde el exterior. El cuerpo se ha quedado sin vida… nos hemos deslizado por completo al interior… nos hemos deslizado por competo al interior… sólo ha quedado encendida una llama, cerca del corazón. Estamos viendo… estamos conociendo… Y todo ha desaparecido… hemos quedado únicamente como observadores. La mente se ha convertido completamente en un vacío.

Mirad con atención este vacío… dentro de vosotros, mirad ese vacío. Dentro de ese mismo vacío se desplegará un gran espectro de felicidad… una gran luz de felicidad llenará ese mismo vacío. Puede surgir una catarata, y sólo fluirá por todas partes felicidad, que os inunda por completo, todas vuestras fibras, todas vuestras partículas. Mirad con atención ese vacío… y así como se abre una flor cuando sale el sol, del mismo modo brota el torrente de felicidad cuando miráis el vacío interior. Sólo impera la felicidad en todo, por todas partes. Mirad… mirad dentro… dejad que brote ese torrente… mirad dentro… como si manara una fuente de felicidad y la felicidad lo inundara todo.

Ahora, respirar hondo, despacio, varias veces. Os parecerá que la respiración está lejos. Respirad hondo, despacio… seguid observando la respiración. La mente se calmará todavía más. Respirad hondo, despacio, varias veces… respirad hondo, despacio, varias veces… más todavía más… la mente se calmará todavía más. Después, abrid los ojos despacio… abrid los ojos despacio… volved de la meditación.

Los que estáis acostados o habéis caído, respirad hondo, despacio… después, abrid los ojos… y levantaos muy despacio y con cuidado.

## CAPÍTULO 7

### Yo enseño la vida
### Por la muerte

UN AMIGO HA PREGUNTADO: *¿Estás enseñando a la gente a morir? ¿Estás enseñando la muerte? Deberías enseñar, más bien, la vida.*

TIENE RAZÓN: en efecto, estoy enseñando a la gente a morir. Estoy enseñando el arte de morir, porque el que aprende el arte de morir también se convierte en un experto en el arte de vivir. El que accede a morir se hace digno de vivir la vida suprema. Sólo los que han aprendido a suprimirse a sí mismos llegan también a saber ser.

Pueden parecer cosas opuestas, porque hemos supuesto que la vida y la muerte se oponen entre sí, que son cosas contradictorias; pero no lo son. Hemos establecido entre ambas una falsa contradicción que ha producido unos resultados nefastos. Es posible que nada haya hecho tanto daño a la raza humana como esta contradicción, y esta contradicción se ha extendido a muchos niveles de nuestras vidas. Si tomamos cosas que son, en esencia, unas, y las dividimos en partes independientes (y no sólo independientes, sino contradictorias), el resultado final sólo puede ser la creación de un hombre esquizofrénico, loco.

Supongamos que hay un lugar donde viven gentes locas. Surgirían grandes dificultades si esas gentes creyeran que el frío y el calor eran cosas no sólo independientes entre sí, sino contradictorias, por la sencilla razón de que el frío y el calor no son contradictorios, sino que son grados diferentes de medir una misma cosa. Nuestro conocimiento del frío y del calor no es absoluto, es muy relativo. Esto quedará claro con un pequeño experimento.

Siempre nos encontramos cosas calientes y cosas frías. Vemos también que lo que está caliente está caliente, y que lo que está frío está frío: no creemos que una misma cosa pueda estar caliente y fría al mismo tiempo. Ahora bien: cuando volváis a vuestras casas, realizad un pequeño experimento. Tomad un recipiente con agua caliente, otro recipiente con

agua fría y otro recipiente con agua a temperatura ambiente. Meted una mano en el agua caliente y la otra en el agua fría. Después, sacad ambas manos y metedlas en el agua que está a temperatura ambiente. Una mano sentirá que el agua está fría y la otra sentirá que esa misma agua está caliente. ¿Está fría o está caliente? Una mano dirá está caliente, la otra dirá que está fría. Entonces, ¿cuál es el verdadero estado del agua? Si una mano siente que el agua está caliente y la otra siente al mismo tiempo que está fría, entonces tendremos que darnos cuenta de que el agua no está ni fría ni caliente: la sensación que produce de calor o de frío depende de nuestras manos.

El calor y el frío son grados de una misma cosa; no son cosas diferentes. La diferencia entre ambos es una cuestión de cantidad, no de cualidad.

¿Habéis pensado alguna vez en la diferencia entre la infancia y la vejez? Solemos pensar que son cosas opuestas: la infancia por un lado, la vejez por otro lado. Pero ¿en qué se diferencia, en realidad, la infancia de la vejez? La única diferencia es una cuestión de años, la única diferencia es una cuestión de días; la diferencia no es cualitativa, sólo es cuantitativa.

Pensemos, por ejemplo, en un niño de cinco años. Podemos llamarlo "un viejo de cinco años". ¿Qué tendría de malo? Si decimos "un niño de cinco años" es sólo por una costumbre de la lengua. Si queremos, podemos decir (como se hace en inglés) que es "cinco años viejo" (*five years old)*, lo que también puede significar que es "un viejo de cinco años". Un hombre es un viejo de setenta años, mientras que otro es cinco años viejo. ¿Qué diferencia hay? Si queremos, podemos decir que el hombre de setenta años es un niño de setenta años: al fin y al cabo, el niño crece hasta hacerse viejo. Pero cuando observamos estas cosas por separado, parecen dos cosas contradictorias. Parece que la infancia y la vejez son cosas opuestas entre sí. Pero, si lo fueran, el niño no podría hacerse viejo nunca. ¿Cómo podría? ¿Cómo pueden dos cosas contrarias ser una misma? ¿Habéis visto alguna vez el día o la noche en que el niño se convertía en un viejo? ¿Podéis señalar sobre el calendario que en tal día este hombre era un niño y que en tal otro día se convirtió en viejo?

En realidad, el problema es… Por ejemplo, hay unos escalones que llevan a la terraza. Veis los escalones inferiores y veis los escalones superiores, pero quizás no veáis los escalones intermedios. Puede pareceros que los escalones inferiores y los superiores son independientes, que están apartados unos de otros. Pero el que es capaz de ver toda la escalera negará tal distinción. Dirá: "La diferencia entre los escalones del fondo y los escalones superiores sólo es aparente, por la existencia de los escalones intermedios. El escalón del fondo está conectado con el escalón superior".

La diferencia entre el infierno y el cielo no es una cuestión de cualidad: la única diferencia es de cantidad. No creáis que el infierno y el cielo son cosas contrarias, diametralmente opuestas entre sí. La diferencia entre el infierno y el cielo es la misma que entre el frío y el calor, entre el escalón inferior y el superior, entre el niño y el viejo.

Existe una diferencia del mismo tipo entre el nacimiento y la muerte; de otra manera, el que naciera nunca podría morir. Si el nacimiento y la muerte fueran cosas opuestas, ¿cómo podría terminar en la muerte el nacimiento? Sólo podemos llegar hasta el punto que nos es inherente. El nacimiento se desarrolla hasta llegar a la muerte. Esto significa que el nacimiento y la muerte son dos extremos de una misma cosa. Sembramos una semilla: ésta se desarrolla hasta convertirse en planta, y después se convierte en flor. ¿Habéis creído alguna ve que existía una oposición entre la semilla y la flor? La flor se desarrolla desde la propia semilla, que se convierte en flor. El desarrollo es inherente a la semilla.

El nacimiento se convierte en muerte. Sólo Dios sabe por qué necedad y en qué época desafortunada se fijó en la mente humana la idea de que el nacimiento y la muerte son dos cosas independientes. Queremos vivir; no queremos morir, pero no sabemos que la muerte forma parte de la vida. Cuando llegamos a la conclusión de que no queremos morir, desde ese mismo momento es seguro que nuestras vidas estarán llenas de problemas y de dificultades.

Toda la humanidad se ha vuelto esquizofrénica. La mente del hombre se ha disgregado en partes, en fragmentos; y esto se debe a un motivo. Hemos supuesto que la totalidad de la vida está dividida en partes, y hemos enfrentado entre sí a estas partes. El

hombre es el mismo, pero nosotros hemos creado divisiones dentro de él y hemos decidido, además, que estas divisiones se oponen entre sí. Hemos hecho esto en todas las esferas. Decimos a una persona: "No tengas ira; aprende a perdonar", sin darnos cuenta de que la diferencia entre la ira y el perdón también es una cuestión de grados, como la diferencia entre el frío y el calor, entre la infancia y la vejez. Podemos decir que la ira, reducida a su nivel más bajo es el perdón: no existe una dicotomía entre ambos. Pero los antiguos preceptos de la humanidad nos enseñan: "Líbrate de la ira y practica el perdón", como si la ira y el perdón fueran unas cosas tan diferentes que fuera posible dejar la ira y conservar el perdón. La única consecuencia que puede tener tal cosa es dividir al hombre en fragmentos y producirle problemas.

Todos nuestros antiguos sistemas de creencias dicen que la sexualidad y el *brahmacharya*, la castidad, se oponen entre sí. Nada puede estar más equivocado que esto. El brahmacharya es el nivel más bajo de la sexualidad. La sexualidad, disminuida, reducida, es el brahmacharya. La distancia entre los dos no es una cuestión de enemistad ni de contradicción. Recordadlo: en este mundo no existe en absoluto la contradicción. En realidad, no puede existir nunca la contradicción en el mundo; pues, si existiera, no habría manera posible de unificar los opuestos. Si el nacimiento y la muerte fueran entidades independientes, el nacimiento seguiría su propio curso y la muerte seguiría el suyo: no se encontrarían en ningún punto. Así como dos líneas paralelas no se encuentran en ninguna parte, tampoco se encontrarían nunca el nacimiento y la muerte.

El nacimiento y la muerte están entrelazados, son dos extremos de un proceso ininterrumpido. Lo que quiero decir cuando digo esto es que si queremos que el hombre se salve de la locura en un futuro próximo, tendremos que aceptar la vida en su totalidad. Ya no podemos permitirnos crear divisiones y enfrentar entre sí las partes.

Es muy raro que el que dice: "La sexualidad se opone al brahmacharya; por lo tanto, liberémonos de la sexualidad" acabe por destruirse a sí mismo en sus intentos de liberarse de la sexualidad. Esta persona no podrá alcanzar nunca el brahmacharya. Mientras se esfuerza por eliminar de su vida la sexualidad, su mente permanecerá fijada únicamente en la sexualidad: no podrá alcanzar el brahmacharya nunca, de ninguna manera. Su mente estará sometida para siempre a una gran tensión y agitación: eso mismo será su muerte. Su vida le resultará una carga demasiado pesada. Se volverá pesado y no será capaz de vivir en absoluto, ni siquiera un momento. Tendrá un gran problema.

Si lo miráis de este modo (y ésta es la realidad), entonces lo que os digo es que la sexualidad y el brahmacharya están relacionados entre sí, del mismo modo que lo están los escalones inferiores y los superiores. Cuando el hombre sube por la escala de la sexualidad, llega al brahmacharya. El brahmacharya no es más que la sexualidad reducida a su grado más bajo. La persona llega a un punto donde casi siente que todo se ha quedado vacío: llega al fin último. Por lo tanto, no hay contradicciones en la vida, no hay tensiones. En tal caso, no hay inquietud en la vida. Así pues podemos vivir una vida natural.

Estoy hablando del modo de vivir una vida muy natural, en todos los aspectos. No vivimos de manera natural a ningún nivel, pues hemos aprendido los modos de vida antinaturales. Si dijeseis a una persona: "Sólo debes caminar con el pie izquierdo, porque el pie izquierdo representa la religión, lo correcto. No camines con el pie derecho, porque el pie derecho representa lo incorrecto…" Si la persona se creyera esto… y hay muchas personas que se lo creerían, siempre se han encontrado personas dispuestas a creer en ideas tan estúpidas. Entonces os encontrarías con personas que aceptarían que caminar con el pie izquierdo es correcto y que caminar con el pie izquierdo es incorrecto. Enseguida empezarían a cortarse el pie derecho y a intentar caminar con el pie izquierdo. No podrían caminar.

Sólo podemos caminar por el movimiento combinado de ambas piernas. La pierna no camina nunca sola, por sí misma, aunque sólo adelantamos una pierna cada vez. Cuando camináis, sólo levantáis una pierna cada vez, lo que puede producir la falsa impresión de que sólo camináis con un pie. Pero no olvidéis que el que está quieto, el que está en reposo, es tan importante como el que se mueve. El día que la persona alcanza el brahmacharya, la sexualidad en reposo desempeña un papel importante en ese logro, del mismo modo que la

pierna derecha estática desempeña un papel importante en el movimiento hacia delante de la pierna izquierda. La pierna izquierda sería incapaz de moverse sin la ayuda de la derecha.

La sexualidad que se ha quedado en reposo se convierte en el punto de apoyo para el surgimiento del brahmacharya cuando la sexualidad ha dejado de moverse. Si se arranca el punto de apoyo de la sexualidad, si se rompe, se conseguirá sin duda suprimir la sexualidad, pero eso no servirá para alcanzar el brahmacharya. Por el contrario, la persona se quedará suspendida en el limbo, del mismo modo que todas las antiguas enseñanzas han dejado a la humanidad suspendida en el limbo. Lo que vemos a nuestro alrededor no es más que el movimiento del paso con la pierna izquierda y con la derecha, del pie izquierdo y del derecho.

En la vida todo está integrado. La diversidad aparente es como las notas de una gran sinfonía. Si eliminéis algo, os encontraréis en dificultades. Alguien puede decir que el color negro representa el mal. Por eso nadie puede ir vestido de negro en una boda: se puede ir de negro cuando ha muerto alguien. Hay personas que creen que el negro es un signo del mal, y hay personas que creen que el blanco es un signo de pureza. No es malo establecer tales diferencias en un sentido simbólico; pero si alguien dijera: "Librémonos del negro; eliminemos el negro de la superficie de la Tierra", entonces, recordadlo: quedaría muy poco blanco, pues la blancura del blanco sólo destaca con toda su nitidez sobre un fondo negro.

El maestro escribe con tiza blanca en una pizarra negra. ¿Está loco? ¿Por qué no escribe en una pared blanca? Naturalmente, podemos escribir en una pared blanca, pero las letras no destacarían. El blanco se manifiesta por el fondo negro; en realidad, el negro está haciendo que destaque el blanco. Recordadlo: el blanco del hombre que recomienda la enemistad con el negro se volverá inevitablemente apagado, insípido.

Cuando alguien recomienda no manifestar la ira, su perdón será impotente. La fuerza del perdón se encuentra en la ira; sólo el que puede tener ira tiene la capacidad de perdonar. Cuanto más feroz sea la ira, mayor será la grandeza de ánimo del perdón. En ausencia de la ira, el perdón parecerá completamente desvaído, absolutamente carente de vida, muerto.

Si se destruye la sexualidad de una persona (y existen medios para destruir la sexualidad), entonces, recordadlo: así no se convertirá en un brahmacharya, en una persona casta; se convertirá, sencillamente, en una persona impotente. Y existe una diferencia fundamental entre ambas cosas. Existen medios para eliminar la sexualidad, pero la persona no puede convertirse en un brahmacharya a base de eliminar el sexo: así sólo puede volverse impotente. Transformando el sexo, aceptándolo, dirigiendo su energía hacia un nivel superior, podemos alcanzar sin duda el brahmacharya. Pero recordad que el brillo que veis en los ojos de un *brahmachari*, de una persona casta, es el brillo de la energía sexual misma. La energía es la misma, pero se ha transformado.

Lo que quiero decir es que las cosas que llamamos opuestas no son opuestas: la vida se rige por un orden muy misterioso. Debéis de haber visto un montón de ladrillos ante una casa en construcción. Todos los ladrillos son iguales. Pero cuando el arquitecto, el constructor, construye un arco para poner una puerta en la casa, dispone los ladrillos estableciendo una oposición. Los ladrillos son iguales, pero al construir el arco los dispone oponiéndolos los unos a los otros para que se sostengan entre sí. No podría construir el arco si empezara a construir en un extremo para llegar al otro: el arco se caería inmediatamente.

Los ladrillos que se apoyan sólo en un lado del arco no tienen fuerza; no se encuentran con una resistencia que los sustente. Siempre que se produce una resistencia, se crea una fuerza. Toda fuerza surge de la oposición; toda energía se produce a partir de la resistencia. En la vida, la creación de la energía, de la potencia, se apoya en el principio de la polaridad. Todos los ladrillos son iguales, pero se disponen uno a uno estableciendo una oposición.

Dios, divino arquitecto de la vida, es muy inteligente. Sabe que la vida se enfriaría inmediatamente, se disolvería enseguida, si los ladrillos no se dispusieran estableciendo una oposición entre unos y otros. Por eso ha dispuesto la ira frente al perdón, la sexualidad frente al brahmacharya, y así se crea una energía, por la resistencia presente entre los términos. Y esa energía es la vida. Ha dispuesto los ladrillos del nacimiento y de la muerte juntos, uno frente al otro, y así se crea una puerta de acceso a la vida que pasa por medio de ambos. Hay personas que dicen: "Sólo aceptaremos el ladrillo de la vida; no aceptaremos el ladrillo de la

muerte". Está bien. Como queráis. Pero si no aceptáis la muerte, moriréis en ese mismo instante, porque entonces todos los ladrillos que quedan serán iguales. Sólo quedarán los ladrillos de la vida, y se derrumbarán al instante.

Este error se ha repetido muchas veces, y, por ello, el hombre ha padecido y ha estado angustiado desde hace diez mil años. Se empeña en colocar todos los ladrillos por un lado; no quiere ladrillos en el lado opuesto. "Eliminad la polaridad", dice. "Si creemos en Dios, entonces no creeremos en nada más. Entonces no creeremos en el *samsara*, en el mundo terrenal. Si hay Dios, entonces no hay samsara; entonces no podemos aceptar de ningún modo el mundo temporal. No podemos estar en la plaza del mercado, no podemos ocuparnos de nuestros negocios; como creemos en Dios, nos haremos monjes y viviremos en el bosque".

El hombre que dice esto querría crear su mundo con los ladrillos de Dios. ¿Os imagináis las consecuencias que tendría que, por error, las personas seglares se volvieran locas y se hicieran monjes? Desde aquel mismo día, las cosas no avanzarían ni un centímetro; desde aquel mismo día el mundo quedaría en ruinas.

En realidad, el hombre que se ha hecho monje no tiene idea de que está sobreviviendo, de que su pie izquierdo avanza porque alguien, un seglar, lleva una tienda allí en el mercado. Un pie está asentado allí; por eso tiene libertad de movimiento el monje. El aliento vital mismo del monje procede del seglar. El monje se hace la ilusión de que vive por sí mismo, pero la realidad es que se alimenta exclusivamente del mundo temporal. Pero él sigue denostando al seglar, sigue diciendo: "Renuncia al mundo y hazte monje". No se da cuenta de que así se produciría una situación de suicidio universal, una situación de la que ni siquiera él podría librarse: también él moriría. Piensa en utilizar ladrillos que estarían todos dispuestos de un mismo lado.

También hay personas que dicen lo contrario. Dicen: "No hay Dios; sólo existe este mundo, y nada más. Sólo creemos en la materia". Y, como sólo creen en la materia, también ellos intentan crearse un mundo propio. También ellos han llegado a aquel lugar donde se produciría el suicidio universal. Pues si sólo existe la materia y no hay Dios, entonces desaparece todo lo que da sabor a la vida, lo que da encanto a la vida, lo que da movimiento a la vida, lo que nos anima a levantarnos.

Si creyésemos que no hay Dios, que no existe más que la materia, ¿qué significado tendría la vida? Entonces la vida se vuelve completamente inútil. Por eso hay en Occidente personas como Sastre, Camus, Kafka y otros que hablan mucho del absurdo. Hoy día, todos los filósofos occidentales dicen al unísono que la vida es absurda. Lo que dijo una vez Shakespeare se ha vuelto relevante de pronto, y los pensadores occidentales lo están repitiendo en el contexto de la vida misma: "Un cuento contado por un loco, lleno de ruido y furia, que no significa nada". No puede haber ningún significado, ningún sentido, porque sólo habéis juntado ladrillos de materia, de nada más que materia. Es normal que desaparezca completamente el significado. Así como el mundo perdería su significado si sólo hubiera monjes, también se perdería el significado si sólo hubiera seglares.

Es interesante ver que el seglar sobrevive gracias al asceta y que el asceta sobrevive gracias al seglar, del mismo modo que el pie izquierdo depende del pie derecho y el pie derecho depende del pie izquierdo. Esta dependencia parece a primera vista una contradicción, pero a un nivel más profundo no lo es. Ambos pies forman parte de un mismo ser; uno lo mantiene asentado, el otro lo hace moverse.

Nadie puede conocer toda la verdad de la vida sin haber comprendido correctamente esta contradicción. La persona que, por su oposición, se empeña en quitarle la mitad todavía no ha alcanzado la inteligencia suficiente. Podéis quitarle la mitad, desde luego, pero en cuanto suceda eso morirá también la otra mitad; pues, indudablemente, la segunda mitad recibió su energía vital de la primera mitad, y de ninguna otra parte.

He oído contar lo siguiente: dos monjes mantenían una discusión, que podía resultar útil en un apuro. Su amigo el otro monje solía opinar: "¿Para qué necesitamos el dinero? Somos ascetas, ¿para qué necesitamos el dinero? Sólo los seglares tienen dinero". Ambos solían proponer diversos argumentos a favor de sus puntos de vista respectivos, y los argumentos de ambos parecían correctos.

El mayor misterio de este universo es que podemos presentar un número igual de argumentos a favor de cualquiera de los ladrillos opuestos que se han utilizado en su creación, y la discusión es interminable porque ambos ladrillos se emplean por igual. Cualquiera puede decir: "Mirad: el universo ha sido creado con mis ladrillos", mientras que otro puede alegar en contra del primero: "No, el universo está hecho con mis ladrillos".

Y la vida es tan vasta que pocas personas evolucionan lo suficiente para ver que toda la estructura está formada de ladrillos que se oponen. Los demás sólo ven los ladrillos que tienen al alcance de la vista. Dicen: "Tienes razón: el universo ha sido creado por los *sannyas*. Tienes razón: *Brahman* es la fuente del universo. Tienes razón, el universo está hecho de *atman*". Otros dicen: "El universo está hecho de materia, está hecho de polvo, nada más. Todo acabará en polvo: "polvo eres y en polvo te convertirás". Estas personas tampoco pueden mostrar más que ladrillos que contemplan desde su punto de vista particular. En todo este asunto no se impone en la discusión ni el teísta ni el ateo; no sale victorioso ni el materialista ni el espiritualista. No pueden. Sus afirmaciones parten de una visión dicotómica de la vida.

De modo que aquellos dos monjes mantenían una viva discusión. Uno sostenía que era necesario tener dinero, mientras que el otro no estaba de acuerdo con ello. Una tarde llegaron a un río con mucha prisa. Se hacía de noche. Uno de los monjes se dirigió al barquero, que ya amarraba su barca para retirarse, y le dijo:

-Te ruego que no amarres todavía la barca: llévanos a la otra orilla del río. Se hace de noche y debemos pasar al otro lado.

-Lo siento –dijo el barquero-: ya he terminado por hoy y ahora tengo que volver a mi aldea. Os llevaré al otro lado mañana por la mañana.

-No -dijeron los monjes-, no podemos esperar hasta mañana. Nuestro gurú, con el que hemos vivido, el que nos ha enseñado todo lo que es la vida, está a punto de morir. Según dicen, no llegará a mañana. Nos ha convocado. No podemos pasar aquí la noche.

-Está bien –dijo el barquero-. Os llevaré al otro lado por cinco rupias.

El monje que era partidario de llevar dinero se rió y, mirando al otro monje, le dijo:

-¿Qué te parece, amigo mío? ¿Llevar dinero es inútil o es útil?

El otro monje no hizo más que reírse. El primer monje pagó cinco rupias al barquero: había vencido. Cuando llegaron a la otra orilla, el primer monje dijo de nuevo:

-¿Qué tienes que decir, amigo mío? Si no hubiésemos llevado dinero, no habríamos podido cruzar el río.

El segundo monje se rió a carcajadas. Dijo:

-¡Si cruzamos el río no fue porque tú llevases dinero, sino porque eras capaz de desprenderte de él! Pudimos cruzar el río, no porque tú tuvieses dinero, sino porque podías soltarlo.

Así, la discusión seguía en pie. El segundo monje añadió:

-Yo siempre he dicho que un monje debe tener el valor de soltar el dinero. Podíamos renunciar a él: por eso pudimos cruzar el río. Si te hubieras aferrado a él, si no lo hubieras soltado, ¿cómo habríamos cruzado el río?

El problema seguía pendiente. El primer monje se río también. Llegaron ante su gurú. Le preguntaron:

-¿Qué podemos hacer? Esta cuestión se ha vuelto muy problemática. Lo que ha pasado hoy ilustra muy claramente nuestras diferencias. Uno de nosotros cree que pudimos cruzar el río porque llevábamos dinero encima, y el otro cree que pudimos cruzarlo porque lo soltamos. Nos mantenemos firmes en nuestras posturas, y parece que ambos tenemos razón.

El gurú se rió a grandes carcajadas.

-Estáis locos los dos –dijo- Estáis cayendo en la misma tontería en que ha caído la humanidad desde hace siglos.

-¿Qué tontería es ésa? –preguntaron los monjes.

El gurú respondió:

-Cada uno de vosotros está mirando una parte de la verdad. Es verdad que sólo pudisteis contratar la barca y atravesar el río porque soltasteis el dinero; pero también es

verdad la otra parte: pudisteis dejar vuestro dinero porque tenías dinero que dejar. Naturalmente, es verdad que pudisteis atravesar el río porque llevabas dinero encima. Pero la otra parte es igualmente cierta: si no hubieseis llevado dinero, no habríais podido pasar. Pasasteis el río porque soltasteis el dinero. Así, ambas cosas son verdaderas. No hay contradicción entre ambas.

PERO NOSOTROS HEMOS CREADO tales dicotomías a todos los niveles de nuestras vidas. Y el que cree en una de las dos partes es capaz de presentar un argumento convincente para apoyarla. No es difícil, pues, al fin y al cabo, cada persona cuenta al menos con la mitad de la vida para apoyarse. Está viviendo la mitad de su vida, lo que no es poco. Es más que suficiente para defenderlo. Nada se podrá resolver a base de discusiones. Habrá que investigar la vida, conocerla en su totalidad.

Es verdad que yo enseño la muerte, pero eso no quiere decir que esté en contra de la vida. Lo que quiere decir es que la muerte es la puerta de acceso al conocimiento de la vida, y también el reconocimiento de la vida. Lo que quiere decir es que no veo que la vida y la muerte sean opuestas entre sí. Puedo llamarlo "arte de morir" o puedo llamarlo "arte de vivir": ambos términos significan la misma cosa. Depende de cómo lo miremos. Podéis preguntarme: "¿Por qué no lo llamas "arte de vivir"? Existen motivos para ello.

El primero es que nos hemos apegado a la vida en extremo. Y este apego se ha vuelto muy desequilibrado. También puedo llamarlo "arte de vivir", pero no quiero llamarlo así porque vosotros estáis demasiado apegados a la vida. Si os dijera: "Venid a aprender el arte de vivir", vendrías corriendo porque querrías reforzar vuestro apego a la vida. Yo lo llamo "arte de morir" para que podáis recuperar vuestro equilibrio. Si aprendéis a morir, entonces tendréis ante vosotros la vida y la muerte en condiciones de igualdad: se convertirán en vuestro pie izquierdo y en vuestro pie derecho. Entonces alcanzaréis la vida definitiva. En su estado definitivo, la vida no contiene ni nacimiento ni muerte, pero tiene dos piernas, a las que nosotros llamamos nacimiento y muerte.

Naturalmente, si existiera una ciudad cuyos habitantes fueran unos suicidas, donde nadie quisiera vivir, yo no iría allí a hablar del arte de morir. Allí diría: "Aprende del arte de vivir". Y así como yo os digo a vosotros: "La meditación es la puerta de la vida". Les diría:"Venid, aprended a vivir, pues mientras no hayáis aprendido a vivir, no sabréis morir. Si queréis morir; dejad que os enseñe a vivir, pues cuando hayáis aprendido a vivir, habréis aprendido también a morir". Sólo entonces acudirán a mí los habitantes de esa ciudad. Vuestra ciudad es exactamente al revés: vosotros sois los habitantes de una ciudad donde nadie quiere morir, donde todos quieren vivir, donde la gente quiere aferrarse a la vida con tanta fuerza que la muerte no les llegue nunca. Por eso estoy obligado a hablaros de la muerte. No es cosa mía; si lo llamo "arte de morir" es por vosotros. Siempre he dicho lo mismo.

UNA VEZ, EL BUDA LLEGÓ A UN PUEBLO. Era la madrugada, y el sol estaba a punto de aparecer por el horizonte. Un hombre se le acercó y le dijo:

-Soy ateo: no creo en Dios. Tú ¿qué opinas? ¿Existe Dios?

El Buda respondió:

-Sólo Dios es. No hay nada más que Dios en todas partes.

-Pero ¡a mí me habían dicho que tú eras ateo! -dijo el hombre.

-Te debieron de informar mal –aseguró el Buda-.

Yo soy teísta. Ahora lo has oído de mi propia boca. Soy el mayor teísta que ha habido nunca. Dios es, y no hay nada más que Dios.

El hombre se quedó bajo el árbol con una sensación de incomodidad. El Buda siguió su camino.

Al mediodía se le acercó otro hombre y le dijo:

-Soy teísta. Creo absolutamente en Dios. Soy enemigo de los ateos. He venido a preguntarte qué opinas de la existencia de Dios.

El Buda respondió:

-¿Dios? Ni lo hay, ni lo puede haber nunca. No existe Dios, en absoluto

El hombre no daba crédito a sus oídos.

-¿Qué estás diciendo? –exclamó-. Oí decir que había llegado al pueblo un hombre religioso y viene a preguntarle si existe Dios. ¿Y me respondes así?

-¿Yo, hombre religioso? –replicó el Buda-. ¿Yo, creyente? Yo soy el mayor ateo que ha habido nunca.

El hombre se quedó completamente confundido. Nosotros podemos comprender la confusión de este hombre; pero Ananda, discípulos del Buda, estaba terriblemente intrigado, pues había oído ambas conversaciones. Se inquietó mucho; no entendía aquello. Lo de la mañana estaba bien, pero por la tarde había surgido un problema.

-¿Qué le ha pasado al Buda? –se preguntaba Ananda- Por la mañana dijo que era el mayor de los teístas, pero por la tarde ha dicho que era el mayor de los ateos.

Se dedicó a interrogar al Buda aquella noche, cuando estuvieran a solas. Pero aquella noche Ananda lo esperaba otra sorpresa.

Cuando cayó la noche se acercó otra persona al Buda y le dijo que no sabía si Dios existía o no. Aquel hombre debía de ser un agnóstico, una persona que dice que no sabe si existe Dios o no; que nadie lo sabe y que nadie podría saberlo nunca. Le dijo, pues:

-No sé si hay un Dios o no. Tú ¿qué dices? ¿Qué crees?

El Buda respondió:

-Si tú no lo sabes, yo tampoco lo sé. Y sería bueno que los dos guardásemos silencio.

Cuando este hombre oyó la respuesta del Buda, también él se quedó confuso. Le dijo:

-Había oído decir que estabas iluminado; por eso creías que lo sabrías.

-Has debida de oír mal –dijo el Buda- Yo soy un hombre absolutamente ignorante. ¿Qué conocimiento puedo tener? Intentad haceros cargo de lo que debía de estar pasando. Ananda. Poneos en su lugar. ¿Advertís su dificultad? Cuando se hizo de noche y todos se hubieron marchado, tocó los pies del Buda y le dijo:

-¿Es que quieres matarme? ¿Qué haces?

-¡Casi me muero! Nunca había estado tan alterado y tan inquieto como lo he estado hoy. ¿Qué es eso que has estado diciendo todo el día? ¿Estás en tu sano juicio? ¿Estás seguro de que sabes lo que has dicho hoy? Por la mañana has dicho una cosa, por la tarde has dicho otra y por la noche has dado una respuesta completamente distinta a la misma pregunta.

El Buda dijo:

-Esas respuestas no eran para ti. Di aquellas respuestas a quienes correspondían. ¿Por qué las escuchaste? ¿Te parece bien oír lo que digo a los demás?

-¡Esto es el colmo! -dijo Ananda-. ¿Cómo podía dejar de oírlas? ¡Yo estaba presente, allí mismo, y no tenía tapados los oídos! Y ¿cómo podría suceder que yo no quisiera oírte hablar? Me encanta oírte hablar, sin que me importe con quién hables.

-Pero ¿por qué estás alterado? –Dijo el Buda- ¡Mis respuestas no eran para ti!

-Puede que no lo fueran –dijo Ananda-, pero yo me encuentro ante un dilema. Te ruego que me respondas ahora mismo: ¿Cuál es la verdad? ¿Por qué has dado tres respuestas diferentes?

Buda le explicó:

-Tenía que llevarlos a los tres a un punto de equilibrio. El hombre que vino por la mañana era ateo. Siendo sólo ateo estaba incompleto, pues la vida se compone de términos opuestos.

Tened esto presente: la persona verdaderamente religiosa es las dos cosas: atea por una parte y creyente en lo divino por otra parte. Su vida contiene ambos aspectos, pero él armoniza los dos términos opuestos. En esa armonía misma está la religión. Y al que sólo cree en Dios le falta madurez religiosa. Todavía no ha alcanzado un equilibrio en su vida. Por eso, el Buda dijo:

-Tenía que introducir equilibrio en su vida. Se había vuelto muy pesado de un lado, y por eso yo tuve que poner algunas piedras en el otro platillo de la balanza. Además, también quise desestabilizarlo, pues se había convencido de alguna manera de que no hay Dios. Era preciso hacerlo titubear en su convencimiento, pues el que llega a una certidumbre, muere. El viaje debe proseguir; la búsqueda debe continuar.

El que vino por la tarde era teísta. Yo tuve que decirle que yo era ateo porque también él se había descentrado; también él había perdido el equilibrio. La vida es un equilibrio. EL que alcanza este equilibrio, alcanza la verdad.

EL MOTIVO POR EL QUE OS DIGO que debéis aprender el arte de morir es que vuestra vida se ha descentrado. Estáis colocados con mucha solidez en la balanza de la vida y, por eso, todo se ha convertido en piedra. La vida se ha solidificado; se ha perdido el equilibrio.

Adelante: invitad también a la muerte. Decidle: "Ven y sé tú también mi invitada. Nos alojaremos juntos". El día en que la vida accede a vivir con la muerte, se transforma en la vida suprema. ¡El día que damos la bienvenida a la muerte, que la abrazamos, que la estrechamos contra nosotros, se termina la cuestión! Ese día desaparece el aguijón de la muerte. El aguijón se encontraba en nuestra huida de la muerte, en nuestro mido a ella. Cuando una persona se adelanta y abraza a la muerte, entonces la muerte pierde, la muerte es vencida, porque el hombre que abraza a la muerte, se vuelve inmortal. Ahora, la muerte no le puede hacer nada. ¿Qué puede hacerle la muerte cuando el hombre mismo está preparado para desaparecer?

Existen dos tipos de personas: a las primeras las busca la muerte; las segundas buscan a la muerte. La muerte busca a los que huyen de ella. Y otros buscan a la muerte, pero ésta los rehuye constantemente. Buscan a la muerte sin cesar, pero no la encuentran. ¿Qué tipo de persona os gustaría ser: la que huye de la muerte, o la que la abraza? La persona que rehuye la muerte seguirá derrotada; toda su vida será la larga historia de una derrota. El que abraza a la muerte triunfará inmediatamente sobre ella; ya no existirá la derrota en su vida. Entonces su vida se convierte en un viaje triunfal.

Sí: yo enseño el arte mismo de morir. Os estoy enseñando a morir para que podáis alcanzar la vida. ¿Sabéis un secreto? Cuando una persona aprende a vivir a oscuras, cuando acepta la oscuridad absoluta, la oscuridad se convierte en luz para él. ¿Sabéis que cuando una persona toma veneno con amor, con alegría, como si tomara néctar, el veneno se convierte en néctar para él? Si no lo sabéis, debéis descubrirlo. Una de las verdades más profundas de la vida es que cuando una persona acepta el veneno con amor, el veneno deja de ser veneno para él: se convierte en néctar. Y cuando una persona ha aceptado la oscuridad misma de todo corazón, descubre con asombro que la oscuridad se ha convertido en luz. Y cuando una persona recibe el dolor con los brazos abiertos. Descubre que ya no hay dolor: para él sólo queda felicidad.

Al que acepta su estado de agitación y acepta vivir con ella se le abren de par en par las puertas de la paz y de la tranquilidad. Esto parece una contradicción. Pero recordad que el que dice que quiere alcanzar la paz nunca puede tener paz, porque decir "quiero alcanzar la paz" es, en realidad, buscar la agitación. El hombre ya es inquieto de suyo; pero aún existen algunos que se crean una nueva inquietud diciendo: "Queremos tener paz".

Una vez acudió a verme un hombre. Me dijo:

-He estado en el ashram de Ramana, en Pondicherry, y en el ashram de Ramakrishna: todos están llenos de hipocresía. Allí no pude encontrar nada más que eso. Yo busco la paz y no la encuentro en ninguna parte. Llevo dos años viajando en su busca. Oí hablar de ti en Pondicherry. Desde allí he venido directamente a verte. Quiero la paz.

Yo le dije:

-Levántate y márchate ahora mismo por esa puerta; de lo contrario, también podrán decir de mí que soy un hipócrita.

-¿Qué quieres decir? –me preguntó él.

-Sencillamente, que te vayas –dije yo- Y no vuelvas la vista nunca más hacia aquí. Será mejor que me ponga a salvo antes de que también me llames hipócrita a mí.

-Pero ¡yo he venido a buscar la paz! –dijo el hombre.

-Piérdete de vista: eso es todo –dije yo- Y voy a preguntarte una cosa: ¿a quién has preguntado el modo de sufrir? ¿Qué gurú te ha iniciado en el arte de la agitación? ¿A qué ashram has asistido para aprender a estar inquieto?

-No he ido a ninguna parte –respondió el hombre.

Entonces yo le dije:

-Eres un sujeto tan listo que hasta sabes crearte su propia agitación mental. Entonces ¿qué me queda que enseñarte? Has seguido un camino para crear tu agitación: sigue el camino opuesto y encontrarás la paz. ¿Qué quieres de mí? No digas a nadie que has venido a verme, ni por equivocación. ¡Yo no tengo nada que ver con lo que te pasa!

-Te ruego que me enseñes el camino para encontrar la paz –dijo el hombre.

-Estás buscando caminos para dejar de agitarte –le dije- Sólo hay un camino para alcanzar la paz: estate en paz con la inquietud.

El que acepta a inquietud en su totalidad, el que le dice: "Ven, alójate conmigo. Sé mi huésped en esta misma casa", descubre de pronto que la inquietud lo ha abandonado. Con el cambio de nuestra actitud mental, la inquietud desaparece. Cuando uno acepta hasta la propia inquietud, su mente se tranquiliza. ¿Cómo va a durar la inquietud si la mente está sintonizada con la paz?

Esta inquietud surge de una actitud de no aceptación: incluso de la no aceptación de la inquietud misma. El que dice que no quiere aceptar la inquietud seguirá inquieto, pues esa misma no aceptación es, en sí misma, la raí del problema. Alguien dice: "No quiero aceptar la inquietud; no puedo aceptar el sufrimiento; no puedo aceptar la muerte; no puedo aceptar la oscuridad". Muy bien: que no las acepte; pero seguirá rodeado de todo lo que no quiere aceptar. Ved, por el contrario, lo que pasa cuando aceptáis, cuando admitís algo que nadie más quiere admitir. Descubriréis con gran sorpresa que lo que tenías por enemigo se ha convertido en amigo vuestro. Si invitáis a vuestro enemigo a que sea huésped vuestro ¿qué otra cosa puede hacer sino volverse amigo vuestro?

Si he pasado tres días comentando con vosotros estas cuestiones ha sido porque he visto que habíais acudido aquí con el deseo de vencer a la muerte. Debíais de creer que os enseñaría algún truco para no morir nunca.

Un amigo ha escrito una carta en la que dice: *¿Vas a enseñarnos a rejuvenecer nuestros cuerpos? ¿Vas a mostrarnos algún medio alquímico para volvernos jóvenes de nuevo? Entonces valdría la pena gastarse el dinero para ir allí.*

QUIZÁS HAYÁIS VENIDO VOSOTROS también con la misma idea. En tal caso, quedaréis desilusionados, pues aquí os estoy enseñando el arte de morir. Os digo: ¡Morid! ¿Por qué huir de la muerte? Aceptadla; dadle la bienvenida. Y recordad que os estoy entregando la clave misma de la victoria sobre la muerte. Por mucho que os sometáis a un proceso de rejuvenecimiento, todavía tendréis que morir. Es seguro que el cuerpo morirá.

El rejuvenecimiento sólo puede retrasar un poco más la muerte; es posible evitar así la muerte durante un poco más de tiempo. Lo único que supone esto es que vuestros problemas se alargarán durante un período mayor. En vez de morir después de setenta años, podrías morir después de setecientos años. Los sufrimientos a los que de otro modo podrías haber dado fin al cabo de setenta años se alargarían durante setecientos años. ¿Qué esperabais? Los males de setenta años durarán setecientos años. Las disputas de setenta años durarán hasta los setecientos años. Las disputas de setenta años se alargarán durante setecientos años: se extenderán, multiplicadas, durante todo ese tiempo. ¿Qué otra cosa esperabais que sucediera?

Quizás no se os haya ocurrido, pero si de verdad os encontraseis con una persona que os pudiera dar una poción, diciéndoos: "Tómate esto y vivirás setecientos años", vosotros le dirías: "Espera un momento: deja que lo piense". No creo que ninguno de vosotros se tomase una poción que alargase la vida hasta los setecientos años. ¿Qué querría decir esto? Querría decir: "Yo seguiré como soy. Este yo mismo tendrá que vivir setecientos años". Y eso resultará muy costoso; tendría graves consecuencias.

Si los científicos descubren algún día el modo de dar al hombre una vida infinita (y este descubrimiento no es imposible; no es muy difícil), entonces, recordadlo: la gente empezará a busca un gurú que les enseñe a morir rápidamente. Así como ahora la gente busca gurús que sean capaces de rejuvenecerles los cuerpos, la gente buscará entonces a alguien que les enseñe el secreto, la técnica de la muerte, para que no los puedan librar de ella ni siquiera los científicos. Intentarán defraudar al Estado librándose de la vida.

No comprendemos que una vida larga no tiene sentido. El sentido de la vida se encuentra en su intensidad. Una persona puede vivir un solo momento de una manera total, más que lo que puede alcanzar otra en una número infinito de vidas. Es cuestión de vivir, y sólo la persona que no tiene miedo a la muerte puede vivir. De lo contrario, ¿cómo va a vivir? El miedo a la muerte hace temblar al hombre nunca está quieto; no deja de correr.

¿Habéis advertido que en el mundo aumenta constantemente la velocidad? Todo es veloz. El cohete es mejor que el carro de bueyes en cierto sentido, pues el cohete puede llevarnos más deprisa a los sitios; pero ¿por qué dar tanta importancia a la velocidad? Quizás no os hayáis dado cuenta de ello, pero la búsqueda de la velocidad por parte del hombre es un intento de huir de donde está. Donde está, está tan asustado, tiene tanto miedo, que quiere marcharse. Le parece que en cualquier otra parte estaría mejor que donde está.

En toda Europa y en América los fines de semana y las fiestas se han convertido en una gran molestia. La gente se cansa más en estos días que en cualquier otro. Lo que quieren es saltar al coche y marcharse a toda prisa: a cien kilómetros, a doscientos kilómetros, a trescientos kilómetros, para huir a un paraje tranquilo, al monte, a un pueblo de montaña, a la playa. Lo que los mueve a marcharse tan deprisa es que los demás también corren, también tienen prisa, y podrían llegar antes al mismo sitio. Si se les pregunta dónde quieren ir, no lo saben. Pero una cosa es segura: quieren alejarse del lugar donde están; quieren alejarse de su casa, de su mujer, de su trabajo.

El hombre es incapaz de vivir, por eso corre tanto de un lado a otro. Quiere tener vehículos cada vez más potentes para correr más. Preguntadle dónde va, dónde quiere ir, y os responderá: “No te lo puedo decir ahora mismo, no tengo tiempo. Tengo que llegar pronto… tenemos que llegar a la Luna; tenemos que llegar a Marte”. Pasamos corriendo toda nuestra vida. ¿De qué huimos? ¿Qué tenemos, por una parte, ser incapaces de vivir plenamente; y, por otra parte, el miedo a la muerte es inminente, está presente? Ambas cosas están conectadas entre sí. El hombre que tiene miedo a la muerte no será capaz de vivir su vida: seguirá con el temor a la muerte. Entonces ¿qué solución hay?

Me preguntáis: “¿Qué solución hay? ¿Qué remedio tenemos?” Yo os digo: aceptad la muerte. Invitad a la muerte y decid: “Adelante, me preocuparé de la vida más tarde: ven tú primero. Deja que termine contigo primero para que pueda dejar resuelta la cuestión de una vez por todas. Después viviré a gusto. Primero voy a ocuparme de ti, y después me asentará a vivir cómodamente”. La meditación es el medio para aceptar la muerte con esta actitud. La meditación es el medio, la meditación es la solución que permite transmitir a la muerte tal invitación. El que acepta la muerte de este modo se detiene inmediatamente. Su velocidad desaparece.

¿Lo habéis observado alguna vez? Cuando estáis enfadados y vais en bicicleta, pedaleáis más deprisa. Cuando estáis enfadados y conducís un automóvil, pisáis más el acelerador. Los psicólogos dicen que los accidentes de automóvil no se deben al mal estado de las carreteras sino a la persona que pisa el acelerador: algo anda mal en esa persona. Tiene los dientes apretados con ira y está pisando más el acelerador, y de alguna manera desea tener un accidente. Está lleno del deseo de chocar con algo. La vida le parece tan monótona y tan inútil que quiere darle algo de emoción, algo de variedad, aunque sólo sea chocándose con algo, a falta de otra cosa. Cree que eso lo emocionará, le hará sentirse bien. Le parece que tendrá la satisfacción de saber que en su vida ha pasado algo, que ha estado totalmente vacía.

En Europa y en América muchos criminales han declarado ante los tribunales que no tenían nada en contra de la persona a la que mataron: lo único que querían era ver sus nombres en letras de molde, y aquélla era la única manera a su alcance. El nombre de una buena persona no aparece nunca en los periódicos: allí sólo leeréis los nombres de los

asesinos y de los criminales. Existen dos tipos de asesinos: los que cometen un único asesinato por causas personales y los que cometen asesinatos colectivos, los políticos. Sólo los nombres de éstos aparecen en los periódicos; los demás es como si no existieran. Aunque seáis buenos ciudadanos, vuestro nombre no figurará en los periódicos; pero si dais una puñalada a una persona, saldréis en los titulares.

Un criminal confiesa ante el tribunal: "No tenía ninguna enemistad contra aquella persona: no había visto nunca a aquel hombre. Sólo le vi la espalda y le clavé un cuchillo. Cuando brotó la sangre de la víctima, yo sentí la satisfacción de que por fin había hecho algo de lo que hablaría la gente. De que mi vida no había pasado en vano. El caso aparece en todos los periódicos. Los tribunales, los jueces y los abogados importantes vestidos con togas negras discuten mi caso con toda seriedad. Cuando veo todo esto, me parece que también yo he hecho algo, que no soy una persona corriente".

La persona que rehuye la muerte, que teme la muerte, se ha quedado tan frustrada, tan triste y aburrida, que está dispuesta a hacer cualquier cosa. Pero lo único que no hace es dar la bienvenida a la muerte. En cuanto una persona da la bienvenida a la muerte, en cuanto acepta la muerte, se abre en su vida una puerta nueva, una puerta que lo conduce hasta lo divino.

En el exterior del templo de Dios está escrita la palabra "Morid", mientras que dentro desborda el río de la vida. La gente ve el letrero que dice: "Morid" y vuelve atrás. Nadie entra. Es una idea muy buena, una idea muy inteligente; de lo contrario, habría una multitud afuera y sería difícil vivir. Por eso, en el exterior del templo de la vida hay un letrero que dice "Morid". Los que se asustan al verlo, huyen. Por eso os he dicho que hay que aprender a morir.

El mayor secreto de la vida es aprender a morir, aprender a aceptar la muerte. Dejad que muera el pasado todos los días. Muramos todos los días. No estamos dejando que muera el pasado de ayer. El hombre de setenta años mantiene vivos los recuerdos felices de su infancia. Su infancia no ha muerto todavía. El hombre todavía conserva el deseo de regresar a su infancia. Es tan viejo que no puede moverse, que está postrado en cama, pero su juventud no ha muerto todavía. Todavía piensa en las mismas cosas. Las imágenes se siguen moviendo ante sus ojos. Nunca acopiamos el valor de morir, nunca dejamos que muera nada, y, en consecuencia, todo se amontona. No dejamos lo muerto por muerto; por el contrario, lo acumulamos como una carga pesada, y entonces resulta imposible vivir bajo su peso. Así pues, una de las claves del arte de morir es ésta: dejad lo muerto por muerto.

Una vez que Jesús pasaba junto a un lago sucedió un incidente maravilloso. Era de madrugada. El sol estaba a punto de salir y el horizonte acababa de arrebolarse. Un pescador había arrojado su red al lago para pescar. Cuando empezó a sacar la red, Jesús puso su mano en el hombro del pescador y le dijo:

-Amigo mío, ¿quieres pasar toda la vida pescando peces?

El pescador ya se había planteado esta cuestión muchas veces. ¿Hay alguien que no se la plantee? Naturalmente, los peces pueden ser distintos, la red puede ser distinta, el lago puede ser distinto, pero de todas maneras se plantea la pregunta: "¿He de pasar toda mi vida pescando peces?

El pescador se dio la vuelta para ver quién era el hombre que le hacía la misma pregunta que él se había planteado. Miró a Jesús. Vio sus ojos serenos y alegres, su personalidad. Le dijo:

-No tengo otra posibilidad. ¿En qué otra parte podré encontrar un lago? ¿En qué otra parte podré encontrar peces y arrojar la red para pescarlos? Yo también me pregunto si seguiré pescando peces el resto de mi vida.

Entonces dijo Jesús:

-Yo también soy pescador, pero arrojo mi red en otro mar. Ven, sígueme si quieres; pero recuerda: sólo el hombre que tiene valor para renunciar a su red vieja puede arrojar una red nueva. Deja atrás la red vieja.

El pescador debía de ser hombre valeroso. Hay muy poca gente valerosa como él. Dejó allí mismo su red llena de peces. Debió de pasarle por la mente el deseo de recoger, al menos, la red que ya tenía llena, pero Jesús le dijo:

-Sólo pueden arrojar su red al nuevo mar los que tienen valor para dejar atrás la red vieja. Dejad la red allí mismo.

El pescador dejó su red y le preguntó:

-¿Dime dónde debo ir?

¡Pareces hombre valiente! -dijo Jesús- Tienes capacidad para llegar a alguna parte. ¡Ven conmigo!

Cuando se acercaron a las afueras del pueblo, llegó ante ellos un hombre que corría. Éste detuvo al pescador y le dijo:

-¿Dónde vas, loco? Tu padre, que estaba enfermo ha muerto. ¿Dónde estabas? Fuimos a buscarte al lago y allí encontramos tu red. ¿Dónde vas?

El pescador dijo:

-Te ruego que me concedas algunos días para enterrar a mi padre y celebrar su funeral. Después volveré a tu lado.

Las palabras que respondió Jesús al pescador son enormemente maravillosas. Le dijo:

-¡Necio, deja que los muertos entierren a los muertos! ¿Qué necesidad hay de que vayas? Ven. Sígueme. El que ha muerto ya está muerto; ¿por qué molestarse siquiera en enterrarlo? No son más que trucos para mantenerlo vivo. El que ya ha muerto, ha muerto para siempre. Y hay muchos muertos en el pueblo. Ellos enterrarán al muerto. Tú ven conmigo.

El pescador dudó un momento. Observándolo, Jesús le dijo:

-Quizás te he juzgado mal cuando creí que eras capaz de dejar tu red vieja.

El pescador se detuvo un momento y, después, siguió a Jesús. Jesús dijo:

-Eres hombre valiente. Si eres capaz de dejar atrás a los muertos, puedes alcanzar verdaderamente la vida.

EN REALIDAD, DEBE SOLTARSE TODO lo que ha muerto en el pasado.

Os sentáis en meditación, pero siempre venís luego a decirme que nunca da resultado, que os siguen llegando pensamientos. Los pensamientos no llegan así; la cuestión es: ¿habéis llegado a dejarlos? Siempre seguís aferrados a ellos, ¿cómo echarles la culpa a ellos? Si un hombre tiene un perro, le da de comer, lo tiene atado en su casa, y de pronto un día lo suelta, lo echa a la calle, y el pobre perro vuelve una y otra vez al hombre, ¿tendría la culpa el perro?

Todos estos días habéis dado de comer al perro, lo habéis acariciado, le habéis dado cariño, habéis jugado con él, le habéis puesto un collar al cuello, lo habéis tenido en vuestra casa. Y de pronto decidís meditar y decís al perro que se largue. ¿Cómo puede ser? El pobre perro no tiene idea de lo que os ha pasado de una manera tan repentina, de modo que se da algunas vueltas y vuelve a vosotros. Cree que quizás estéis jugando con él; por eso, cuanto más insistís en echarlo, más juguetón se vuelve, más vuelve a vosotros. Le parece que está pasando algo nuevo, que quizás el amo esté de buen humor, y por eso se interesa cada vez más por el juego.

Venís a decirme que los pensamientos no os dejan. ¿Cómo van a dejaros? Los habéis alimentado de vuestra propia sangre. Los habéis atado a vosotros mismos; les habéis puesto un collar al cuello, con vuestro nombre. Decid a alguien que lo que piensa está equivocado: saltará contra vosotros, diciendo: "¿Qué quieres decir?, ¿qué lo que pienso está equivocado? ¡Mis pensamientos no pueden estar equivocados nunca!" De modo que el pensamiento, que lleva un collar con vuestro nombre, vuelve a vosotros. ¿Cómo va a saber vuestro pensamiento que estáis meditando? Decís a vuestro pensamiento: "¡Fuera de aquí! ¡Largo!" Pero el pensamiento no se va a ir así como así.

Alimentamos a los pensamientos. Alimentamos los pensamientos del pasado, los atamos a nosotros mismos. Pero un día, de pronto, queréis que os dejen. No os dejarán en un solo día. Tendréis que dejar de darles de comer, tendréis que dejar de cuidarlos.

Recordadlo: si queréis dejar los pensamientos, dejad de decir: “Mis pensamientos”. ¿Cómo podréis dejar algo que consideráis vuestro? Si queréis quitaros de encima los pensamientos, dejad de interesaros por ellos. ¿Cómo van a marcharse a no ser que dejéis de interesados por ellos? De otro modo, ¿cómo van a saber que vosotros habéis cambiado, que ya no os interesan?

Todos nuestros recuerdos del pasado son pensamientos. Nos estamos aferrando a toda una red de ellos. No les permitimos morir.

Dejad morir vuestros pensamientos. Dejad muerto lo que está muerto: no intentéis mantenerlo vivo. Pero lo estamos manteniendo vivo…

También esto forma parte del arte de morir. Mantened también presente esta clave: si queréis aprender el arte de morir, dejad lo muerto por muerto. Ni siquiera hace falta que lo conservéis en vuestra memoria. Decidle adiós, dejadlo marchar. Ayer terminó ayer, ahora ya no existe; pero, a pesar de ello, mantiene su presa sobre nosotros.

Hay otra pequeña pregunta. Un amigo ha preguntado: *¿Qué es una mente llena de ilusiones? ¿Qué es una mente muy confusa? ¿Qué es la claridad mental?*

DEBEMOS COMPRENDER ESTO, pues será útil para la meditación, así como para aprender el arte de morir. Ha formulado una pregunta muy significativa. Pregunta: “¿Qué es una mente confusa?” Pero aquí hemos cometido un error: Decimos “mente agitada”. Aquí se encuentra el error. ¿Cuál es el error? El error es que estamos utilizando dos palabras (“mente” y “confusa”), y la verdad de la cuestión es que no existe la mente confusa. En realidad, el estado mismo de confusión es la mente. No existe una mente confusa. La mente es confusión.

No se trata de que la mente pueda tranquilizarse: la mente es, en sí misma, la intranquilidad. Y cuando no hay confusión, no se trata de que la mente se haya tranquilizado: es que la mente ha desaparecido.

Imaginaros, por ejemplo, que hay una tormenta en el mar, que el mar está agitado. ¿Dirías que se trata de “una tormenta agitada”? ¿Diría alguien que es “una tormenta agitada”? Os limitarías a decir que es una tormenta, pues, “tormenta” ya es, de suyo, sinónimo de “agitación”. Y cuando se acalla la tormenta, ¿decís que la tormenta se ha quedado tranquila? ¡Lo único que decís es que la tormenta ya no existe!

Para comprender la mente, recordad también que “mente” no es más que un sinónimo de “confusión”. Cuando se hace la paz, no es que la mente se haya quedado en paz, sino, más bien, que la mente ya no existe en absoluto. Aparece un estado de no-mente. Y cuando ya no existe la mente, entonces lo que queda se llama *atman*. El mar existe aun cuando no hay tormenta. Cuando desaparece la tormenta, queda el mar. Cuando la mente confusa deja de existir, lo que queda es el atman, la conciencia.

La mente no es una cosa, no es más que un estado de confusión, un estado de desorden. La mente no es una facultad, no es una sustancia. El cuerpo es una cosa, el atman es otra cosa, y la falta de paz entre ambos se llama mente. En estado de paz queda el cuerpo, queda el atman, pero ya no hay mente.

No existe una mente tranquila. Se trata de un error de expresión, debido a la lengua que nos hemos creado. Hablamos de “un cuerpo enfermo”, de “un cuerpo sano”. Esto es correcto. Existen cuerpos enfermos, claro está, y también existen cuerpos sanos. Al desaparecer la enfermedad, queda un cuerpo sano. Pero no es así en el caso de la mente. No existe “una mente sana” y “una mente enferma”. La mente es, por sí misma, enferma. Su mismo ser es la confusión. Su mismo ser es malsano. Su mismo ser es una enfermedad.

No preguntéis, pues, cómo podéis librar a la mente de la confusión, pues, ¿cómo podéis libraros de esta mente? Preguntad cómo puede morir esta mente. Preguntad cómo podéis eliminar esta mente. Preguntad qué podéis hacer para que la mente deje de existir.

La meditación es un medio para acabar con la mente, para despedirse de la mente. La meditación significa salir de la mente. La meditación significa apartarse de la mente. La meditación significa la cesación de la mente. La meditación significa apartarse de donde

reina la confusión. Al apartarnos de la confusión, la confusión se aquieta, pues lo que la crea es nuestra propia presencia. Si nos apartamos, deja de existir.

Supongamos, por ejemplo, que dos personas tienen una pelea. Tú has venido a pelear conmigo y estamos peleados. Si yo me aparto, ¿cómo podría continuar la pelea? Cesaría, pues sólo puede continuar si yo participo en ella. Vivimos en un plano mental; estamos presentes allí donde reina el desorden, donde se producen las agitaciones. No queremos apartarnos de allí, pero queremos llevar allí la paz. Allí no puede haber paz. Tened la bondad de apartaros: eso es todo.

En cuanto os apartéis, la agitación cesará. La meditación no es una técnica que sirva para llevar la paz a vuestra mente; es, más bien, una técnica para apartaros de la mente. La meditación es un medio para huir, para alejaros de las olas de la confusión.

Otro amigo ha formulado una pregunta relacionada con la anterior. También sería bueno entender esto. Ha preguntado: *¿Qué diferencia hay entre estar en meditación y practicar la meditación?*

ES LA MISMA DIFERENCIA que ya os estoy explicando. Si una persona está *practicando* la meditación, está intentando apaciguar una mente confusa. ¿Qué hará? Intentará tranquilizar su mente. Cuando una persona está en estado de meditación, no está intentando tranquilizar su mente, más bien, está apartándose de ella.

Si el sol aprieta demasiado, si es insoportable, podéis ver que un hombre abre su sombrilla; y las sombrillas se pueden abrir al sol y uno puede refugiarse en su sombra o bajo cualquier otra sombra para protegerse. Pero no es posible abrir una sombrilla dentro de la mente. La única protección posible sería un pensamiento, y éstos no cambian nada. Sería como si un hombre intentase permanecer bajo el sol con los ojos cerrados pensando que tiene una sombrilla sobre la cabeza y que no siente calor. Pero habrá de sentir calor. El hombre intenta hacer algo, intenta refrescar el sol. Intenta "practicar" la meditación. Pero hay otro hombre que, cuando hace sol, se limita a levantarse, a pasearse por su casa y a relajarse. No se esfuerza por refrescar el sol: se limita a apartarse del sol.

Practicar la meditación significa hacer un esfuerzo, un esfuerzo por cambiar la mente. Y estar en meditación significa no hacer ningún esfuerzo por cambiar la mente, sino pasar adentro en silencio.

Debéis tener en cuenta la diferencia entre ambas cosas. Si haces un esfuerzo por meditar, la meditación no se producirá nunca. Si intentáis hacer un esfuerzo os forzáis, os decidís a calmar vuestra mente pase lo que pase, no dará resultado, pues, al fin y al cabo, ¿quién estará haciendo todo esto? ¿Quién estará dando esas muestras de decisión? ¿Quién, sino vosotros?

Ya estáis confusos, inquietos desde el primer momento. Intentáis calmaros: esto significa que os buscáis un nuevo problema. Estáis sentados en tensión, dispuestos, olvidándolo todo. Cuanto más rígidos os ponéis, cuantas más dificultades os encontráis, más tensos os quedáis. Éste no es el camino. Yo os pido que meditéis porque la meditación es relajación. No tenéis que hacer nada: simplemente, relajaros.

Procurad entenderlo. Dejadme que os lo explique un poco mejor con un pequeño ejemplo. Utilizadlo como criterio último. Un hombre nada en el río. Dice que quiere alcanzar la otra orilla. La corriente del río es fuerte y él agita los brazos y las piernas intentando avanzar a nado. Se cansa, se fatiga, está agotado, pero sigue nadando. Este hombre se está esforzando. Nadar es un esfuerzo para él. Practicar la meditación también es un esfuerzo. Pero hay otro hombre. En lugar de nadar, éste se limita a flotar. Se deja llevar por el río. No agita los brazos ni las piernas; sencillamente, se acuesta en el río. El río fluye, y él también fluye. No nada en absoluto, sólo flota. No hace falta ningún esfuerzo para flotar; flotar es un "no-esfuerzo".

La meditación de la que yo hablo es como flotar, no es como nadar. Observad a un hombre que nada y a una hoja que flota en el río. El placer y la alegría de la hoja que flota no son de este mundo. Para la hoja no hay problemas, ni obstáculos, ni disputas ni molestias. La hoja es muy sabia. Y ¿en qué se aprecia su sabiduría? La hoja es sabia porque ha hecho del

río su barca y ahora navega sobre él. La hoja está preparada y dispuesta a ir allí donde quiera llevarla el río. Así, la hoja ha doblegado la fuerza del río. El río no puede hacerle daño porque la hoja no lucha contra el río. La hoja no quiere ofrecer ninguna resistencia; se limita a flotar.

Así, la hoja tiene una conformidad completa. ¿Por qué? Porque ahora procura estar en conformidad con el río; se limita a flotar: eso es todo. Que el río la lleve donde quiera: así sea. Tened presente, pues, a la hoja que flota. ¿Podéis flotar así vosotros en el río de la vida? No deberéis pensar siquiera en nadar, ni siquiera tener la sensación de que nadáis; la mente no debe existir para nada.

¿Habéis observado que un hombre vivo se puede ahogar en un río mientras que un muerto flota sobre la superficie? ¿O habéis preguntado alguna vez en qué consiste esto? El hombre vivo se ahoga, pero el muerto no se hunde nunca. Sube a la superficie inmediatamente. ¿Cuál es la diferencia? El muerto llega a un estado de no-esfuerzo. El cuerpo muerto no hace nada; no podría hacerlo aunque quisiera. El cuerpo sube a la superficie y flota. El hombre vivo se puede ahogar porque el hombre vivo hace un esfuerzo por mantenerse vivo. Al intentarlo, se cansa, y cuando se cansa se ahoga. Es su lucha lo que lo ahoga, y no el río. El río no puede ahogar al hombre muerto porque éste no lucha. Como no lucha, es imposible que se quede sin fuerzas. El río no puede hacerle daño. Por eso flota en el río.

La meditación de la que os hablo es semejante a flotar; no es semejante a nadar. Tenéis que flotar, simplemente. Cuando os digo que relajéis el cuerpo, quiero decir que tenéis que dejar que el cuerpo flote. Entonces no mantenéis ninguna sujeción sobre el cuerpo; por consiguiente, no os atáis a la orilla del cuerpo: lo soltáis, flotáis. Cuando os digo que soltéis también la respiración, no os aferréis a la orilla de la respiración. Dejadla también, flotad con ella también. Por lo tanto, ¿dónde iremos? Si soltáis el cuerpo, pasaréis dentro; si os aferráis al cuerpo, saldréis.

¿Cómo puede uno entrar en el río si se aferra a la orilla? Sólo podrá volver a la orilla. Si uno deja la orilla, entrará directamente en el río. Así pues, dentro de nosotros fluye una corriente de conciencia divina, pero nos estamos aferrando a la orilla, a la orilla del cuerpo.

Soltadla. Soltad también la respiración. Soltad también los pensamientos. Así dejaréis atrás todas las orillas. ¿Dónde iréis? Empezaréis a flotar en la corriente que fluye dentro. El que se deja flotar en esa corriente llega al mar.

La corriente interior es como un río, y el que se deja flotar en ella llega al mar. La meditación es como flotar. El que aprende a flotar alcanza lo divino. No nadéis: el que nada se perderá. El que nada conseguirá, como máximo, dejar esta orilla y llegar a la otra. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿Qué más puede conseguir un nadador? Irá de una orilla a la otra. Esta orilla os permite salir del río, como la otra. Una persona pobre, después de mucho nadar, puede llegar a hacerse rica, como mucho, y nada más. Después de nadar mucho, un hombre que se sienta en una silla pequeña puede llegar a sentarse en un sillón de Delhi, ¿acaso puede conseguir algo más?

Esta orilla del río os permite salir del río, igual que la otra. La orilla de Dwarka está tan apartada del río como la de Delhi: no hay ninguna diferencia. El nadador sólo puede alcanzar la orilla. Pero ¿y el que flota? Ninguna orilla puede detener al que flota, porque se ha dejado llevar por la corriente. La corriente lo llevará. Lo llevará y lo hará llegar al mar, con toda seguridad.

La mente misma es llegar al mar: el río se convierte en el mar y la conciencia individual se convierte en lo divino. Cuando se pierde una gota en el ancho mar, se alcanza el significado absoluto de la vida, la felicidad suprema de la vida, la belleza máxima de la vida.

Lo definitivo es esto: el arte de morir es como el arte de flotar. El que está preparado para morir no nada nunca. Dice. “Llévame donde quieras. ¡Estoy preparado!”.

Todo aquello de lo que he hablado en estos cuatro días ha estado relacionado con esto. Pero algunos amigos han creído que yo me limitaba a responder a preguntas. Me han escrito una y otra vez: “Te rogamos que digas algo por ti mismo. No te limites a responder a preguntas”. ¡Como si fuera otro el que daba las respuestas!

El problema es que se vuelven más importantes las perchas que las ropas que cuelgan de ellas. Lo que dicen es: “Muéstranos las ropas. ¿por qué te molestas en colgarlas de perchas?”. Pero, en todo caso, ¿qué es lo que estoy colgando de las perchas? Lo que yo tenga que decir lo colgaré de las perchas de vuestras preguntas. Pero así son nuestras mentes.

HE OÍDO CONTAR LO SIGUIENTE:

Había un circo cuyo propietario solía dar a los monos cuatro plátanos por la mañana y tres por la tarde. Una mañana sucedió que no había bastantes plátanos en el mercado, de modo que les dio tres plátanos. Los monos de declararon en huelga. Dijeron:

-¡Esto no puede ser! Queremos cuatro plátanos por la mañana.

-Os daré cuatro por la tarde –dijo el propietario-; tomad tres ahora.

Los monos insistieron:

-Esto no había sucedido nunca. Siempre habíamos recibido cuatro plátanos por la mañana. ¡Queremos cuatro plátanos ahora mismo!

-¿Os habéis vuelto locos? -dijo el propietario- De todas maneras, recibiréis siete plátanos en total.

-No nos interesan tus cuentas –insistieron los monos- Lo único que nos importa es que hemos recibido cuatro plátanos todas las mañanas. ¡Queremos cuatro plátanos ahora mismo!

LOS AMIGOS ME ESCRIBEN CONSTANTEMENTE: “Te rogamos que digas algo por ti mismo. No te limites a responder a las preguntas”. Y hablaré, pero la cuestión es ¿de qué hablaré? Las preguntas me sirven únicamente de perchas; cuelgo de ellas lo que tengo que decir. Puedo hablar o puedo responder a las preguntas. ¿Qué diferencia hay? ¿Quién hablará? Pero a ellos les parece que debo decir mis propias cosas, porque siempre han recibido cuatro plátanos por la mañana

En cada retiro de meditación solía hablar cuatro discursos y cuatro sesiones de preguntas y respuestas. Esta vez ha sucedido que vosotros habéis convertido todas las reuniones en sesiones de preguntas y respuestas. Pero esto no cambia nada. Tened presente la cuenta de los siete plátanos. Sumadlos. No hace falta contar uno a uno, que haya cuatro por la mañana y tres por la noche o al contrario. Yo os he dado los siete plátanos. Si os hacéis un lío con la cuenta, podéis pasar por alto lo importante. Por eso he dicho al final que siete plátanos. He dicho todo lo que tenía que decir.

*****FIN*****